AETERNUM

LA GUERRA DEL TIEMPO



KIAN NOREN



AETERNUM

LA GUERRA DEL TIEMPO

KIAN NOREN

Aeternum V: La Guerra del Tiempo
© Kian Noren, 2024
© Eduardo Maqueda, por la portada
ISBN-13: 978-84-09-64330-1
Todos los derechos reservados.

En una guerra a quién le importa quién va a ganar,
si todos van a acabar perdiendo.

El mapa de Teseo

Teseo es mucho más que Shiga y sus alrededores. Se trata de un planeta único, con una variedad de parajes y lugares como ningún otro sitio conocido por la humanidad.

En esta quinta entrega de la saga recorreremos una gran extensión de su geografía. Si no te quieres perder y deseas sumergirte todavía más en el mundo de Aeternum, tengo un regalo para ti antes de que empieces con la novela.

Puedes descargarte un mapa ilustrado de Teseo ahora mismo escaneando el código QR o yendo a: https://www.kiannoren.com/a5-guia/



1. Inhumano

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 10:00

Qué estúpida había sido. Pensaba que podía escapar de mis problemas, pero estos siempre conseguían alcanzarme.

Hui de la Tierra para dejar atrás mi pasado y empezar de nuevo, pero la realidad había sido la contraria. Mi pasado me había seguido los miles de millones de kilómetros que me separaban del planeta génesis, y todo lo que había retenido en mi interior durante años explotó en unos pocos meses y me había convertido en quien era en ese momento.

Ahora que había conseguido mis objetivos me daba cuenta de ello. Por agridulce que hubiese sido el final, descubrí quién asesinó a mi mujer y, aunque no llegué a tomar mi venganza, en mi interior sabía que la justicia ya estaba hecha. Por otro lado, tenía más tiempo del que nunca había necesitado y había escapado de la Tierra.

Y era entonces, cuando ya no podía esconderme detrás de unos objetivos ilusorios que esperaba que me diesen la solución, cuando me daba cuenta de que el problema siempre había estado dentro de mí, el problema siempre había sido yo.

Miré a mi reflejo en el cristal de la nave. Me habría gustado decir que no me reconocía, que no sabía de quién eran los ojos que me observaban, pero eso habría sido mentira, sabía perfectamente quién me miraba, sabía perfectamente quién era. Lara Inagawa, una mujer que justificaba los medios por el fin, alguien dispuesta a usar todo lo que tiene a su disposición para conseguir el objetivo que sea. Por mi cuerpo desnudo se movía parte de mi armadura de ryuno confirmando mi hipótesis, se movía con la misma sed de sangre que yo poseía.

Una lágrima discurrió por mi mejilla, llegó hasta el mentón y se precipitó al suelo de la nave. Antes de tocar el suelo una mezcla de Seiryu y Suzaku la interceptó, evaporando la gota al instante. Una sonrisa melancólica se dibujó en mi rostro. Era cierto que estábamos en tiempos de guerra y eran necesarias medidas extremas, era necesaria Lara Inagawa. Pero ¿y si todo ese tiempo la realidad había sido a la inversa? ¿Y si Lara Hallman no era más que una versión temporal de mí mientras no era necesaria, pero mi verdadero yo siempre sería quien me observaba en el reflejo?

Cerré los ojos, impotente. Ya ni siquiera era capaz de discernir si lo que me estaba ocurriendo era algo malo o, por el contrario, inevitable y una realidad que debía aceptar. Lo único que ansiaba era paz y calma, vivir tranquila en mi casa de Shiga, dar paseos por la mañana y observar a la gente que pasara por mi camino, imaginándome qué clase de vida tenían. Pero ya dudaba que eso fuese posible.

Había pasado toda mi vida en guerra. Primero en Zigur intentando sobrevivir, luego siendo parte del clan Inagawa y ejecutando sus órdenes. Más tarde, en guerra conmigo misma, reprimiendo durante años a mi ser más visceral, negándome a dejarle salir. Cuando Gimena murió y lo pude contener, dudé si acaso se había ido para siempre. Qué ingenua fui. El último año y medio había estado en guerra contra todos. Con la AVF… Iriel Eisen… Kay… Ava… Kristin… Eivol… Ansiaba una paz y una calma que nunca había experimentado, y después de

casi cuatro décadas de vida, dudaba de que fuese algo alcanzable.

—Lara, ¿vuelves a la cama? —sonó una voz detrás de mí.

Se me había olvidado por completo que seguía en mi camarote.

—No. Vístete, ya te puedes ir —respondí sin darme la vuelta, ya ni me acordaba de su nombre.

—Venga, Lara, vamos a divertirnos un poco más —insistió con un tono lascivo.

Me giré con el semblante serio, sin rastro de la congoja que había visto en mi reflejo.

—He dicho que te vistas y te vayas.

La sonrisa pícara del hombre se desvaneció por completo, dejando una expresión de miedo y duda. Al ver que no decía nada más, soltó un bufido tímido.

—Tenían razón.

—¿Perdona? —dije cansada de esa interacción.

—Que tenían razón —repitió con más fuerza, sin rastro de la indecisión de antes—. Lo que decían de ti era cierto.

Suponía de qué estaba hablando, escuchaba los comentarios que hacían sobre mí, pero aun así quise forzarle para ver hasta dónde era capaz de llegar.

—¿Y qué dicen de mí?

—Que no eres humana. —Sin poder evitarlo solté una pequeña risa, al menos era original su forma de exponerlo—. Que solo miras por tu propio bien, que eres egoísta y perversa. Que no confías en nadie. Que la gente que está a tu lado tarde o temprano acaba abandonándote, odiándote o, en varias ocasiones, murien…

La última palabra la había ahogado en un hilo fino de voz, incapaz de terminar la frase. El hombre con el que había tenido sexo minutos atrás estaba suspendido en medio del aire por varios brazos de Seiryu. Con suma facilidad lo acerqué hacia mí como si fuese un simple dron siguiendo mis órdenes.

—No tienes ni idea de lo que en realidad soy capaz de hacer, hay veces que ni siquiera yo lo sé. Así que tendría cuidado con lo que tus amigos y tú decís por ahí de mí, ¿entiendes?

Una capa de Seiryu le había rodeado el pecho y la cabeza mientras hablaba, dejando al descubierto solo una parte de su rostro. Con su expresión de terror deduje que no iba a ser capaz de responder a mi amenaza, sin embargo no esperaba la respuesta que me dio.

Un sonido suave se originó a mis pies, como si alguien hubiese dejado abierto un pequeño grifo de agua. Al bajar la mirada vi una versión desmejorada de su pene orinar sobre su propia pierna. Asqueada retraje todo el ryuno a mi cuerpo, que afortunadamente no había llegado a tocar la muestra de terror de quien ahora yacía en el suelo hecho una pelota encima de un charco de su propio orín.

—Coge tu ropa y lárgate —dije con el tono más neutro que pude encontrar en mi voz.

Movido por un resorte, el hombre se levantó y acató mi orden lo más rápido que pudo. En cuanto salió del camarote, un robot surgió de un agujero de la pared y limpió con esmero los restos de mi cita de esa noche.

Me fui al baño y me di una ducha muy necesitada, sobre todo tras haber presenciado esa lamentable escena. Al salir de nuevo al camarote la cama estaba hecha, el charco amarillento había desaparecido y no quedaba rastro del olor que había antes. Me enfundé en la ropa técnica que descansaba en una butaca y dejé que todo el ryuno se acomodase en mi cuerpo, adoptando su forma estándar.

—Tango, ¿estás ahí?

Mi dron, que descansaba hasta ese momento en estado de hibernación en una esquina del techo, asintió en un movimiento más lento de lo normal.

—Aquí estoy, Lara —dijo con el símbolo de una sonrisa en su pantalla frontal.

Mis ojos se iluminaron con un destello de felicidad al verle, que fue sustituido con rapidez por un sentimiento de tristeza al saber el poco tiempo que me quedaba con él.

—Analiza las cámaras de la nave y hazme un resumen del estado actual del escuadrón.

Mientras que Tango acataba mi orden, tomé el cinturón donde tenía guardadas mis katanas y lo abroché alrededor de mi cadera. Esa simple tarea que meses atrás le habría llevado apenas unas milésimas, ahora le costaba varios segundos debido a la sobrecarga que tenía en su procesador.

—Todos se dirigen a la sala de reuniones —dijo por fin.

Extrañada parpadeé dos veces y me di cuenta de que tenía mi DCP desconectado. Al reactivarlo recibí una notificación de Merlow. El comienzo de nuestra misión estaba muy próximo y quería vernos a todos. Me fustigué por el despiste y salí a toda prisa del camarote, con Tango detrás de mí.

Al llegar a la sala de reuniones la figura holográfica de Merlow presidía el espacio. Sentados alrededor de ella estaba mi escuadrón entero.

—Teniente, me alegra que hayas podido unirte —dijo el coronel del ejército de Teseo con un tono de voz pausado.

—Disculpa las molestias, coronel.

Una vez más, me maldije por mi descuido.

—No hay problema, todavía no había empezado.

Recorrí el rostro de los integrantes de mi escuadrón, quienes me respondieron con un leve asentimiento de cabeza. Me senté y dejé que Merlow comenzase la reunión que había convocado con tan poca antelación.

—Según la información que poseemos, las naves que salieron del espacio exterior de Zelo deben de llegar en cualquier momento. A no ser que hayan salido del espacio curvo en algún punto para retrasar su llegada, su aparición está programada para las próximas horas.

»Como ya sabréis, los pocos espías que tenemos dentro del ejército enemigo nos han podido confirmar que el primer ataque que harán sería en Nekumi. Arcas Balliol es un hombre con una gran mente estratega, y aunque algunas veces el ego se le sube a la cabeza, sabe contra quiénes se van a enfrentar. Esta guerra no promete ser corta, especialmente si no somos capaces de hacerles cara desde el inicio. Con lo cual, su primer objetivo es cortar la cadena de suministros de Nekumi, de donde sacamos el mineral más importante para nuestras armas y armaduras. No obstante, vosotros no estáis aquí para enfrentaros a las naves enemigas que quieran conquistar el satélite, de eso se encargará el comandante Elroy Sage, quien acaba de aterrizar con su flota en nuestra colonia.

Una sonrisa se dibujó en mi cara al escuchar ese nombre. Conocí al comandante en la lectura del testamento de mi padre, ya un año atrás, y más tarde coincidí en varias ocasiones por la base militar de Shiga. Era un militar muy capaz y no se cortaba un pelo en decir lo que pensaba. Me caía bien.

—Vuestra misión es otra —continuó Merlow—. Como ya sabréis, ha habido muchas revueltas en Nekumi desde hace varios meses. A pesar de que falta confirmación, la sospecha es que han sido instigadas por infiltrados de Zelo y Harios. Hace dos meses, después del incidente de la reunión de la FEMEX, estos tumultos culminaron en la pérdida de conexión con el satélite.

»La atmósfera de Nekumi es demasiado densa como para que las señales de comunicación lleguen a la órbita exterior. Esto dificulta mucho el contacto entre quienes están en la superficie del satélite y Teseo u otros planetas. Hace varios siglos se consiguió construir una toma directa que atravesaba toda la atmósfera, y gracias a ella se ha podido mantener comunicación directa

todos estos años. Sin embargo, en la toma de control de Nekumi por parte de los revolucionarios dos meses atrás cortaron esta línea, haciendo imposible el contacto con nuestros efectivos en el satélite.

»Vuestra única misión es volver a conectar dicha línea de comunicación, imprescindible para tener contacto directo con el comandante Elroy y el resto de los soldados del planeta. Para aumentar las probabilidades de éxito de la misión, contaréis con la ayuda de un escuadrón de reconocimiento que llegó a Nekumi hace tres semanas. Ellos os pondrán al día sobre la situación actual del satélite, los aliados con los que contamos y cuál es el plan de acción para lograr el objetivo.

»Esta es toda la información que tengo para daros, siento no poder ser más específico.

Merlow dejó de exponer su mensaje y la sala se sumió en un silencio absoluto. Entonces Roland, uno de los nuevos integrantes que había sustituido a Kristin y a Eivol, alzó la mano.

—Adelante, sargento Roland.

—¿Cuándo descenderemos a Nekumi, coronel?

—Cuando aparezcan las naves enemigas. A partir del momento en el que os introduzcáis en la atmósfera del satélite, estaréis a ciegas, por eso debéis esperar y aseguraros de que las naves enemigas descienden al planeta. Además, toda la información que obtengáis del enemigo se la trasladaréis posteriormente al comandante Elroy.

Roland asintió satisfecho por la respuesta. Hans tomó la palabra y preguntó lo que todos estábamos pensando, pero cuya respuesta teníamos miedo de conocer.

—Coronel, ¿cuál es la política de ataque contra el enemigo?

Merlow se quedó cabizbajo, barajando la forma de responder. Al cabo de unos segundos levantó la mirada con el semblante serio.

—Por mucho que nos cueste admitirlo, en el instante en el que las naves de Zelo y sus aliados salgan al espacio exterior de nuestro territorio, habrá una declaración de guerra. A partir de ese momento estaremos en guerra interestelar contra Zelo. Arcas Balliol se siente amenazado por el poder e influencia que tenemos y, antes de que seamos una fuerza demasiado grande para él, nos quiere eliminar. Su objetivo es quitarnos todo por lo que hemos luchado. Quiere destruirnos a nosotros, a nuestras familias, a nuestros amigos… destruir nuestro hogar. Destruir Teseo.

»Pero el final de esta guerra no nos afectará solo a nosotros. Si Arcas tiene éxito, ya no quedará nadie que pueda pararle los pies a la AVF. Nuestra derrota no solo supondría perder todo lo que tenemos, también significaría condenar al resto de la humanidad al mayor genocidio de la historia, donde todas las personas de más de cien años morirían, al igual que a una esclavitud en la que personas ajenas dictaminarían cuánto tiempo puedes vivir.

»Por ende, es nuestro deber y obligación evitar ese resultado a toda costa. Subteniente Larsson, ellos no van a dudar cuando nos tengan a tiro, por eso la política de ataque contra el enemigo no existe. Es matar o ser matado.



2. Declaración

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 10:30

Cogí una nueva cucharada de la masa amarilla y la introduje en la boca. Delante de mí tenía lugar, como todos los días, un nuevo episodio de las discusiones entre Roland y Layla.

—Pero eso es injusto, tú tienes más experiencia que yo —dijo Roland—, es lógico que siempre me ganes en los entrenamientos.

—Así es la vida, injusta. No es culpa mía que seas un inepto incapaz de mejorar.

—¡Eso es mentira! Sí que he mejorado —respondió exacerbado—. Antes no era capaz ni de derrotar a Finn, y ahora en menos de un minuto le tengo sometido a mi voluntad.

—¡Oye! A mí no me metáis en vuestras discusiones de enamorados —dijo Finn sin mucho convencimiento.

—¡¿Qué has dicho?! —saltaron los dos al unísono—. ¡No me repitas! —añadieron mirándose el uno al otro.

No fingían, estaba claro que eran los únicos que no veían la tensión sexual que había entre ellos. Layla y Roland se quedaron callados, con miedo de que al romper el silencio confirmasen la acusación de Finn.

—Roland, ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó Layla con el semblante serio.

Roland no respondió, se podía ver que estaba muy concentrado, una gota de sudor brotó de un lateral de su frente.

—Quita ahora mismo tu ryuno de mi pierna —exigió Layla con un tono frío.

Al ver que Roland no accedía a su demanda, bajó una de sus manos debajo de la mesa, cerró los ojos y respiró con profundidad. Su rostro tomó la seriedad de quien tiene su atención enfocada en una única tarea extremadamente difícil. Unos segundos más tarde el ryuno que rodeaba la piel de Roland desapareció, como si alguien estuviese absorbiendo su armadura. En su expresión se podía apreciar el esfuerzo que estaba haciendo para evitar que eso pasara, un esfuerzo inútil a juzgar por los resultados.

Cuando Layla volvió a abrir los ojos, una gran cantidad de ryuno rodeaba su cuerpo. Tenía la mirada pletórica y un poco cansada.

—De… devuélveme… mi armadura —dijo Roland entre jadeos.

Layla, ya recuperada del esfuerzo, se rio a carcajada suelta, disfrutando de la imagen que tenía delante. Un Roland desnudo y agotado.

—¿En serio sigues llevando el ryuno sin nada debajo?

El resto del escuadrón se unió a las risas de la compañera y Roland se hizo todavía más pequeño.

—Cállate, me siento mucho más cómodo, lo noto más cercano.

—Pero si es ryuno, no la piel de una mujer. Así solo vas a conseguir roces y escozores innecesarios o, en el caso de que te desarmen, parecer un estúpido indefenso —dijo Suzan, la otra integrante nueva del escuadrón.

—Subteniente, dile a Layla que me devuelva mi armadura, por favor —respondió Roland

dirigiéndose a Hans.

—Has intentado tomar influencia de la armadura de una compañera más avanzada y como resultado has perdido tu propio ryuno y te has quedado desnudo. Creo que las consecuencias son las justas.

El escuadrón asintió al dictamen del subteniente y sin darle más importancia, devolvieron su atención a las bandejas de comida.

Roland, como última esperanza, levantó el mentón y clavó sus ojos en los míos, donde le observaba en un extremo de la mesa.

—Lara…

No fue capaz de terminar la frase, mi mirada era suficiente respuesta.

Entonces Hans reparó en mi presencia, apartada del resto, y se acercó a hablarme.

—¿Todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

El subteniente del escuadrón, pensativo, pasaba las yemas de sus dedos sobre el muñón en el que terminaba abruptamente su brazo izquierdo.

—No sé, he escuchado lo de Roy.

—¿Quién? —pregunté con un desconocimiento real.

—Roy, el hombre al que has agarrado del cuello en tu camarote y has hecho que se meara encima.

—Ah, se me había olvidado su nombre, disculpa. Sí, todo bien —respondí y devolví mi cabeza al último pegote de la masa amarilla que quedaba en mi plato, estaba harta de la comida militar de esa nave.

—Lara —dijo agarrándome de la mano y obligándome a mirarle—, me preocupas. Cuando me contaste tu pasado en el clan que hicieron los Inagawa en la Tierra, lo hiciste por una razón, a pesar de que no me la dijeses.

Apreté la mandíbula con fuerza, intentando reprimir las emociones que trataban de salir de mi interior.

—Y dime, Hans, ¿cuál era el motivo oculto de mi confesión?

—Estar en sobre aviso. Saber a qué tenía que estar alerta. Conocer qué fuiste en tu pasado para, si llegado el momento ocurría, impedir que volviera a suceder. Me lo dijiste para que evitara que volvieras a ser Lara Inagawa.

La última frase la había dicho con un tono mayor que el resto, provocando que toda la mesa se quedase callada y observara a los líderes de su escuadrón mantener lo que parecía ser una conversación importante.

—En ese caso, Hans, tú verás qué piensas hacer.

Mi respuesta le descolocó. Pude ver que sentía como si yo tuviese dos personalidades distintas y ya no supiese a cuál de ellas se estaba dirigiendo. Iba a contestar a mi comentario cuando me puse en pie e interrumpí su hilo de pensamientos.

—Escuadrón, tengo algo importante que deciros.

La atención que ya tenían puesta en nosotros a causa del tono de Hans aumentó ante mi actitud seria y repentina. Recorrí el rostro de los siete integrantes de mi escuadrón, leyendo la duda y el temor en sus expresiones por lo que fuese a decir. Al ver a Roland desnudo le hice un ademán a Layla que acató de inmediato.

—Estamos a punto de vernos involucrados en un conflicto a gran escala, una guerra interestelar que va a requerir el máximo esfuerzo de nuestra parte, posiblemente incluso nuestra vida. Sé que esto no es nada nuevo, es a lo que ya os habéis comprometido, son unos riesgos que

habéis asumido. Sin embargo, hay más. Hay algo que nadie de aquí sabe —dije mirando a Hans —, y que el alto mando me recomienda que os oculte. Pero, dada la situación, me veo obligada a decíroslo, sería injusto no hacerlo.

Mantuve una pausa larga, meditando por última vez si esa decisión era la correcta. Sabía los riesgos que podía suponer, y el razonamiento que Merlow me había dado para convencerme de que estuviera callada tenía sentido, pero sentía que, si no les decía la verdad, ellos perderían parte de su confianza en mí, y eso era lo que más importancia tenía en el escuadrón. Cada uno de nosotros teníamos la certeza absoluta de poder dejar la seguridad de nuestras vidas a los que estaban sentados ahí.

—Hace unos meses, antes de la reunión de la FEMEX y de que tuviera lugar el cambio de poder en Teseo, se confirmó que la enfermedad que mi padre, Lacroix Saburo, tenía era a causa del ryuno. Se confirmó que el ryuno es cancerígeno.

Layla, Runa, Kasib, Finn, Roland y Suzan se quedaron pálidos, incapaces de procesar que las palabras que acababan de escuchar hubiesen salido de la boca de su teniente. Hans, por otro lado, mantenía su mirada imperturbable posada en mí, como si no le afectase esa información, como si ya lo hubiese aceptado tiempo atrás.

—Esto no significa que por usar el ryuno vayáis a enfermar de manera inexorable y muráis a los pocos años. A pesar de que todavía queda más investigación que llevar a cabo para llegar a un resultado concluyente, se hipotetiza que el cáncer se desarrolla a causa de un uso continuado e intensivo del ryuno. Mi padre murió a los ciento veintidós años y fue el uso diario y extensivo que hizo del ryuno lo que resultó en su enfermedad. Pero el hecho de que sea una consecuencia a largo plazo no quiere decir que se deba omitir. Desde la Guerra de Tairo, que finalizó hace más de dos siglos, Teseo nunca se ha visto envuelto en un conflicto armado de verdad, y menos con los conocimientos actuales que tenemos del ryuno. Eso quiere decir que desconocemos a los extremos que tendremos que llegar y la cantidad de energía que derrocharemos con el ryuno si queremos salir victoriosos en esta guerra.

»Es por ello que, a la luz de esta nueva información, os doy la oportunidad de renunciar a vuestra posición en este escuadrón y en la guerra que está por comenzar. De hacerlo, no se os sancionará de ninguna manera ni se os menospreciará. La vida de cada uno de vosotros es suficientemente valiosa como para ponerla por delante de cualquier otra cosa. Pero si decidís quedaros, ya no habrá vuelta atrás, se esperará el máximo de vosotros y en caso de que abandonéis más adelante, se os tratará como desertores.

Por mucho que hubiese dicho esas palabras con el tono más frío que pude usar, no vi ni una sola mueca de duda en los rostros de mi escuadrón.

—Bien, a la luz de esta nueva información, quien siga dispuesto a dar su vida por Teseo que alce el brazo.

Como si se tratase de un movimiento entrenado, siete brazos se elevaron hacia el techo al unísono, sin un rastro de duda en los rostros de sus portadores. Todos me observaban impasibles, con una seguridad absoluta de lo que estaban haciendo. Incluso los ojos de Finn tenían un cierto brillo especial, como si esa nueva información fuese una mayor motivación para seguir adelante.

—Bien, me alegra confirmar vuestro apoyo a esta causa. He de recalcar que esta información es confidencial, no puede salir de esta sala. La decisión del alto mando es ocultarla hasta que termine el conflicto, no nos podemos arriesgar a que esta verdad afecte al espíritu de los ciudadanos y soldados tesianos. ¿Enten...?

Antes de que pudiese terminar mi pregunta, un sonido ensordecedor invadió la sala del comedor en la que nos encontrábamos.

Una alarma.

Salimos corriendo hacia el gran ventanal que daba al satélite de Nekumi y nos encontramos con la imagen que confirmó lo que se había estado construyendo durante los últimos años. Decenas de naves surgían una tras otra en el espacio exterior de Nekumi y se introducían en la atmósfera del satélite, sin ni siquiera prestar atención a nuestra presencia.

—¡Todos a sus puestos de inmediato! —ordené.

—¡Sí, teniente! —respondieron al unísono mientras desaparecían de mi vista a toda velocidad hacia el puesto que tuviesen asignado.

Yo permanecí un poco más, observando cómo las decenas de naves se habían convertido en un centenar. Parecían pequeñas rocas en la lejanía que se veían absorbidas por la fuerza gravitacional del satélite y se introducían en su interior, desapareciendo en la densa atmósfera. Entonces, una nave cinco veces más grande que el resto, salió del espacio curvo siguiendo el mismo camino. Parecía que esa era la última, todos los efectivos que Zelo había enviado en su primer movimiento en esa guerra habían llegado.

Oficialmente, la guerra interestelar había comenzado.

—*Envía la grabación de las naves enemigas a Teseo y enciende motores* —dije conectándome al sistema de control de la nave—. *Ponemos rumbo a las coordenadas objetivo de Nekumi.*

Obtuve un pequeño sonido que confirmaba la recepción de mi orden y sentí una fuerte vibración. Tragué saliva, dedicando una última mirada a las naves que se divisaban cada vez más lejos, y me dirigí a la cabina de control de la nave.

Lo que antes era una masa de colores grisáceos y marrones se había convertido en una sustancia densa que inutilizaba casi todos nuestros instrumentos de medición. Ya habíamos pasado las capas más exteriores de la atmósfera de Nekumi y nos quedaba poco para llegar a la superficie. En los veinte minutos que llevábamos descendiendo la vista había sido la misma: inexistente. De no ser por el rastro de balizas que había suspendidas en el aire, no sabríamos si íbamos por la ruta correcta o si estábamos a punto de chocarnos con una montaña enorme. Con suerte, algo así les ocurriría a los zelianos, quienes presuntamente no tenían tanta información de ese satélite como nosotros.

Entonces la panorámica de la nave se transformó. Como si alguien nos hubiese quitado la manta que nos cubría, una gran cantidad de información nos inundó. Era como si hubiésemos entrado en un mundo nuevo. Un terreno extenso, que se perdía donde la vista no llegaba, nos dio la bienvenida. Decenas de montañas, barrancos y acantilados daban forma a una orografía yerma de color gris, marrón y negra. Mirases donde mirases solo existía esa superficie rocosa, salpicada indiferentemente de pequeños lagos y cascadas de un agua de un color muy oscuro. Si dirigías la vista al cielo, desde donde acabábamos de salir, podías ver una sustancia homogénea que se extendía por todos lados, una capa uniforme que no tenía ninguna fisura ni deformidad, un cielo plano y aburrido que encerraba ese mundo interior.

Sin necesidad de dar ninguna orden, la nave redujo la velocidad de descenso y maniobró para dirigirse a una montaña que teníamos en un lado. Ninguna de las ocho personas que nos encontrábamos en la cabina de control éramos capaces de decir nada, todos estábamos fascinados por la vista. Incluso Tango, que observaba la geografía de Nekumi desde mi lado, parecía asombrado por ese mundo nuevo.

La montaña a la que íbamos se hizo cada vez más grande, hasta mostrarnos una grieta gruesa que había pasado desapercibida en la distancia. Nos introdujimos por ella y nos quedamos a

oscuras debido al contraste de la poca luz que se filtraba al interior de esa construcción rocosa.

Al cabo de unos minutos, el movimiento cesó y delante de nosotros vimos unas luces que nos daban la bienvenida.

—Han llegado a su destino —sonó la voz del sistema de control de la nave en los altavoces de la cabina.

Al bajar de la nave tuve la extraña sensación de ser más liviana, como si me hubiese quitado un pesado chaleco de mi cuerpo. Era la primera vez que andaba en una gravedad inferior a la terráquea o la tesiana.

Para cuando estuvimos todos fuera teníamos a otras ocho personas observándonos. Dos de ellas, las que estaban en primera fila, nos examinaban con templanza.

—Bienvenidos a Nekumi.

Al ver quiénes eran me quedé inmóvil. Merlow había optado por suprimir esa información tan valiosa, había omitido decirnos que a la cabeza del escuadrón de reconocimiento de Nekumi, quienes nos iban a dirigir y asistir en esa misión, se encontraban Kristin Sage y Eivol.



3. Fiesta

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 19:30

La tensión se podía cortar en el ambiente. Las dieciséis personas que formábamos los dos escuadrones nos encontrábamos rodeando un gran proyector holográfico, enfrentados unos contra otros. Nadie se atrevía a hablar. Algunos porque no entendían del todo a qué se debía esa tensión, otros porque preferían no afrontar el tema, como si al ignorarlo dejase de ser cierto.

Eivol me observaba con seriedad. Tenía el rostro marcado por dos cicatrices en las mejillas, una vertical y otra angulosa, ambas causadas por el choque de mis puños contra los huesos de su cráneo. Se podría haber regenerado esa parte de la piel, pero parecía que prefería tener el recordatorio de lo lejos que estaba dispuesta a llegar, algo que me había sorprendido hasta a mí. Ya no había rastro de la actitud jovial que tanto le caracterizaba. Su rostro estaba pálido, vacío, como si no quisiera mostrar sus pensamientos.

A su lado, un paso por detrás, se encontraba Kristin. En su cara podía leer perfectamente lo que estaba pasando por su mente, seguía siendo un libro abierto para mí. Tristeza, tenía pura congoja. Tanto porque la situación global hubiese escalado al momento actual, en el comienzo de una guerra interestelar, como el estado de nuestra relación, tanto entre ella y yo, como con el resto del escuadrón. Todo se había echado a perder, y sabía que en parte Kristin se culpaba a sí misma.

Terminé la ronda de reconocimiento del resto del nuevo escuadrón. De las seis personas, identificaba a tres de nuestra misma promoción militar, a otro de ellos le había visto en la base varias veces, y los últimos dos eran completos desconocidos. A juzgar por sus expresiones, Eivol les había puesto un poco al día sobre nuestra situación.

—¿Alguien me puede explicar a qué se debe tanta tensión? —preguntó Roland, quien era incapaz de estar callado más de dos minutos.

—¿Por qué no se lo preguntas a la teniente Hallman? —respondió Eivol sin apartar su mirada de mí.

Como si hubiese acatado su orden, Roland me miró fijamente esperando una respuesta.

—Suzan y tú habéis tomado los puestos de ellos dos. Antes, Kristin y Eivol formaban parte de este escuadrón.

—Ah… entiendo… —dijo en un susurro, compartiendo ahora la misma tensión que el resto de personas.

Tanto Roland como Suzan habían venido de la base de Brir, y habíamos optado por no decirles nada sobre el motivo de las dos posiciones vacantes, deduje que solo causaría incertidumbre en los nuevos integrantes. Lo que no esperaba era que nos encontráramos con Eivol y Kristin tan pronto, solo habían pasado dos meses, y menos compartiendo una misma misión. Seguía sin entender en qué momento el general Merlow concluyó que eso era buena idea, y más aún sin siquiera avisarme de antemano.

—Esa es la forma suave de contarlo. La realidad es que nos echó del equipo… y no de buenas maneras —dijo Eivol señalando las cicatrices de su cara.

—No lo digas como si no te lo hubieses buscado —contraatacó Hans en mi defensa.

—Suponía que como personas adultas seríamos capaces de separar la vida profesional de la personal —respondió Eivol.

—Fuiste tú quien se cargó esa separación —dije finalmente.

—Lo nuestro fue decisión mutua, no solo de Eivol. Con lo cual, según tu parecer, esas cicatrices las deberíamos de tener los dos, ¿no es así? —contestó Kristin con los puños cerrados.

—Sabes a la perfección cómo ocurrió, en ningún momento quería llegar a ese extremo —dije ignorando su comentario condescendiente.

—Fui a pedirte disculpas…

—Por favor —interrumpí a Eivol—, no me cuentes gilipolleces. Eres tan irresponsable que serías capaz de empezar una guerra interplanetaria sin darte cuenta. Te avisé de que te fueras. No sé a qué fuiste, pero desde luego no a solucionar la situación.

—¿Irresponsable él? —intercedió Kristin boquiabierta—. Pero si eres tú la que es incapaz de mantener el control. Lara, casi matas a uno de tus subordinados. De no ser porque no llevabas tu armadura de ryuno, Eivol seguramente tendría algo más que esas cicatrices.

Tragué saliva sin saber qué responder a esa acusación. En esos momentos era lo último de lo que quería hablar, y menos con espectadores. Ya no me veía capaz de soportarlo, tantas acusaciones, preocupaciones y responsabilidades, tanta carga que solo me servía para lastrarme cada vez más e impedirme pensar con claridad. Ya solo me apetecía encerrarme en una habitación sola y usar el Suzaku para obnubilarme y dejar que mi mente se fuese a un lugar lejano.

—¿Es que ha muerto alguien? Estamos en guerra, señores, ¿a qué se deben esas caras largas? —gritó una voz gutural en la puerta de la sala.

Al girarme vi a un hombre de metro noventa avanzar hacia nosotros. Tenía una gran sonrisa que le iluminaba la cara y se apoyaba encima de un bastón metálico.

—Teniente Hallman —dijo Elroy Sage con un suave ademán de cabeza.

—Comandante Sage —saludé.

—Soy el subteniente Eivol, líder del escuadrón de reconocimiento de Nekumi —dijo ofreciendo su mano.

El comandante la aceptó con poco convencimiento.

—Y bueno, ¿a qué es debido este ambiente? Hoy es un gran día, por fin vamos a tener la oportunidad de poner en su sitio a esos ineptos de Zelo y enseñarles que nuestra posición en la Vía Láctea es la que debe ser.

—El subteniente Eivol estaba a punto de ponernos al día sobre la situación en el satélite, comandante.

—Perfecto entonces, he llegado en el momento justo —dijo levantando el prominente bigote de sus labios.

Eivol me dedicó una mirada extraña y se dirigió al proyector holográfico que presidía la sala. Este se encendió y apareció una esfera que mostraba la vista que yo había vislumbrado durante días en la órbita de Nekumi.

—Como ya sabréis, Nekumi es un pequeño satélite que orbita alrededor del planeta vecino de Teseo. Su tamaño es una décima parte de nuestro planeta y su gravedad un 25% más liviana. La fuerza gravitatoria es tan elevada en relación con su volumen debido a la gran densidad de su corteza, formada en un 95% de nekumi, uno de los metales más valiosos de la Vía Láctea y el material principal en el sector armamentístico de Teseo. En cuanto a la composición de la atmósfera, es el motivo por el que nos encontramos aquí. La capa exterior, es una composición espesa de diferentes gases que provocan un aislamiento total en la superficie del satélite, ningún

tipo de onda de comunicación es capaz de llegar al espacio exterior. Por otro lado, la atmósfera interior, la que recubre toda la superficie, es muy similar a la terráquea y tesiana.

»En cuanto a la situación social, tardaría bastante más tiempo en poneros al día de todo, pero como ya supongo que conocéis los antecedentes, lo resumiré lo máximo posible. Cuando llegaron las cuatro familias fundadoras a Teseo, a Nekumi llegó otra nave colonizadora financiada por Sharleen Frost-Nyman, la segunda mujer de Henrik Nyman, el inventor de la inmortalidad —añadió haciéndome un pequeño ademán que muchos de los presentes no llegaron a entender—. Los habitantes de Nekumi sintieron envidia de los de Teseo, quienes a fin de cuentas habían encontrado una versión casi idéntica de la Tierra, una joya llena de recursos que explotar. Mientras que ellos estaban encerrados en esta… tierra triste y deprimente. Sumado al odio que ya de por sí tenía Sharleen contra los Olerson por motivos personales, comenzó la llamada Guerra de Tairo, que terminó más de 70 años después, en el 2353, cuando Sharleen falleció y las fuerzas de Nekumi se rindieron. En ese momento la mayor parte de los habitantes de aquí fueron expatriados a otra nueva colonia, Harios, y los que se quedaron se convirtieron en tesianos.

»En estos dos siglos la situación siempre ha estado tensa. La mayor involucración que ha tenido Teseo aquí ha sido en referencia a la minería, del resto se ha encargado el gobierno semindependiente que controla, o más bien controlaba, Nekumi. Desde hace varios años el descontento de los nativos, los descendientes de los primeros colonizadores, se ha visto acrecentado y ha provocado revueltas, huelgas e insurgencias, hasta que hace cinco semanas la situación se descontroló. En este tiempo los nativos se han hecho con el control de Puerto Lofton, la capital de Nekumi, donde además se encuentra el emplazamiento de la única vía de comunicación con el espacio exterior.

»Para empeorar la situación, hemos confirmado nuestras sospechas. Tanto Harios como Zelo han instigado la mayoría de revueltas, al igual que han suministrado recursos y armamento para los nativos. Su objetivo principal ha sido desviar nuestra atención de ellos y afectar a nuestra línea de suministro de nekumi.

Eivol terminó la explicación introductoria y el comandante tomó la oportunidad de intervenir.

—Buen resumen, ahora nos puedes decir la información de su localización, cuántos efectivos nativos hay, qué clase de armamento… es decir, información útil para el ataque que tenemos que hacer.

—Claro —dijo Eivol molesto por su comentario. No estaba muy acostumbrado a dirigirse a superiores, y no le gustaba—. Antes de que llegasen las naves de Zelo y Harios, en Puerto Lofton había quince mil efectivos, la mayoría con armas de energía básicas, y un porcentaje pequeño con armamento de arena dorada…

—Esos cabrones —interrumpió Elroy.

—Como ya he dicho, los nativos han tomado Puerto Lofton como base principal, entiendo que es ahí donde las naves enemigas han aterrizado y están esperando nuestro ataque. Las coordenadas, planos de la ciudad y demás información específica del lugar está en el informe detallado de nuestra investigación de reconocimiento. También hay varios soldados tesianos que estaban antes que nosotros y se han ofrecido voluntarios como guías. Los instrumentos de medición aéreos son muy puñeteros aquí.

—Perfecto, eso es lo que necesitaba saber. Veo que la teniente Hallman ya me ha enviado toda la información referente a las naves de Zelo y Harios —comentó girándose hacia mí—. Mi parte en esta reunión ya ha terminado. No quiero darle al enemigo tiempo para prepararse, haremos el ataque cuanto antes. Debido a que las comunicaciones no son fiables, marco el inicio de la

ofensiva dentro de doce horas, a las 2000 del día 1 de septiembre de 2545, en tiempo universal. Os recomiendo aprovechar nuestro ataque como distracción para realizar vuestra misión de reactivar las comunicaciones exteriores y obtener la máxima información posible de la red de información de Zelo. Y, cuando hayáis terminado, estáis invitados a uniros a la fiesta, siempre son bienvenidos soldados sedientos de sangre como vosotros —añadió con una sonrisa perversa.

Antes de que nos diéramos cuenta, el comandante Sage había desaparecido igual de rápido que había llegado. Como si su presencia hubiese sido un elemento disuasorio hasta entonces, la tensión anterior regresó de inmediato.

—¿Nos puedes dar el plan de nuestra misión? —dije viendo que Eivol no tomaba la iniciativa.

—Nuestro objetivo es doble. Por un lado, reactivar la antena de comunicación exterior que se encuentra en el centro de Puerto Lofton. Segundo, conectarnos a la red local que tienen los nativos, a la cual estarán enlazadas las naves de Zelo y Harios, y robar la mayor cantidad de información que podamos. Para ello, trabajaremos los dos escuadrones conjuntamente para infiltrarnos en Puerto Lofton, aprovechando el ataque del comandante Elroy Sage, justo como ha dicho. Teniendo en cuenta que el ataque es dentro de doce horas, para entonces tendremos que estar listos para infiltrarnos desde una montaña donde haremos base temporal, a diez kilómetros de las afueras de la ciudad.

Me quedé callada, esperando a que nos diera más información. Viendo que no pretendía proseguir, fui a hablar cuando Hans tomó la palabra.

—Eso no es un plan, solo los objetivos de la misión salpicada de un par de datos más. ¿Cómo pretendéis que nos infiltremos en el interior de la ciudad, reactivemos la antena y nos conectemos a su red local?

Kristin, como si hubiese aceptado el reto de su antiguo compañero, dio un paso adelante y nos explicó cómo ocurriría todo.



4. Desconfianza

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 26:00

Todos teníamos la vista fija en nuestros platos de comida. A excepción de dos hombres del escuadrón de Eivol y de los murmullos entre Hans y Runa, nadie se atrevía a hablar. Estaba claro que estos dos últimos habían sido capaces de llevar su relación fuera del entorno profesional mucho mejor que yo. Y no solo no había afectado su relación al escuadrón, sino que les había beneficiado. Ellos dos tenían una confianza que solo se podía obtener tras centenares de largas conversaciones y encuentros íntimos, y esa confianza se contagiaba hacia el resto del escuadrón.

Estaba feliz por él, a fin de cuentas, Hans se había convertido en mi mejor amigo en Teseo, y en esos momentos en el único con el que podía hablar. Sin embargo, me dolía admitir que una pequeña parte de mí sentía envidia por ellos, y no de la constructiva. Me dolía ver que había sido incapaz de crear algo tan estable como lo suyo, que no había sido lo suficientemente buena en eso.

—Teniente Hallman —pronunció Eivol rompiendo el silencio—. En el ataque de mañana usted y su escuadrón irán después de nosotros, encargándose de la retaguardia.

Sin poder evitarlo surgió en mi cara una mueca de rechazo. Primero por la condescendencia que mostraba al hablarme con esa forma de respeto impostado; segundo porque nos relegasen a la defensa, teniendo en cuenta que teníamos un mayor control del ryuno que ellos; y tercero y último, seguía desconfiando del plan que habían definido. Era demasiado básico para la situación en la que nos encontrábamos. Zelo y Harios llevaban preparando esa invasión años, instigando tensión en los nativos de Nekumi y construyendo cuidadosamente una revolución. No íbamos a ser capaces de llegar al centro de la base enemiga con la simpleza que ellos esperaban.

—No estoy de acuerdo, subteniente Eivol —respondí con un tono seco—. Mi escuadrón tiene una capacidad ofensiva superior al suyo, al igual que más experiencia en misiones reales, por ende, nos veo más aptos para liderar esta incursión.

—Puede que tenga razón, pero nosotros tenemos más conocimiento del terreno enemigo.

—Tres semanas no lo recalcaría como mucha diferencia.

Todos observaban el ataque verbal continuo de sus líderes.

—Aun así, es una distinción considerable.

—Pienso que no suficiente respecto a nuestra superioridad ofensiva. Tanto mi equipo como yo preferiríamos ir delante para actuar con rapidez ante un imprevisto.

—¿Estás segura? —intercedió Kristin antes de que su compañero pudiese responder.

—¿De qué? —respondí confusa ante su comentario.

—De que eso es lo que tu escuadrón opina. ¿Acaso lo has consultado con ellos?

—Eh… —sus respuestas tan directas y seguras me habían descolocado—. No hace falta, sé cómo mi…

—Ah, ya veo. Entiendo que hiciste lo mismo al echarnos del escuadrón. Supusiste lo que opinaban y no hizo falta que lo consultaras con ellos, ni siquiera les pediste opinión sobre expulsar a dos de sus compañeros.

Esa no era la Kristin que yo conocía. Actuaba con una seguridad y decisión que no la caracterizaban. Hablaba como… hablaba como yo. Pero no estaba dispuesta a que me tratase de esa manera delante de mi propio escuadrón, no podía perder mi autoridad.

—No era necesario. Conozco a la perfección a mi escuadrón como para saber que fue la decisión correcta, la integridad del grupo y la confianza entre nosotros estaba en juego.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Eivol señalando a sus excompañeros.

Me giré despacio y vi cinco rostros pálidos con la mirada cabizbaja. Layla, Finn, Kasib, Runa y Hans. Este último alzó el mentón cuando clavé mi vista en él, pero fue incapaz de mirarme a los ojos durante más de unos segundos. Apreté la mandíbula, dolida.

Antes de que pudiese recomponerme de ese golpe, Kristin siguió hurgando en la herida.

—Lara, has sido tú la que has debilitado esa confianza de la que tanto presumes. Al no consultar siquiera la opinión del resto del escuadrón cuando nos expulsaste, creaste un miedo inherente en su interior. A fin de cuentas, ¿cómo pueden estar seguros de que uno de ellos no va a ser el próximo que acabe expulsado porque a tu parecer sea necesario?

»El problema eres tú, siempre lo has sido. Es tu falta de confianza en el escuadrón lo que pone en peligro su integridad. Es tu inhabilidad para delegar responsabilidades, tu incapacidad de creer que otros puedan estar a tu nivel, o incluso por encima.

Kristin tomó aire durante unos segundos que sentí como minutos. Era como si me estuviese torturando lentamente y quisiera prepararse para disfrutar del golpe final. Lo peor de todo era que ya dudaba si acaso no me merecía todo aquello.

—El problema es que eres incapaz de confiar en cualquier persona que no tenga por nombre Lara Hallman… —hizo una última pausa antes de terminar de sepultarme—, o más bien… Lara Inagawa.

Las manos se me helaron. Solté el tenedor, incapaz de mantenerlo entre mis dedos sin que se me cayese. Escuchaba el palpitar de mi corazón y sentía cómo nueva sangre llegaba a las yemas, intentando reavivarlas. De repente empecé a ver borroso, las figuras que tenía delante de mí se mezclaban entre sí, realizando piruetas imposibles. Antes de que fuese incapaz de hacerlo, me puse de pie y abandoné el comedor intentando disimular mi estado. Al llegar a un pasillo me apoyé en la pared y me arrastré por ella. Tras girar varias esquinas, llegué a una puerta que se abrió al detectar mi presencia. Ya era incapaz de ver algo tangible, todo eran formas abstractas que me impedían definir dónde acababa un objeto y comenzaba otro.

—Lara, ¿qué es lo…? —llegó la voz de Tango a mis oídos.

No pude procesar el resto. Solo fui capaz de darme la vuelta y colocarme de espaldas a la cama de mi camarote, donde me desmayé.

La noche de Nekumi era todavía más desesperanzadora que el día. No sabía qué hora era en el horario local del satélite, pero la negrura del cielo era absoluta, lo cual facilitaba ver la batalla que estaba teniendo lugar a unos kilómetros de mí. Treinta minutos antes había comenzado oficialmente la guerra interestelar entre Zelo y Teseo. Si ignorábamos los conflictos que seguía habiendo entre naciones de la Tierra, era la primera vez en siglos que dos planetas combatían entre sí. No era algo que me gustase admitir, pero era un espectáculo asombroso de ver. Decenas de miles de personas luchando con todo lo que tenían: ryuno, armas de energía, robots y drones, armamento antigravitatorio y otro tipo de tecnología que nunca había visto. Ninguno de los dos oponentes se había dejado nada en la retaguardia para esa primera batalla.

—Tango, conecta tu visión a la mía y dame control de tus cámaras.

—Ahora mismo, Lara —dijo con la voz pausada y tranquila que había adoptado en el último mes.

Perdí mi visión unos breves segundos hasta que observé lo mismo que instantes atrás, pero unos metros por encima. La primera vez que viví esa experiencia vomité de lo extraño de la sensación, pero ya era capaz de acostumbrarme rápidamente tras la confusión inicial.

Hice zoom en la imagen y reposicioné la localización hacia una parte de la batalla. Vi a un hombre con un escudo de energía luchando contra una máquina zeliana. Era un modelo de robot que no conocía, tenía la forma de ocho pirámides unidas entre sí formando unos pinchos muy agresivos. Se movía mediante expulsión de algún tipo de gas, que lo propulsaba de un sitio a otro, y en varias caras de la máquina había aberturas que disparaban todo tipo de proyectiles. Ninguno de ellos era capaz de atravesar las defensas del tesiano, quien esperaba paciente su oportunidad de atacar.

Entonces, cuando el robot hizo un giro para disparar con otra munición, el tesiano pegó un saltó de cuatro metros que lo propulsó hasta la cúspide de la máquina. Ahí, concentró lo que supuse que era todo su Byakko y produjo una descarga que frio al enemigo, haciendo que cayese al suelo por completo expulsando un humo negro. El hombre pegó otro de esos saltos acrobáticos lleno de adrenalina cuando un proyectil de energía le dio de lleno en la cabeza y la desintegró por completo, dejando un cuerpo decapitado caer al suelo árido de Nekumi.

Intenté apartar la cara como un acto reflejo pero mi visión no cambió. Entonces tuve un impulso de vomitar y di una gran bocanada de aire. Tenía que recordar que estaba usando las cámaras de Tango, y que lo que observaba era una guerra, no unos entrenamientos del ejército grabados.

Pensé en el lado positivo de lo que acababa de ver, la tecnología antigravitatoria del planeta de Kian Noren. Los saltos que había hecho ese soldado tesiano y la agilidad con la que se movía no se debían únicamente a la menor gravedad de Nekumi o al Byakko de su armadura, sino a los dispositivos que Nerón nos había cedido, o más bien su difunto presidente.

Ese era el tema que quería tratar con Merlow el día que fue asesinado por la bomba de la AVF. Afortunadamente, Kian fue precavido, y tenía un plan de emergencias en caso de que su tapadera fuese descubierta. Al día siguiente le llegó un mensaje pregrabado a Merlow donde le comunicaba qué necesitaba que hiciese por él en caso de su muerte con relación al gobierno de Nerón: quería que contase la verdad y que el gobierno de su satélite apoyase la causa de Teseo. También hablaba del cargamento de tecnología antigravitatoria que había enviado a nuestro planeta un mes posterior a su partida, cómo funcionaba y qué provecho se le podía sacar. Por último, recalcaba la importancia de la situación. Si él moría significaba que la AVF y Zelo finalmente se habían quitado la máscara y la guerra estaba por comenzar. No podíamos permitirles ganar, teníamos que hacer todo lo que estuviese en nuestra mano para evitar ese resultado.

Sus últimas palabras eran una despedida en la que también me daba recuerdos. Solté un pequeño bufido de tristeza. A pesar de lo poco que le había conocido, su muerte me había dolido más de lo esperado.

—¿Me puedo sentar? —sonó una voz detrás de mí.

Me giré sobresaltada para encontrarme con Hans agachándose a mi lado.

El subteniente se acomodó en la misma roca en la que me encontraba y clavó su vista en la fiesta de luces que era esa batalla. Nos quedamos así durante varios minutos, sin pronunciar ninguna palabra ni hacer un movimiento.

—Lo siento mucho por lo de anoche —dijo por fin Hans, comenzando la conversación que había ido a tener ahí—. Debí haber dicho algo cuando Kristin te atacó de esa manera. No debí quedarme quieto dándole la razón…

Después de caer inconsciente, Tango me despertó con una suave descarga eléctrica. Me hidraté y me tumbé a descansar. A pesar de que nunca era capaz de dormir antes de una misión, esa noche caí rendida en pocos minutos. Cuando me desperté fue a causa de un temblor lejano. Al salir de la nave, vi que habíamos aterrizado próximos al espectáculo hipnótico y doloroso que estaba presenciando. Desde entonces había sido incapaz de moverme de ahí.

En todo ese rato, lo ocurrido la noche anterior milagrosamente no había cruzado mi cabeza, como si mi propio subconsciente lo quisiera enterrar en lo más profundo de mi psique. Lo que estaba claro era que se trataba de lo último que quería hablar minutos antes de que empezáramos nuestra misión de incursión en un campo de batalla. Ya habría tiempo cuando saliésemos de ahí, si acaso lo hacíamos.

—¿Qué sentido tiene todo esto, Hans? —dije confundiéndole por mi comentario—. ¿Por qué está luchando toda esta gente? ¿Por qué luchamos nosotros? Mientras que aquí pierden la vida por las decisiones que sus líderes han tomado, Arcas Balliol estará en algún lugar seguro lejos de toda esta violencia. Incluso dudo que Merlow se manche las manos, es más útil dirigiendo a la gente que está ahí sangrando y muriendo.

»Por mucha violencia que he tenido en mi vida, gran parte de ella siendo yo la protagonista, nunca he entendido las guerras. ¿Qué demuestra que alguien tenga más fuerza militar que otro? ¿O que sea mejor estratega? Desde luego no que vaya a ser mejor mandatario, o que sus ciudadanos van a vivir una vida más feliz y próspera, o que va a impulsar políticas más beneficiosas para la humanidad. No, lo único que demuestra es que tiene armas más grandes, más gente que las empuñe y toman acciones más inteligentes con ellas. Ya está.

Para mi sorpresa Hans respondió a mi reflexión melancólica con una risa disimulada.

—Me complace saber que incluso tú tienes dudas de tanta violencia, Lara. Pero, por mucho que me duela, a veces las guerras son necesarias, como creo que es el caso.

Por primera vez en todo ese tiempo, despegó la mirada del campo de batalla y la clavó en mí.

—Me preguntas qué son las guerras. Me gustaría saber cuál es la visión en esto de alguien como Arcas o Merlow, pero hasta que puedas preguntarles a ellos, yo te puedo dar una respuesta que quizás te sirva. Las guerras son el sacrificio de un presente adverso por la evitación de un futuro peor.

Dejé que esa última frase retumbara en el interior de mi cabeza. Imité el gesto anterior de Hans y solté una leve risa, nunca pensé que fuese tan introspectivo. Él se debió de tomar mi respuesta como una indicación de que desarrollase su idea.

—Estamos sacrificando el presente, sembrándolo de muerte y dolor, por la esperanza de evitar un futuro peor. Yo prefiero morir aquí y ahora con tal de que esa muerte evite una realidad en la que Arcas Balliol gobierna sobre Teseo, en la que mis posibles descendientes tienen que acatar las órdenes que dicte un ser como él, donde dejen de tener la libertad que nosotros hemos disfrutado tan a la ligera. Participar voluntariamente en una guerra es la versión máxima de altruismo. Estás dando tu vida para que quienes sobrevivan y las generaciones que están por venir no tengan que conocer esa realidad que tú intentas evitar.

—Pero, ¿cuántas guerras hacen falta? Primero fue contra nosotros mismos, una lucha entre tesianos donde peleamos contra los liberacionistas por tener una ideología diferente. Ahora es esta guerra, en la que presuntamente luchamos como medida de defensa propia, impidiendo que nos pisoteen como si fuéramos insectos. Luego quedará la guerra más importante, la de nuestro

tiempo, donde tendremos que asegurarnos de que somos nosotros los que decidimos qué hacer con nuestro bien más preciado.

»Pero, si acaso salimos victoriosos de las tres guerras, ¿quién nos asegura que no vaya a haber una cuarta o una quinta? ¿En qué momento acabará toda esta maldita violencia? Llega un punto en que me pregunto si realmente nuestra libertad tiene tanto valor, si merece la pena pagar un precio tan alto por ella.

Hans se quedó callado, sorprendido ante esa Lara reflexiva y nihilista con la que nunca había hablado. Pero mis palabras no pudieron con sus ánimos. Con una sonrisa en la cara, dijo:

—Te propongo un trato. Una vez que hayamos derrotado a Arcas y a la AVF, ambos nos jubilaremos. Nos desharemos de nuestras armaduras de ryuno, dejaremos el ejército de Teseo y nos iremos una temporada a vivir a alguna colonia de tercera generación donde todo es extremadamente barato. Si después de que acabemos con la AVF los problemas siguen surgiendo, que a nosotros no nos busquen, ya habremos hecho nuestra parte. Será el problema de otro.

»Pero, Lara, necesito que aguantes un poco más. Sin ti no podremos hacerle frente a Zelo ni evitar que la AVF lleve acabo un genocidio a nivel interestelar. Tienes que aguantar un poco más. Solo un poco más.

Permanecí inmóvil hasta que me sacó de mis pensamientos el sonido de una explosión lejana proveniente de la sangrienta batalla que estaba teniendo lugar a escasos kilómetros de nosotros.

Me puse en pie y le ofrecí a Hans mi mano para que se levantara:

—Acepto el trato. Nos jubilaremos una vez que hayamos derrotado a Zelo y la AVF. En ese caso, vamos a acabar con el primero de nuestros objetivos cuanto antes. Liquidemos a Arcas Balliol.



5. Madriguera

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 33:00

—Os quiero a todos alerta y en guardia —continuó Eivol con el pequeño discurso previo a la misión.

Nunca me había fijado, pero tenía una buena actitud de líder, posiblemente ese puesto se le diese a él mejor que a mí. A fin de cuentas, yo siempre había sido de ir por mi cuenta, tenía muy poca paciencia y me desesperaba la gente incompetente. Mientras que la mirada de Eivol parecía comprensiva y conciliadora.

—No estamos en una misión de prueba en la base de Shiga ni en alguna montaña de Teseo. Estamos en Nekumi, un satélite hostil con una gravedad menor que la que estamos acostumbrados, en el comienzo de una guerra violenta y sangrienta.

Todos iban asintiendo conforme Eivol hablaba. Incluso los que eran sus antiguos compañeros le miraban como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez que habíamos formado todos una pequeña familia.

—Aunque ya os di la información detallada anoche, os quiero recordar los puntos más importantes. Estamos a punto de infiltrarnos en las minas de Lofton, un complejo sistema de túneles que se sumerge a gran profundidad y con una extensión de miles de kilómetros. Las paredes de los túneles están hechas de nekumi, lo que las hace difíciles de atravesar, y hay una variedad de concentraciones de gases que pueden provocar alucinaciones, intoxicaciones o incluso la muerte.

»Por si esto no fuera suficiente, es posible que nos encontremos con nativos de Nekumi, quienes conocen el entramado de túneles a la perfección, pues ellos mismos se han encargado de crearlos en su mayoría. Y dada la situación, no se mostrarán muy amigables ante dos escuadrones de soldados tesianos. Las formas de morir ahí dentro son variadas: intoxicación por gases, caída al vacío en alguno de sus desfiladeros, inanición por quedarte perdido durante semanas, asesinado por un nativo que te encuentre por sorpresa. La mejor forma de evitar cualquiera de estos finales es manteniéndose todos juntos en grupo y siguiéndome a mí. Os he compartido a vuestros DCP la ruta que seguiremos. Es esencial no salirse de dicho camino, ya que es extremadamente complejo retroceder sobre nuestros pasos.

Posó su mirada por el rostro de todos nosotros y al llegar al último, el mío, añadió:

—Recordad, nuestro objetivo es atravesar el campo de batalla, obtener la información que necesitamos y reactivar la red de comunicaciones. Debemos evitar cualquier otro tipo de involucración con el conflicto.

Reí para mis adentros por el hecho de que estuviese recalcando ese hecho tan obvio con sus ojos clavados en los míos, como si no me creyera capaz de aguantar la sed de violencia que tenía en mi interior.

—Si no hay ninguna duda, podemos comenzar. Pasamos a comunicación por DCP.

Sin necesidad de añadir nada más, los integrantes del escuadrón de Eivol descendieron por el pequeño agujero que se abría en la pared, un círculo de un metro de diámetro excavado en la

roca de la montaña que descendía hacia una negrura indescifrable. Al final solo quedamos el antiguo integrante de mi escuadrón y yo, me hizo un ademán con la mano para invitarme a ir primero. Me senté en el suelo helado y, cruzando mis brazos sobre el pecho, me tiré al vacío.

Un cosquilleo recorrió mi estómago durante los primeros metros de caída libre. Luego una curva cerrada al interior pegó mi cuerpo hacia un lateral a causa de la velocidad. Me deslicé sobre la roca pulida con una sucesión de movimientos irregulares, bajadas de distinta inclinación y giros cerrados hasta que al fin una luz rompió la oscuridad. Me puse de pie en el corrillo que el resto de soldados había formado al final del tobogán y me quité de la salida para dejar paso a Eivol, quien apareció unos escasos segundos después.

Estábamos en una pequeña sala esférica de techos bajos. La sensación de claustrofobia no se iba a quedar relegada solo al tobogán de bajada. En total salían nueve pasillos diferentes desde la sala. La única fuente de luz que iluminaba tenuemente nuestros rostros eran unas piedras luminiscentes adheridas en el techo.

Sin necesidad de hablar, Eivol tomó uno de los túneles y el resto le seguimos. Tenía la anchura suficiente para que dos personas fuesen hombro con hombro. A pesar de llevar la armadura de ryuno y la malla interior, al tocar la roca de la pared percibí una sensación helada de hostilidad y desamparo.

Recorrimos el pasillo durante más de diez minutos sin ningún cambio, ni siquiera una curva o inclinación en el terreno. La única variación eran las piedras que de manera irregular iban iluminando nuestros pasos.

De repente Eivol giró hacia la derecha en una apertura que no había percibido hasta que su cuerpo desapareció de mi campo de visión. Nadie dijo nada en la hora en la que estuvimos andando. Sucesiones interminables de túneles oscuros, roca negra como el espacio exterior y el eco de nuestros propios pasos rompiendo el silencio.

Conforme nos íbamos alejando de la montaña en la que nos habíamos introducido en el subterráneo y acercando a la ciudad de Lofton los túneles se iban abriendo. Las paredes se alejaban y los techos se elevaban, como si fuese una predicción de que estábamos cerca de llegar a un sitio importante. La sensación de claustrofobia se iba sustituyendo poco a poco por la de vulnerabilidad. Había llegado un punto en que el espacio se había abierto tanto que era incapaz de ver el final de las paredes y el techo, creando la posibilidad de enemigos escondidos en pequeñas aberturas de la roca dispuestos a atacarnos por sorpresa.

La caminata al menos me había servido para acostumbrarme a la gravedad del satélite. Era un veinticinco por ciento más liviana que la terráquea y tesiana. Lo poco que había andado en la base no había sido suficiente para habituar mi cuerpo a la extraña sensación que tenía, una mezcla entre mayor fuerza y más inestabilidad. Con cada zancada que dabas eras capaz de abarcar una distancia mayor, los saltos eran más altos y con cualquier movimiento que hicieses la fuerza gravitatoria ofrecía menos resistencia contra ti. La parte negativa era la gran inestabilidad que tu cuerpo sufría al no estar acostumbrado a trabajar así. Era como cuando cogías un objeto con la idea de que es muy pesado y acaba resultando en lo contrario, tus músculos ejercen una energía excesiva que provoca que tus movimientos parezcan los de un bebé que no está acostumbrado al funcionamiento de su cuerpo.

Giramos a la derecha por un pasillo secundario que daba a una sala amplia. Antes de tomar el nuevo camino vi un movimiento en la lejanía. Al inicio pensaba que era solo una sombra, pero rápidamente vi que no era así. Se trataba de un niño. Se había quedado fijo en medio del pasillo que habíamos abandonado. Me observaba inexpresivo, como si esperase a que hiciera algo. Entonces desapareció en un túnel lateral sin dejar rastro.

—*Subteniente, no estamos solos, alguien nos está…*

Antes de que pudiese terminar la frase, la apertura que nos conectaba con el camino por el que habíamos venido se cerró. Me giré hacia el resto del grupo para ver cómo las otras dos salidas se bloqueaban, quedándonos aislados entre esas paredes. Seguidamente, de una esquina salió un gas de un tono verdoso.

—¡Poneos todos máscara de Seiryu! —grité.

Sin pensármelo dos veces, me encaré de nuevo a la puerta que había aparecido delante de mí y con la mano recubierta de Suzaku intenté derretir la roca. Activé al máximo el ryuno sin ningún resultado. Hans vio lo que estaba haciendo y se unió a mis esfuerzos con el mismo éxito que yo.

—Es inútil, la roca es de nekumi, es inmune al Suzaku de la misma forma que cualquiera de nuestras katanas.

Eivol era quien había hablado. Estaba apoyado en la pared, inmóvil, como si ya se hubiese rendido. Viendo mi cara de incredulidad, se explicó:

—Esto es obra de los nativos, es una trampa suya, no hay nada que podamos hacer. Saben perfectamente cómo funciona el ryuno y nosotros, lo tienen todo pensado.

—¿Y vas a rendirte así, sin más? ¿Dejar que todos muramos por ese gas sin siquiera intentar salir?

—No vamos a morir, es un gas somnífero. Lo único que nos queda hacer es esperar a quedarnos inconscientes y despertarnos bajo el control de los nativos, ceder a lo que quieran de nosotros.

—No pienso dejar que me capturen, sobre todo si puedo hacer algo para evitarlo.

—No puedes —soltó con condescendencia.

Estupefacta miré a Kristin, quien me dedicó una mueca de desamparo.

—Runa y Finn, id a esa puerta —dije ignorando la rendición de mis antiguos compañeros—. Kasib y Layla, examinad esa de ahí; Roland y Suzan, comprobad el resto de las paredes y techo.

—¿Qué buscamos? —preguntó Roland.

—Cualquier cosa —respondí con la atención de vuelta en la puerta.

Se trataba de un trozo de roca que había caído desde el techo y que tenía la forma casi perfecta del túnel, dejando solo unas pequeñas grietas en la conexión con la pared. Puse mis manos sobre la piedra fría y dejé que el Seiryu se colase por las aberturas hasta rodear por completo la puerta. Hans me imitó y tiramos con la intención de partirla. Por mucha fuerza que hiciésemos era inútil, no cedía ni un milímetro, el nekumi era extremadamente duro y resistente.

En ese momento me arrepentí de haber obligado a Tango a quedarse en la nave. Estaba claro que un campo de batalla no era el mejor lugar para un dron que cada vez tenía más problemas de procesamiento, pero habría sido muy útil tenerle para analizar la roca de ese habitáculo. Cada vez era más obvio que no sabría qué hacer sin él.

Examiné los cantos y vi que en una pequeña hendidura irregular de la pared se formaba un agujero que filtraba la luz del pasillo principal. Vi el camino por el que habíamos venido y en el centro, observándome con curiosidad, el mismo niño de antes, como si estuviese esperando a que me asomase por ahí. No me miraba con desconfianza ni odio, solo con un interés prudente.

—¿Cómo salimos de aquí? —pregunté con la boca pegada a la roca.

El niño no cambió la expresión, solo hizo dos dibujos en el aire con su dedo. Una línea horizontal y otra vertical, formando la letra T. Repitió ese gesto varias veces hasta que se detuvo y, dedicando un último vistazo al ojo con el que le observaba, desapareció de mi campo de visión.

—¡Buscad una te en la roca!

—¿Cómo que una te? —preguntó Layla.

—Sí, algo con la forma te. Una hendidura, un saliente… lo que sea.

Todos nos pusimos a palpar la roca como si hubiésemos perdido la visión. Eivol y su escuadrón, tras la confusión inicial por mi petición, se unieron a la búsqueda.

Recorrí con la yema de los dedos la roca fría de la puerta. Era un bloque liso, tallado de manera artificial. En ningún sitio había una irregularidad o imperfección que se pudiese interpretar como el dibujo que el niño me había hecho. Si me paraba a pensarlo, eso era estúpido, no sabía quién era ese niño ni qué intenciones tenía, pero era la única esperanza que me quedaba.

—¡Aquí hay algo! —dijo uno de los integrantes del escuadrón de Eivol—. Es un saliente con forma de te. ¿Qué hago?

Me giré para ver cómo el gas se acumulaba en el techo de la sala y descendía con peligrosidad hasta la altura de nuestras cabezas.

—No lo sé. Trata de girarlo, apretarlo. No estoy segura de qué…

Antes de que pudiese terminar la frase se escuchó un clic metálico seguido del sonido de unos mecanismos. Las puertas se elevaron con la lentitud que simbolizaba lo pesadas que eran.

—¿Cómo… cómo lo has sabido, Lara? —preguntó Eivol, quien no se había parado a preguntarse el motivo de mi demanda.

—Ha sido por un niño —dije girándome hacia el pasillo principal que se volvía a abrir ante mí —. ¡Ese niño!

Sin poder controlarlo, salí corriendo detrás del culpable de nuestra liberación, no pensaba dejar que se escapara sin darme una respuesta.

—¡Espera! —escuché la voz de Eivol detrás de mí seguida de los pasos de quienes me intentaban alcanzar.

El niño se movía con una agilidad y velocidad sorprendente, haciendo quiebros y giros cerrados. Cada pocos segundos se daba la vuelta y comprobaba que le siguiese, como si estuviésemos jugando al escondite. Entonces llegué a un corredor amplio en el que no había rastro del niño, había conseguido perderme. Reduje la velocidad y anduve hacia el final del túnel, la única salida que tenía. Detrás de mí el resto del escuadrón llegaba con la respiración entrecortada.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Lara? —preguntó Eivol recuperando el aliento—. Aquí no tenemos geolocalización, ahora va a ser imposible volver a donde estábamos. Ya no hay forma de que podamos salir de aquí.

Yo no le escuchaba, era incapaz de que mi cerebro procesase otra cosa distinta de la visión que mis ojos contemplaban.

—¿Me estás escuchando? —continuó irritado acercándose a mi lado—. ¿Eres consciente de…? —fue incapaz de terminar su pregunta al llegar a mi posición.

Delante de nosotros se abría un espacio abierto descomunal, una especie de catedral gigante con altas columnas talladas con motivos decorativos, techos con formas geométricas complejas y paredes con balcones como en el que nos encontrábamos. Trataba de enfocar la vista en el fondo de la sala, pero era incapaz. Por mucho que ese lugar estuviese mejor iluminado que el resto de la mina, mi vista no daba para tanto. Parecía extenderse por kilómetros, como si solo existiese la pared en la que nos encontrábamos nosotros.

A pesar de ello, esa majestuosa construcción no era el motivo que nos había robado el habla a cada uno de nosotros. No. Era el dispositivo que estaba adherido en la barandilla de la balconada en la que estábamos, al igual que en cada una de las innumerables columnas que sujetaban el techo un par de decenas de metros por encima del suelo.

No era experta en ello, pero no había que ser ningún especialista para saber de qué se trataba y qué función tenían. A fin de cuentas, dos meses atrás había estado delante de un dispositivo similar que había acabado con la vida de las figuras más importantes en contra de la AVF.

Una vez más parpadearon las luces rojas de las miles de bombas que ponían el broche final a la decoración de ese lugar sobrecogedor.

Me giré hacia el resto de soldados que tenían la misma cara de estupefacción que yo, cuando identifiqué un olor extraño. Al encontrar la fuente del gas que estábamos respirando, fue demasiado tarde. Como si de un apagón general se tratase, nuestras piernas fallaron y todos caímos al suelo inconscientes.



6. Lofton

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 35:00

Un viento helado golpeó mi cuerpo desnudo. La piel se me erizó y los pezones se endurecieron. Al despegar los ojos y mirar abajo vi que no tenía ni una sola prenda de ropa. Hacía tiempo que no me dejaban inconsciente y me ataban desnuda, parecía que alguien quería hacerme recordar una vieja costumbre.

Miré a mi alrededor y vi al resto del escuadrón y el de Eivol en la misma situación. Al ver el cuerpo desnudo de Kristin después de todo lo ocurrido me invadió una extraña mezcla de añoranza y culpabilidad.

—Veo que ya habéis despertado —sonó una voz gutural que reverberó con el eco del lugar.

Unos grandes focos sustituyeron la luz tímida que nos iluminaba hasta ese momento, descubriendo que nos encontrábamos en la gran catedral que habíamos admirado desde uno de los balcones. Delante de nosotros un hombre con el rostro maltratado por los años vestía ropa negra ajustada y una chaqueta que fácilmente yo habría llevado. Le acompañaba una muchedumbre de gente que nos observaba con curiosidad y temor, incluyendo al niño que había perseguido, quien se escondía en los brazos protectores de una mujer.

—¿Qué hace un grupo de soldados tesianos aquí? —dijo el hombre mayor paseando su mirada por nuestros rostros—. Estáis en el lugar erróneo de la batalla, el campo está ahí arriba —añadió señalando con una media sonrisa el techo que sujetaban las miles de columnas.

Entonces se detuvo en mí y se acercó con precaución.

—Interesante… ¡Atención! —gritó girándose al gentío, como si se tratase del alcalde de un pueblo—. La Liberadora del Tiempo ha venido a visitarnos.

Una gran oleada de exhalaciones de sorpresa inundó la sala, provocando un curioso efecto de sonido debido al eco.

—Supongo que necesitará extraer más nekumi de nuestras minas para liberarnos de las manos temibles de la AVF y Zelo —continuó con el discurso improvisado con un tono irritante—. ¿Habéis venido a eso? ¿A liberarnos?

No desvié la vista de su expresión en ningún momento. A pesar de ello, no era capaz de determinar de qué iba esa persona.

—Está claro que no estáis en nuestro bando. Lo que importa es determinar si estáis del lado de Zelo.

—Zelo —escupió con rabia—. No me hagas reír. Teseo, Zelo o Harios; Merlow o Arcas; la AVF o la Liberadora del Tiempo. Todo eso nos da igual, nos parece lo mismo. Lo único que queremos es que nos dejen todos en paz, que nos dejen vivir tranquilos en nuestro hogar.

Le dediqué una mueca de confusión. Teniendo en cuenta lo que sabía de la historia de ese satélite, la presencia de ese hombre, y sobre todo su mensaje, no encajaba. A fin de cuentas los habitantes reales de Nekumi, los llamados nativos, eran antiguos descendientes de los primeros colonizadores del satélite, es decir, descendientes de los habitantes de Harios. Por lo tanto, no tenía ningún sentido que ese hombre estuviese en contra de Zelo y de Harios, ¿por qué si no

habían hecho esa revolución y facilitado las cosas para nuestros enemigos?

—Veo que ni siquiera la Liberadora del Tiempo está al corriente de la verdadera situación de aquí —dijo el hombre con un tono de sincera tristeza en su voz.

—Explícamelo entonces. ¿Por qué dices estar en contra de Zelo y Harios cuando habéis sido vosotros quienes les habéis ayudado a entrar aquí y cortar nuestra línea de suministro de nekumi? ¿Por qué estáis en contra de aquellos cuyos antepasados colonizaron junto a los vuestros estas tierras?

—¿En serio quieres una clase de historia?

Reflexioné con detenimiento sobre su pregunta. No tenía claro cómo salir de esa situación. Que estuviésemos atados y sin nuestro ryuno no me preocupaba mucho, esa gente no parecía estar armada ni suponer una gran amenaza. Pero los miles de explosivos que seguían parpadeando cada pocos segundos, recordándome su presencia, sí que lo eran. Tenía que averiguar cuál era su intención con todo aquello y cómo podía evitar que las decenas de miles de soldados tesianos que había encima de nosotros en ese instante salieran volando por los aires.

—Sí, quiero conocer el porqué real de la situación.

El rostro del hombre se suavizó al escuchar honestidad en mis palabras, y no el hablar vacío de un político cualquiera.

—Dices que nuestros antepasados y los de Harios son los mismos, y no es del todo cierto. Desde el comienzo de esta colonización hubo una división interna muy notable. Por una parte, estaban quienes sentían envidia del planeta vecino y sus nuevos habitantes. En la cabeza de estos se encontraba Egor Novik, el actual presidente de Harios. Por otro lado, estaban quienes encontraron entre estas rocas negras y cielos oscuros un lugar que se podría convertir algún día en sus hogares, un sitio en el que construir algo propio. Entre otros, mi abuelo, Maxim Lofton, lideraba este movimiento.

»Cuando la Guerra de Tairo comenzó, mi abuelo y el resto que pensaban como él se alejaron del conflicto lo máximo que pudieron. Ellos lo único que querían era construir, no gastar el tiempo que tenían en destruir lo que nuestros vecinos habían empezado a crear, por mucho que en Teseo hubiese montañas verdes y cielos azules. La guerra se alargó más de lo esperado, acabando hasta con la última gota del tiempo que los colonizadores disponían, incluyendo el de personas como mi abuelo. Fueron incapaces de mantenerse al margen de batallas que tuvieron lugar en la tierra en la que querían construir sus casas. Y, a pesar de que en todo momento dejaron claro a ambas partes del conflicto su posición, el resultado fue el mismo.

»En el año 2353 Egor Novik y los pocos seguidores que seguían de su lado fueron expulsados de Nekumi y la paz finalmente llegó, pero para entonces no quedaba nada. Los proyectos de ciudades, las plantas de energía y las estaciones de agricultura y ganado que se crearon estaban todas en ruinas. A mi abuelo y sus compañeros no les quedó otra opción más que pactar con el gobierno tesiano: ellos pondrían el tiempo y recursos necesarios para construir aquí una colonia habitable, y a cambio cederían los recursos y el poder administrativo del satélite.

En el rostro de los ciudadanos que tenía delante se veía reflejado el dolor de esas palabras. Nietos, bisnietos o tataranietos de la misma gente que había sufrido esa miseria. Incluso el niño que había provocado que acabásemos encadenados por las muñecas y desnudos parecía entender parte del pesar que su madre sentía.

—Hace un par de décadas Egor Novik volvió a contactar con nosotros. Ninguno de los líderes originales seguía vivo, así que habló con las personas que estábamos más involucradas en el cambio que queríamos que tuviese lugar aquí, entre los que yo me encuentro. Desde el inicio estaba claro cuál era su intención: repetir los mismos errores del pasado. La única diferencia era

que en esta ocasión no estaban solos, contaban con un gran jugador de su parte, tenían a Zelo como apoyo y mecenas.

»El consenso aquí fue unánime: nosotros queremos la independencia, no cambiar a la gente que habita Teseo. Vuestro planeta nos da igual, solo nos importa Nekumi. Sabíamos que el objetivo final de Egor era tomar el puesto de los líderes de Teseo. Controlar vuestro «maravilloso» planeta —dijo con sorna— y las minas de aquí que tanta riqueza os producen.

—Entonces, ¿por qué habéis cooperado con Harios todos estos años? —preguntó Kristin, que había estado atenta a la conversación.

Yo ya suponía la respuesta, y seguramente ella también, pero quería escucharlo de sus labios.

—Porque era la única posibilidad que teníamos de salir de nuestra situación actual. Nosotros solos contra vosotros no tenemos ninguna oportunidad, pero si nos aliábamos con Harios, quizás surgiría la ocasión en la que podríamos independizarnos y ser por fin la colonia de Nekumi, no lo que hemos sido hasta ahora, las minas de Nekumi.

—Pero así os arriesgabais a acabar bajo el control de Harios y Zelo —dijo Hans metiéndose en la conversación.

—Tampoco creo que hubiese mucha diferencia entre ellos y vosotros, lo único que queréis es el mineral que forma este satélite, nosotros no os importamos. Aunque te mentiría si no te dijera que esto ha llegado demasiado lejos. Nunca pensé que Zelo y Harios fuesen capaces de aniquilar a la FEMEX entera, la organización a la que tratábamos de apelar por ayuda.

—Ya es demasiado tarde para pedir disculpas —dije con el rostro serio—. Te agradezco que me hayas explicado la situación. Pese a que solo sea por encima, entiendo vuestra posición y cómo se ha llegado hasta el punto en el que nos encontramos. Sin embargo, no has llegado a hablar de lo que más importa, ¿qué pretendéis hacer a partir de ahora?

»Yo no soy política ni economista, a mí me es irrelevante que os independicéis de Teseo y forméis vuestra propia nación. Pero lo que sí que quiero es evitar que Zelo se haga con el poder y salvar al máximo número de vidas posibles de soldados tesianos. Soldados que están luchando por mi planeta encima de nosotros, y quienes corren peligro de morir a causa de la cantidad de explosivos que tenéis aquí.

»Así que, Yanis, dime, ¿qué pretendéis hacer a partir de ahora?

El hombre me penetró con su mirada, tratando de ver en lo más profundo de mí. Yo esperé paciente a que respondiera.

—Vamos a seguir haciendo lo mismo que te he contado. Vamos a seguir luchando por nuestro pueblo, por nuestro satélite, por Nekumi. Y si para ello tenemos que acabar con las decenas de miles de soldados de Harios y Teseo que están luchando en el campo de batalla encima de nosotros, lo haremos, con tal de que nos toméis en serio de una vez por todas.

Había hablado más de la cuenta. Después de narrarme todo lo que me había dicho, estaba claro que en el momento de la batalla no combatirían en una guerra en la que no tenían nada que ver, que abandonarían a nuestros enemigos a su suerte. Pero sin darse cuenta, había mencionado algo extra, una pieza de información que si era cierta resultaría en muy malas noticias.

—¿Cómo que Harios? También hay soldados zelianos luchando, ¿no?

No hizo falta que respondiera, la expresión en la que se contrajo su rostro al darse cuenta de que se había ido de la lengua confirmó mis sospechas. Todos los soldados que combatían en las fuerzas enemigas eran de Harios, no había ni una sola persona procedente de Zelo encima de nosotros. En ese caso se planteaba una pregunta muy obvia: ¿dónde estaban los soldados zelianos?

Cerré los ojos apesadumbrada. No había forma de contactar con Teseo o el comandante

Takumi, es más, seguramente ya sería demasiado tarde. Apreté los puños con fuerza y devolví la atención al problema que tenía entre manos. Era mejor enfrentar los obstáculos de uno en uno. A fin de cuentas, seguía atada y desnuda con el resto de mi escuadrón debajo de un campo de batalla repleto de explosivos.

—Sí, está bien, solo hay soldados harianos. Ya no importa que sepáis esa información, es demasiado tarde. Y, aunque no tengo nada en contra de tu grupo y tú, sintiéndolo mucho no me queda otra opción más que dejaros aquí, no puedo arriesgar a mi gente y la posibilidad de éxito de nuestro plan solo por dejar que viváis. Todos nosotros nos esconderemos en las profundidades de estas cuevas, donde tenemos refugio, agua y comida. Cuando el pueblo esté a salvo, activaré los explosivos para acabar con vuestras vidas. Y dentro de unas semanas o meses, cuando llegue el momento necesario, regresaremos para construir de una vez por todas el hogar que nos merecemos.

—No servirá de nada, el nekumi tiene una dureza y resistencia extrema —soltó Roland con un aspaviento de arrogancia.

Lofton le dedicó el mismo gesto de superioridad, pero en su caso estaba bien fundamentada.

—¿Y cómo te crees que se extrae el nekumi de las minas, chaval? Nosotros habitamos entre estas rocas, las hemos creado a nuestro antojo. Sabemos cómo moldear y jugar con el nekumi a la perfección. Todos estos explosivos son los que se usan en las excavaciones, y están creados única y exclusivamente para quebrar el metal que tanto amáis.

A mí me había surgido la misma duda que a Roland, pero suponía que un problema tan obvio no les detendría a quienes habían nacido y crecido en ese satélite oscuro.

Me giré y posé la vista en los ojos de mis compañeros. No hizo falta que habláramos por el DCP, todos sabían lo que mi mirada significaba. Yo solo estaba buscando un gesto que me indicara que no lo hiciera. Ni siquiera Kristin o Eivol fueron capaces de decírmelo. Cuando volví a poner la atención en Yanis, hablé con templanza y calma:

—No tengo nada en contra de ti, tu pueblo, ni la noble causa por la que lucháis. Pero nuestros caminos se han cruzado y estáis en una posición en la que no te recomendaría permanecer. Nosotros tenemos más recursos militares y experiencia en combate. No quieres tenernos en el bando contrario. Así que te lo voy a pedir una única vez: soltadnos de estas cadenas, devolvednos las armaduras de ryuno y cooperad en todo lo que os pidamos.

Yanis tenía más confianza de la que podría esperarse de un hombre con su cuerpo débil y envejecido. Miró a un par de personas que le devolvieron la misma sonrisa soberbia que él tenía y respondió:

—¿O qué? Normalmente se suele terminar con una amenaza. Pero la realidad es que, por mucho que te cueste aceptarlo, no tenéis nada que hacer. Estáis encadenados y separados de vuestro querido ryuno y nekumi que ha sido extraído de estas mismas minas. No hay nada…

—No es necesario que verbalice mi amenaza, mi mirada y mis acciones pasadas hablan por sí solas.

La sonrisa se sustituyó por una mueca de duda. Cuando se atrevió a mirarme a los ojos, dio unos pasos hacia atrás, como si una fuerza invisible le hubiese empujado. Pude apreciar que su mentón temblaba y el rostro le palidecía. Entonces, como esperaba que sucediese, su inseguridad se convirtió en odio. Apretó con fuerza los puños y se giró hacia el público que observaba encandilado el espectáculo:

—¡Todos a los niveles inferiores de las minas! —se volvió hacia mí y añadió—. Vamos a volar por los aires el techo de la catedral.

Con un simple golpe seco partí la unión que mantenía mis muñecas fijas a la cadena que

descendía de la pared. Las pocas personas que habían empezado a moverse se quedaron inmóviles al ver que el acto todavía no había terminado.

Yanis reaccionó más rápido de lo que habría esperado. Alcanzó la pistola de energía que descansaba sobre el muslo de su pierna y disparó una sucesión de cargas a máxima potencia sobre mi abdomen, pecho y cabeza. Como efecto de los impactos retrocedí un par de pasos. Al incorporarme reanudé el camino hasta el cuerpo indefenso del hombre que pretendía asesinar a decenas de miles de soldados en nombre del bien de su pueblo. En su cara ya no había rastro alguno de la confianza, soberbia o ira que poseía hasta entonces. Solo miedo, puro terror.

—¡No des ni un paso más o activo los explosivos! —gritó como último recurso.

Yo seguí acortando los metros que nos separaban. No hacía falta que recalcase el hecho obvio de que, de cumplir su amenaza, él mismo y la gente que quería proteger moriría.

—¡He dicho que te detengas!

Alargué mi brazo hasta su cuello y le levanté unos centímetros del suelo.

—Yanis, me das pena, ya que veo cierta parte mía en ti. Tú y yo no somos tan distintos, ambos estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para salvar la vida de nuestra gente. La diferencia es que yo estoy dispuesta a llegar mucho más lejos. Yo me he convertido en una asesina letal. No necesito del ryuno para ser capaz de acabar contigo y con toda la gente que hay en esta sala. Yo he nacido, he entrenado y he sufrido para llegar a donde me encuentro hoy. He perdido la poca humanidad que me quedaba en mejorar mi cuerpo con modificaciones que lo hiciesen más mortífero todavía. Me he convertido en la Liberadora del Tiempo, en el arma destructiva más eficaz de la historia.

»Así que, te lo repito por última vez. Suelta al resto de mi escuadrón y ayúdanos a acabar con todos los soldados de Harios.



7. Galípoli

Lara Hallman: 13 del otoño 566, 35:30

La energía y la sensación de fuerza que el ryuno proporcionaba a mi cuerpo regresó. Cada vez tenía una mayor dependencia de ese material, de esa droga, y no me gustaba. Pero, una vez más, ese problema ya lo enfrentaría en un futuro, si acaso tenía uno.

—Eivol, tomo control de la situación —anuncié remarcando lo que ya había ocurrido.

Él asintió. Podía decir muchas cosas en contra suya, pero la falta de profesionalidad no era una de ellas. Dada la situación, estaba claro que todo aquello le quedaba demasiado grande, era necesario improvisar, y a mí se me daba muy bien.

—Yanis, vas a hacer lo que te pidamos por dos motivos. El primero, y quiero que lo tengas en cuenta todo el tiempo, tu vida y la de esta gente depende de ello —dije señalando a la audiencia que habíamos obligado a que se sentara en el suelo de esa catedral kilométrica—. Y segundo, porque vosotros también vais a salir beneficiados de esto.

El rostro del hombre se tornó en una mueca de sorpresa ante mi última frase.

—Si logramos lo que quiero conseguir, obtendremos esta victoria de la manera más efectiva posible, y será todo gracias a vuestra ayuda. Es algo que se tendrá en cuenta para cuando termine la guerra y tengamos que ver qué queda después de ello.

Sin mucha ilusión asintió, era a lo único a lo que se podía aferrar.

—¿Cuál es el plan, teniente? —preguntó Hans.

—Está claro que la situación ha cambiado. Por mucho que nuestra misión fuera quedarnos al margen de la batalla y centrarnos en nuestros objetivos, no nos queda otra opción más que ayudar al comandante Elroy. Pero es importante completar nuestro propósito anterior. Con lo cual, nos dividiremos en dos grupos.

»Eivol, tu escuadrón y tú os encargaréis de los objetivos originales: restablecer la comunicación con el exterior del satélite y minar toda la información que sea posible de la red local de Harios. También te llevarás a Kasib, Roland y Suzan. Dejo en tus manos el desarrollo de la misión. Yanis os dará dos personas que os sirvan de guía para que podáis salir a la parte menos transitada de la ciudad y llegar a las localizaciones necesarias.

—Entendido, teniente —dijo Eivol.

—Por otro lado, nuestro objetivo ha cambiado a ganar esta batalla con un solo golpe —anuncié girándome hacia mi escuadrón—. Vamos a aprovechar las molestias que se han tomado estas personas en llenar el suelo del campo de batalla de explosivos para acabar con las fuerzas de Harios y minimizar nuestras bajas.

»Finn, Runa y Layla, vosotros os quedaréis aquí abajo asegurándoos que Yanis coopera y que, cuando llegue el momento adecuado, esta sala estará evacuada y los explosivos se activarán.

Los tres aprobaron su nueva asignación. Layla le dedicó una sonrisa con sorna a Yanis, estaba claro que dejaba en buenas manos el cuidado del rehén.

—Por último, Hans y yo nos encargaremos de la parte más complicada. Debemos internarnos en la batalla y provocar una retirada de nuestro bando para que solo los soldados de Harios

permanezcan en el suelo que explotará. Para ello, tenemos que encontrar a un líder de batallón. Solo ellos llevan las señales necesarias para ordenar la retirada.

»El comandante Elroy ha traído cinco batallones. Nuestro objetivo será encontrar una de estas cinco personas, usar su pistola de señales, si es necesario por la fuerza, y disparar el humo blanco. Sin necesidad de hacer nada más, el resto de líderes de batallón replicarán la orden y todos los soldados se retirarán sin necesidad de saber el porqué. Una vez estén nuestros efectivos a salvo en las montañas, le daremos la confirmación al equipo de aquí abajo para que terminen el trabajo. ¿Entendido?

—Sí, teniente —pronunciaron todos al unísono.

Un escalofrío recorrió mi ser entero. Mi cuerpo sabía que se avecinaba violencia, sangre y muerte, y lo anhelaba. Observé mi mano y la cerré en un puño. Sentía el poder que emanaba, la fuerza que pedía salir de mí.

—En ese caso, comienza la misión Galípoli.

Eivol, junto a Kristin, Kasib, Roland, Suzan y el resto del otro escuadrón, desaparecieron guiados por dos de los nativos por uno de los túneles excavados en el nekumi negro. Hans y yo hicimos lo mismo por otro de los caminos. Íbamos detrás de un chaval que no llegaría a la veintena de años, seguramente nunca había tenido la opción de pagar 60 UT para detener su envejecimiento biológico. Se movía con la misma agilidad y destreza que el niño que nos había tendido la trampa, teniendo que incluso pararse al darse cuenta de que éramos incapaces de seguir su velocidad.

—¿Cómo piensas encontrar a un líder de batallón? Tanto nosotros como Harios habrán puesto inhibidores neuronales por todo el campo de batalla, nuestros DCP dejarán de funcionar en cuanto salgamos a la superficie.

—No nos queda otra más que meternos de lleno en el combate y tratar de encontrarles antes de que un robot zeliano o un soldado de Harios nos mate.

—Lara, sabes que no estamos entrenados para este tipo de batallas. Una cosa es combate uno contra uno o en un grupo reducido. Pero aquí estamos hablando de un choque de miles de personas. Las balas de energía, los proyectiles y los ataques van a llover de cualquier lado. Va a llegar un momento que ni siquiera seremos capaces de diferenciar quién está en nuestro bando y quién no.

Pasamos por una pequeña abertura en la pared para la que nos tuvimos que agachar y ascendimos por un túnel en zigzag.

—Lo sé, pero es la única opción que tenemos. Tú trata de no morir ni perder ese dispositivo de comunicación —dije señalando un instrumento que se usaba en las colonias jóvenes con el que te podías comunicar por ondas de corto alcance—*, es la única forma que tendremos de hablar ahí arriba.*

—Estamos a punto de llegar —dijo el chaval con entusiasmo esperándonos en la siguiente esquina.

—Tú mismo dijiste que tendríamos que sacrificarnos si queríamos evitar un futuro peor, ¿no? Pues creo que este es ese sacrificio —dije.

Giramos la esquina y el fragor lejano del combate llegó a nuestros oídos.

—Supongo que sí, este es el momento de…

A mitad de la frase se cortó y en la pantalla del DCP apareció el siguiente mensaje:

DCP fuera de servicio, incapaz de establecer conexión neuronal.

—… sacrificarnos por un futuro mejor —terminó Hans en voz alta.

Yo asentí y di los últimos pasos hasta llegar a nuestro guía, quien se apoyaba en cuclillas en la boca del túnel.

Caos. Esa era la palabra que mejor describía la visión que tenía. Una confluencia de gritos, sollozos, disparos, impactos, explosiones, desgarros, cortes, decapitaciones, salpicaduras y

charcos de sangre, soldados anárquicos, moribundos o huidizos. No importaba dónde pusiese mi atención, en cualquier punto estaba ocurriendo algo: dos soldados luchando con katanas, una persona indefensa en el suelo siendo aplastada por un robot zeliano de cuatro metros, una granada de arena dorada acribillando el cuerpo de varios tesianos, un hombre con traje antigravitatorio saltando una decena de metros y asestando el golpe final a un enemigo despistado…

Hans tenía razón, nosotros no estábamos entrenados para aquello. Pero dudaba que acaso alguien lo estuviese. No había forma posible para prepararse al caos que unos seres de la misma especie estaban protagonizando entre sí.

Me volví hacia el guía:

—¿Recuerdas las indicaciones?

Este cabeceó con ímpetu.

—En cierto momento verás varias señales blancas, eso simbolizará la retirada de nuestros efectivos. En cuanto nuestros soldados salgan del campo de batalla, se disparará una segunda señal roja. Tu trabajo es transmitir de inmediato con tu radio esa señal al equipo inferior. ¿Entendido?

—Sí —afirmó.

—¿Aquí estarás seguro? ¿No te alcanzará la explosión?

—No. La catedral está construida en toda esa extensión plana. En cuanto llegas a las zonas rocosas donde estamos nosotros, aparecen los primeros edificios de la ciudad o asciendes por esos montes, ya no hay peligro.

Era una formación curiosa. Un óvalo de varios kilómetros rodeado por los accidentes geográficos que acababa de mencionar. Como si ese sitio estuviese creado adrede para alojar la matanza que estaba teniendo lugar.

—Yo iré al epicentro de ahí, tú a ese, ¿entendido?

—Está bien —respondió Hans manteniéndome la mirada, tratando de alargar ese momento lo máximo posible—. Ten cuidado, Lara, dudo que pueda encontrar a un superior del que esté dispuesto a acatar sus órdenes. No quiero empezar a odiar mi trabajo.

La comisura de mis labios se tornó en una sonrisa tímida.

—No te preocupes, todavía me quedan muchas órdenes que darte. La siguiente es: no mueras. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

Nos fundimos en un abrazo en el que nos dijimos todo lo que nuestras personalidades frías y duras eran incapaces de pronunciar en palabras, y cuando nos separamos teníamos el cuerpo entero cubierto de ryuno, a excepción de los huecos casi imperceptibles que necesitábamos para poder ver y respirar. Sin decir nada más, ambos echamos a correr, cada uno hacia un lateral.

Nuestros soldados tenían dos tipos de vestimentas: quienes llevaban armaduras íntegras de ryuno, cuyo color era negro con tonos suaves imperceptibles en la locura de la batalla; y quienes llevaban un traje antigravitatorio de color blanco y azul. El resto eran enemigos, no importaba si se trataba de un robot zeliano de la forma que fuese, o un soldado arrastrándose por el suelo con una pierna amputada por el filo de una katana de nekumi.

Mi primera víctima en esa batalla fue una mujer centrada en bloquear con una especie de escudo de energía los disparos de ryuno que una soldado tesiana arrojaba sobre ella. Solo tuve que desenvainar mi katana e introducirla en su espalda mientras corría hacia una de las aglomeraciones.

El número dos, tres y cuatro fueron un grupo de soldados más inteligentes que estaban espalda

con espalda para evitar acabar como su anterior compañera. Gracias a mi recubrimiento de carbino no tuve que preocuparme de la protección de sus disparos de energía y pude concentrar gran parte de mi Seiryu y Suzaku en una masa amorfa en mis manos. Al hacer contacto con sus cabezas agonizaron de dolor hasta que a los pocos segundos su voz se apagó.

Me llevé el primer impacto poco después de terminar con mi sexta víctima. En mi visión periférica apreció un objeto acercándose a mí a una velocidad amenazadora. No tuve tiempo de girar mi rostro, pero sí fui capaz de crear una protección densa de Seiryu que amortiguó el golpe. Salí por los aires y me arrastré varios metros por el suelo. Me levanté aturdida y desorientada, tratando de identificar el origen de ese molesto ataque. Al ver una figura reconocible supe que había sido el culpable. Un robot modelo ZL88, las máquinas zelianas de cuatro metros de alto con un arsenal incorporado. Sin darme tiempo a levantarme, lanzó una sucesión de varios proyectiles iguales al primero. Salté rodando para esquivarlos. Iba a ser una molestia complicada de solucionar.

Cuando estaba en el proceso de diseñar un plan de ataque, una figura humana apareció en el aire y descendió hasta aterrizar en la parte superior del robot. Inmediatamente la cabeza empezó a humear y la máquina se derritió hasta quedarse en un montón deforme de metal. La combinación de ryuno y traje antigravitatorio era una mezcla peligrosa. Agradecí la ayuda del soldado y reemprendí la carrera.

No tenía muy claro cómo iba a encontrar a uno de los líderes de batallón. Debido a que nuestras armaduras eran mutables, no tenían ningún distintivo entre ellas. Mi única idea era ir preguntando a cada uno de los soldados tesianos con los que me encontraba si eran uno de los líderes o si sabían dónde estaban. Mi suposición era que si me acercaba a uno de los focos de la acción habría más posibilidades de acertar, pero también aumentaba la probabilidad de morir. Era un intercambio al que me tenía que comprometer.

Los siguientes quince minutos fueron confusos. No sé a cuántos enemigos maté, las veces que me dispararon, las ocasiones que acabé arrastrándome por el suelo o el número de personas a las que interrogué. Estaba comenzando a pensar que mi plan había sido una mala idea, eran demasiados soldados tratando de arrebatarse la vida entre ellos como para encontrar a una persona específica.

Desconocía cuánto tiempo llevaban luchando, pero no parecía que a la batalla le quedase poco tiempo para terminar. Cada vez que veía a un tesiano caer abatido al suelo o desangrarse por un disparo de arena dorada me maldecía. Yo podía evitar todo aquello, solo tenía que conseguir que saliesen del campo de batalla.

Escuché un sonido agudo y molesto detrás de mí. No era ninguno de los aerodeslizadores que sobrevolaban nuestras cabezas, ni tampoco las pequeñas naves enemigas con forma extraña de óvalo. Supuse que se trataba de algún tipo de proyectil pesado o explosivo especial, pero al girarme distinguí una imagen que me llenó de felicidad. A poco más de un kilómetro surgía desde el suelo hasta lo alto del cielo una columna blanca formada por un humo denso, una torre etérea que simboliza la retirada inmediata de todos los efectivos tesianos. Una señal de derrota incuestionable.

—¡¿Has encontrado a uno de los líderes de batallón?! —pregunté estúpidamente a Hans recalcando lo obvio.

—Sí. He tenido que dejar inconsciente al capitán, no he conseguido convencerle —sonó su voz por la radio que tenía en la mano.

Dos sonidos agudos seguidos de altas columnas de nubes blancas se sumaron a la primera, cada una en un extremo del campo de batalla. Eso significaba que ya habían muerto dos de los

cinco líderes de batallón.

—No pasa nada, supongo que cuando volvamos a la base entenderán tus actos. Ahora encárgate de poneros a él y a ti a salvo.

—Lara… —escuché su voz dubitativa y crispada—. ¿Estás segura de que ha sido una buena idea lo que hemos hecho?

Observé la radio alarmada, como si de esa forma pudiese ver la cara de Hans para tratar de obtener más información sobre su comentario.

—¿De qué estás…? —empecé.

No hizo falta que continuara, al alzar la vista obtuve la respuesta que buscaba. Según nos habían enseñado, esa señal blanca no daba lugar a réplica, en el caso extremo de que la vieses, debías correr con la mayor urgencia posible hasta una zona alejada del conflicto. Eso significaba dejar de pelear contra el soldado con el que estuvieses luchando, ignorar los disparos que viniesen hacia ti y, sobre todo, dar la espalda a tus enemigos. Era una opción de último recurso que nosotros habíamos tomado demasiado a la ligera.

No importaba dónde mirase, en todas partes podía ver soldados harianos descargando sus armas a bocajarro en la espalda de mis compatriotas. Muchos de ellos con escudos de Seiryu o Genbu en su espalda, eran incapaces de bloquear los disparos que les alcanzaban de todas las direcciones.

—Tengo que hacer algo —sentencié a través de la radio.

—¿El qué? —respondió Hans con miedo en sus palabras.

—Solo lo necesario.

Hice un barrido con los ojos hasta que localicé mi objetivo. A cien metros de mí tenía un ZL88 con la visión fija en un grupo de tesianos que escapaban hacia los edificios de la periferia de la ciudad de Lofton. Me acerqué por detrás de su rango de visión y recogí la armadura de ryuno de varios soldados muertos por el camino. Cuando llegué el ataque fue rápido y certero: corté con las katanas las extremidades que utilizaba para moverse mientras introduje una gran cantidad de Seiryu y Suzaku en su interior. Tras mi primer encuentro con ese modelo de robot en las pruebas del ejército, había estudiado su fisonomía y funcionamiento con dedicación. Sabía qué conductos y cables tenía que cortar para hacer que dejara de funcionar sin afectar a su fuente de alimentación, la parte que me interesaba. En apenas unos segundos, la máquina cayó con un gran estrépito sobre la tierra arcillosa.

Con la katana corta activada, seccioné su pecho hasta llegar a mi objetivo, las baterías que le dan vida a esa máquina. Si hubiese tenido a Kay o Harlan ahí me habrían explicado que en realidad no eran baterías, sino un reactor en miniatura donde átomos colisionaban para generar energía de manera casi ilimitada, o quizás se trataba de un envase de energía oscura… Me daba igual, no sabía cómo funcionaba ni me importaba. A mí solo me interesaba saber que podía usar la energía que generaba ese cacharro para absorberla con mi Suzaku y no morirme si usaba diez, cincuenta o incluso cien armaduras de ryuno.

Miré a mi alrededor y vi decenas de cuerpos tesianos yacer sin vida en el suelo. Personas cuyas familias les esperaban de vuelta en Shiga, Brir o Nordan, hombres y mujeres que no tenían pensado morir a la escasa edad de treinta, cincuenta o setenta años. Al menos su sacrificio serviría para algo más.

Acerqué mi mano rodeada de Suzaku a la batería del robot y sentí el calor que producía. Si no fuese por el propio ryuno, mi mano se estaría calcinando en cuestión de segundos. Mi cuerpo se llenó de una energía desorbitada, un poder que tenía que soltar. Y eso hice.

El ryuno que tenía recorriendo mi cuerpo descendió por mis piernas hasta el metal inmóvil del

ZL88, lo rodeó y llegó hasta el suelo. Entonces se movió y dividió formando unos conductos gruesos que se extendían en los trescientos sesenta grados. Cada vez que hacían contacto con la armadura de ryuno inactiva de un soldado muerto, el canal de Seiryu se dividía y agrandaba, extendiéndose más lejos.

Conforme mi cuerpo sentía que le faltaba energía a causa de la gran demanda que hacía todo el ryuno que controlaba, la batería del robot zeliano liberaba más potencia que mi Suzaku absorbía. Era un sistema que se autorregulaba a sí mismo, manteniendo un equilibrio muy delicado.

Al hacer contacto con el primer ser vivo, el Suzaku de esa zona se activó y percibí los gritos agonizantes del soldado hariano. A los pocos segundos volví a escuchar los alaridos. Este evento se sucedió una y otra vez.

Abrí los ojos y me maravillé al ver lo que estaba creando. Decenas de raíces nacían de mí formando una red que no dejaba de extenderse de manera exponencial por la superficie. Miembros de ryuno que arrasaban con la vida que encontraban en su paso. En la periferia de mi creación decenas de harianos convulsionaban en el suelo hasta que acababan muriendo.

Finalmente, el motivo por el que estaba haciendo todo aquello, surtió efecto. Varios soldados dejaron de disparar a los tesianos indefensos que escapaban del campo de batalla para ver el contorno de muerte que se agrandaba detrás de ellos. Me atacaron con la intención de detenerme. Las pocas balas de energía o de arena dorada que hacían contacto con mi cuerpo se quedaban en una escasa molestia en mi piel. Conforme aumentaba la velocidad a la que el ryuno se extendía, los harianos se fueron percatando de dónde debían poner su atención. Antes de que me diese cuenta, tenía cientos, o más bien miles, de humanos usándome como práctica de tiro.

A pesar de que cada vez los disparos provenían de más lejos, tuve que crear una cúpula de Genbu y Seiryu para protegerme de los proyectiles de mayor tamaño.

La sensación que recorría mi cuerpo era una que nunca antes había experimentado. Era como si la sed insaciable de sangre y violencia que siempre había yacido en lo más profundo de mi interior… por fin se estuviese llenando. Era la primera vez que estaba saciando por completo mis ganas de muerte, pero irónicamente, eso solo hacía que tuviera más. Una rata de laboratorio a la que le suministran estímulos de placer con tan solo apretar un botón es capaz de quedarse golpeando ese botón hasta morir de hambre. Yo acababa de encontrar ese botón, y mi cuerpo no estaba dispuesto a dejar de apretarlo. Con cada vida nueva que sentía cómo desaparecía bajo el poder del Suzaku, unas renovadas ganas de continuar surgían de mi interior que suplicaban más.

Más muerte.

Más sangre.

Más ryuno.

Más.

Llegó un momento en el que mi alcance se extendía varios centenares de metros, y en el borde de este perímetro una aglomeración de enemigos se agolpaba por intentar derribar el origen de esa aniquilación.

—Lara… ¿eres tú? ¿Tú estás haciendo que los harianos vayan al centro? —sonó la voz de Hans en la radio que descansaba en mi regazo.

—S… s… sí…

Estaba soportando tal cantidad de ryuno que, por mucho que la energía no saliese directamente de mí, era muy complicado sacar mi concentración de la tarea de mantener el equilibro de la energía entre las baterías del robot y la que cedía al ryuno que dependía de mí.

—¿Có… cómo? —preguntó apocado—. Bueno, da igual, aguanta un poco más. Todos los soldados se están movilizando para tratar de detener lo que sea que estás creando y han dejado de

atacar a los nuestros. Aguanta un poco más, yo creo que en sesenta segundos todos los tesianos estarán fuera del radio de acción de los explosivos. ¿Tú cómo tienes pensado salir?

Solo el centrarme en las palabras que Hans pronunciaba me costaba horrores.

—No… voy… salir.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Si no sales de ahí morirás a causa de la explosión. Tú has visto la cantidad de bombas que hay, da igual que tengas todo ese ryuno, el suelo entero va a derrumbarse.

No se me ocurría ninguna forma de escapar ilesa de mi posición sin provocar que los harianos disparasen a nuestros soldados, y mucho menos después del estado físico en el que me encontraría cuando me deshiciese de todo ese ryuno. Pero, aunque existiese tal posibilidad, ya dudaba si no era mejor ignorarla. Por primera vez en mi vida, estaba viendo lo que realmente había dentro de mí, el poder destructivo que corroía mi ser. Cuando le había dicho a Yanis Lofton que me había convertido en el arma destructiva más eficaz de la historia no se trataba de una exageración. Me aterraba ver de lo que era capaz, qué era lo que quedaba cuando dejaba que la versión más genuina de mí saliese a la superficie.

Estaba haciendo algo necesario, estaba formando parte de la defensa del mundo libre y justo que se había creado en Teseo y en toda la Vía Láctea, pero no siempre había enfocado esa destrucción para algo bueno. Cuando había atacado a Eivol hasta casi matarle, durante todos mis años como asesina a sueldo en el clan Inagawa, o las ganas de atravesar a alguien que siempre surgían en mí al empuñar mis katanas.

Quizás era mejor si dejaba que todo eso muriese, si acababa yo misma con ese poder destructivo.

Si perecía en ese lugar y en ese momento.

De esa manera ahorraría mucho dolor a la gente que más me importaba. A Kristin, a Kay, a Hans, a Tango, al resto del escuadrón, a Harlan, a Merlow, a Kaja… incluso a Ava o a Clara.

Era la única forma de asegurarme que Lara Inagawa nunca más viviese.

—Tú… en… envía… señal —sentencié apretando los dientes con tanta fuerza que mi mandíbula llegó a crujir—. Yo… bien.

Tomé una bocanada de aire fuerte y añadí:

—No… preocupar.

Antes de que Hans pudiese responder, una capa de Suzaku rodeó la radio y la desintegró.

De pronto comencé a convulsionar. El equilibrio que tanto había combatido por mantener se estaba rompiendo. Estaba canalizando tal cantidad de energía que mi cuerpo era incapaz de soportarlo. Percibía miles de estímulos.

El tacto de cómo el Seiryu serpenteaba por la tierra extendiendo su territorio.

Cómo una masa de Suzaku abrazaba a un soldado hasta que dejaba de moverse.

Los impactos de los misiles procedentes de las naves que me habían rodeado en el cielo.

El latir de mi corazón indicándome que estaba en las últimas.

Los recuerdos que se sucedían en mi cabeza uno sobre otro, luchando por el protagonismo de ser la última imagen en mi mente antes de cerrar los ojos para siempre.

Y entonces un estímulo destacó sobre el resto. Un sonido agudo y lejano que continuó durante varios segundos. Con gran dificultad, abrí los ojos y retraje parte de la cúpula para poder ver el cielo. Ahí estaba, la marca que esperaba, la señal de que todo estaba a punto de acabar.

Entre los aerodeslizadores y naves que se aglomeraban encima de mí, una columna de un humo denso de color rojo se alzaba en el cielo.

Por fin pude cerrar los ojos con tranquilidad y dibujar una amplia sonrisa en mi rostro, la

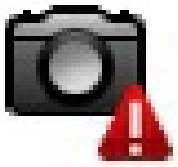
misma que había visto en la cara de Kay tantas veces.

Fui a despegar la mano de la batería del robot zeliano cuando sentí una sacudida descomunal. Confusión. Desconcierto. Descontrol.

¿Y luego?

La antítesis. Calma y seguridad, como si estuviese volando por el cielo disfrutando de la suave brisa sobre mi rostro.

Lo único que pude ver al abrir los ojos antes de caer inconsciente por completo fue un nombre grabado en una chaqueta. Un nombre corto y extraño. Un nombre que ya había visto antes. El nombre de Kian Noren.



8. Desconexión

Kay Olerson: 03 del invierno 566, 20:00

Estaba arrinconado, rodeado por enemigos en todos lados. No había lugar en el que no peligrase mi vida. Una vez más, desconocía cómo había llegado a tal punto, pero Stephan iba a derrotarme de nuevo.

—Tenías razón cuando me explicaste este juego, por muy antiguo que sea, es muy estimulante —soltó para jactarse todavía más de mí.

—Cállate, estoy intentando pensar.

Lo peor de todo era que Stephan llevaba dos meses jugando, yo casi medio milenio. Nunca había sido un prodigio en el ajedrez, pero tampoco se me daba mal. Sin embargo, el chaval había pillado el funcionamiento del juego con suma facilidad y en un par de semanas había empezado a darme problemas, mientras que en los últimos diez días me había vencido con consistencia. Esa partida, la última en la nave Vanquish Terminal, no iba a ser diferente.

Moví con desdén el único alfil que me quedaba para proteger a la reina. No tenía ninguna oportunidad de quitarle la sonrisa de estúpido con la que Stephan me observaba entusiasmado.

—Jaque mate en dos —dijo señalando con el dedo los movimientos que haría para obtener ese resultado.

Analicé el tablero y a los pocos segundos acepté que tenía razón, me había vuelto a derrotar.

—Bien jugado —resoplé ofreciendo la mano que Stephan apretó con fervor.

—La nave Vanquish Terminal procederá a abandonar el espacio curvo dentro de diez minutos para salir a los alrededores de la Luna. Se solicita que todos los pasajeros permanezcan en el asiento giroscópico de su camarote hasta nuevo aviso. Gracias por la cooperación.

Stephan guardó las piezas con la satisfacción de una victoria más contra el que una vez fue su maestro. Esos casi cuatro meses de viaje habían sido más llevaderos de lo esperado. Mi compañero, sobre el que tenía mucha reticencia de antemano por motivos obvios, fue muy claro el primer día. Nos esperaban muchas semanas durmiendo en el mismo camarote, usando el mismo baño y recorriendo los mismos lugares de esa nave. Además, volvíamos a ser aliados, así que más nos valía llevarnos bien. No tardé en darme cuenta de que, debajo de su ropa estrambótica, su forma de hablar barriobajera y sus excentricidades, era una persona con la que me podía llevar bien. Habíamos tenido conversaciones interesantes, disfrutado de todas las posibilidades de ocio que otorgaba la Vanquish Terminal y exprimido al máximo el bufet libre del restaurante.

Pero a pesar de su compañía agradable, el viaje se había hecho muy largo. Los iniciales noventa días de trayecto se habían convertido en ciento diecisiete. Al mes de comenzar el viaje surgió un problema mecánico que ralentizó la velocidad de la embarcación en el espacio curvo y nos obligó a detenernos en un satélite a mitad de camino, donde estuvimos veinte días hasta que pudimos reemprender el viaje. Y, aunque se agradeció poder acceder a nuestras comunicaciones varios meses antes de lo previsto, teniendo en cuenta lo que supimos, habríamos preferido quedarnos en la ignorancia.

—¿Nervioso de ver cómo está el mundo después de estos dos meses de desconexión desde la escala? —preguntó Stephan cuando me acomodé en el asiento giroscópico.

Algo que había aprendido sobre Stephan era su imbatible optimismo. Cualquiera que fuese el imprevisto, lo veía con los ojos de a quien se le presenta una nueva oportunidad. Ese era el motivo por el que llamaba «escala» a nuestro retraso de veintisiete días.

—No sé si la palabra nervioso es la más correcta.

—¿Entonces cuál?

—Atemorizado. Estoy atemorizado de ver cómo está el mundo actualmente.

Cuando salimos a Deimos, el satélite en el que hicimos la escala, había pasado un mes de nuestra partida, y en ese espacio de tiempo ocurrieron muchas cosas… demasiadas. La AVF y Zelo hicieron su movimiento, erradicaron a la dirección de la FEMEX y a la mitad de los dirigentes de los mundos habitados. Cuando hablé con Lara en esos días se confirmó lo que suponía: ya no era cuestión de si habría una guerra interplanetaria o no, sino de cuándo ocurriría.

Por la megafonía de la nave sonaron más avisos informando del procedimiento de salida del espacio curvo, recomendaciones para los primerizos y cuáles podían ser los posibles efectos secundarios. Yo me puse bizco y cerré los ojos. No estaba seguro de en qué momento había averiguado que eso evitaba que me marease al regresar al espacio normal, pero funcionaba.

Cuando la cuenta atrás final llegó a cero mi cuerpo experimentó un vacío momentáneo seguido de una deceleración muy fuerte. Tu cuerpo se frenaba en seco a tal velocidad que parecía que los huesos fuesen a salirse del interior de la piel. Unos segundos después todo volvía a su sitio y la sensación de malestar se enfocaba en tu cabeza. Si cometías el error de abrir los ojos, verías que tu alrededor tendría la apariencia de estar al revés y acabarías inevitablemente vomitando y abrazado al váter durante treinta minutos.

—Bienvenidos al Sistema Solar. En el tiempo aproximado de veinticinco minutos aterrizaremos en la estación Armstrong de la Luna —anunció la inteligencia artificial de la nave —. La conexión exterior vuelve a estar disponible, pueden acceder a ella a través de su DCP.

Con una mezcla de temor y curiosidad parpadeé dos veces. Por fin, dos meses más tarde, el icono que simbolizaba tener conexión a la red estaba activo.

—Epsilon, hazme un resumen de las noticias más importantes de lo ocurrido en los últimos sesenta y cuatro días. Prioriza las que involucren a Teseo, la FEMEX, la AVF, Lara Hallman, Iriel Eisen, Arcas Balliol o Merlow Takumi como protagonistas. Ordénalas de más antiguas a más recientes.

—Ahora mismo, señor.

Esperé impaciente a que mi inteligencia artificial recabase la información solicitada. Para cuando lo hizo, Stephan pareció enterarse de las noticias a la vez que yo, ya que pude ver en su rostro la reacción de terror que yo mismo tendría que estar mostrando.



9. Reparación

Lara Hallman: 15 del otoño 566, 32:00

Abrir los ojos tras pensar que habías muerto era una sensación extraña. Al inicio no estás segura de que no te encuentres en un sueño o en lo que algunos llaman el más allá. Cuando comprendes que sigues en el mismo mundo en el que has estado a punto de morir, es cuando viene todo el dolor. Tu cuerpo, tu mente y tu alma se encargan de hacerte ver lo estúpida que has sido y se aseguran de que aprendas la lección de una vez por todas para que no tengan que volver a pasar de nuevo por esa traumática experiencia.

Ese día aprendí nuevos músculos que tenía mi cuerpo debido al dolor que sentía en ellos. Nunca el simple hecho de vivir me había costado tanto. Bombear sangre a mis extremidades, respirar, tragar saliva o parpadear. Tareas que eran triviales en cualquier otro momento se convertían en un reto digno de ser grabado para la posteridad.

El proceso de retomar el control completo de mi cuerpo fue paulatino. Me encendía y me apagaba sin yo poder controlarlo. A veces escuchaba las conversaciones que humanos sin rostros tenían en mi habitación, y en otras ocasiones la única información que recibía era la luz blanca del techo atravesando mis párpados.

Finalmente, una mañana, desconocía cuánto tiempo después de caer inconsciente, sentí que una pequeña parte de mis fuerzas regresaban. Tenía energía para mantener los ojos abiertos el suficiente tiempo como para enfocar la visión en algo, y tareas como respirar solo requerían el cincuenta por ciento de mi atención.

—¿Lara? —preguntó con timidez una voz masculina a escasa distancia de mi oído.

Con un esfuerzo mayúsculo giré la cabeza unos grados para observar el rostro sonriente de Hans Larsson. Tenía su mano de ryuno apoyada con delicadeza sobre mi pierna, con miedo de que fuese a romperme cual pieza de porcelana delicada.

Como respuesta esbocé lo más parecido a una sonrisa que los músculos de mi cara pudieron formar.

—¿Cómo estás?

Me concentré en mi boca:

—P… pu… pu… ta… madre —conseguí completar.

Hans soltó una carcajada.

—Ahora no sé si me estás insultando o diciendo que estás muy bien.

—Am… ambos —solté con mayor facilidad que antes.

El subteniente de mi escuadrón me miraba con los ojos de alguien que pensaba que nunca más me vería respirar.

Entonces todos los recuerdos volvieron a mí. La batalla, la guerra con Zelo, la gran explosión, el motivo por el que había acabado en ese estado y la persona que me había salvado de morir. Kian Noren. No era posible, ese hombre estaba muerto. ¿O acaso lo había llegado a soñar? Daba igual, lo importante era saber cómo estaban las cosas, cómo había acabado la batalla contra Harios y cómo estaba la situación en Teseo.

Cerré los ojos y concentré toda mi energía en poder pronunciar más de una palabra seguida.

—Hans, ¿cómo están… cosas con Zelo?

Supuse que esa pregunta era suficientemente general como para que englobase todo. Mi intención era que Hans me pusiese al día de lo ocurrido en mi ausencia, fuesen los días que fueran. Se disponía a responderme cuando una mujer con la vestimenta del personal sanitario apareció en la sala.

—Teniente Hallman, veo que ya vuelve a estar con nosotros —dijo conectándose al monitor con toda la información de las vitales de mi cuerpo—. Mmm, parece que tiene la suficiente energía, perfecto. Subteniente Larsson —dijo agarrando las asas laterales de la camilla—, sintiéndolo mucho, debo llevarme a su superior a la cabina de reparación corporal.

Hans asintió obediente y me dedicó una última sonrisa antes de que desapareciese a toda velocidad arrastrada por la enfermera.

—¿Alguna vez ha estado en una? —preguntó mientras discurríamos por los pasillos del hospital.

Miré a mi alrededor con el rango que mi cuello me permitió. No sabía dónde estaba, la arquitectura era extraña, como si estuviésemos dentro de una nave. Pero algo me indicaba que no era el caso.

La enfermera clavó su mirada en mí a modo de insistencia en la pregunta. Yo negué con un suave cabeceo.

—Bueno, no tiene por qué preocuparse. El proceso le va a doler, pero nada que alguien como usted no haya experimentado antes. Es un procedimiento bastante inusual en su caso, pero dada la situación no nos queda otra opción, son órdenes de lo más alto, el propio presidente Takumi ha solicitado que esté activa lo más pronto posible —dijo con gran exaltación.

—¿Qué… es?

—¿La cabina de reparación corporal? ¿Nunca ha oído hablar de ella?

Yo esperé a que se tomara mi ausencia de respuesta como una negación.

—Es un cubículo en el que gracias a la radiación y bombardeo de diferentes tipos de rayos se acelera la velocidad de recuperación de tu cuerpo. El proceso dura entre dos y cuatro horas, en función del estado del paciente y la energía que tenga esa persona. En su estado actual, necesitará tres horas, pero debido a que estamos acelerando todo el procedimiento, lo tendremos que hacer en tres tandas de una hora, de lo contrario sería demasiado doloroso.

—Junto.

—¿Cómo? —preguntó la mujer cuando se cerraron las puertas del ascensor en el que nos habíamos metido.

—Haber prisa, ¿no?

Debido a que era incapaz de pronunciar más de cuatro o cinco palabras seguidas, acortaba el mensaje a lo esencial para que se entendiera.

—Sí… —respondió dubitativa—. Pero es un proceso muy doloroso que se intensifica conforme pasa el tiempo seguido en el que uno se somete a ese tipo de radiación.

—Después tres horas, ¿recuperada?

—Correcto, pero se puede hacer en tres sesiones de una hora cada día. Incluso treinta y seis horas es demasiado poco tiempo de margen.

—Tres horas juntas —insistí.

—Teniente Hallman, no creo que sea lo más aconsejable. Entiendo que el tiempo no juega a nuestro favor, pero…

La enfermera se detuvo al ver lo que estaba haciendo. Era un sobreesfuerzo casi inhumano el

tan solo incorporarme en la camilla. Cuando conseguí poner mi espalda recta, alargué mi mano hasta el brazo de la mujer y la agarré con toda la fuerza que pude imprimir en mis músculos. Entonces, con los ojos clavados en su rostro, sentencié:

—Tres. Horas. Juntas.



La enfermera no exageró al describir el dolor que iba a sentir, puede que incluso se quedase corta. Llegó a haber ocasiones que del propio dolor perdía la conciencia y seguidamente volvía a despertarme a causa del suplicio. No estaba segura si al final decidió dejarme más de tres horas solo para enseñarme que era demasiado incluso para mí, pero desde luego mi cuerpo lo vivió como mucho más tiempo que ciento ochenta minutos.

Lo extraño fue cuando todo terminó. En las ocasiones anteriores de mi vida en las que había vivido una tortura comparable a la que experimenté en esa cabina, al cesar el dolor permanecía en el cuerpo durante horas, días o incluso semanas. Cuál fue mi sorpresa que al apagarse la máquina en la que me metieron… no sentí nada de aquello. Es más, experimenté un alivio sin igual. Mi cuerpo entero estaba relajado, distendido, suelto. Parecía que me hubiese despertado de un sueño reparador de meses. Era como si nunca hubiese llegado a tener molestia alguna.

Para entrar en la cabina levantaron mi cuerpo entre dos personas. Cuando esta vez se abrió salí dando un salto de lo enérgica que me sentía. Observé mi cuerpo desnudo como si lo viese por primera vez. Moví todos los músculos y brinqué de un lado a otro. Nada, ni una mera molestia. No creía lo que estaba viviendo. Si alguien era capaz de crear una máquina como la que acababa de usar, pero quitaba la tortura que experimentabas en su interior, se iba a hacer de oro vendiéndola por toda la Vía Láctea.

—He dudado en varias ocasiones si detener el procedimiento, teniente Hallman —dijo la enfermera apareciendo delante de mí.

Yo la miré pletórica, incapaz de estarme quieta.

—Menos mal que no lo has hecho —respondí con una parte de sorpresa al ver lo fácil que era hablar.

—Menuda diferencia. Porque te he visto cómo gritabas, que si no me compraba una de estas máquinas para mi casa.

Me giré al origen de la voz y vi a Hans apoyado sobre el marco de la puerta de la sala médica. Salí corriendo a abrazarle.

—¡Ah! —gritó cuando le estrujé con fuerza—. Que no todos nos hemos metido en esa caja mágica.

Le solté, todavía sonriente.

—¿Y dónde está el resto?

Su rostro se endureció por completo, como si mi recuperación fuese la única buena noticia a la que aferrarse.

—¿Ha pasado algo? ¿Alguien ha…? —pregunté aterrada.

—No, todos están bien. Han vuelto a Teseo. Yo me quedé contigo porque estabas demasiado grave para soportar un viaje espacial.

—¿Entonces seguimos en Nekumi? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Hoy es 15 de otoño, han pasado dos días tesianos desde la batalla. Y sí, seguimos en Nekumi. Estamos en el hospital central de Lofton, la ciudad va retomando parte de su actividad anterior.

Me indicó que saliéramos de la sala y diésemos un paseo. Estábamos en un pasillo largo con grandes cristaleras en la pared de la derecha. La ciudad de Lofton se podía ver en las inmediaciones, y a lo lejos una gran depresión en el terreno, un boquete en la roca de varios kilómetros de radio.

—El plan funcionó a la perfección —dijo Hans viendo que me había parado a observar los restos de la destrucción que causamos—. El suelo enteró colapsó llevándose con él a un ochenta por ciento de los efectivos harianos. Tras la conmoción, pudimos detener al resto de soldados sin ninguna baja extra por nuestra parte.

—Así que al final… todo salió bien —dije con la vista clavada en el reflejo de mi rostro en el cristal.

—Sí, parece que sí.

En ese instante volvió a mi cabeza la última imagen que tenía antes de caer inconsciente. El nombre de Kian Noren grabado en el uniforme de la persona que me salvó la vida.

—Hans. ¿Cómo estoy viva? ¿Por qué no estoy en el fondo de esa fosa junto a los miles de soldados harianos?

—Porque tú misma me dijiste que no ibas a morir, ¿no? —respondió con sorna.

Le miré de soslayo y cambió su expresión al darse cuenta de que ya habíamos dejado de hablar con bromas.

—Te salvó el comandante Elroy. Llevaba uno de los trajes antigravitatorios de Nerón y fue capaz de socorrerte en mitad de la explosión.

Descendí la mirada decepcionada. Eso lo explicaba. Aunque sabía que no era posible que fuese real, quería aferrarme a esa idea como pudiese.

—¿El traje que llevaba pertenecía a Kian Noren, el antiguo presidente de Nerón?

Hans se encogió de hombros sin darle importancia.

—Puede ser, no tengo ni idea. ¿Por?

—No importa.

Ambos nos quedamos callados y seguimos andando. Había una pregunta que yo no quería formular y Hans no quería responder. Los dos lo sabíamos y tratábamos de retrasar ese momento el mayor tiempo posible, hasta que no pude más.

—¿Cómo está la situación en Teseo?

Él se detuvo y desvió la mirada hacia el cielo grisáceo y continuamente encapotado de Nekumi.

—Mal, muy mal. El escuadrón de Eivol consiguió obtener parte de información de la red de Harios y confirmaron lo que Yanis nos dijo sin querer. Aquí no había ningún soldado zeliano. Usaron su tecnología robótica y partes de sus naves, pero todos los humanos eran harianos.

—¿Y eso qué significa? ¿Dónde están los soldados de Zelo? ¿Qué ha ocurrido en Teseo? —pregunté desesperada porque Hans no me diese toda la información de una.

—Eso debe decírtelo Merlow —respondió invitándome con el brazo a entrar a una habitación que tenía la puerta abierta.

Molesta por tanto secretismo y demora entré en la sala. En vez de encontrarme varias camillas de hospital, vi un espacio diáfano y un intercomunicador holográfico como única decoración. No hizo falta que dijera nada, en cuanto entré la figura del presidente de Teseo apareció delante de mí con tal nitidez que daba la impresión de que estuviese en carne y hueso.

—Me alegro de que ya estés recuperada, Lara. Espero que me perdones por haber acelerado tanto tu recuperación, pero era necesario.

—Explícame qué está ocurriendo, Merlow —dije saltándome todos los formalismos.

—Antes que nada, debo decirte que no quiero que vuelvas a poner en riesgo tu vida de esta forma. Vuestro plan improvisado ha salvado miles de vidas tesianas y ha resultado en una gran primera victoria para nosotros, pero en el proceso has estado muy cerca de perder la vida. Me hiciste una promesa, Lara, tú te encargarías de pararle los pies a Arcas Balliol y a la AVF en caso de que yo muriese. ¿Cómo pretendes hacerlo si mueres antes que yo?

Permanecí seria. No estaba con el humor para decirle qué me había llevado a tomar aquella decisión suicida. Solo quería saber qué estaba ocurriendo.

—Perdóname, Merlow, me dejé llevar por los impulsos viscerales que sentí en mitad de la batalla, te prometo que no volverá a ocurrir. Ahora, ¿puedes explicarme de una vez por todas qué está ocurriendo en Teseo?

—Desde el comienzo todo ha sido parte del plan de Zelo. Las revueltas que comenzaron hace una década solo han tenido un objetivo desde el inicio: servir como distracción. En ningún momento han querido cortar el suministro de nekumi a nuestro planeta ni afectar a la cadena de producción militar. Solo querían crear una ventana de acción para empezar la invasión de nuestro planeta, y es justo lo que han hecho.

»Aprovecharon que teníamos en Nekumi a una parte de nuestros efectivos y a algunos de los mejores escuadrones, y de la nada aparecieron todas las flotas de naves zelianas en la atmósfera exterior de Teseo. El tiempo que tuvimos para reaccionar fue mínimo. Para cuando conseguimos llegar a su zona de entrada en el planeta, ya habían atravesado la atmósfera. Tras dos días de combate, conseguimos detener su avance de manera temporal, pero fuimos incapaces de expulsarlos. Han conquistado la ciudad de Brir y los tres lagos de alrededor, y han creado su base ahí.

Se detuvo unos segundos y, con el rostro completamente pálido, añadió:

—Ahora mismo, Zelo tiene bajo su poder territorio en Teseo.

Aeternum 0:
El Origen del Tiempo
7. Viktor Thoros

14 de noviembre de 2087, Toronto, antiguo país de Canadá

—Quiero hablar con Ethan Jones.

Mi demanda no supuso ni el más mínimo cambio en la expresión de Zoe Trembley, quien seguía de pie delante de mí. Había visto mi transformación completa, el pasar de ser Jax Ronin, un hombre con solo tres meses de recuerdos a su alcance, susceptible e influenciable, a volver a ser Kay Olerson, la primera persona con el envejecimiento detenido, hijo de Henrik Nyman y fundador de Aeon Technologies. En su mirada vi que prefería mi versión anterior, la que no le observaba con recelo.

El eco de unos pasos resonó por los pasillos de hormigón y Zoe se echó hacia un lado, sin la necesidad de confirmar quién se aproximaba. La sombra mostró la silueta de un hombre alargado, alguien que usa sus huesos más como un perchero para la ropa que para llevar el poco músculo que posee. Cuando la sombra se materializó en un humano, su cabeza demostró ser la razón por la que se encontraba ahí. Tenía los ojos de alguien inteligente y determinado, una mezcla peligrosa, sobre todo cuando sus objetivos no distaban mucho del genocidio humano.

—¿Ya vuelves a ser tú, Kay?

Su voz tenía un tinte de resentimiento que no trató de esconder.

—Cuánto tiempo sin vernos, Ethan. ¿Cuándo fue la última vez? ¿En el baño de Xky, cuando filtrabas información de Livet?

El líder de la AVF soltó una pequeña carcajada de nostalgia.

—Supongo que sí. Esos eran unos tiempos más simples, ¿no crees?

—Y también más aburridos.

—Eso desde luego. Ahora, dime, ¿cómo es posible que lleves tres meses dentro de la AVF y nadie haya reconocido tu maldito careto?

Esta vez fui yo quien se rio.

—Mi intención desde que fundé Aeon fue permanecer lo más anónimo posible. Al parecer he sido efectivo. Puede que la gente conozca mi nombre, pero solo quienes han estado conmigo en persona conocen mi rostro, yo mismo me he asegurado de ello hasta ahora. Aunque dudo si en este caso se trata de algo bueno, he estado tres meses sin mis recuerdos a causa de que nadie sabía quién era.

—Sí, a mí también me ha jodido tu anonimato, ¿sabes? Llevábamos meses preparando el operativo de ayer para eliminar a Derick Nyman. Debí comprobar a quién íbamos a usar como mártir antes de elegirte a ti. Está claro que el nombre de Jax Ronin no decía toda la verdad.

Le dediqué una mueca de asentimiento y di un paso para acortar la distancia que nos separaba.

—Suficiente hablar del pasado. Dime, Ethan, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Eso me lo tendrás que decir tú.

Solté un resoplido, como si estuviese pensando una respuesta, cuando en realidad agradecí que me contestara así, debía tener mucho cuidado con las siguientes palabras.

—Tú y yo estamos en el mismo bando.

Esa frase fue suficiente para captar la poca atención que le faltaba dedicarme. El líder de la

AVF tenía su completo interés sobre mí.

Era una ventaja que el proyecto del AVA que llevábamos los últimos años desarrollando en secreto no se hubiese hecho público. A sus ojos, solo era el presidente de una de las empresas más importantes de tecnología y el descendiente directo del creador de la inmortalidad.

—Yo no decidí ser el hijo de Henrik Nyman, ni tampoco que me convirtiera en esto —añadí con una mueca de rechazo hacia mi propio cuerpo—, una persona que no puede envejecer, un inmortal. Las ideas de Henrik las detesto tanto como tú, pero a Derick Nyman le profeso un odio mucho mayor que el que tú puedas profesarle, eso te lo puedo asegurar. Te garantizo que, de haber sido Kay Olerson y no Jax Ronin, ayer habría estado encantado de dejar que el cuerpo de mi hermanastro se convirtiera en un puzle de miles de piezas esparcidas por el anfiteatro.

»Ethan, quiero evitar la sociedad inmortal tanto como tú, yo también tengo claro que sería la perdición para la humanidad. El día que perdí la memoria fue a causa de una pelea que tuve con Derick en la sala donde guarda las muestras del suero de la inmortalidad. Estaba ahí para deshacerme de ellas.

Cada frase de mi discurso la pronunciaba con mayor energía y convencimiento que la anterior. Para cuando llegué a la última, la única mentira de mi breve discurso, ya estaba tan metido en el papel que era imposible percatarse de que no decía la verdad. La expresión de Ethan pasó de la absoluta desconfianza a un atisbo de incertidumbre, para terminar en una duda de si realmente podía contar conmigo.

—Todavía estamos a tiempo de evitar sentenciar a la humanidad para siempre. Si unimos fuerzas podremos pararle los pies a Derick Nyman.

Ethan me observó acariciándose la perilla que poblaba su rostro pálido, el único color que había visto en la piel de ese hombre. Con un cabeceo miró a Zoe, quien había escuchado mi exposición con la misma atención que su marido. Esta hizo un suave asentimiento que confirmó lo que el líder de la AVF estaría pensando.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó con curiosidad.

—Está claro, ¿no? Infiltrarnos en Livet y deshacernos de todas las muestras del suero de la inmortalidad y los registros que tengan. Eliminar antes de que sea demasiado tarde cualquier información de esta invención que nunca tendría que haber llegado a existir.



Decir que la AVF estaba mucho más preparada que cuando Ava y yo lo hicimos tres meses atrás sería quedarse corto. Dada la situación, dudaba si era yo quien les estaba ayudando a ellos, o era más bien al revés. Tenían un registro completo de cada persona que entraba y salía del edificio de Livet, sus horarios, las rutas habituales que realizaban por los pasillos, hasta incluso el momento medio en el que iban al baño. También tenían acceso al sistema de videovigilancia de las primeras treinta y dos plantas del edificio, las que tenían un nivel de restricción bajo. Las plantas superiores contaban con un sistema cerrado aparte. Con toda esa información y la poca extra que yo les pude dar, se realizó un plan de incursión cuyo objetivo era la sala en la que había perdido la memoria quince semanas atrás, lugar donde eliminaríamos la existencia del suero de la inmortalidad y ganaríamos al menos una década de tiempo hasta que se volviese a desarrollar.

Ese era el objetivo de la AVF, el mío era muy diferente. Primero de todo, lo único que yo quería hacer con las muestras del suero era obtener una copia. Y segundo, tenía la esperanza de que Ava estuviese en alguna parte de ese edificio. Conocía a Derick y era un psicópata que, desgraciadamente, siempre había tenido predilección por mi mujer en las pocas congregaciones

familiares en las que habíamos estado presentes. Había hecho algo con ella, pero desconocía el qué. Buscando en internet no había encontrado ninguna alusión a su existencia en los últimos meses.

Ethan me dejó un dispositivo de comunicación y, sin quitarme un ojo de encima, pude hablar con Reeves Knight, mi mano derecha dentro de Aeon. Su sorpresa y alivio inicial no tardaron en sustituirse por vergüenza al admitir que no había sido capaz de encontrarme en los últimos tres meses, por mucho que hubiese buscado, y que tampoco tenía noticias de Ava. Yo le había dicho que no se preocupase, ni siquiera le habíamos notificado de la locura que hicimos al infiltrarnos en Livet, así que no había tenido ningún hilo del que tirar.

—Kay, ¿estás listo? —dijo Ethan en un tono que delataba que no era la primera vez que formulaba la pregunta.

Asentí volviendo mi foco al presente. El tercer integrante del pequeño grupo que íbamos a infiltrarnos en la sede de Livet abrió la puerta. Según la información que poseían, contábamos con una ventana de diez minutos en la que no nos cruzaríamos con ningún individuo en los pasillos hasta el ascensor de servicio que subía a la planta treinta y tres.

Anduvimos con sigilo. Sonreí al recordar los entrenamientos con la AVF donde simulábamos situaciones similares. Esos últimos tres meses eran una extraña burbuja de recuerdos dentro de mi vida. Por mucho que los días hubiesen sido consecutivos al resto, no encajaban en la cronología real de mi existencia, parecían un capítulo de una vida paralela.

El soldado que nos guiaba, cuyo nombre ya había olvidado, se paró en seco, provocando que Ethan y yo nos chocáramos.

—Hay alguien aquí. Es una incongruencia con la información que habíamos recabado.

Su voz sonó más como una maldición hacia sí mismo que como un mensaje para nosotros. Me asomé con cuidado, como si conocer el rostro de un trabajador cualquiera de ese edificio fuese a servir de algo. Pero cuando vi el perfil del individuo, me quedé congelado. Era la última persona que pensaba encontrarme andando sola por esos pasillos.

El hombre armado de la AVF fue a agarrarme antes de que la mujer me viese, pero yo me zafé y salté a la mitad del corredor.

—¿Ava? —dije con una mezcla de sorpresa y dicha que provocó que mi voz se agudizará al final de la corta palabra.

La mujer que se acababa de percatar de mi presencia se detuvo de sopetón, analizándome desde los diez metros de distancia que nos separaban. Cuando abrió los ojos de par en par salí corriendo hacia ella con los brazos bien abiertos y una expresión de completo estupor en mi cara. Al llegar a sus brazos, no me encontré con la calidez que esperaba de su cuerpo al estrecharse contra el mío, sino la abrasión de un bofetón que me cruzó la cara con tal fuerza que me dejó el cuello en una posición preocupante.

Me llevé la mano al rostro perplejo, incapaz de articular palabra.

—¿Pero qué demonios te pasa, Kay? ¿Por qué has tardado tanto en venir a por mí?

—¿A mí? ¿Pero de qué vas tú? ¿A qué viene esa hostia? —respondí todavía boquiabierto con la mano en la mejilla.

—Han pasado ciento cinco días. ¿A qué estabas esperando para venir a por mí?

Su furia inicial se había disipado, pero su tono seguía siendo de enfado.

—Había perdido la memoria.

Al soltar esas cuatro palabras me di cuenta de lo estúpido que sonaba, parecía la excusa que le cuenta un niño sin imaginación a su profesor cuando este le pregunta por qué no ha hecho la tarea. Ava debió de pensar lo mismo que yo, ya que su expresión de estupefacción no daba

crédito a mi respuesta.

—Fue a causa de la pelea con Derick. Cuando me golpeó y me caí para atrás, la contusión no solo me dejó inconsciente, también afectó a mi memoria. La siguiente vez que me desperté estaba en un hospital sin siquiera saber mi nombre.

Mi explicación había ido rompiendo la coraza de desconfianza que mi mujer parecía tener puesta, aunque su rostro seguía siendo el mismo de quien enfrenta a un adúltero al que han pillado volviendo a casa bien entrada la madrugada.

—¿Ahora ya has recuperado los recuerdos?

—Sí.

—Vaya, qué conveniente, ¿no crees?

Apreté los labios, formando una línea plana que me debía de favorecer muy poco.

—¿Y cómo has recuperado la memoria?

—Escuchando mi nombre.

—¿Cómo?

—Sí. Ayer Zoe Trembley me reconoció y dijo mi nombre. En cuanto…

—¡¿Zoe Trembley?! ¿Esa fresca con la que te juntabas en tu época de drogas?

—¡Eh! Cuidado con lo que dices de mi mujer.

Me giré para encontrarme con el rostro molesto de Ethan. Su presencia y la de su secuaz se me había olvidado por completo, al igual que el hecho de que seguíamos en el edificio de Livet. No solo por el reencuentro tan inesperado con Ava, sino por cómo de surrealista estaba siendo.

—Vamos, que me estás diciendo que mientras yo tenía que aguantar al baboso de tu hermano encerrada durante meses tú estabas por ahí sin cargos de conciencia pasando el rato con viejos amores.

—¡¿Qué?! ¿Zoe y tú estuvisteis juntos? —saltó Ethan poniéndose delante de mí, al lado de Ava.

Lo que faltaba, eso no podía estar pasando, tenía que ser una creación de mi mente, era demasiado irreal.

—Es mi hermanastro —exclamé casi como un automatismo, era incapaz de dejar que alguien insultara a mi madre diciendo que había engendrado a ese psicópata—. Y decir que estábamos juntos quizás sea generoso. Nos lo pasábamos bien, nada más —añadí girándome hacia el presidente de la AVF.

A ninguno de los dos les gustaron mis respuestas. A Ava porque en realidad no le había respondido, y a Ethan porque seguía en shock a causa del descubrimiento, la misma reacción que yo tuve al saber que esos dos habían acabado casándose.

—A todo esto, ¿qué te ha hecho Derick?

El cambio de tema no fue suficiente para que Ava relajara su expresión.

—Dime que no te ha forzado a nada —agregué al ver que no respondía.

—Ahora entiendo por qué nunca querías que fuésemos a las cenas de Navidad. No, no me ha forzado a nada, el gilipollas se cree que es un caballero capaz de conquistar a cualquier damisela. Aunque sí que me ha soltado unas turras interminables y algún que otro manoseo.

Asentí con una mezcla agria de alivio y rencor hacia el hombre cuya lista de motivos para ser odiado seguía alargándose.

—No es por interrumpir el reencuentro de lo que sea… esto —dijo el soldado de la AVF—, pero os recuerdo que estamos infiltrados en un edificio enemigo, por mucho que tengamos la señal de videovigilancia de esta planta interceptada, no creo que sea el mejor momento para esta conversación.

Ethan aceptó el consejo, no sin antes dedicarme una mueca de desconfianza propia de quien se está imaginando lo que el hombre que tiene delante hizo con su esposa en un tiempo pasado. Yo le mantuve la mirada sin ningún reparo.

—A todo esto, ¿cómo es que has conseguido escapar? —dije reemprendiendo la marcha.

—¿Y qué querías que hiciese? No iba a quedarme otros cien días encerrada aquí.

En su voz seguía habiendo cierto resquemor, pero ya estaba más tranquila.

—Pero, ¿por qué justo hoy, cuando hemos venido aquí?

—Pues porque ayer Derick me hizo una visita y se jactó de que mi marido, en vez de preocuparse por sacarme de este bloque de cemento, hierro y vidrio, le había salvado el día anterior, evitando un ataque bomba de la AVF. Eso ya fue el colmo, así que decidí preocuparme por mí misma y dejar de esperarte.

—¿Y has conseguido escaparte así de fácil?

Nos detuvimos en una nueva intersección. A juzgar por las paredes, estábamos en una zona distinta del edificio. El soldado de la AVF no dejaba de echarnos miradas de reojo, chistándonos cada pocos segundos para que bajáramos la voz o, más bien, nos calláramos.

—Tú no has sido el único que ha hecho nuevos amigos —susurró terminando la frase con un cabeceo que señaló a Ethan.

El líder de la AVF, si se dio por aludido, no lo demostró.

—Tenemos el mismo objetivo, asegurarnos de que una sociedad inmortal nunca se hace realidad —contesté haciéndole un gesto breve con las cejas, dejándole caer que tuviese cuidado con lo que decía—, así que tenía sentido aunar fuerzas.

—Y entonces, ¿por qué le salvaste la vida a tu hermanastro?

—Eso fue mi versión sin memoria.

—Qué conveniente —respondió sin todavía comprar del todo ese argumento.

—Eso mismo pienso yo —añadió Ethan como si de repente se hubiesen convertido en mejores amigos.

—Callaos de una maldita vez —espetó el soldado—. Ese de ahí es el ascensor del servicio, una vez nos subamos llegaremos a una zona que no tenemos controlada. Así que actuad como si estuvieseis en un operativo de infiltración.

—¿Por qué vamos a ese ascensor? No sube a la planta setenta y nueve, que es donde podremos eliminar las muestras del suero.

Ava había pillado rápido la situación.

—Lógicamente, pero no podemos meternos en el ascensor principal como si nada, el sensor biométrico hará saltar la alarma —explicó como quien intenta hacerle ver a un niño que si toca el fuego se quema—. Tenemos que subir a la planta treinta y cuatro por ahí, luego tendremos que salir a…

Mi mujer echó a andar hacia el ascensor principal que se encontraba en el final del pasillo, dejando al soldado con la palabra en la boca. Ya hasta me daba pena el hombre, por mucho que siguiese sin recordar su nombre.

—Shhh, vuelve aquí —profirió en una especie de susurro ronco.

—¿Qué demonios está haciendo tu esposa? Como el operativo se vaya a la mierda te juro…

En ese caso fui yo quien dejó a Ethan con la palabra en la boca. Salí corriendo detrás de Ava y la agarré del brazo.

—¿Qué estás haciendo? El truco de la última vez no nos va a volver a funcionar.

Ava se giró hacia mí con una sonrisa que me devolvió toda la energía que necesitaba:

—Tú confía en mí.

Yo asentí, imitando su gesto de complacencia.

—¿De dónde has sacado esa identificación? —dijo el soldado de la AVF que nos había alcanzado y observaba con curiosidad el objeto que mi mujer sostenía en su mano.

La respuesta de Ava fue girarse y colocarlo en el lateral del ascensor. Una luz amarilla se encendió, indicando que la caja metálica estaba bajando hasta nosotros.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea?

La voz de Ethan sonó más preocupada que otra cosa. Yo asentí.

Cuando las puertas se abrieron nos metimos como si esa fuese nuestra rutina diaria. Ava presionó el botón setenta y nueve y nos quedamos callados toda la ascensión. Al llegar nos encontramos con el mismo pasillo diáfano en el que Ava y yo habíamos estado meses atrás, antes de nuestra irremediable separación.

—¿Y ahora qué? Ese sensor biométrico es prácticamente imposible de hackear, y yo no me he traído las herramientas necesarias para hacerlo.

«Y ya habrán eliminado mi acceso», pensé mientras un escalofrío me recorrió la columna.

Ni el comentario del soldado de la AVF ni el pensamiento que no llegué a vocalizar parecieron importarle a Ava, ya que, sin el mínimo miramiento, se acercó al sensor y puso su mano.

—¡Espera! ¿Tú estás lo…?

No llegó a terminar la frase, una luz verde y el sonido de desbloqueo de la puerta fueron una contestación lo suficientemente persuasiva como para que se callase.

¿Qué estaba pasando? ¿Ava había sido capaz de manipular a Derick de tal forma que le diese acceso al sistema? ¿O lo había hecho a escondidas en algún despiste de mi hermanastro? La realidad era que no importaba, suponía que en esa ocasión también tendría una idea de cómo salir de ese laboratorio una vez tuviésemos la muestra. Lo que entonces me preocupaba era cómo íbamos a escaparnos de Ethan.

Como si hubiese leído mi mente, en cuanto pusimos un pie en la estancia el líder de la AVF desenfundó un arma que había pasado desapercibida para mí hasta ese momento y encañonó a mi mujer, quien ya estaba en el panel de control de las muestras del suero de la inmortalidad.

—No sé cuáles son tus verdaderas intenciones, Ava Harlan —dijo pronunciando su nombre con un tono que no me gustó—, y tampoco me importan. Quiero que te quites de ahí y le dejes paso a Anthony. —¡Anthony! Cierto, ese era su nombre—. Él se encargará de eliminar cualquier registro de la creación de ese veneno inmoral.

En el transcurso de las exigencias de Ethan, Ava había sacado una memoria portátil y la había introducido en el sistema, provocando que la puerta por la que habíamos entrado se bloquease de la misma forma que la primera vez que habíamos estado ahí.

—¿Qué ha sido eso?

—Es el sistema de seguridad de la sala —explicó Anthony inalterado—, si alguien accede a esa unidad y el acceso biométrico de entrada no ha sido el de Derick Nyman, la puerta se bloquea hasta que este reinicie el sistema.

—¡¿Qué?! ¿Me estás diciendo qué hasta que no llegue Nyman no podremos salir de aquí?

—Correcto. En nuestro plan en ningún momento teníamos pensado llegar aquí, accederíamos a ese panel de control en remoto desde la habitación de servidores que se encuentra en la planta superior.

La cara de estupor de Ethan contrastaba en gran medida con la de resignación de Anthony, que estaba claro que se lavaba las manos debido a que no habíamos continuado con su plan.

El líder de la AVF volvió la atención a mi mujer, quien había retrocedido unos pasos de la vitrina de muestras que reinaba en el centro de la estancia. Antes de que pudiese decir algo o

siquiera pensar en cómo actuar, la puerta trasera del laboratorio se abrió y Derick Nyman apareció seguido de varios hombres armados.

—Este es el *déjà vu* más fuerte que he tenido en mi vida —dijo con una mueca perversa en el rostro—. Jax Ronin, te agradezco enormemente tu actuación de hace dos días, estoy aquí gracias a ti —le dediqué un gesto que le confirmó que ya había dejado de ser esa persona—. Oh, ya veo, una lástima que hayas recuperado tus recuerdos, Kay, me hacía gracia tenerte como mi aliado.

Se giró hacia mi mujer y continuó con su lamentable discurso:

—Ya veo que hoy te apetecía darte un paseo, Ava. Una vez más, no tengo ni idea de cómo habéis sido capaces de acceder hasta aquí arriba. Está claro que me tenéis que enseñar a hacer estos trucos de magia. Pero no me quejo, a fin de cuentas, me habéis traído al gran Ethan Jones, qué ganas tenía de conocerte.

Había terminado de hablar a un metro del líder de la AVF, que había dejado de encañonar a Ava para enfocarse en mi hermanastro. Los guardias de seguridad de Derick nos habían rodeado en una especie de semicírculo, arrinconándonos a Ava y a mí contra la puerta bloqueada, y a Anthony junto a Ethan y Nyman.

—Teniendo en cuenta que quiero tener una vida inmortal, no aprecio cuando alguien intenta asesinarme. Y desde luego, tampoco me hace gracia que quieras destruir el trabajo por el que mi padre y yo hemos dedicado una vida entera.

La expresión de repugnancia que Ethan le dedicaba a Derick era incluso mayor que la mía, algo que creía imposible.

—Kay, no pensaba que te fueses a acordar de que mi cumpleaños fue el mes pasado, pero está claro que este es uno de los mejores regalos que me han hecho.

Ethan me miró, dedicándome parte de la ira que le había mostrado a mi hermanastro. Pude ver que en su mirada trataba de descifrar si ese era mi plan todo ese tiempo. No lo era, pero tampoco podía decir que estuviese enfadado con el resultado.

De pronto, Ava me agarró de la mano y tiró con disimulo hacia atrás. La miré de reojo, tratando de interpretar lo que tenía que hacer. Retrocedí un paso y pegué la espalda contra la puerta bloqueada de acceso.

—Me da igual lo que me hagas, Derick, al contrario que tú, nuestra causa es mucho mayor que mi persona. Me puedes pegar, torturar o incluso matar, pero con eso no conseguirás acabar con la AVF. La Asociación por la Vida Finita es, irónicamente, inmortal. Por mucho que yo muera, hasta que no se logre el objetivo de impedir una sociedad inmortal, nunca cesará de existir.

El empeño y la fuerza de las palabras de Ethan contrastaban con su figura poco intimidatoria. No era capaz de interpretar la reacción de Derick, pero en mi caso sus palabras me aterraron. El convencimiento que tenía en ellas era tal que había llegado a hacerme creer que su mensaje era cierto, que el futuro en el que la AVF nunca dejaría de ser una amenaza era real. Y esa realidad… me aterraba.

—¡Ahora!

El grito proveniente de Ava me sorprendió a mí al igual que al resto, pero en mi caso vino acompañado de un fuerte tirón que me obligó a retroceder hacia el espacio vacío que había dejado la puerta. Antes de darme cuenta, estaba en el pasillo de acceso al laboratorio con Derick mirándome con una expresión de estupefacción, Ethan con una mueca de miedo y los hombres de seguridad de Livet levantando sus armas contra nosotros. Fue inútil, congruente a la velocidad con la que había ocurrido ese evento, la entrada al laboratorio se volvió a cerrar y, sin saber cómo, Ava y yo nos encontramos al otro lado.

—Rápido, no creo que Derick tarde mucho en abrir la puerta.

Me di la vuelta para no caerme de espaldas ante su continuo tirón del brazo y entramos en el ascensor.

—¿Me quieres explicar de una vez qué está pasando?

Me sentía como si una gran serie de olas me hubiesen zambullido debajo del agua. Los golpes me habían caído de todos lados, sumergiéndome y haciendo que diese tantas vueltas que había perdido por completo el sentido de la orientación, pero, aun así, había aparecido sin saber cómo en la orilla de la playa, sano y salvo.

—Te lo explicaré todo una vez estemos fuera.

En su voz noté la tensión que tenía, la preocupación de que de un momento a otro esa caja metálica se detuviese en mitad de su descenso y nos impidiese alcanzar la salida que tan cerca teníamos. Pero no ocurrió así, cuando se detuvo lo hizo en uno de los garajes, donde salimos corriendo, yo siguiendo los pasos de mi mujer sin todavía entender cómo habíamos escapado del edificio, pero pletórico de que así fuera.

Tras una carrera de un par de minutos, nos detuvimos en un callejón varias manzanas al norte de la sede de Livet Inc. Puse los brazos en jarras para recuperar el aliento.

—Por favor, dime que tienes una copia de la muestra del suero —dije con la voz entrecortada a causa de mi rápida respiración.

—Eso espero, porque si no yo mismo os devolveré a Derick Nyman.

La voz que pronunció esas palabras era una grave y curtida, propia de un hombre con varias décadas de vida a sus espaldas. No tuve que girarme para saber quién era, aunque la contestación de Ava me lo confirmó.

—Por supuesto que tengo las muestras del suero, Viktor, no se me ocurriría incumplir nuestro trato.

Viktor Thoros apareció delante de mí con una sonrisa de absoluta dicha en el rostro, propia de quien acaba de saldar una venganza pendiente y en el transcurso ha obtenido lo que más deseaba en el mundo.

—¿Pero no me dijiste que no te fiabas de contar con la ayuda de Viktor? —dije entendiendo de una vez por todas qué había ocurrido.

—Era una mala idea si no sabías motivarle de verdad, muchas veces la venganza no es suficiente, también tienes que ofrecer algo.

—Pero, ¿cómo lo has hecho? —contesté girándome hacia Viktor.

—Kay, yo ayudé a tu padre a que ese edificio fuese una realidad, conozco recovecos y fugas que Derick no sabe ni que existen. No me ha sido muy complicado acceder al sistema y realizar unos pequeños cambios que os ayudasen.

Las últimas incógnitas de lo ocurrido desaparecieron, al igual que el motivo por el que había puesto tanto empeño en ayudarnos.

—Ava, no puedes hacerlo, no le puedes dar la muestra del suero de la inmortalidad. Por mucho que no sea tan despreciable como Derick, no deja de tener los mismos ideales de mi padre, el crear una sociedad inmortal. No te puedo dejar que le ayudes a lograrlo.

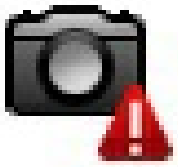
—Lo siento, Kay —respondió Ava con un tenue matiz de tristeza en su voz—, pero se lo prometí, era la única forma de que pudiese salir de ese edificio con la muestra de la inmortalidad.

Ava sacó la unidad con la secuenciación completa del suero de la inmortalidad, la invención más importante del ser humano en toda su historia. Por muy cerca que la tuviese de mi alcance, dejé que la colocara al lado de la pulsera de comunicación de Viktor y que este obtuviese una copia de la información.

La antigua mano derecha de mi padre sonrió satisfecho al ver que la copia se había

completado, y le dedicó un gesto de agradecimiento a mi mujer. Se dio la vuelta para irse pero, antes de desaparecer del callejón, se giró y añadió:

—No tienes de qué preocuparte, Kay. Es cierto que mi intención es cumplir el sueño que Henrik Nyman y yo teníamos, pero no pienso imponerle a nadie mis ideales. Lo único que haré será crear un refugio para cualquiera que quiera vivir para siempre, una sociedad pensada por y para esa realidad, una sociedad atemporal.



10. Destierro

Iriel Eisen: 16 del otoño 566, 16:00

Era una imagen digna de ser pintada y expuesta en un museo. Una diminuta figura humana protagonizaba el centro de la representación. De ella emanaban cientos de gruesos hilos de ryuno que se ramificaban de manera continua y exponencial como si de las raíces de un árbol milenario se tratase, para acabar formando un círculo de varios cientos de metros de radio sembrado de cadáveres humanos. En el perímetro, una muchedumbre de soldados trataba de pararle los pies fútilmente a esa creación de muerte y destrucción. El contraste rojo arcilloso del suelo con el negro del ryuno y los colores más vivos de los uniformes harianos le otorgaba el broche final a la panorámica.

Seguí reproduciendo el vídeo para observar una vez más cómo el suelo se agrietaba de un segundo a otro para finalmente saltar por los aires. De no ser por el robot sobre el que yacía, Lara Hallman habría quedado calcinada como el resto de soldados harianos, pero gracias a esa monstruosidad de metal, solo se vio afectada por la potencia de la explosión que la impulsó hacia el cielo. Era ahí, en medio del aire, cuando el comandante Elroy Sage la interceptaba haciendo uso de uno de los trajes antigravitatorios de Nerón y agarraba el cuerpo semiconsciente de la teniente tesiana antes de que se volviese a precipitar a la vorágine de polvo, arcilla, nekumi y cuerpos humanos en la que se había convertido el campo de batalla. Al pasar un segundo más, ambas personas desaparecían del encuadre del vídeo para ponerse a cubierto.

Era la novena vez que analizaba esa grabación. Ya no me quedaba duda, Lara estaba dispuesta a morir. Desconocía si contaba con impulsos suicidas o sencillamente lo vio un sacrificio necesario, pero había estado a punto de dar su vida para que esa majestuosa maniobra tuviese éxito. Justo antes de que se activasen los explosivos, y haciendo la suposición de que Lara era consciente de lo que iba a ocurrir, no se protegía. En el segundo anterior al caos rompía el contacto con la fuente de alimentación del robot que le había dado la energía necesaria para crear ese campo de ryuno. Ya fuese por excesivo cansancio o falta de voluntad, no se había molestado en recubrirse de Seiryu y Genbu para protegerse de la explosión, se había rendido, algo muy impropio en ella.

Este hecho era muy peligroso. Sumado a sus últimos cambios, Lara se estaba convirtiendo en una persona demasiado inestable y destructiva, y esas motivaciones suicidas solo empeoraban la situación. Primero de todo, porque la hacían alguien todavía más impredecible. Y segundo y más importante, porque la necesitaba viva. Lara no podía morir, su existencia era necesaria para que mi plan tuviese alguna oportunidad de finalizar con éxito. Estando tan cerca de ese resultado, sería un desperdicio de todo mi trabajo y esfuerzo echarlo a perder de esa forma.

Me levanté y despegué la vista cansada de la pantalla que se proyectaba en el centro de la habitación. Estar dentro de esa casa de treinta metros cuadrados me consumía. Esas cuatro paredes y cien metros de bosque que la rodeaban habían sido mi hogar durante los últimos meses, y estaba deseando que eso cambiara. Me corroía el tener que esperar sentada en esa maldita cabaña mientras la Vía Láctea entera se derrumbaba y las dos potencias extraterráqueas

más grandes se batían en una contienda sangrienta a causa de un error mío. Pero, por mucho que me costase aceptarlo, todavía no era el momento de actuar. Tenía que esperar a la oportunidad idónea para hacer mi movimiento, era crucial no precipitarme, debía esperar un poco más para observar cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Una notificación apareció en mi DCP. Fruncí el ceño extrañada. Era la solicitud de una llamada holográfica desde algún lugar de Teseo de un contacto desconocido. Me acerqué al panel de control de la cabaña y me aseguré de que el ofuscador de señal estuviese activo. No quería que mi escondite se echase a perder.

Cuando comprobé que todo parecía seguro, acepté la llamada y permanecí expectante a que el holograma del emisor tomase forma. Un cuerpo alto y grueso apareció delante de mí, cogiendo cada vez mayor nitidez. Reconfiguré el holograma para que la figura de Arcas Balliol cupiese en su integridad en el proyector que dominaba la habitación.

—Buenos días, Iriel —anunció con una voz cálida e imponente al terminar de proyectarse.

—Hola, Arcas —respondí desilusionada por que mi visita secreta fuese la de un hombre al que quería tener lo más lejos que fuese posible de mí.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que te he llamado desde Teseo, volvemos a habitar el mismo planeta —dijo con un orgullo que no le cabía en el cuerpo.

—Sí, soy consciente. También te digo que no es una sorpresa muy grande. Ahora mismo tienes que estar viviendo debajo de una roca para no saber que Zelo ha invadido parte de Teseo.

—Ay, Iriel, no seas tan cascarrabias, así le quitas la ilusión hasta al niño más alentado. Deja que disfrute estos días que anhelaba desde hace décadas.

Solté un pequeño bufido que deseé que el micrófono no hubiese captado. No sabía si era adrede, pero Arcas estaba restregando en mi cara todos los remordimientos que me habían concomido los últimos meses, y en un momento en el que mi salud mental no estaba en sus máximos.

—¿En qué puedo ayudarte, Arcas? —pregunté incapaz de simular entusiasmo ante esa conversación.

—Dicho de esa forma, creo que en nada —respondió entretenido por mi actitud.

Puse los ojos en blanco y esperé a que llegara al motivo de su llamada. Prefería estar sumida en la soporífera sensación que me daba vivir ese destierro temporal que tener que aguantar las muestras de ego de ese hombre.

—Era yo el que quería ayudarte, Iriel. Sé que estás en alguna parte de las montañas de Kaldur, y dado que yo ahora estoy en Brir, puedo enviar a que alguien te recoja para traerte aquí y que puedas volver a disfrutar de la compañía de otros humanos.

Maldije en lo más profundo la relación que había surgido entre Abraham y Arcas, parecían mejores amigos. Aunque en realidad no sabía por qué me extrañaba, eran tal para cual: hombres cerca del siglo de vida con una ambición desmedida y un ego y carisma sin parangón que formaba una mezcla nociva.

—Lo veo muy arriesgado, Arcas. Ya sabes que yo no tengo ningún papel en esta guerra y ahora mismo mi único objetivo es conseguir la llave hexagonal que nos falta. No me quiero arriesgar a que mi implicación contigo me aleje de esa meta —respondí sorprendida por lo políticamente correcta que había sonado mi excusa.

—Entiendo tu punto de vista. Yo solo te lo comento porque las cosas se van a complicar en Teseo bastante durante los próximos días. Digamos que nuestro trabajo en este planeta no ha hecho más que comenzar.

Terminó esa frase con una entonación y una mueca de soberbia que provocó un escalofrío

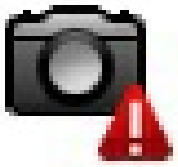
helado por mi columna vertebral. Ni siquiera estaba segura de querer saber qué planes habían surgido en la mente de ese maniaco genocida.

Apreté la mandíbula con fuerza para aguantarme las ganas de responder lo que realmente pensaba.

—Lo tendré en cuenta, Arcas. Pero insisto, me quedaré aquí. No queda mucho para que actúe, solo estoy esperando a que llegue una vieja amiga.

En el rostro de Arcas se dibujó una media sonrisa llena de segundas intenciones. Mostrando todos sus dientes dijo:

—Sí, algo he oído.



11. Inversa

Kay Olerson: 04 del invierno 566, 02:00

Hacía tiempo que no sentía ese nerviosismo en la cola de inmigración de un país. Por mucho que hubiese nacido en la Tierra varios siglos atrás, yo era un ciudadano tesiano. A efectos prácticos era un inmigrante en Volitur, el país en el que había aterrizado una hora atrás. Gracias a mi posición de consejero de la presidencia, figura que seguía ostentando aunque Ava ya no estuviese en el poder, tenía documentación de diplomático, lo que me tendría que haber ahorrado la cola que estaba haciendo. De esa forma fue como entré en Volitur dos años atrás, cuando fui a por Lara por petición de Saburo. Sin embargo, las cosas ya no eran iguales.

Solo en el Centro Espacial de Volitur ya se percibían los cambios. En la rigidez de la policía, con apariencia más propia de soldados de un régimen que de funcionarios al servicio del ciudadano; el silencio de la gente, totalmente cohibidos; en el hecho de que, sin importar tu origen o posición, debías pasar el mismo intenso escrutinio de seguridad.

Stephan se había separado antes del control de inmigración, saltándoselo por su condición de ciudadano de Volitur.

La persona que tenía delante salió de la fila y llegó al mostrador con el policía gubernamental. Era el siguiente. En mi pasaporte ponía el nombre de Kristen Laine, una identidad real con la que había viajado a todos los mundos habitados de la Vía Láctea sin problema. No obstante, eso había sido antes de que hiciera pública mi real identidad como Kay Olerson. Desde entonces, solo había viajado a Teseo. Esa sería la primera vez que podría tener problemas. Ese era el motivo principal por el que Lara se había quedado la llave hexagonal en Teseo, no nos podíamos arriesgar a que me la quitaran de las manos.

Además, parte de mi atención seguía puesta en las noticias que Epsilon me narró la noche anterior al salir del espacio curvo. Aún no era capaz de procesar del todo lo que había pasado en Teseo, especialmente lo ocurrido con Lara.

Después de hacerle una extensiva lista de preguntas, el policía dejó pasar a la mujer y me indicó que me acercara.

—Buenos días —dije con una amplia sonrisa.

El hombre como respuesta me señaló el dispositivo donde tenía que poner el dedo. Le hice caso y sentí el mismo leve pinchazo que notabas al pagar. Acababan de cobrarme una cantidad ínfima de Unidades de Tiempo para asociar mi identidad.

—¿Señor Kristen Laine? —preguntó el policía con la vista circunspecta.

—Así es.

—¿Motivo de su visita a Volitur?

—Visita diplomática.

El ceño del funcionario se volvió incluso más agudo.

Había pensado si decir que el propósito de mi viaje era simple turismo, pero la información que el policía estaría viendo en su DCP le confirmaría que era un diplomático de Teseo. No tenía ningún sentido desaprovechar esa baza.

—Adelante —soltó con una sonrisa impostada.

Esa vez fui yo quien frunció el ceño, incrédulo de que hubiese sido tan sencillo.

La puerta de cristal se abrió, invitándome a pasar. Hice un suave cabeceo de despedida y crucé el estrecho pasillo, sin llegar a creerme que todo hubiese terminado.

No tuve que esperar mucho para que se confirmaran mis sospechas. Un minuto después de que saliera del control de inmigración se acercaron a mí dos individuos con el mismo uniforme que el policía que me había atendido.

—¿Kristen Laine?

—Sí, soy yo.

Miré a mi alrededor en busca de posibles huidas. Estaba todavía demasiado lejos de la salida como para que escapar fuese una posibilidad.

—Necesitamos que nos acompañe.

—¿Cuál es el motivo? —respondí sin ninguna intención de seguirles.

Sus rostros se endurecieron.

—Hay una pequeña irregularidad con su acceso a Volitur. Es preciso que nos siga a un sitio privado para solucionarlo.

El hombre hizo un ligero ademán de empezar a andar, como si por el simple hecho de hacerme ese gesto fuese a seguirle los pasos. Yo permanecí inmóvil.

—No pienso que sea necesario. Me puede decir aquí mismo de qué se trata.

—No es una petición, señor Laine. Debe venir con nosotros —contestó con un tono de voz que no daba lugar a réplica.

—Mire, agente Holder —dije leyendo su nombre en la solapa del uniforme—, vengo en una visita diplomática en representación de Teseo. Suficiente es que he tenido que hacer una hora de cola junto al resto de turistas como para además tener que acompañarle. Su compañero de inmigración me ha dejado pasar, si tienen alguna irregularidad, es problema suyo, no mío.

El hombre de la derecha, que no había abierto la boca en ningún momento y, por su postura, parecía el superior, dibujó una sonrisa llena de sorna.

—Disculpe la insistencia de mi compañero, señor Olerson. He de decirle que soy un gran admirador de todo lo que ha hecho, le estudié en la escuela —añadió como si fuese suficiente pretexto para arreglar la situación—. Pero es cierto, debe acompañarnos, nuestro superior quiere hablar con usted.

Reí entre dientes. Al fin se estaban quitando la careta.

—No me importa que su comisario, o la posición que tenga su jefe en la policía, quiera hablar conmigo. Tengo una agenda muy apretada y me gustaría ponerme con ella. Así que, si me permiten, ha sido un placer hablar con ustedes.

Hice un ademán para echar a andar, pero el segundo hombre me bloqueó el paso.

—No estoy hablando de nuestro jefe inmediato, sino del absoluto. Abraham Salazar quiere verle.

Me habría gustado mantener la misma cara de superioridad que había tenido todo ese tiempo, pero fui incapaz. Esas palabras causaron que mostrara una expresión de perplejidad de quien acaba de recibir una hostia de la realidad. No porque Abraham quisiera verme, eso era obvio, sino por lo que esas palabras significaban. Que un policía de inmigración cualquiera hablase con ese atrevimiento en el ambiente público en el que nos encontrábamos, significaba que Volitur ya no era el lugar que había abandonado un año y medio atrás. El hecho de que Erico Jones, el presidente del país y descendiente de Ethan Jones, fuera un simpatizante de la AVF era algo conocido. Después de la muerte de Harlan entendí que la AVF estaba mucho más integrada en

las posiciones de poder de la Tierra de lo que esperaba, y en ese momento acababa de entender que finalmente se habían quitado la máscara.

Ya no había diferencia entre policías o soldados de la AVF, entre los intereses de Centur y los de Volitur, entre las órdenes de Abraham Salazar y las implicaciones que tendrían en el país. A todos los efectos, Volitur estaba bajo el control absoluto de la AVF y Abraham.

Lara y yo sabíamos que podría ser complicado entrar en el país, pero desde luego no esperábamos que hubiese llegado a tanto su influencia. Sumado al final terrorista que había tenido la reunión de la FEMEX, junto a la invasión zeliana en Teseo, la guerra del tiempo verdaderamente había explotado. El juego de sombras de los últimos años ya era cosa del pasado, ya era inútil esconder los cuchillos detrás de la espalda y confundir al enemigo con elogios y palabras cándidas.

—Haber empezado por ahí —dije con una mayúscula sonrisa en la cara—. Llevo mucho tiempo con ganas de conocer a Abraham Salazar, y con lo cerca que está de que su vida expire, pensaba que no iba a tener la oportunidad de hacerlo.

El rostro de los policías se compungió en una mueca de repugnancia propia de quien acaba de escuchar cómo insultan a su profeta. Sin pronunciar una palabra, me agarraron del brazo y me llevaron a una puerta de acceso del personal del centro espacial. Tras recorrer multitud de pasillos acabamos en una zona aislada en la parte trasera del complejo. Unas escaleras de metal bajaban hasta un pequeño muelle que flotaba sobre el agua, donde un furgón acuático me esperaba.

En cuanto subí al vehículo se contestó la pregunta que me estaba haciendo desde que me habían detenido.

—Veo que a ti también te han interceptado, Stephan —dije animado sin saber por qué.

—Sí —respondió con un gruñido que demostraba que veía la situación con unos ojos muy distintos a los míos.

El furgón se cerró y emprendió el camino hacia el país de Volitur. Era igual al vehículo que habían usado para transportarnos cuando nos detuvieron a Lara y a mí por el asesinato de mi hijo. La diferencia era que en esa ocasión ninguno de los dos disponíamos del ryuno para escapar de la situación.

Pensar en Lara evocó en mí una gran necesidad de hablar con ella. Maldecía no poder hacerlo a causa de cómo había acabado el conflicto entre Zelo y Teseo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Stephan cuando llevábamos diez minutos de trayecto.

—Alegrarnos de que no hayamos traído la llave hexagonal verdadera y esperar a conocer a Abraham Salazar.

Stephan me dedicó una mueca de indignación. La paciencia y la inacción no eran dos de sus mayores virtudes.

Fui a añadir algo con la intención de animarle cuando sentimos un fuerte frenazo del coche acuático. Ambos nos miramos con un brillo de esperanza en la mirada.

Fuera se escuchó el movimiento de olas chocar con el vehículo y el sonido de varios disparos y gritos. Al cabo de un minuto todo se sumió en un absoluto silencio. Nos giramos hacia la puerta del furgón, esperando a que se abriera. Cuando lo hizo, nos dio la bienvenida la figura de un hombre que no había visto desde que tenía treinta y siete años biológicos.

—No me parece muy prometedor que desde el inicio de tu visita ya tenga que estar salvándote, Kay, mi idea era que las cosas fuesen al revés.

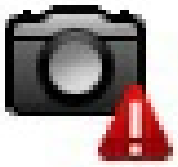
Me fundí en un fuerte abrazo con nuestro salvador, donde ambos nos reímos como si en un pasado no hubiésemos tenido ideologías opuestas.

—No está mal como entrada, Viktor, está claro que has envejecido bien.

—Bienvenido de vuelta, Stephan —dijo dirigiéndose a quien se había convertido en su discípulo.

Salimos a la luz del medio día para encontrarnos con una nave que se mantenía suspendida sobre el agua. Nos subimos y, antes de que Viktor le indicara al piloto que emprendiera el camino, se giró hacia mí con una sonrisa socarrona:

—¿Estás listo para ver el mundo que he creado?



12. Ironía

Ava Olerson: 16 del otoño 566, 22:30

Con un pitido de aprobación la puerta me dio la bienvenida a mi antigua casa. Ya ni recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había estado entre esas cuatro paredes. Un apartamento en el lateral este de la ciudad, localizado ahí más por cercanía a la sede del partido que por cualquier otro motivo. Aunque las vistas en la lejanía de la bahía tenían su encanto.

Respiré un aire vacío y aséptico, propio de un piso cerrado y sin vida. Recorrí las pocas estancias de la casa como quien visita un hogar ajeno. Desde que me convertí en presidenta, mi hogar había sido la construcción donde los gobernantes del planeta debían vivir, multitud de naves interestelares y hoteles de planetas ajenos, y la celda de la base militar de Shiga.

Ese era el primer día que disfrutaba de mi libertad condicional. Me habían dejado libre más por quitarse una preocupación de encima que por otra cosa. A fin de cuentas, con Arcas Balliol en poder de territorio tesiano en nuestro planeta, yo no era más que un pequeño grano molesto en la espalda que alguien está deseando quitarse. Y eso habían hecho. Quizás para tratar de acercarse al Partido Liberacionista en esos momentos que era tan importante estar unidos, o simplemente porque ya no les importaba, esa mañana me habían sacado de la celda que había habitado los últimos 137 días.

Viendo cómo me sentía al volver al que mucho tiempo atrás fue mi hogar, no estaba segura de que agradeciese su gesto. Al menos en el subterráneo de la base militar de Shiga tenía la compañía de los guardias encargados de mi bienestar y las visitas esporádicas de Lara y algún que otro viejo amigo. Pero disfrutar de esa supuesta nueva libertad era un golpe de realidad para el que no estaba preparada. Fue en ese momento cuando me di cuenta de la dolorosa verdad: ya no tenía nada.

Había perdido mi trabajo y mi propósito de vida. Excluida de la política para siempre, mi objetivo de ayudar al mundo que había cofundado siglos atrás se había extinguido.

Mis compañeros y amigos del partido me habían dejado de lado. Tratando de no caer al foso en el que me encontraba, cortaron cualquier contacto conmigo, rompieron las ataduras que les pudiesen arrastrar a la oscuridad en la que me había sumido y perder el poco apoyo que mantenían.

Mi familia era prácticamente inexistente. Clara, a causa de sus errores pasados, estaba exiliada a saber dónde. Con Lara, por mucho que hubiésemos sido capaces de mantener alguna conversación desde que provocase mi encarcelación, decir que teníamos una relación cordial era usar palabras amables. En cuanto a Kay, la última persona que me quedaba en mi vida, estaba a cientos de años luz de mí, en el espacio curvo de camino a la Tierra para tratar de poner fin a la locura que atemorizaba al mundo.

Fue cuando esa realidad caló de verdad en mi ser, que mis piernas fallaron y caí derrumbada en el suelo. Mis ojos se humedecieron y lloré sin consuelo, incapaz de controlar mis propias reacciones. Tenía tal sensación de soledad que ni siquiera era capaz de emitir un sonido, lloraba de forma ahogada, como si no quisiera molestar a algún vecino desafortunado con mi dolor.

Experimentar esa desolación me transportó al momento en el que perdí a Ruben, cuando mi único hijo varón murió ahogado a causa del Seiryu. Me daba cuenta de que en mi vida los momentos realmente felices no llegaban a sumar dos cifras. Había tenido una vida larga, pero no una vida dichosa. Mi existencia se podía definir con una sola palabra: supervivencia, el proceso por el cual había subsistido de una instancia alegre de mi vida a otra, sin importar que ese lapso de tiempo pudiese ser años, décadas o incluso siglos.

Por alguna razón, en ese momento de vacío existencial maldije a mis antepasados. A mi bisabuelo, Henrik Nyman, por inventar la inmortalidad, esa nueva capacidad del ser humano de vivir tanto tiempo. A mis abuelos, Kay Olerson y Ava Harlan, por crear el sistema temporal, una forma de alargar el sufrimiento de mi existencia por mis propios méritos, en un alarde de masoquismo. Y a mis padres, Harlan y Clara Olerson, por llevarme a un mundo en el que, a excepción de unos pocos momentos de dicha, había tenido una vida larga, propia de un aeternum, pero lacerante, propia de un recluso.

Haciendo uso una vez más de esa molesta pero útil capacidad de sobreponerme a mi inmenso dolor, me puse en pie y me dirigí hacia la terraza del apartamento. A pesar de que no había ningún aerodeslizador conectado al balcón, levanté la barandilla que me separaba de una caída mortal de ochenta metros de altura.

Desde el día de la muerte de mi hijo llevaba posponiendo mi dolor aferrándome a cualquier pretexto que viese delante de mí, en un habilidad sobrecogedora de siempre encontrar una razón. Ese 16 del otoño 566 del calendario tesiano, el 5 de septiembre de 2545, tras 348 años de existencia, por fin era incapaz de encontrar un motivo para seguir viviendo, por fin mi dolor iba a cesar.

Cerré los ojos y aproximé los pies hacia el canto del balcón. Miré abajo, tratando de visualizar cuáles serían los últimos estímulos que mi cerebro recibiría.

Sentía el aire frío proveniente de la bahía entrar en contacto con el interior de mis fosas nasales. En las palmas de las manos notaba el sudor frío a causa del chute de adrenalina que mi sistema había dosificado. Con la vista disfruté de un cielo despejado en el que la estrella Tairo relucía con la misma fuerza de siempre, como si tratase de demostrar incansable que su cuerpo celeste permanecería ahí mucho más tiempo que nosotros, por mucho que hubiésemos derrotado a la muerte. El hecho de que fuese a acabar con mi vida era una muestra de ello. Por último, mi oído captó el ruido de una gran muchedumbre. Cuando dirigí la vista a la calle a la que pretendía precipitarme, vi una gran aglomeración de gente dirigiéndose hacia el norte.

Apreté los puños y la mandíbula con fuerza, ni siquiera me iban a dejar morir en paz. Molesta por el desconocimiento de saber qué estaba pasando, me conecté a mi DCP y en una rápida búsqueda llegué al motivo de esa manifestación.

—Mierda —escupí sabiendo que, un día más, tenía que posponer mi dolor.

Entré en el apartamento y me dirigí hacia la protesta que se había organizado delante del edificio del Partido Liberacionista.

Había ocurrido lo inevitable, había salido a la luz que el ryuno era cancerígeno a través de una fuente fiable.

Era irónico. El ryuno ya ni siquiera me quería dejar disfrutar del último deseo de mi vida: morir.



13. Inagawa

Lara Hallman: 16 del otoño 566, 22:00

Aunque solo habían pasado diez días desde que abandoné Teseo, se hacía extraño que estuviese de vuelta en el planeta que se había convertido en mi hogar, como si una parte de mí no creyese que merecía seguir respirando.

Debido a que la gran mayoría de fuerzas militares de Nekumi se marcharon del satélite sin nosotros, Hans y yo habíamos vuelto en una nave mercantil que finalmente volvía a traer nekumi a Teseo una vez las revueltas habían cesado.

Acabábamos de aterrizar en el centro espacial, y no hacía falta mirar muy lejos para darse cuenta de que estábamos en un planeta en guerra. Controles extensivos, caras de pocos amigos por parte de los soldados y una dureza que daba a agresiones más severas de lo necesario. Era obvio que nadie iba de turismo a un lugar que estuviese en medio de un conflicto armado, pero esa era una de las desventajas de los viajes interestelares. Cuando todos esos turistas salieron de su lugar de origen, unas semanas o meses atrás, Teseo no estaba en guerra.

Éramos los únicos que veníamos de la sección mercante del centro espacial. Nos dirigimos hacia los controles de inmigración, donde se aglomeraban con cierto caos los turistas con cara de susto. No hizo falta ni que enseñáramos nuestra identificación, el hombre que estaba en el puesto por el que cruzamos se inclinó brevemente hacia los dos.

—Es un placer tenerla de vuelta, teniente Hallman.

Le respondí con una sonrisa fría y seguimos adelante con Tango sobrevolando por nuestras cabezas. No me gustaba esa deferencia, no apreciaba que me tuviesen en tanta estima por haber hecho algo que ni yo estaba segura de que fuese lo correcto. Fuese como fuera, estaba claro que en Teseo ya se habían retransmitido grabaciones de la batalla de Lofton, como se había bautizado la contienda, y se habría publicitado mi cara una vez más como la salvadora que acabaría con Arcas Balliol, la AVF y cualquier otro peligro que asolara a Teseo y a la libertad de la que gozábamos. La Liberadora del Tiempo.

No juzgaba a Merlow ni al resto de culpables del ensalzamiento de mi figura. Lo que hace meses habría sido impensable había ocurrido delante de nuestras narices en apenas dos días. Zelo había tomado control de territorio en nuestro planeta. En esos momentos de derrota, lo que algunos calificaban como hechos heroicos, y yo veía más como violencia y destrucción contra otros soldados que seguían las órdenes de sus superiores, era un faro de esperanza para los tesianos. Ver cómo un solo individuo era capaz de usar el ryuno, ese símbolo nacional, para dominar al enemigo, era lo único a lo que los civiles se podían aferrar.

—¿Vas para tu casa? —preguntó Hans cuando salimos al aire fresco del exterior.

Ese era mi momento del año favorito en Shiga. La mitad del otoño. El cielo formado por las copas de las secuoyas frondosas había tomado colores crepusculares, pintando una gama de amarillos, naranjas, rojos y ocres. El viento fresco del sur movía con suavidad las pocas ramas jóvenes que tenían esos gigantes de madera, produciendo lluvias de hojarasca con cada embestida. A pesar de estar en un lugar lleno del ajetreo de los turistas y aerotaxis que trataban

de vaciar y llenar el centro espacial a partes iguales, disfruté de la paz que me daba volver a estar ahí.

—No, voy a casa de Kaja, necesito hablar con alguien —respondí al cabo de un largo minuto.

—Pues no lo parece, no has pronunciado una palabra en todo el viaje —contestó casi ofendido.

—Necesito hablar con alguien de quien no dependa mi vida en la batalla, alguien que no reciba órdenes mías.

Hans apretó los labios y soltó un pequeño resoplido.

—Entiendo —añadió en un breve refunfuño—. Kaja vive en el este, ¿no?

—Así es.

—En ese caso, nos veremos en la base militar mañana.

—Seguramente antes, Hans, estamos en guerra. Yo de ti me iría a casa a darme una ducha y estaría listo para cualquier cosa —respondí sin siquiera saber todavía cómo estaba la situación en el planeta.

Hans asintió apesadumbrado y se subió en el primer aerotaxi que hacía cola. Yo anduve más adelante en la fila y tomé uno del medio seguida por Tango. Le di la dirección al piloto autónomo y emprendió el vuelo.

La conversación que necesitaba con tanta falta me habría gustado tenerla con Kay, era el que mejor me entendía. Pero era imposible, todavía le quedaban tres semanas para salir del espacio curvo y llegar a la Tierra.

Cuando recibí una llamada suya dos meses atrás fue inesperado. Las naves interestelares no solían tener fallos tan importantes como para que fuese necesario hacer una parada de emergencia. Aunque esa pequeña escala había servido para ponerle al día sobre la situación tras la explosión en la reunión de FEMEX y los preparativos que estábamos llevando a cabo para la guerra, entre los que se incluía añadir defensas en Shiga y entrenamientos básicos del ryuno a todos los ciudadanos.

En cierto momento también le pregunté sobre la conversación que tuvo con su hijo. Su respuesta fue igual de elusiva e inconcreta que la que Harlan me dio cuando le saqué el tema. Estaba claro que ambos querían mantener esa charla de ultratumba para sí mismos.

Tras veinte minutos de viaje llegué al este de Shiga, la única zona de la ciudad donde se construyeron casas unifamiliares, donde las enormes secuoyas y rascacielos eran sustituidos por un monte escarpado lleno de irregularidades. El aerotaxi descendió hasta una de las residencias y un gran perro salió a recibirme.

—¡Monty! —exclamé dejando que la alegría del animal artificial me embaucase.

La primera vez que vi a Monty me quedé desconcertada. Era el primer animal que veía en libertad en Teseo. Cuando Kaja me explicó que era un androide con forma perruna, el asombro aumentó todavía más, sorprendida por desconocer ese concepto. Por mucho que en la Tierra me hubiese especializado en el arte roboticista, allí no existían ese tipo de máquinas que imitaban con gran fidelidad a las mascotas, ya que para eso tenías a los animales reales. Pero en Teseo, donde el ryuno no tardaría en acabar con la pobre mascota, habían diseñado esas máquinas como sustitutos de los queridos amigos terráqueos.

—No vuelvas a darme un susto como este, Lara —dijo Kaja como saludo—. Un poco más y Monty habría quedado más vivo que tú —añadió al separarnos de un caluroso abrazo.

Desvié la mirada como un animal avergonzado y asentí ante su réplica.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó en un tono más distendido.

—Ahora mismo.

—Pasa, anda, que te preparo un té para alegrarte esa cara, que tienes la expresión de quien ha

estado en el limbo de la muerte.

Le dediqué una pequeña sonrisa y seguí sus pasos, dejando que Monty jugara con mis piernas a cada zancada que daba.

Tango pasó por delante de mí con la misma expresión de recelo que siempre ponía al ver a Monty. Tenía una extraña relación de animadversión con esa máquina.

—Te has enterado de la gran noticia, ¿no?

—¿Que Arcas ahora controla Brir?

Kaja me miró de soslayo, ofendida por mi condescendencia.

—Se ha filtrado que el ryuno es cancerígeno.

—¡¿Qué?! ¿De qué estás hablando? ¿Cómo ha sucedido?

Las incógnitas se me agolpaban una tras otra. Eso era lo último que necesitábamos para el caos en el que Teseo ya estaba sumido.

—No se sabe, pero por lo que se ha publicado… quien haya filtrado la información es alguien con conocimiento de causa.

Se detuvo momentáneamente, atemorizada de pronunciar las siguientes palabras, como si el hecho de dejar la frase incompleta impidiese que lo que pensaba fuese real.

—Es alguien de dentro.

Apreté la mandíbula con fuerza. Tenía la cabeza tan sobrecargada de los últimos acontecimientos que ni siquiera era capaz de mirar ese evento con mente fría, razonar qué información teníamos y cuál podía ser la fuente original.

—¿Estás segura de que es la única opción? ¿La información no puede haber salido de algún otro lado?

—No, solo lo sabíamos unos pocos de la base militar. Tenemos un topo entre nosotros.

Solté un resoplido como única respuesta, ya ni siquiera me apetecía pensar en las consecuencias de ese hecho. Kaja pareció darse cuenta en mi expresión, ya que con una voz cálida dijo:

—Ya podremos hablar de eso más adelante, ¿tú cómo estas?

Solté una risa ahogada y agria.

—Podría estar mejor, eso está claro.

—¿Por qué lo hiciste, Lara? —dijo de una, dejándose de rodeos.

—¿El qué?

—Suicidarte con la explosión que nos dio la victoria en la batalla de Lofton. Utilizar una cantidad abismal de ryuno para servir como señuelo de un ejército completo y asegurarte de que estuviesen en el epicentro de una explosión que te iba a matar.

—Pero no lo hizo.

—¡Porque el comandante Elroy te salvó la vida de milagro, Lara! —replicó enfurecida—. Déjate de juegos y tecnicismos estúpidos, estás hablando conmigo, te conozco perfectamente. Sé que tu intención con ese ataque era acabar con todo: el daño que estaban recibiendo nuestros efectivos, el ejército de Harios y tu propia vida. Así que quiero que me digas ahora mismo por qué.

—¡Porque era la única forma de acabar con ella!

Las palabras habían salido con furia en un inicio, y envueltas en sollozos al final. Ya siendo incapaz de volver a tapar mis emociones, me derrumbé en la mesa del comedor de Kaja como un niño que llora inconsolable. La vista se me nubló a causa de las lágrimas y me costaba respirar debido a las mucosidades de la nariz. Hundí el rostro entre mis manos, tratando de sostener de alguna forma todo el dolor y culpabilidad que corroía cada célula de mi cuerpo.

Ahí, indefensa, volví a ser esa Lara de doce años. Aquella niña que acababa de destapar el velo de protección que le había ocultado la oscuridad del mundo durante tanto tiempo. Aquella niña que acababa de ver el cadáver de su única amiga, que se había suicidado. Aquella niña a la que forzaron a prostituirse con personas que, por desgracia, solo eran unos jugadores más de esa realidad macabra y oscura.

Por mucho tiempo que hubiese pasado desde entonces, por muchas experiencias que me hubiesen curtido, o muchas vidas que hubiese arrebatado, en ese momento volví a ser esa Lara de doce años que se escondía en el baño de su habitación del clan Inagawa con la esperanza de que el mundo y sus problemas se resolvieran al otro lado de esa puerta, aferrándose a la idea de que, una vez saliese, el telón que la protegía estuviese alzado de nuevo y todo hubiese sido una elaborada pesadilla infantil.

La diferencia que había entre esas dos Laras radicaba en que la Lara en la que me había convertido era plenamente consciente de cómo funcionaba el mundo, y ella no era del tipo de personas que esperaba a que la situación se solucionase por sí sola. Eso nunca ocurría.

—Porque era la única forma de acabar con ella —repetí con la voz entrecortada.

Dejé que mi cuerpo expulsase parte de mi impotencia en esos sollozos descontrolados, hasta que Kaja apoyó su mano sobre las mías.

—¿La única forma de acabar con quién, Lara? ¿De quién estás hablando?

En su voz pude identificar congoja, confusión y apoyo. No hacía falta que me dijese nada para saber que le dolía verme así.

—Lara Inagawa —respondí levantando la mirada y recomponiéndome un poco.

Kaja me dedicó una mueca de comprensión que no me esperaba. El brillo de sus ojos me sirvió como un faro lejano que me guiaba en la oscuridad en la que llevaba asolada ya no sabía cuánto tiempo.

—Esa no es la única forma, Lara.

—¿No?

Mi respuesta salió en un hilo de voz, una mezcla de esperanza, desconfianza y duda.

—Así es, hay otra forma.

—¿Cuál?

—Enfrentándote a ella, luchando contra la parte de ti en la que se personifica Lara Inagawa, negándote a que tome el control.

—Lo he intentado, Kaja, te lo juro, pero no soy capaz. No te haces una idea de lo que sentí con tanto ryuno en mi poder en ese campo de batalla. La sed de mi interior era… era… como tratar de saciar mi sed con el agua de un océano. No solo es una fuente ilimitada de agua, sino que cada vez que bebo, me entran más ganas de beber. Sentí el peligro real de Lara Inagawa, una violencia y necesidad de sangre y muerte que nunca había experimentado. Ni en otros ni en mí. No me puedo arriesgar a que vuelva a tomar control otra vez, y cada vez me veo más incapaz de evitarlo.

Kaja me agarró fuerte de la mano y dijo:

—Eso es porque lo estás haciendo sola, y no tiene por qué ser así. Puede que tú sola no puedas contra Lara Inagawa, que a causa de todo el dolor, sufrimiento y responsabilidad que has tenido sobre tus hombros en los últimos dos años seas incapaz de evitar que ella tome el control. Pero la realidad es que no estás sola, Lara, nos tienes a nosotros. Al igual que es estúpido pensar que individualmente alguno de nosotros es capaz de enfrentarse a Zelo o a la AVF, ocurre lo mismo en tu caso.

»Es con la ayuda de Kay, de Harlan, de Hans, de Merlow, de Tango, de Kristin, de Eivol, del

resto de tu escuadrón, de la mía… e incluso con la ayuda de tu madre o de tu abuela con la que puedes hacer frente a esa parte tan oscura que tienes en tu interior. Es con la luz que nosotros te podemos dar con la que puedes extinguir esas tinieblas.

Se detuvo unos segundos y, cogiéndome con fuerza de los hombros, añadió:

—Pero para ello tienes que dejar que te ayudemos, tienes que confiar en nosotros.

Tenía la boca seca, como si mi cuerpo tratase de demostrar que me había quedado sin palabras. Lo único con lo que pude responder a Kaja fue con la sonrisa más sincera e ingenua que había puesto desde el día que conocí a Martha Hallman, desde que me adoptó en su orfanato y me dijo que era mi cumpleaños. En ese momento, delante de Kaja, experimentando la fuerza y energía que pretendía darme, me sentí como esa niña indefensa que acaba de encontrar la salvación a la incertidumbre que había estado viviendo hasta entonces.

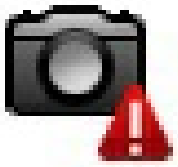
De repente los ojos de Kaja se iluminaron, no de manera natural, sino a causa de su DCP. A los pocos segundos ocurrió lo mismo en los míos. Era un mensaje del presidente Takumi.

—Joder, Merlow, siempre igual de oportuno.

—Está todo bien, Kaja, no te preocupes —respondí creyendo en cada una de esas palabras por primera vez en mucho tiempo.

Ella lo debió de percibir, ya que se levantó de la silla de un salto y dijo con esa arrogancia entrañable que tanto la representaba.

—En ese caso, vamos a ver al jefe. Vamos a acabar con esta mierda de una vez por todas.



14. Sueño

Viktor Thoros: 04 del invierno 566, 08:00

Llené mis pulmones del aire puro del lugar que podía llamar mi hogar. Era curioso como, tras tantos siglos viviendo bajo tierra, cada vez que salía de la zona de exclusión nuclear y respiraba lo que técnicamente era aire puro, como había sido el caso en la costa de Volitur, me parecía mediocre en comparación con la mezcla de gases que hinchaba mi pecho en esos momentos.

Me giré hacia Kay para preguntarle qué le parecía el mundo subterráneo que habíamos creado cuando vi que no era necesario, su cara lo decía todo. Eran esos ojos de perplejidad y fascinación que los escasos visitantes que habíamos tenido siempre expresaban. La ciudad génesis no era una invención futurista, ni tampoco tenía nada que la hiciera especialmente increíble. Era más el hecho de que ese concepto fuese real, y no solo una teoría escrita en el libro de un filósofo idealista.

—Bienvenido a la ciudad génesis de los atemporales.

—¿Cuántas como estas dices que hay? —preguntó incapaz de quitar la mirada de ese lugar excavado en el subsuelo del cementerio nuclear que era Toronto.

Todas las ciudades atemporales estaban construidas de la misma forma. Estábamos en el centro de la urbe, un gran agujero hexagonal de trescientos metros de diámetro. Los colores blancos de las paredes, el techo con proyección holográfica que simulaba el cielo y la vegetación que caía por los muros y dominaba la gran plaza daba una sensación de máxima apertura, dando la apariencia de no estar a cincuenta metros bajo tierra.

Ese núcleo era donde estaba todo el comercio, oficinas gubernamentales, restaurantes y lugares de ocio. Alrededor se erigían otros seis hexágonos del mismo tamaño. Era de la misma forma que un barrio de Volitur, aunque cuando esa primera ciudad en la que nos encontrábamos se creó, Volitur no era más que una idea.

Los otros seis núcleos tenían diferentes propósitos. Tres de ellos con uso exclusivo residencial, el espacio necesario para los seis mil habitantes que daban vida a ese lugar. Los otros tres se encargaban de proveer a la ciudad: uno enfocado para la ganadería, otro para la agricultura y el último para la industria. En cuanto a la energía, se sacaba de una planta geotérmica posicionada debajo de la ciudad.

—Millares —respondí orgulloso de que la grandiosa construcción que teníamos delante fuese una de muchas.

—Sigo sin creerme que esto no sea público, que la FEMEX haya sido incapaz de llegar aquí en todo este tiempo. Que verdaderamente os hayáis creado vuestro propio mundo ajenos al resto de la humanidad.

Recorrimos el núcleo central de la ciudad. Stephan seguía nuestros pasos dejando que Kay disfrutase de la estupefacción que él mismo sintió en su primera visita.

—Tengo tantas preguntas —dijo Kay una vez se recompuso.

—Estaré encantado de solventarlas.

Me interrogó sin cesar sobre cada uno de los aspectos que involucraban la creación y

mantenimiento de un lugar como ese. Desde el número de personas que lo habitaban, cómo se financiaba la creación de una nueva ciudad, qué forma de gobierno tenía, cómo se obtenía la comida, la energía y el aire, de dónde sacábamos las materias primas, qué economía teníamos implantada, cuáles eran los sistemas de seguridad que había instalados… Infinidad de preguntas que yo fui respondiendo una tras otra, tratando de saciar la sed de información de un hombre que llevaba mucho tiempo sin encontrarse con algo que desconociese tanto como el funcionamiento de esa creación.

Cuando parecía que ya no había ninguna incógnita que quedase por resolver en la mente de Kay Olerson, dio una vuelta en rededor, dejando que todos los estímulos de la ciudad atemporal llegasen hasta su cerebro, y en un tono casi amargo, hizo un comentario inesperado.

—Es una pena que mi padre no pudiese llegar a ver esto. Henrik consiguió crear la inmortalidad, darle la capacidad al ser humano de vivir eternamente. Pero esa habilidad por sí sola, era más un peligro que una virtud. Solo hace falta ver el mundo exterior para darse cuenta de los problemas que el tiempo ha generado en la sociedad.

»Viktor, tú has sido quien ha finalizado el sueño de mi padre. Tú has sido quien ha creado un mundo inmortal, una sociedad sostenible donde los humanos pueden convivir en paz *ad eternum*. Yo nunca comulgué con las ideas de mi padre porque pensaba que eran utópicas, la creación de un mundo idealista irrealizable. Pero tú me acabas de demostrar que estaba errado, sí que es posible un mundo inmortal.

Las palabras de Kay provocaron que algo muy profundo en mi interior se estremeciese de la emoción. Llevaba mucho tiempo sin dedicarle un pensamiento a Henrik Nyman, era lo normal teniendo en cuenta que falleció casi medio milenio atrás. Tenerle en mi mente de nuevo, y de una forma en la que nunca lo había visto, hizo que mis ojos se humedeciesen.

Kay tenía razón, no me había dado cuenta hasta ese momento, pero el mundo atemporal que había creado con la ayuda de muchos era el mismo mundo del que me enamoré cuando conocí a Henrik con tan solo veinticuatro años, allá por el 2054. Y como bien acababa de decir su hijo, lo inaudito no era la creación de ese mundo, sino que tras más de cuatro siglos siguiese en pie igual de funcional, o incluso mejor, que el primer día.

—¿Me estás diciendo que acabo de conseguir que el gran y único Kay Olerson cambie de opinión respecto a la inmortalidad? —dije saliendo de la emoción que me había conmovido.

Kay estalló en una carcajada y me dio un manotazo en el hombro.

—Para nada, Viktor, no te equivoques. Sigo pensando igual sobre el sistema temporal y la función que tiene en la sociedad. Sin embargo, ahora por fin veo que, para quienes quieran llevar una vida inmortal ajena al resto de la humanidad, es posible en un lugar como este.

—Bueno, supongo que me tendré que conformar con eso —le contesté devolviéndole la carcajada—. Si no hay más preguntas, os enseñaré vuestras habitaciones —añadí.

En un paseo en el que nadie habló, deshicimos parte del camino que habíamos hecho.

—Estos son vuestros apartamentos. Son unipersonales y bastante pequeños, los únicos que hay libres. A fin de cuentas, no estamos acostumbrados a tener visitantes fuera de la sociedad atemporal.

—Es más que suficiente —respondió Kay echándole un breve vistazo al interior.

—En ese caso, os dejaré descansar. Entiendo que estaréis destrozados tras tanto ajetreo de los últimos días.

Me di la vuelta para marcharme cuando caí en la cuenta de que casi se me olvidaba lo más importante de todo.

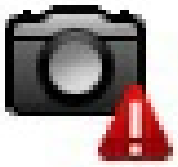
—Por cierto, Kay, esto te pertenece —dije metiendo la mano dentro del bolsillo de mi

chaqueta.

El hijo de quien fue mi compañero de trabajo me miraba con curiosidad, previendo de qué se podía tratar. Mis dedos aferraron un pequeño objeto de metal formado por aristas de tacto rugoso e irregular que creaban una figura geométrica. Cuando saqué la mano del bolsillo en mi palma yacía una llave hexagonal.

—Si no me equivoco, esto pertenecía a tu hijo, Harlan Olerson. Desde que estuvo en su posesión ha hecho un largo camino para llegar aquí. Primero el dron de Lara Hallman, posteriormente perteneció a Stephan, luego a Derick Nyman y, por último, fue a parar a mi poder. Creo que ya es hora de que puedas tenerlo tú, su verdadero dueño.

Con un gesto dubitativo, Kay agarró la llave hexagonal de mi palma y la admiró con el detenimiento que se merecía. A fin de cuentas, ese simple objeto era capaz de destruir a la humanidad tal y como la conocíamos.



15. Utopía

Ava Olerson: 16 del otoño 566, 23:45

La energía en los ojos de la gente me provocaba que se me revolviese el estómago. Por una parte, me transportaba a mis primeros años como política, cuando mi fuerza y rabia contenida la enfocaba en comunicar de la manera más carismática posible cuáles eran mis ideas y cómo podían ayudar a mi planeta. Pero los gritos de quienes me rodeaban también me recordaron la ingenuidad de mis últimos meses en el poder, la misma inocencia que esas personas estaban demostrando, no dándose cuenta de la realidad de la situación.

—Ya no estamos hablando de conjeturas ni suposiciones —continuó su discurso Adria Heath, la nueva presidenta del Partido Liberacionista—. Ya es un hecho. El ryuno es una sustancia cancerígena, es capaz de producir algo que ya estaba extinto en nuestra raza, algo que nunca se ha llegado a experimentar en este planeta: una enfermedad. El ryuno degenera nuestro cuerpo hasta el punto de acabar visitando a la muerte que supuestamente habíamos derrotado, sin importar el tiempo que todavía tengas almacenado en tu AVA. Lo que se considera el patrimonio de este planeta, su símbolo más preciado, no es solo un arma utilizada para la violencia, sino también un parásito que absorbe la vida de su portador.

Adria hablaba con la convicción, el vigor y la arrogancia propia de la juventud, similar a como lo podía hacer Lara. Pero en este caso, con un mensaje inadecuado.

Acababa de llegar a la manifestación que se había convocado a las puertas de la sede del partido. En un alarde de eficiencia de los nuevos directivos, no había hecho falta ni un día para convocar esa congregación en contra del ryuno a raíz de las recientes noticias. Tras la oscuridad que había pasado el partido en los últimos seis meses, ese era el primer rayo de esperanza que tenía para recuperar el poder extinto.

—Por mucho que el presidente Takumi, el Partido Integrista o el ejército nos quiera hacer creer, el ryuno no es necesario para ganar la guerra con Zelo. Es todo lo contrario, es la causa principal de que hayamos perdido el control de Brir, las revueltas en Nekumi y todas las muertes que esta sucia guerra ya ha producido. La respuesta de Zelo, por muy desproporcionada e impulsiva que haya sido, es lógica. A fin de cuentas, no les ha quedado otra opción. El ryuno es una amenaza comparable a como lo fueron las bombas nucleares que acabaron con un diez por ciento de la humanidad en el 2110. ¿Qué esperaba el presidente Takumi y el resto de sus asesores que sucediera cuando Arcas Balliol se sintiera arrinconado en una esquina ante tal amenaza? Estaba claro que no se dejaría amedrentar.

»Sin embargo, en un juego hipotético, quitemos el ryuno de esta ecuación. Ya no habría una amenaza que provocase una actitud violenta y defensiva por parte de los zelianos, podríamos volver a nuestra relación cordial que teníamos antaño sin necesidad de que miles de tesianos inocentes pierdan su vida. La realidad es que el hecho de que el ryuno sea cancerígeno es el menor de nuestros problemas. La gran mayoría de muertes que esa sustancia enfermiza provocará serán causa indirecta de esta guerra que se podría evitar, porque todavía estamos a tiempo de pararla.

»La única solución para detener esta guerra antes de que vaya a más es deshacernos del ryuno de una vez por todas.

Tras su grito final la marabunta respondió vociferando, vitoreando y aplaudiendo las palabras de mi sustituta. Entonces me fijé en que la gente de mi alrededor se había callado con la mirada fija en mí. Poco a poco se creó un corro del que sin querer formé su centro y, como si fuera una invitación hacia el escenario desde el que Adria había retomado su discurso, formaron un pasillo que me conectaba con él.

—Para conseguirlo tenemos que…

La presidenta del Partido Liberacionista dejó de hablar al ver lo que estaba ocurriendo entre sus enérgicos oyentes.

«Una vez que me había dejado arrastrar hasta ahí, tendría que llegar hasta el final», pensé acortando el camino hacia el escenario. Conforme andaba entre la gente cual mesías disfruté de una gama de expresiones muy variopintas. Personas que veían en mí la experiencia y tesón que pensaban necesitar en ese momento, otros que me observaban con cierto rechazo, y muchos que directamente me dedicaban miradas llenas de inquina y repugnancia, como si fuese la causante de todos sus problemas.

Subí al escenario que se elevaba dos metros por encima de la gente y observé cómo las tres calles que salían de esa intersección estaban abarrotadas de individuos sedientos de cambio y libertad. Era irónico que yo, antigua presidenta de ese partido, tuviese claro que ahí no iban a encontrar lo que buscaban.

—Señora Olerson, es un placer que haya venido aquí para escuchar mi discurso. Espero que no se tome a mal mis palabras, pero ya no es su momento. Tuvo la oportunidad de pararles los pies a los integristas antes de que llegásemos al punto en el que nos encontramos hoy, y todos los aquí presentes sabemos cómo ocurrió eso. Estaré encantada de que nos honre con su presencia como una de las fundadoras del planeta y antigua presidenta de Teseo, pero debe tener claro que solo será eso, una oyente. Ahora es el turno de sangre joven que le dé a los habitantes de este planeta lo que se merecen.

Sin que sus palabras causasen un mínimo efecto en mí, ni positivo ni negativo, me acerqué hacia el micrófono que retransmitía sus palabras al DCP de quienes estuviesen conectados en la retransmisión. Adria retrocedió unos pasos ante mi mirada intimidatoria y paso seguro, llegando incluso a mirar a los dos hombres encargados de su seguridad. Al ver que me detenía delante del micrófono, les indicó con un gesto que me dejasen hablar.

—Estás cometiendo el mismo error que yo, Adria —dije con la mirada clavada en su rostro, pero hablándole a todos los allí presentes y quienes estuviesen viendo la retransmisión—. ¿Has visto las grabaciones de lo que está ocurriendo? ¿Has salido de la burbuja del despacho de la planta cincuenta y tres? Tus ideales son muy loables, los mismos que yo defendí muchos años, pero el mundo no es tan simple, y desde luego ahora no es el momento de planes utópicos. Ahora la prioridad es salvar a Teseo y a sus habitantes de la amenaza enemiga, no dividir todavía más nuestras fuerzas.

»¿Dices que Arcas Balliol es un animal amenazado por el ryuno? —solté una carcajada agria llena de remordimientos—. Arcas es una bestia, un monstruo incapaz de ser amedrentado. No pienso quitarle al ryuno la culpa que tiene, tienes razón en que es la causa principal de la situación actual, pero no de la forma que tú has explicado. Siguiendo con tus analogías, Arcas es el monstruo que vive en las montañas encima del poblado, deseoso de bajar para arrasar con la vida de los pobres campesinos. En esta historia, el ryuno es un aldeano intrépido y un poco imbécil que ha querido saquear al monstruo de la montaña, dándole el pretexto perfecto para

cumplir su objetivo inicial. Pero si no existiese el ryuno, Arcas no habría tardado en encontrar otra forma de justificar sus acciones. Nosotros somos un primer paso en un plan mucho más grandioso.

Adria, que me miraba cual niña de primer curso amenazada por el tamaño de sus compañeros de edad superior, no sabía qué decir. El causante no habían sido mis palabras, había sido mi expresión. A fin de cuentas, era el rostro de una persona que en esos momentos querría estar muerta, y sin embargo tenía que darle clases de relaciones interplanetarias a mi sustituta que ni siquiera había tenido la decencia de visitarme en mis cuatro meses y medio de cautiverio.

Dada por finalizada mi reprimenda a la nueva presidenta del partido, enfoqué mi atención en los presentes en esa manifestación, quienes realmente me importaban y me observaban con duda y cierto reparo.

—Es posible que estéis confundidos por mis palabras, a fin de cuentas, no fue hace mucho cuando estaba en la misma posición de Adria mandando un mensaje similar al suyo. Mi opinión sobre el ryuno no ha cambiado, sigo pensando que es una sustancia que haría mejor al mundo si dejase de existir, y desde luego aborrezco el hecho de que asocien Teseo a esa materia pseudointeligente. Pero dada la situación, no estamos para ponernos quisquillosos.

»El ryuno es posible que cause la muerte de sus portadores, pero si lo hace será a lo largo de varias décadas de uso y con una baja probabilidad. Mientras que los zelianos nos pueden matar a cualquiera de nosotros en los próximos días con una certeza mucho mayor. No importa si hay que usar el ryuno, nos tenemos que inyectar veneno en sangre o romper el tratado universal de prevención de uso de armas nucleares, pero con tal de que nos sirva para echar a Zelo de nuestro planeta y acabar con esta guerra, lo tendremos que hacer.

»Ahora no es el momento de dividirnos, es la hora de unirnos y luchar por nuestro tiempo.

Mis palabras recibieron un silencio como nunca lo había escuchado. No hubo aplausos, pero tampoco abucheos; no recibí vítores, pero tampoco gritos de odio. Nada, todos me observaban impasibles sin saber qué decir. En mitad de esa calma, como si tuviese la intención de accionar una reacción, un hombre desenfundo un arma de energía y la encañonó hacia el escenario. Antes de que pudiera siquiera reaccionar, escuché el sonido característico que hacía esa pistola al disparar una carga. Una mezcla entre una descarga eléctrica, el ruido de un bumerán que rompía el viento y la apertura de una compuerta sellada al vacío.

El primer efecto que perseguía esa persona, el impactar contra el pecho de su víctima, lo logró de inmediato. El segundo, enloquecer a los allí presentes, lo consiguió a los pocos segundos, cuando se dieron cuenta de que podían ver a través del pecho de Adria Heath a causa del agujero que había aparecido repentinamente. Yo, que la tenía a mi lado, no había podido hacer nada, ni siquiera fui capaz de sostenerla para evitar que se desplomara sin vida en el suelo. Todo había ocurrido demasiado rápido, aunque los siguientes segundos me demostraron lo que era velocidad de verdad.

En una sucesión de instantes, los policías armados con ryuno que trataban de contener esa congregación de la manera más objetiva posible se pusieron alerta sin entender qué había ocurrido. Después surgieron soldados zelianos de todas partes, individuos enmascarados como participantes de la manifestación, soldados escondidos en las terrazas de los edificios o subidos en aerodeslizadores y naves por el cielo. A continuación, el lugar se convirtió en una lluvia de disparos, cargas de energía, ryuno y sangre. Por último, un gran estruendo resonó desde el otro lado de la bahía.

Lo único que mi mente sacó en claro de todo aquello era que Zelo había comenzado la invasión de Shiga.



16. Tálpido

Lara Hallman: 16 del otoño 566, 23:30

Las vistas desde el aerojet de Kaja eran la demostración del caos que sufría Teseo en ese momento, posiblemente la etapa de mayor desequilibrio desde su fundación. Estábamos en mitad de la mayor guerra interplanetaria de la humanidad hasta la fecha, nuestra única oportunidad de ganarla era haciendo uso del ryuno, y un segmento de los ciudadanos estaban protestando en contra de ello. Era muy doloroso verlo. Parecían personas sedientas manifestándose con pistolas de agua. Se declaraban en contra de lo único que podía darles lo que querían.

—¿Qué piensas? —preguntó Kaja con la misma actitud de terapeuta que había tenido en nuestra conversación antes de partir hacia la base militar.

—Pensaba que me causaría odio o incluso asco ver una reacción así en los momentos en los que nos encontramos. A fin de cuentas, estamos dando la vida por personas como ellos. Pero la realidad es que lo único que me causa es una profunda tristeza. Viendo este tipo de manifestaciones en la situación actual, conociendo el número de personas que apoyan a la AVF a pesar de todo lo que han hecho, o habiendo visto los soldados que acatan las órdenes de sus superiores sin preguntarse por qué… hace que pierda esperanza en la humanidad y las ganas de seguir con todo esto.

Kaja miraba a la muchedumbre pensativa, más a causa de mis palabras que de la panorámica que tenía lugar bajo nuestros pies.

—Esta versión tan cínica tuya no te pega, Lara. Egoísta, impulsiva, directa, agresiva, intimidatoria, calculadora… todo eso sí, pero el nihilismo no va contigo.

Me reí entre dientes. Dado en quién me había convertido, eran pocos los que me hablaban con esa franqueza, y eso me encantaba en Kaja.

—No tienes por qué creer en la humanidad, ya que, a pesar de lo que muchos piensen, tu objetivo no es salvarla. Con que creas en la gente que te importa es suficiente, ya te encargarás de hacer lo correcto para que ellos no sufran.

Me mordí el labio inferior. No sabía si era debido a la breve visita que le había hecho al mundo de los muertos, nuestra conversación anterior sobre cómo luchar contra la oscuridad de mi interior o los tiempos convulsos en los que estábamos, pero esas palabras de Kaja me otorgaron una gran tranquilidad y una paz que no había saboreado de manera artificial desde la última vez que me drogué con el Suzaku unos meses atrás, y de manera natural desde antes de que dejase de ser una simple investigadora privada. La frase que había dicho resumía a la perfección mi situación, simplificaba un problema complejo en algo fácil de comprender en momentos de duda, me servía como una brújula para guiar mis pasos.

Dejamos atrás el lateral este de la bahía y sobrevolamos la enorme masa de agua que formaba el lago Adal. Me aferré a esa paz sabiendo que iba a ser una sensación efímera que no tardaría en sustituirse por los días, semanas o meses de locura que nos esperaban. Al llegar a la base militar unos minutos después obtuve un adelanto de ese caos. Ni siquiera en la breve revolución contra mi madre y los liberacionistas o en el día donde los nuevos reclutas inundaban la base había tanta

entropía como en el medio de una guerra. El centro de comando, donde se tomaban todas las decisiones importantes y se gestionaba a los millones de efectivos del ejército, era la base militar de Shiga a pesar de que estuviese muy lejos del núcleo del conflicto, en Brir, al noroeste del planeta.

Entramos con brío debido a la premura que las palabras de Merlow mostraban en su mensaje y nos dirigimos a la sala de la asamblea general. Por el camino saludé a todas las caras que me sonrieron y felicitaron, la mayoría de ellas desconocidas. En el poco tiempo que me permitía la prisa que teníamos, me aseguraba que todos tuviesen al menos unas simples palabras por mi parte. Dada mi figura, ayudaba con la moral de los efectivos.

Cuando entramos en el despacho, el resto de integrantes nos estaban esperando, seguramente no habían salido de la base militar desde que el conflicto empezó cinco días atrás.

—Ya estamos todos —anunció el presidente Merlow cuando nos sentamos.

A mi izquierda tenía a Ryley White, el jefe del departamento de investigación de ryuno con el que había pasado tardes muy interesantes trasteando con el material pseudointeligente. Después estaba el comandante Elroy, el culpable de que siguiese con vida y que me saludó con un suave cabeceo y una cálida sonrisa. En el lado opuesto se había sentado Kaja al lado de Tomas Hughes, el último de los integrantes y el presidente de la región de Shiga. A excepción de dos comandantes más, que debían de estar en Brir, y alguna otra persona, en esa habitación estábamos las figuras con mayor responsabilidad en el bienestar de los ciudadanos tesianos.

—Ahora mismo la prioridad es encontrar al topo entre nuestras filas —dijo yendo directo al motivo de la reunión—. Dada la naturaleza de la información filtrada, estamos hablando de alguien con un acceso muy importante a nuestra cadena de mando. Cualquier operativo que realicemos podría resultar catastrófico por la simple existencia de esta persona. A excepción del comandante Jenkins y la comandante Bell, en esta sala estáis todos los individuos a los que yo he comunicado la condición cancerígena del ryuno. A pesar de que recalqué la importancia de no difundir dicha información a nadie, confío en que alguno de vosotros lo haya hecho. Ya que, de no ser así, estaríamos hablando de que el informador está ahora mismo en esta sala.

La estancia se sumió en un doloroso silencio. Cada uno de nosotros nos intercambiamos miradas con el resto, analizándonos de forma muy distinta a las veces anteriores, tratando de vislumbrar en el interior del otro si realmente estaba trabajando con Zelo y estaba dispuesto a vernos morir al resto.

Al presidente Merlow lo descarté de inmediato por razones obvias, al igual que a Kaja. Con Elroy y Ryley tenía muy buena relación, aunque tampoco fuese muy cercana. Sabía de su trabajo y tenían una gran trayectoria en Teseo, no podía concebir que estuviesen trabajando con Arcas. Si tuviese que apostar por alguien en esa sala sería por Tomas Hughes, pero era más por descarte que por motivos de peso, carecía de la suficiente información como para tener una opinión formada.

Pero, por suerte o por desgracia, más gente conocía la información filtrada antes de que se hiciese pública.

—Yo se lo conté a siete personas —dije siendo la primera en hablar—. A los integrantes de mi escuadrón. No veía lícito pedirles que me acompañasen a la guerra haciendo uso del ryuno con el desconocimiento del peligro añadido que esto suponía.

Merlow me dedicó una expresión dura, pero no dijo nada, no le había pillado por sorpresa.

—Por mi parte solo lo sabe mi ayudante, era prácticamente imposible que no lo dedujese trabajando conmigo, así que se lo conté para optimizar el trabajo —respondió Ryley, haciendo que me sintiese un poco mejor viendo que no había sido la única.

—En mi caso es posible que se me escapara en una conversación con Corvin Moore —añadió Tomas Hughes haciendo referencia al Ministro de Industria.

—Yo tomé la misma decisión que Lara y se lo conté a mis cinco capitanes —dijo el comandante Elroy—. Aunque dos de ellos fallecieron en la batalla de Lofton —añadió con el semblante ensombrecido.

Él fue el último en pronunciarse en esa franqueza colectiva que nos había inundado. No sabíamos si reírnos o avergonzarnos, estaba claro que no habíamos llegado a nuestras posiciones por la habilidad de guardar secretos.

Entonces Merlow clavó su mirada en Kaja, la antigua mano derecha de mi padre y actual Ministra de Asuntos Interplanetarios, y le hizo un ademán para que tomara la palabra.

—Pues parece que yo he sido la única que acató tu orden, coronel —dijo con una sonrisa socarrona en el rostro.

Le pegué un puntapié por debajo de la mesa. Con tal de haberle borrado esa expresión de arrogancia, habría vuelto en el tiempo y evitado hablar más de la cuenta.

—Está bien —soltó el presidente mesándose los cabellos—. No puedo decir que me sorprenda, aunque está claro que tampoco aprecio esta falta de rigurosidad.

Soltó un último resoplido y se acomodó en la silla, volviendo a su expresión resuelta.

—Si suponemos que el comandante Jenkins y la comandante Bell han seguido el ejemplo de la ministra Gray, y asumiendo que ninguno de nosotros ha filtrado la información, tenemos doce sospechosos: los siete integrantes del escuadrón de Lara, los tres capitanes del comandante Elroy, la ayudante de Ryley y el ministro Moore. Es un grupo bastante reducido de personas con las que trabajar, si no fuera por la premura de la que precisamos.

Su razonamiento era válido, pero no quería ni imaginarme que alguien de mi escuadrón fuera el topo, que una de las personas a las que había confiado mi vida en realidad trabajaba con la persona que quería erradicar un planeta entero.

—¿Qué propones que hagamos, coronel? —preguntó el comandante.

—Todavía no tengo ninguna idea, así que cualquier sugerencia es más que bienvenida.

Miré a los integrantes de esa mesa, observando que cada uno de ellos se encogía de hombros.

—Yo tengo algo que puede funcionar —dije viendo que Merlow ya tenía su atención puesta en mí, esperando a que hablase—. En el clan Inagawa teníamos un protocolo para este tipo de situaciones.

Mi presencia se volvió el foco de interés de la sala. Era una ventaja que mi pasado fuese completamente público en Teseo, no tenía que dar explicaciones ni inventarme excusas, la gente había escuchado mi antigua vida, había tenido tiempo de procesarla y llegar a la conclusión que quisieran.

—Adelante —me instó el presidente de Teseo.

En el resumen más concreto que pude desarrollar, expliqué esa metodología que por desgracia seguimos más de una vez en la familia. Lo complicado en esos casos era identificar a los sospechosos, pero una vez los tenías seleccionados, revelar cuál era el culpable era muy sencillo. Tenías que cebar a cada una de las personas con información. Dicha información tenía que cumplir tres características.

La primera era que fuese identificable, es decir, que pudieses saber cuándo se había filtrado. Un ejemplo podría ser el dato sobre la naturaleza cancerígena del ryuno, otro caso podría ser cuando un objeto del que habías hablado desaparecía, o cuando un objetivo con el que se pensaba acabar no iba al lugar donde se le pondría fin.

La segunda era que fuese jugosa, algo bastante importante como para que la persona se

arriesgase a filtrarlo. Para ser un topo, además de ser un traidor malnacido, también tenías que ser estratega. Cualquier información que diese era un peligro para su existencia, así que miraban mucho qué era lo que contaban a sus benefactores. Con lo cual, el comunicado que le hicieses llegar al sospechoso debía ser suficientemente suculento como para que se arriesgase a difundirlo.

La tercera y más importante característica es que fuese única. Aquí era donde entraba en juego la clave de la estratagema. A cada uno de los sospechosos le dabas la misma información, pero con una pequeña variación que la hiciese identificable. En el caso del soplo de dónde estaba un objetivo con el que acabar, a cada una de las personas se le podía dar una habitación distinta del mismo hotel. De esta manera, en función de qué habitación de hotel fuese la afectada, se deduce quién es el informador.

—Me gusta —concluyó Kaja cuando terminé de hablar—. Es elegante, eficaz y fácil de preparar.

Yo, como de costumbre al tratar ese tipo de reuniones, estaba de pie y andaba de un lado a otro en la gran cristalera que iluminaba la estancia. Tango levitaba a un metro de mi cabeza, siguiendo cualquier paso que daba como si de un ángel de la guarda se tratase.

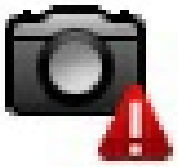
—Estoy de acuerdo, es justo lo que necesitamos. Ahora solo queda decidir cuál es la pieza de información que usaremos como cebo —dijo Merlow.

Conforme había narrado las formas de trabajar del clan, le daba vueltas a esa cuestión en el fondo de mi mente. La elección de esa información era la pieza más importante para asegurarse el éxito de la misión. Algo demasiado suculento podía hacer que el topo desconfiase, sobre todo una vez que era consciente de que sabíamos de su existencia. Mientras que, si pecábamos de precavidos, la persona no se arriesgaría a comunicarlo. Por otro lado, debíamos asegurarnos de que el método que usábamos para identificar al culpable era robusto, de no ser así el operativo sería en vano.

Disfruté unos segundos más de la vista del despacho. La mezcla de los cuatro elementos que formaban la imagen era cuando menos única. A la izquierda estaba el gran acantilado del lado opuesto de la bahía, debajo el agua translúcida del lago. A la derecha estaba el bosque que se abría a las afueras de Shiga, ya más comedido que el de la ciudad, y en el centro y tomando la mayor parte de la vista, se encontraba la gran base militar de Shiga, el cerebro pensante del bando aliado en la Guerra del Tiempo.

—Creo que sé qué podemos usar —sonó la voz de Ryley a mi espalda.

Fui a girarme para volver a mi sitio, viendo que mi turno de hablar se había terminado, cuando divisé un destello en el cielo. Antes de poder agudizar la vista para identificar de qué se trataba, un misil impactó en el centro del complejo militar e hizo saltar por los aires la mitad de los edificios que se erigían debajo de la estancia en la que estábamos. El retumbar de la explosión fue casi instantáneo, a lo que le siguió una gran bola de fuego que se alzó una cincuentena de metros hacia el cielo, iluminando mis ojos de un rojo tan vivo que hizo que me perdiera en la belleza de su luz, en vez de en su significado real. La furia de Arcas Balliol acababa de hacer volar por los aires parte del mismísimo centro de comando de Teseo.



17. Coexistir

Kay Olerson: 04 del invierno 566, 10:00

Todavía me costaba creer que estuviese a cien metros bajo un cementerio nuclear sobre la antigua ciudad en la que viví de joven. Viktor Thoros lo había conseguido, había creado un mundo inmortal sostenible, sano y feliz. En esa ciudad, y en miles como esa, vivían millares de personas atemporales, individuos que no envejecían y podían vivir para siempre.

En esos momentos tenía cientos de cosas en la cabeza, seguía sin ser capaz de procesar todos los cambios que habían ocurrido en mi ausencia en el espacio curvo. Sin embargo, la existencia de ese mundo atemporal había prendido una llama de luz en mi esperanza por la humanidad. En un momento donde la sociedad estaba más convulsa que nunca, los humanos habíamos tomado bandos extremistas y parecía ser imposible ponerse de acuerdo en las más simples decisiones, el lugar que estaba pisando se erigía como reivindicación de que había luz en esa oscuridad.

Me acercaba al río que discurría hacia el nexo central de la ciudad cuando vi a una niña jugar en la arena de la orilla. Con unas piedras construía una fortaleza, clavándolas en la arena con ímpetu y provocando que sus trenzas bailasen sobre sus hombros en cada movimiento. Me acerqué con sigilo, tratando inútilmente de pasar desapercibido. Sus ojos verdes se clavaron en mi rostro como los de un gato que ha sido sorprendido colándose en un jardín ajeno. Al verme me dedicó una sonrisa tímida.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté al agacharme.

—Construyendo.

Pronunció la palabra en un tono tan bajo que por un momento dudé si acaso no me había imaginado la respuesta. No obstante, la niña interpretó mi silencio como una señal para seguir hablando, deshaciéndose de algunas de las capas de vergüenza que la recubrían.

—Estoy construyendo otra ciudad atemporal.

—¿En serio? ¿Y dónde estará esta nueva ciudad atemporal?

La niña apretó los labios con fuerza y detuvo su trabajo, tratando de focalizar toda su capacidad mental en contestar a esa pregunta.

—Mmm… pues aún no lo sé. Donde haga falta, supongo.

—¿Y qué ocurrirá si no hace falta?

En cuanto acabé la frase me sentí un poco culpable de interrogar a una niña de esa manera. Pero mi interlocutora se tomó la pregunta con la misma seriedad que la anterior.

—Eso es imposible, siempre hacen falta nuevas ciudades, eso es lo que siempre dice Viktor. Hay mucha gente como nosotros por el mundo y tenemos que darles la oportunidad de que encuentren un hogar como el mío.

Dejé que una sonrisa amplia y sincera se apoderara de mi rostro. Muchas veces pensaba que, si las decisiones del mundo fuesen tomadas por niños, las cosas serían más simples… más puras.

—Tú eres Kay Olerson, ¿no? —preguntó de improviso.

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

—Aquí todo el mundo sabe quién eres. Vimos tu discurso en la reunión de la FEMEX.

La niña, que tendría unos ocho años, parecía demasiado espabilada.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Judie Adams —soltó ofreciéndome su mano con energía.

Se la estreché entre risas y me acomodé en la arena.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te pareció mi discurso?

—Me gustó mucho —dijo desviando la mirada.

Fruncí el ceño, confuso de qué había dicho para provocar esa reacción. Me mantuve quieto, esperando a que ella sola quisiera explicármelo. Judie dibujaba un ocho en la arena, como si de repente se hubiese vuelto tímida.

—Me gustó tanto que hice una pintura —añadió recuperando su seguridad anterior.

—¿En serio? Me siento halagado. ¿Te importaría enseñármela?

Judie se llevó el dedo a los labios y agudizó la vista, como si tratase de tomar la decisión más importante de su vida.

—Está bien —concluyó al cabo de un rato—. Pero me tienes que prometer que no se lo vas a contar a nadie. Tú vas a ser la primera persona a la que se lo enseñe.

—Te lo prometo —contesté con la misma energía—. Será nuestro secreto.

Los ojos de Judie tomaron el brillo que solo la inocencia propia de una niña puede brindar y se puso de pie en un brinco. Cogiéndome de la mano, echó a andar siguiendo la orilla del río. Saltamos algunas piedras que entorpecían el camino y tuvimos que mojarnos las plantas de los pies en un lugar donde la vegetación hacía imposible continuar por el borde. Llegamos hasta el rincón más alejado de ese nexo, donde el caudal surgía de una pequeña cascada artificial.

Judie gateó debajo de una palmera, colándose por un pequeño hueco solo accesible por alguien de su tamaño, y al minuto regresó arrastrando un baúl. Se tomó su tiempo, sin decir ni una sola palabra, sacó un caballete y lo empezó a montar. Fuese a propósito o sin quererlo, esa niña estaba creando muchas expectativas por su dibujo.

Finalmente agarró un papel grueso enrollado y clavó su mirada en mí.

—¿Estás listo?

Su actitud era digna de una artista famosa que está a punto de mostrar su nueva exposición a una masa de admiradores y críticos de todo el mundo.

—No te haces una idea de las ganas que tengo.

Su sonrisa se ensanchó y se giró para sujetar el extremo de la cartulina en unas pinzas del caballete y extender el papel en su integridad. La pintura no decepcionó, estaba claro que no era la primera que creaba.

El fondo era el mismo espacio exterior que había visto el día anterior al llegar a la Luna. Un vacío que al observarlo te hacía sentir único a la vez que insignificante. Sobre esta base flotaba un planeta que parecía ser la Tierra. Carente de atmósfera, se podían apreciar sus océanos, continentes, montañas y mesetas. Por último, cuando me acerqué lo suficiente para verlo, distinguí tres símbolos distintos, uno en cada uno de los tres continentes que aparecían.

—¿Quieres que te lo explique? —preguntó enérgica cuando me dio suficiente tiempo para disfrutar de la novedad de la pintura.

—Por supuesto.

—Como podrás ver, es la Tierra, mi planeta. O bueno, por lo menos el planeta en el que he nacido y crecido. Por ahora es el único en el que he estado, pero en algún momento me gustaría visitar otros. He oído que de donde vienes tú, Teseo, es el planeta más bonito de todos.

Sonreí ante la desenvoltura que poco a poco iba tomando.

—Y dentro de la Tierra hay tres grupos. Este de aquí, el que está representado con un reloj

roto, somos nosotros, los atemporales, que vivimos fuera del sistema temporal y no queremos morirnos nunca. Este otro de aquí, dibujado con la llave hexagonal que me mostró Viktor cuando le pregunté por ti tras tu discurso, os representa a vosotros, quienes podéis vivir para siempre, pero para ello tenéis que ganar suficiente tiempo.

Hablaba con tanta velocidad que parecía que se iba ahogar. Cogió aire y, señalando el último de los símbolos, terminó su explicación:

—Este el último, el 100, simboliza a quienes, por cualquier motivo, solo quieren vivir un siglo de vida.

Satisfecha, observó en varios vaivenes mi expresión y después su obra de arte.

—¿Te gusta? —preguntó impaciente por que dijera algo.

—Me encanta —contesté acariciándole la cabeza—. Me gusta mucho, es precioso.

Judie mantenía su vista clavada en mi rostro con ojos suspicaces.

—¿Qué pasa? Dímelo.

Con tanta energía, arrogancia e ímpetu, esa niña parecía una versión reducida de Lara. Me habría gustado ver cómo sería una interacción entre las dos.

—Me gusta mucho, de veras. Pero, si tuviese que ponerle una pega… —comencé viendo cómo mostraba una mueca de rechazo—. Es que los tres símbolos son muy pequeños. El planeta que has pintado está muy bien ilustrado y es enorme, quizás podrías haber pintado los tres signos un poco más grandes para que se distinguiesen mejor, ahora me tengo que acercar mucho para verlo.

Judie apretó los labios y negó con la cabeza en señal de decepción, como si yo fuese un alumno que ha dado una respuesta errónea e impulsiva en mitad de la clase.

—No has entendido nada, Kay, está hecho así aposta.

Fruncí el ceño con una mezcla de diversión y desconfianza porque yo, un hombre de casi cinco siglos de edad, fuese a ser instruido por una niña de ocho.

—Que los signos de los tres grupos sean tan pequeños simboliza que el mundo es muy grande, enorme, y que hay suficiente espacio en él como para que gente con diferentes creencias y formas de ver la vida convivan sin molestarse ni atacarse los unos a los otros. De eso justo es de lo que hablaste tú en tu discurso, ¿no?

Estaba claro que Judie era mucho más espabilada de lo que se podría esperar por su edad. Reí entre dientes ante el hecho de que esa niña entendiese un concepto que los líderes de planetas y la gran mayoría de la sociedad no llegaba a aceptar.

Miré con otros ojos esa pintura. Una apología a la libertad y a la diferencia de opiniones, a que cada uno podía tener una opinión distinta y aun así ser compatible con la del resto.

—Sí, Judie, justo de eso hablé en la reunión de la FEMEX, de que el mundo es lo suficientemente grande como para que todos podamos vivir en él sin hacernos daño ni molestarnos entre nosotros. Y, sin embargo, mira qué resultado tuvo. Hoy en día estamos peor que nunca, con guerras entre planetas, caos en todas las naciones y un vacío de poder del que tengo miedo de que se llene con la persona equivocada.

Mi respuesta había sido un lamento de melancolía más que una respuesta a los ojos inocentes de una niña. A pesar de mi tono, la ilusión de Judie no se desvaneció ni por un segundo. Con más energía incluso que antes, señaló su pintura y dijo:

—Quizás, si les enseñamos a todos mi pintura, serán capaces de entenderlo.



18. Sacrificio

Lara Hallman: 16 del otoño 566, 24:15

—¡¿Por qué no se ha levantado el escudo de energía?! —exclamó Merlow corriendo hacia mi posición.

Delante del cristal blindado que nos separaba de la explosión se amontonaron el resto de los integrantes de la reunión para ver los efectos de la bomba. La bola de fuego se había extinguido dejando paso a una humareda que salía del edificio central destruido de la base. Antes de que alguno de nosotros pudiese decir algo, un segundo misil surgió en mitad del cielo, como si alguien lo hubiese invocado, y se estrelló contra el límite del escudo que esta vez sí estaba activo. Produjo una gran explosión por encima de nuestras cabezas e iluminó la estancia por segunda vez.

Agudicé la vista tratando de entender qué estaba ocurriendo. ¿De dónde habían salido los misiles? ¿Por qué el campo de protección no se había activado antes del primer impacto? Como si los enemigos quisieran responder mis cuestiones, en mitad de la bahía se materializó una gran nave de combate del tamaño de un edificio de veinte plantas.

—¡Utilizan la tecnología de camuflaje del gobierno de Volitur! —anuncié en cuanto entendí que esa nave usaba la misma ocultación que la cárcel secreta de Inferno.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Merlow a mi lado.

—Es un tipo de holograma que muestra lo que hay detrás del objeto, creando una especie de burbuja de invisibilidad.

En el transcurso de mi respuesta habían aparecido tres naves más de ese tamaño, todas dirigiéndose hacia la ciudad.

—Que hijos de puta, se guardaron este as para usarlo en Shiga y conquistaron Brir mostrando un poder tecnológico menor. Aun así, ¿por qué están ya aquí? —maldijo el presidente. Era la primera vez que le escuchaba hablar de esa forma—. ¿Cómo no hemos predicho esto? ¿Por qué estábamos tan confiados en que esperarían a que llegasen las fuerzas aliadas dentro de dos días?

Iba a responderle que ya no importaba, cuando se giró con el rostro compungido en una expresión de impasibilidad.

—Comandante Elroy, saca a todos los operativos de la base y llévalos a Shiga. Estás al cargo de la protección de la ciudad. Hay que detener esta invasión, no podemos permitirnos perder el control de la capital.

El comandante asintió sin producir una palabra y salió disparado de la sala de reuniones.

—Hughes, te encargo coordinar la evacuación de la ciudad. No pretendo que el conflicto se alargue mucho, pero hay que minimizar las bajas, sobre todo teniendo en cuenta que los zelianos han realizado su ataque en mitad de las manifestaciones que ellos han causado con sus filtraciones. Que todo el mundo escape hacia Nordan, haz un comunicado oficial y coordina a las fuerzas del estado. Kaja y Ryley, os vais con él.

—Entendido —respondió el presidente de Shiga con ímpetu.

—¿Qué quieres que haga yo, Merlow?

El presidente había puesto su atención en la nave que había lanzado los dos misiles. Acababa de aterrizar en un claro próximo a la base y no dejaba de escupir centenares de efectivos de su interior.

—Quiero que vayas a la habitación 21J y actives el sistema defensivo de emergencia de Shiga.

—¿Estás seguro? Sin una cúpula que cubra la ciudad, su efectividad se verá muy reducida, y es una baza que solo podemos jugar una vez.

—No tenemos otra opción, Lara, es nuestra mayor oportunidad para evitar perder esta batalla. Además, no tengo pensado que invadan Shiga una segunda vez.

—Entendido.

—Tu escuadrón estaba convocado en el ala norte, afortunadamente no habrán sido víctimas del misil —dijo con una frialdad en su voz que provocó un escalofrío en mi cuerpo—. Id la formación entera para activar el sistema defensivo, no quiero que ningún imprevisto te impida llegar. Una vez lo hayáis hecho, id a la ciudad y poneos a las órdenes del comandante Elroy.

—¿Tú que piensas hacer?

—Me encargaré de detener al batallón.

El número de efectivos que se acercaban en formación militar hacia las murallas de la base ya superaba los quinientos. De no ser por la seguridad de las palabras del coronel y el hecho de que quien hablaba era Merlow Takumi, le habría preguntado si estaba seguro, a fin de cuentas, por mucho ryuno y maestría con la que contases, enfrentarte a tantos soldados armados solo era un suicidio.

—Mucha suerte.

Él asintió y se dirigió hacia la pequeña terraza que daba al exterior.

—Ah, una última cosa —añadió antes de saltar—. No menciones a tu escuadrón a dónde vais ni el objetivo de vuestra misión. Hasta que no sepamos quién es el topo, no te podrás comunicar con ninguno de ellos con libertad, ¿entendido?

Apreté con fuerza los puños. Sabía que tenía razón, pero era algo doloroso de aceptar.

Sin necesidad de escuchar mi respuesta, se apoyó en la barandilla y saltó hacia el suelo. En los pocos segundos que duró la caída de veinte metros, la armadura de ryuno rodeó su cuerpo y le protegió del impacto.

Salí de la estancia y descendí un piso para tomar el pasillo exterior que conectaba la zona del complejo militar con el ala este donde me esperaba el escuadrón. A mitad de camino me detuve y vi a Merlow llegar a la entrada de la base, a un centenar de metros del batallón que se acercaba amenazante hacia nosotros.

Parpadeé dos veces y me conecté a la visión de Tango. La figura de mi mentor se hizo más grande en mis ojos, como si estuviese a escasos metros de mí. Alrededor de su cuerpo una suma asombrosa de ryuno se movía con esa sed de violencia con la que yo estaba tan familiarizada. A juzgar por la cantidad que tenía, debía de llevar lo equivalente a seis o siete armaduras, a pesar de que su actitud se asemejaba más a la de quien se toma un té tranquilo en su casa.

De repente el ryuno desapareció, dejando atrás solo el tejido que llevaba pegado al cuerpo. Antes de que pudiese deducir qué había ocurrido con él, los primeros soldados del batallón gritaron y cayeron agonizantes al suelo. A los pocos segundos adoptaron el silencio absoluto que solo la muerte es capaz de brindarte. Aumenté más el zoom para tratar de entender qué estaba pasando. Cuando una nueva remesa de enemigos cayeron al suelo, vi que de la tierra salía una especie de tentáculo que se enroscaba en las piernas y subía hasta sus pechos. A juzgar por el humo que salía de la piel, se trataba de una mezcla de Seiryu y Suzaku.

Volví a enfocar a Merlow y al fijarme en sus pies entendí qué estaba ocurriendo. Su ryuno no

se había evaporado, solo se había metido bajo tierra. Había creado un conducto de ryuno hasta el suelo que los soldados pisaban. Estaba atacándolos desde abajo.

El batallón zeliano finalmente entendió la amenaza que suponía el hombre que se alzaba delante de ellos impasible y dispararon con proyectiles de arena dorada y energía. Antes de que algo pudiese siquiera rozarle, se formó una gran pantalla de Genbu delante del presidente de Teseo, bloqueando cualquier ataque. Mientras tanto, él siguió neutralizando a los enemigos por docenas.

Cuando la distancia que les separaba era menor, los tentáculos de ryuno desaparecieron y de los pies de Merlow aparecieron dos grandes conductos que se duplicaron exponencialmente en tres ocasiones, formando dieciséis pequeños tubos de los que surgieron figuras humanas. Una especie de cuerpos huecos y translúcidos de apariencia poco robusta. Dos de ellos sujetaban una katana con las dos manos. Al mirar en el cinto de Merlow comprobé que eran las que hasta hacía unos segundos descansaban en él.

Los más adelantados de las fuerzas zelianas chocaron con el escuadrón sin vida que el coronel había creado en apenas unos segundos. Ni siquiera llegaron a sobrepasar a uno de los soldados de ryuno. Estos habían cortado con las katanas, ahogado con el Seiryu o desintegrado con el Suzaku a cualquier posible amenaza. Los catorce cuerpos desarmados, que no dejaban de ser una extensión de Merlow, cogieron las armas de los enemigos caídos y dispararon a bocajarro contra el batallón zeliano. Estos seguían atacando en la distancia contra el escudo impenetrable del presidente o tiroteando inútilmente contra las figuras de ryuno.

Lo que en un inicio parecía un combate muy desigual, de un millar de soldados armados contra un solo hombre con ryuno, se había invertido por completo. Incluso llegabas a sentir pena por los impotentes zelianos que poco tenían que hacer contra un solo individuo.

Viendo a Merlow en acción comprendí la diferencia de poder y maestría del ryuno que seguía habiendo entre ambos. Observando cómo había extendido el ryuno cien metros bajo tierra con suma facilidad, cómo controlaba tal cantidad de ryuno con la pasmosa tranquilidad que demostraba, o cómo era capaz de manejar dieciséis cuerpos humanos con perfecta coordinación y destreza… me daba cuenta de lo que todavía me quedaba por aprender. Tras las últimas proezas que había protagonizado, mi arrogancia me había hecho creer que había alcanzado su nivel, o incluso lo había superado. Desde luego, era solo la soberbia de alguien joven que cree que en unos pocos años es capaz de alcanzar al maestro que lleva décadas de entrenamiento.

Molesta por no poder quedarme para ver el espectáculo completo, salí corriendo en dirección al ala este.

—¡Teniente! —exclamó Hans en cuanto me vio aparecer por las escaleras.

Formando una alineación que demostraba de todo menos calma, me encontré con los integrantes de mi escuadrón, Eivol y Kristin, observándome con la intranquilidad propia de alguien que está deseando entrar en acción pero debe esperar las órdenes de su superior.

—¿Estáis todos bien? ¿No ha habido ningún herido?

—Estamos bien. Hace unos minutos hemos visto al coronel Takumi saltar hacia la entrada sur de la base, ¿vienes de estar con él? —dijo Eivol con seriedad.

—Sí, tengo órdenes claras. Todos los efectivos deben evacuar la base y acudir a la batalla en la ciudad, pero nosotros antes debemos salir por la zona de la bahía.

—Tú dirás —respondió el antiguo integrante de mi escuadrón, ya sin mostrar el afán de superioridad de Nekumi.

La guerra era capaz de deshacerse de cualquier rencilla personal de forma casi inmediata, demostrando que siempre la prioridad era sobrevivir a cualquier coste.

—Seguidme —anuncié mordiéndome la lengua para no dar más información sobre el propósito real de nuestra misión.

Todos asintieron y, en formación defensiva, avanzamos por los pasillos.

La sala 21J estaba en el otro extremo de la base, descendiendo varias plantas y llegando casi a la altura de la bahía. Al principio solo nos encontramos con soldados tesianos que corrían siguiendo el comunicado general del comandante Elroy. Más tarde nos quedamos solos, siendo los únicos que nos internábamos hacia el interior del complejo militar. Hasta que, a pocas plantas de nuestro objetivo, surgieron los primeros enemigos. A juzgar por su procedencia, habían hecho un sándwich, atacando desde el sur de la parte superior de la base y desde el este de la zona inferior. Aunque, afortunadamente, Merlow seguiría deteniendo a los que entraban por arriba y ganando tiempo para que todos los efectivos salieran y nosotros pudiésemos activar el sistema defensivo de emergencia.

Los primeros soldados los neutralizamos sin problema, pero conforme más avanzábamos, más enemigos nos encontrábamos, hallando ya incluso los cadáveres de compañeros. Posiblemente en la parte inferior de la base hubiesen descargado un batallón del mismo tamaño que el coronel enfrentaba solo. En una intersección llegamos a estar rodeados por tantos enemigos que tuvimos que dejar de avanzar para enfrentarnos a ellos.

—*Poned formación de ataque* —comuniqué por el DCP.

En un segundo creamos un círculo compuesto por diez personas imbuidas en sus respectivas armaduras de ryuno, equipados con katanas y fusiles.

—*Hay que priorizar dejar libre el…*

Antes de que pudiese terminar de transmitir mi mensaje, escuché una gran ráfaga de disparos proveniente de un fusil de energía. En esa situación era algo esperable, el problema era que percibí el sonido del interior del círculo que se había creado en nuestra formación, no del exterior, donde nuestros escudos de ryuno nos protegían.

Delante de mí los soldados se habían detenido, como si hubiesen recibido una orden modificando sus directrices de ataque. Me giré para ver qué había ocurrido cuando me encontré el cañón de un arma en mi cara y, antes de que me diese cuenta, dentro de mi boca. Los ojos de quien empuñaba la pistola de energía me observaban con la ira y el odio de quien se acaba de quitar una máscara tras mucho tiempo de fingir e impostar una identidad que no era real. Era la mirada de quien acababa de inmovilizar a todos sus compañeros con cargas de energía, la expresión de quien apuntaba a su superior dispuesto a arrebatarle la vida, eran los ojos de un traidor.

—*¿Por qué… Finn?* —le dije por el DCP incapaz de hablar con el cañón del arma en mi boca.

A pesar de que no había tenido que pronunciar ni una sola palabra, decir el nombre de quien finalmente había acabado siendo el traidor me dolió, me hizo una cicatriz en el pecho, asestándome un duro golpe en mi ego y en la confianza que tenía en mis propias capacidades.

—No es momento de explicaciones, Lara. Ahora mismo tienes una pistola apuntándote en un lugar desprovisto de recubrimiento de carbino. Si aprieto el gatillo, no habrá suficiente ryuno o pieza de tecnología que pueda salvarte la vida, así que quiero que escuches mis palabras con atención.

Hablaba con la frialdad propia de quien delante de sí solo ve a un objetivo, una misión que cumplir; no a una amiga con la que ha pasado duros días de entrenamiento en la época de cadetes, con quien ha compartido noches de fiesta en Kenbo, a quien le ha contado los problemas de salud de su madre o con quien ha vivido momentos en los que han estado cerca de perder la vida. Si había tenido algún ápice de esperanza de que todo eso fuese un error, una equivocación

de Finn en un momento de nerviosismo, el tono críptico de su voz la había desvanecido.

—Ya sabes lo que quiero. No te va a servir de nada darme excusas o inventarte historias, sé que tienes la llave hexagonal descansando sobre tu cuello, la llave hexagonal verdadera. También sé que tienes una gran cantidad de ryuno con la que me puedes matar en apenas unos segundos. En caso de que estés pensando en hacerlo —era justo lo que estaba pensando—, me gustaría recordarte dos cosas. La primera, ahora mismo me llevaría una sola flexión de mi dedo matarte al instante. Segundo, todos los integrantes de tu escuadrón están inmovilizados y a distancia de tiro por decenas de armas de arena dorada.

Bajó el rostro unos segundos, como si un ápice de arrepentimiento hubiese surgido en su mirada. Sin embargo, cuando sus ojos se clavaron en mí de nuevo, lo único que había cambiado en su cara era una sonrisa prepotente que terminó de arrasar con la última simpatía que tenía por mi antiguo compañero.

—Bien, parece que quieres cooperar —dijo al ver que no reaccionaba—. Primero quiero que te deshagas de tu ryuno. Crea un conducto varios metros detrás de ti y concéntralo ahí.

No reiteró la importancia de que siguiera sus indicaciones, no hacía falta. Dada la situación, no tenía ninguna otra opción. No tenía ningún as bajo la manga ni nadie iba a venir a salvarnos.

Seguí sus indicaciones. Transporté todo mi ryuno a un gran cubo que se formó un par de metros detrás de mí. Cuando terminé di un paso al lateral, con la pistola todavía en mi boca, y un soldado zeliano apartó la armadura de mi alcance.

Sin decir nada, Finn sacó la katana corta de mi cinturón y la lanzó varios metros en la lejanía. La segunda se la quedó en su poder.

—*¿Ahora qué?* —pregunté viendo que el traidor se debatía sobre cómo continuar.

Finn quitó el cañón de la pistola de mi boca y sustituyó su amenaza apoyando el filo de la katana en mi cuello, la misma katana que había pertenecido a mi padre varias décadas atrás.

—Ahora vas a coger la llave hexagonal de tu pecho y me la vas a dar.

—*Tango, vete de aquí ahora mismo* —le ordené por mi DCP con el suficiente ímpetu como para que no se le ocurriera dudar.

No hizo falta mirar al techo para saber que ya no estaba. Sin rechistar, agarré la cadena que colgaba de mi cuello y se introducía en el interior del tejido que cubría mi piel y saqué esa figura de metal que tantos problemas había dado. La sostuve en la palma de la mano y se la acerqué a Finn. Este guardó la pistola en la cartuchera de su espalda y con sumo cuidado acercó su brazo hacia el símbolo hexagonal. Cuando estaba a un palmo de él, con la otra mano agarré con fuerza el filo de la katana. Para cuando Finn quiso apretar la punta contra mi cuello, mi mano se lo impidió.

—¡Lara! ¿Qué cojones estás haciendo? No juegues conmigo —maldijo mostrándome todos sus dientes en una mueca de odio.

Por mi muñeca descendía un riachuelo de sangre proveniente de mis dedos, que se aferraban con toda su fuerza a esa katana con Genbu que hería a su propietaria por primera vez.

Todos los soldados habían apuntado sus armas, la mayoría de ellos contra mí, aunque unos cuantos también lo hicieron contra el resto del escuadrón. Entonces en la mirada de Finn pude ver un atisbo de miedo, viendo que la situación se estaba escapando de su control.

—¿Qué crees que estás haciendo? Es mi ryuno, no pienses por un momento que…

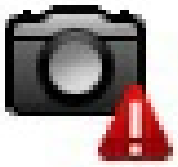
Las últimas palabras las pronunció con un tono agudo lleno de impotencia y terror. Sin que pudiera hacer nada, su propia armadura de ryuno, con la que tenía un vínculo permanente, se concentró en la mano que empuñaba la katana y se dirigió hacia mí. Yo, a través de la conexión que había entre el arma que agarraba y el ryuno de Finn, estaba siendo capaz de imponer mi

voluntad ante la suya. Me estaba costando un esfuerzo mayúsculo, pero estaba funcionando.

Finn luchaba por retomar el control de su ryuno inútilmente. Cuando calculé que tenía suficiente cantidad para lo que quería hacer, solté la katana y caí de rodillas al suelo, incapaz de sostenerme en pie. Los siguientes dos segundos fueron los más lentos de mi vida, siendo capaz de observar el tiempo de una forma que nunca antes había logrado.

Cuando mis rodillas tocaron el suelo el ryuno, al ya no estar en contacto con Finn, respondía a mis órdenes. La mezcla de Seiryu y Suzaku de la que me había apropiado recorrió mi brazo derecho, llegó al hombro y pasó por el cuello, donde un hilo de sangre salía de la incisión que Finn había hecho. Sin detenerse, continuó por el otro hombro y finalizó su trayecto en mi mano derecha, donde descansaba la llave hexagonal todavía en mi poder.

En ese instante Finn se dio cuenta de cuál era mi intención con todo aquello. Agarró la empuñadura de mi katana con las dos manos y la cargó en su costado derecho. El ryuno de mi palma rodeó la llave hexagonal y produjo una pequeña nube de humo. Para cuando el filo de la katana hizo contacto con la piel de mi muñeca y seccionó por completo mi mano, dejando al descubierto el radio y el cúbito, la llave hexagonal por la que tanto habíamos luchado había pasado a ser un conjunto de metal derretido sin forma, fundido con la mano sin vida que cayó al suelo.



19. Regalo

Viktor Thoros: 04 del invierno 566, 22:00

Hacía tiempo que no andaba por las calles derruidas sin otro propósito más que el de disfrutar del paseo. Kay, a mi lado, observaba el que había sido su hogar siglos atrás con una mirada compungida de dolor, pero sin el mínimo rastro de decepción o sorpresa en su expresión.

—¿Es la primera vez que visitas la zona de exclusión nuclear desde el final de la Guerra de Supremacía?

—No, ya había venido alguna vez en mis visitas a la Tierra. ¿Tú recuerdas dónde estabas ese día? —preguntó de improviso.

—Por supuesto. Creo que los pocos testigos que seguimos vivos recordamos dónde estábamos. En mi caso me encontraba en un pequeño pueblo en el tacón de la bota italiana, donde me había comprado una casa y pensaba jubilarme sin mayor propósito para la vida. Por mucho que tuviese la muestra de la inmortalidad que Ava y tú me disteis, ya había abandonado mi sueño de crear una sociedad atemporal. Recuerdo acercarme por la tarde al mercado del pueblo y conversar con Daniela, la carnicera que siempre me guardaba las piezas más tiernas. Cuando llegué todos estaban inmóviles. Tenían las miradas clavadas en sus dispositivos de comunicación o las pocas pantallas que había en los comercios.

»Irónicamente, gracias a la desesperación que nació en esos años recuperé la visión que tenía, y vi que en esos momentos era más necesario que nunca el crear un lugar donde se pudiese refugiar la gente que quería vivir para siempre.

Kay asentía con la mandíbula marcada en un anguloso mentón, conteniendo la rabia que recordar las imágenes de lo ocurrido en ese día causaba en su interior.

—¿Y tú?

—Yo supongo que seré la excepción a la regla. Tardé una semana en enterarme de lo ocurrido. En esa época estaba exiliado en una isla remota del océano Pacífico. Para cuando supe qué había sucedido, ya había cesado el caos e incertidumbre que debió de sentir toda la Tierra, dubitativa de si era el fin del mundo. Me encontré con una realidad que, por muy dolorosa que fuese, no me sorprendió demasiado.

Tras tantos siglos de vida, mi relación con mis propios recuerdos había tomado una forma curiosa. Mi cabeza estaba tan saturada de experiencias que, en muchas ocasiones, tenía años o décadas en blanco, como si fuesen una tarde de resaca en la que mi cerebro había dejado de registrar mis acciones. Sin embargo, por muchos siglos que hubiesen pasado desde ese momento, sabía perfectamente a lo que se refería Kay. Cuando cayó todo el arsenal nuclear chino y norteamericano sobre el territorio del enemigo, nadie sabía si la locura pararía ahí, o si esa demencia se extendería al resto de aliados. Fueron días convulsos, donde cada vez que te despedías de cualquier persona, por lejana que fuese, lo hacías con una energía propia de quien se dirige al patíbulo.

—¿Y qué hizo que volvieras a recuperar la esperanza en la humanidad? —preguntó Kay devolviéndome al presente, al camino lleno de escombros y polvo entre edificios derruidos por el

que andábamos.

—Dejar de verlo como una sola entidad.

Kay me miró con el ceño fruncido, sin entender de qué estaba hablando.

—No sé cuándo, pero en cierto punto dejé de ver a la humanidad como una sola entidad. Por mucho que seamos una misma especie, la gran mayoría de nosotros no tenemos nada en común. Son estas diferencias las que a lo largo de la historia han causado todos los problemas en los que nos hemos visto envueltos, eso incluye la Guerra de Supremacía de hace cuatro siglos y medio, o la guerra entre Teseo y Zelo que ambos sabemos cómo acabó recientemente.

»Cuando me di cuenta de que era imposible tratarnos a todos como una sola unidad a la que satisfacer, fue cuando entendí que mi propósito era encontrar a otros como yo, unir a personas afines con mis ideales, deseos y forma de ver el mundo, y tratar de crear algo para nosotros. Dejar de intentar contentar a una masa insaciable, y centrarme en satisfacer a unos pocos afines.

—¿Así que tú mismo tienes claro que la vida que tenéis en vuestras ciudades atemporales no es para todos? —preguntó con cierta condescendencia.

—¿Por quién me tomas, Kay? Esa era la idea de tu padre, y vivió demasiado poco como para darse cuenta de que no era nada más que un ideal inalcanzable. A mí me es irrelevante lo que el resto quiera, que cada uno viva como le dé la gana y haga lo que le plazca, siempre y cuando esa libertad no entre en conflicto con la de los míos. Y solo en el caso de que alguien quiera vivir como nosotros, es cuando me preocuparé por él o ella.

—Ojalá el resto de personas tuviesen la misma confianza en sus ideales como tú la tienes en los tuyos.

Esta vez fui yo quien le miré confundido por su respuesta. Kay siguió andando, con la vista perdida en los restos de la ciudad canadiense, hasta que finalmente desarrolló su contestación:

—Cuando alguien tiene unos ideales inquebrantables no necesita de otras personas que corroboren sus creencias. Son los líderes débiles y pusilánimes los que precisan de una gran masa de fieles para confirmar que no se equivocan y que su forma de ver el mundo es la correcta. El problema es que para cuando han escuchado tantas veces que su credo es cierto, ya son incapaces de razonar que no se trata de una realidad absoluta, que puede haber varias realidades compatibles.

—Yo creo que tú y yo estamos ya tan viejos que ni nos molestamos en saber lo que otros piensan. Quienes estén de acuerdo con nosotros que nos sigan, y quienes no, les deseamos que encuentren fortuna en su camino alejado del nuestro.

Ambos nos reímos ante ese comentario, con cierto tono agrio en nuestras voces.

—Viktor —dijo Kay al cabo de unos minutos, rompiendo el silencio desolador que nuestras carcajadas habían dejado—. Ya que eres la única persona mayor que yo que conozco, eres alguien capacitado para responder a esta pregunta.

Le miré expectante, a pesar de que una parte de mí ya sabía qué me iba a decir.

—¿Por qué quieres vivir para siempre?

—Primero de todo, no quiero ser inmortal —le espeté.

Vi cómo sus ojos se abrían de par en par debajo de la máscara que filtraba el aire impuro que respirábamos.

—¡¿No?! Ya verás cuando se enteren los de abajo —añadió riéndose.

—Yo solo voy a vivir hasta que quiera dejar de hacerlo, ni más ni menos. Yo no busco la inmortalidad, busco la decisión de la muerte.

Kay me dedicó esa sonrisa que solo le había visto a él, una mezcla de carisma, arrogancia y calma tan particular que producía que su rostro se iluminase como si fuese el mismísimo Buda

alcanzando el nirvana.

—Y segundo, la vida es un regalo que solo tenemos una oportunidad de disfrutar. ¿Por qué iba a devolver un regalo que amo?

Antes de que mi interlocutor pudiese responder, en mi DCP apareció un mensaje que eliminó cualquier rastro de la felicidad que esa conversación me había obsequiado.

La ciudad génesis está bajo asedio. Venid inmediatamente.

A juzgar por el rostro de Kay, acababa de leer lo mismo. Sin pronunciar una palabra, nos dimos media vuelta y echamos a correr hacia el acceso más cercano.

A los pocos minutos entramos en las ruinas de un edificio. En el sótano nos metimos en el ascensor que nos bajó hasta la base que hacía de señuelo, un entramado de dormitorios y estancias sin vida que simulaban nuestro alojamiento en caso de que fuese necesario engañar a un enemigo. Era el lugar en el que le habíamos dado la bienvenida a Derick Nyman la primera vez que nos visitó.

Con un último esprint llegamos al baño donde, tras identificar mi mano y visión en un sensor oculto en el espejo, se abrió el acceso real a la ciudad subterránea. Para cuando llegamos a la superficie del nexo central, una luz roja de alarma pintaba las paredes blancas. Lo que antes era un hermoso parque que dotaba de vida a ese agujero, se había convertido en una fogata que no tenía ninguna intención de desaparecer. Del cielo llovía un agua incapaz de extinguir las llamas, y de los balcones que daban al interior colgaban cuerpos sin vida y restregones de la sangre de mis compañeros. El sonido de los gritos de los atemporales inocentes que estaban corriendo por su vida se veía interrumpido cada pocos segundos por los disparos de las armas que atravesaban sus cuerpos.

En cualquier punto en el que posase la vista solo podía ver caos, dolor y destrucción. Por mucho que escuchase sonidos de rifles acercándose peligrosamente hacia mí, era incapaz de moverme, como si un hechizo de inmovilidad se hubiese apoderado de mí.

Unas pisadas se aproximaban por el pasillo que daba a la zona en la que nos encontrábamos. Sabía que tenía que correr, esconderme en algún lado, pero mi cuerpo era incapaz de acatar esa orden. Fui a cerrar los ojos, dispuesto a dejar que mi vida se acabase de la forma más desoladora posible, cuando la figura de Stephan Lemmer apareció empuñando un rifle automático.

—¡¿Qué cojones hacéis ahí parados?! Hay que huir de aquí ahora mismo. Es la AVF, vienen a por la llave hexagonal.

Salí de mi bloqueo y me giré para seguir sus pasos, cuando vi a Kay agachado sobre el suelo.

—Kay, ya has oído a Stephan, tenemos que irnos.

Ni se inmutó. Estaba en cuclillas encima de algo que no podía identificar.

—¡Vámonos, Kay! —exclamó Stephan sin paciencia por perder de esa forma tan estúpida unos segundos que podían suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Al acercarme a él identifiqué qué era lo que había cautivado su atención de esa manera: un cuerpo humano sin vida. Con miedo, di un paso para ver el rostro de una niña a la que reconocí. Cerré los ojos compungido por el dolor, ¿por qué tenía que ocurrir todo eso? ¿Tan difícil era dejarnos vivir ajenos a los problemas del resto de la humanidad? ¿Por qué nos obligaban a encontrarnos con una muerte que ya habíamos derrotado?

Kay cerró los párpados de Judie, una niña con una mente aguda y un afán por aprender con la que había hablado un par de veces. Entonces cogió una cartulina enrollada que tenía entre sus manos, la guardó en el interior de su chaqueta y se puso en pie. Cuando volví a cruzarme con su mirada no había ningún rastro de la jovialidad que había mostrado en nuestra conversación. Tenía una expresión rígida, congelada. Esa fue la primera y única vez que vi en su rostro unos

rasgos que me recordaron a su hermanastro. En ese momento pude apreciar que ambos compartían una agresividad y furia necesarias para lograr las proezas que habían hecho en su vida. En el caso de Derick Nyman siempre la tenía en la superficie, dispuesta a tomar control de su comportamiento. Mientras que en la situación de Kay se trataba de una reacción latente mucho más oculta, y solo en casos tan extremos como este salía.

—¿Dices que son soldados de la AVF? —preguntó con un tono helador.

Stephan, que al ver la expresión de Kay contuvo su prisa, asintió tragando saliva.

El hombre que hasta entonces solo había visto con una mirada tranquila y calculadora, echó a andar hacia el origen de los disparos. Cuando se adelantó a nosotros, dos soldados armados aparecieron delante. No dijimos nada, no hizo falta. Los soldados dispararon a bocajarro hacia el cuerpo de Kay, que recibió todos los balazos. Como si fueran simples picotazos de insectos molestos, no detuvo su paso. Los individuos de la AVF le miraron aterrados mientras recargaban sus armas a toda prisa, viendo que esa amenaza se acercaba a ellos con decisión. Antes de que pudieran disparar de nuevo, Kay agarró del cuello al primero y, sosteniéndolo en vilo, lo estampó contra el suelo resquebrajando las baldosas y produciendo multitud de crujidos de huesos rotos. Al levantarse se encontró el cañón del rifle en la frente, un movimiento inútil del soldado, ya que Kay lo agarró, doblándolo por la mitad, y se lo quitó de sus manos para asestarle un golpe en la cabeza tan fuerte que le rompió el cuello.

Nunca había visto a Kay como una persona agresiva, pero sí como alguien precavido y estratega. Estaba claro que, como fundador de Aeon Technologies, su cuerpo estaba lleno de modificaciones corporales que nunca querría usar, pero que tenía a su disposición para situaciones extremas como en la que nos encontrábamos.

Sin pronunciar una palabra, agarró el rifle de la primera de sus víctimas y subió las plantas de ese nexo central. Cada soldado de la AVF que se encontraba en su camino era un pobre indefenso que moría bajo su furia. No importaba que Kay estuviese menos entrenado, sus disparos fuesen menos certeros y sus movimientos más lentos, su recubrimiento de carbino sumado al resto de modificaciones de su cuerpo y la ira que se percibía en sus ojos eran suficientes para que fuese imparable.

Stephan y yo le seguíamos con cierto temor, sin saber hasta qué punto podía llegar el descontrol al que había sucumbido, si acaso nosotros también peligrábamos de perecer como el resto de infelices que habían destruido mi mayor creación.

—Abraham Salazar está aquí —anunció de improviso cuando solo quedaban un par de plantas para llegar al techo de la construcción.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté aliviado de que hubiese hecho algo distinto a arrebatar vidas.

—Me acaba de enviar un mensaje, está en la última planta, esperándome.

En su tono de voz podía ver que había desquitado gran parte de la rabia inicial que poseía, pero aún debía llegar al culpable de todo aquello.

Se giró hacia mí, remangó la tela de su brazo izquierdo y descubrió un tatuaje de la llave hexagonal en el antebrazo. Presionó con fuerza el centro de la figura y la piel se despegó siguiendo la silueta del símbolo. La modificación corporal mostró un pequeño hueco donde almacenaba la llave hexagonal que le había dado el día anterior.

—Quiero que la protejáis con vuestra vida, esto es más importante que cualquiera de nosotros, sobre todo desde que hemos perdido la llave que Lara tenía porque se vio obligada a destruirla.

La información que nos había llegado sobre la guerra en Teseo había sido escasa y confusa, pero sí había dos cosas que teníamos claras: el resultado final de la contienda y el hecho de que ya solo quedaban dos llaves hexagonales.

—¿Tú qué vas a hacer? —pregunté sabiendo ya la respuesta.

—Asegurarme de que Abraham se arrepienta de haber venido a por mí.

—No merece la pena, Kay, vayámonos. Todos los supervivientes ya han escapado. Hay un pasadizo de emergencias subterráneo que conecta con una ciudad vecina a diez kilómetros de distancia, ellos no podrán encontrarlo. Olvídate de Abraham.

Fui a agarrarle del hombro cuando él lo apartó. Se dio media vuelta y emprendió el camino hacia el causante de esa destrucción. Sin saber muy bien por qué, seguí sus pasos.

—¿Qué estás haciendo, Viktor? —preguntó Stephan detrás de mí—. Ya le has escuchado, tenemos que proteger la llave hexagonal.

Ignoré sus peticiones y subí hasta la última planta, escondiéndome detrás de la esquina que daba al pasillo principal. Asomándome con cuidado pude ver la figura de Kay de espaldas a mí, delante de él Abraham Salazar se erigía con la presencia propia de un Dios. Su ropa seguía teniendo el blanco más puro, ajena a todo el fuego, la sangre y la destrucción que su propietario había provocado. Detrás, como si se tratara de personajes divinos, un pequeño ejército de una veintena de soldados estaba firme, inmóvil. A juzgar por sus uniformes y armas, tenían una tecnología distinta al resto de combatientes de la AVF con los que nos habíamos encontrado. Debían de ser su seguridad personal.

—Por fin te conozco en persona, Kay Olerson, no te haces una idea de las ganas que tenía de hacerlo.

—Tenemos que hacer algo —le susurré a Stephan, que acababa de alcanzarme.

Se asomó en un rápido movimiento para evaluar la situación. No tardó ni un segundo en negar con la cabeza.

—La tecnología que llevan no es terráquea, con este rifle no tengo nada que hacer contra ellos, y Kay tampoco.

—Por eso mismo, no podemos dejarle ahí, vendido a su suerte.

—Ya le has oído, Viktor, tenemos que irnos. Ha sido su decisión.

—Pero… si le dejamos… —me sentía un niño pequeño enrabiado, descontento por no conseguir lo que quería—. Kay morirá…

Stephan mostró una sonrisa cargada de condescendencia, como si mi sugerencia fuese un comentario ingenuo, propio más de alguien que tiene treinta años de existencia, y no más de medio milenio.

—Kay Olerson no puede morir, él es un aeternum, es el primer aeternum de la historia. Vámonos, tenemos que proteger la llave hexagonal.

Desvié la mirada, alicaído, y escapamos dejando a Kay atrás. Puede que Stephan tuviese razón, pero él no contaba con algo que yo sabía. En mis siglos de existencia había descubierto que los ojos tienen una propiedad especial de comunicar las intenciones de una persona. Tras haber presenciado tanta vida y muerte, sabía leer en la mirada de la gente cuándo su portador estaba preparado para morir. Y en los ojos de Kay Olerson había visto la mirada más certera de que a su vida le quedaba poco tiempo para terminar.



20. Distribución

Lara Hallman: 16 del otoño 566, 25:00

Sentía el dolor propio de quien ve que están destruyendo algo muy amado y no puede hacer nada para evitarlo. A mis pies se abría el campo de batalla en el que se había convertido Shiga. Cientos de aerodeslizadores con soldados esgrimiendo cualquier tipo de arma que pudiese pararle los pies a las naves zelianas que circulaban por el aire como si estuviesen en su patio de recreo; millares de compatriotas tesianos luchando con sus armaduras de ryuno para abatir a los enemigos; edificios humeantes con grandes boquetes en sus fachadas, casas derrumbadas e incluso una secuoya gigante ardiendo; y decenas de miles de civiles inocentes escapando por sus vidas en cualquier dirección que veían más segura que el lugar en el que estaban.

No dejaba de acariciarme el muñón que ahora tenía al final de mi brazo derecho. Un extremo formado por una mezcla de sangre reseca y piel quemada a causa de la cauterización que había detenido mi hemorragia. No me dolía, ya no, pero mi cerebro seguía sin hacerse a la idea de que ya solo tenía una mano. Mandaba órdenes de movimientos a dedos que ya no tenía pegados a mi cuerpo.

Maldije una vez más las modificaciones que hice a las katanas de mi padre. A raíz del descubrimiento de la propiedad especial del Genbu, añadí una poca cantidad de ese ryuno a las armas para poder ser capaz de cortar el recubrimiento de carbino. Quien me había amputado la mano usó esa misma habilidad para conseguirlo.

Levanté la vista de la grotesca imagen que nos brindaba el aerodeslizador de suelo transparente y observé a su culpable, o más bien a quien yo había decidido cargar toda la responsabilidad, la figura humana para la que en esos momentos guardaba mayor rencor incluso que el mismísimo Arcas Balliol: Finn Jansson.

Desde que nos había capturado y subido a ese medio de transporte no había borrado esa sonrisa de imbécil con la que me miraba. Una expresión socarrona y prepotente de quien por fin muestra su verdadera identidad y está en la posición de superioridad que cree merecida.

—Eres un puto traidor, Finn —escupí sin necesidad de argumentar mi insulto.

Mis palabras rompieron el silencio sepulcral en el que estábamos sumergidos. Viendo los pequeños cambios expresivos que el resto de integrantes del escuadrón podían hacer, su inmovilización estaba desapareciendo. Aunque de poco serviría, no teníamos nuestro ryuno y estábamos encadenados con esposas lo suficientemente resistentes como para que ni yo pudiese romperlas con mi recubrimiento de carbino y modificaciones corporales.

—Te equivocas, Lara, yo en ningún momento he estado con vosotros —respondió sin modificar su expresión.

—Has compartido risas con nosotros cuando Runa hacía alguna de sus torpezas, alegrías cuando ganamos la competición militar de Teseo, sudor cuando nos hemos visto envueltos en misiones que en un inicio estaban por encima de nuestras capacidades, o lágrimas cuando la situación nos ha llevado al límite. En todos esos momentos has estado con nosotros. Así que no me digas que no eres un traidor, ya que parte de las muertes de vidas inocentes en esta guerra, y

cualquiera que perezca de los de aquí, será culpa tuya.

Finn borró su sonrisa por primera vez en todo ese trayecto. Tenía los ojos enfurecidos de impotencia, rabia que no tardó en soltar.

—Lara, tú no tienes ni puta idea de quién soy ni lo que he pasado. ¿Te crees que eres la única persona que ha tenido una vida dura? Que no hayan creado una historia pública digna de un superhéroe como han hecho contigo no significa que no lo merezca.

—No me cuentes mierdas, Finn. Te puedes excusar en lo que quieras, pero para nosotros no eres más que un traidor que le ha clavado un puñal por la espalda a su familia.

—Sedadla —exclamó cansado de mis reproches.

Uno de los cuatro soldados zelianos que tenía sentado junto a mí sacó una aguja de un pequeño estuche y la intentó clavar en mi cuello. En cuanto el trozo afilado de metal hizo contacto con mi piel, se partió por la mitad.

—¿Tú eres estúpido? ¿No ves que tiene recubrimiento de carbino? Dosifícala con gas.

Al hombre se le iluminó el rostro como si acabase de escuchar la idea más innovadora del mundo. Sacó una segunda dosis de la droga y esta vez usó un aparato que la pulverizó en mi rostro. Sentí el tacto fresco de las partículas, como una suave brisa de aire proveniente de las montañas. Antes de que perdiese la conciencia, grabé a fuego el rostro de Finn Jansson, el hombre que había estado filtrando información a Zelo por saber cuánto tiempo y posiblemente el principal causante de la gran dominancia de Arcas Balliol sobre nosotros y millares de tesianos. Era un rostro que vería cómo se quedaba sin vida a causa de mis propias manos.



Abrí los ojos, activando mis instintos más violentos al instante. Al tratar de bajar mis brazos en posición defensiva, solo el derecho pudo cumplir mi orden. Miré el muñón cuya existencia ya había olvidado y elevé la vista para ver una cadena que colgaba del techo, un par de metros por encima de mi cabeza, aferrándose a la única muñeca que me quedaba. Cuando bajé la cabeza me di cuenta de que estaba desnuda, y al mirar en rededor vi que no era la única. Estaba rodeada por los seis integrantes de mi escuadrón, Eivol y Kristin. Todos estábamos encadenados de forma similar, solo que yo era la única que estaba en el centro. Nadie tenía una pieza de ropa que le tapase el cuerpo ni una pizca de ryuno que nos pudiera liberar.

Todos me miraban sin un ápice de esperanza en el rostro. A juzgar por sus caras, yo había sido la única en ser drogada, el resto habían sabido mantenerse callados. Me giré hasta llegar a mi subteniente.

—Hans, ¿dónde estamos?

Antes de que me respondiera parpadeé dos veces para confirmar que había activo un inhibidor neuronal que me impedía conectarme a mi DCP.

—Nos han transportado hacia un edificio industrial en la parte noroeste de la ciudad. Es un almacén abandonado. A juzgar por la tranquilidad que había en esta área al llegar, han debido de entrar por aquí. Esta zona de Shiga ya está en su poder, lo están usando como base temporal.

—¿Estamos solos?

Estaba todo en penumbra y la única luz que iluminaba la sala estaba puesta en mí, como si fuese un trofeo en exposición. Me impedía ver detrás del círculo que formaban mis compañeros.

—No, cuando hemos llegado ya había una veintena de personas, pero ellos están encadenados a las barras de las paredes y sí tienen ropa. Está claro que con nosotros se han querido cebar.

—¿Qué plan tenemos, teniente?

Kristin me observaba tranquila, esperando que realmente le respondiese con un plan milagroso.

—No lo sé.

A juzgar por mi voz, ese había sido el tono más derrotado en el que me había visto.

—No te preocupes, Kristin, esta vez Lara no va a ser capaz de idear una forma de sacaros de aquí.

Al mensaje le siguieron unos pasos que retumbaron por la nave en un eco que le dio a su presencia una fuerza que nunca había tenido. Cuando Finn entró en el círculo de cuerpos desnudos en el que se habían convertido sus antiguos compañeros, vestía el uniforme de Harios. A juzgar por la brillantez de su aspecto, era la primera vez que se lo ponía.

Me abalancé hacía él, incapaz de recorrer más de un palmo de distancia. Maldije el verme tan estúpida, tratando de alcanzar el cuello del traidor con una mano que ya no existía. Finn soltó una carcajada atronadora, disfrutando de la obra que había creado. Viendo que no iba a servir de nada, recogí el brazo y observé mi muñón. Alguien me había limpiado y vendado la herida, dándome un aspecto convaleciente todavía mayor.

—Finn, al menos nos merecemos una explicación —dijo Eivol con seriedad, tratando de esconder el sentimiento de tristeza que tenían sus palabras.

El interpelado se giró hacia él sin modificar un ápice su expresión de disfrute, como si estuviese dentro de una de sus fantasías soñadas.

—¿Acaso va a hacer que te sientas mejor contigo mismo? —le espetó Finn.

—Bueno, tú ahora mismo lo sabes todo sobre nosotros, pero al parecer nosotros no sabemos nada de ti. Sería lo justo —añadió Runa tratando de que se soltase.

No estaba segura de si tenían un propósito específico para que Finn hablase. A mí me era irrelevante su pasado, su vida real o el motivo que le llevó a tomar las decisiones que había tomado. De todas formas, me callé y dejé que el resto hablara.

—¿Lo justo? —exclamó Finn con una notable molestia—. No me hables tú de justicia, Runa, no tienes ni idea de lo injusto que es el mundo.

—Si tan injusto piensas que es, ¿por qué ahora mismo estás tú ahí uniformado con los galones de Harios mientras que nosotros estamos aquí desnudos? —contestó Layla.

Esa respuesta sacó una media sonrisa en Finn.

—*Touché*, Layla, supongo que tienes razón. Bueno, si tanto interés tenéis, os contaré quién soy:

Llevo este uniforme porque soy hariano. Nací en Niban, la capital de Harios, hace veinticinco años. Mis padres eran acérrimos integrantes de la facción revolucionaria del planeta, aquellos que defienden que Nekumi es nuestro hogar legítimo y que los pobladores de Teseo no son más que unos usurpadores que han tomado control de nuestra tierra y como consecuencia se merecen un resultado igual en su territorio.

Cuando apenas tenía cuatro años un enviado de Zelo estuvo presente en una de las reuniones del grupo de mis padres. Venía de parte de Arcas Balliol, una persona influyente en el planeta que prometía alcanzar el poder en unos pocos años. Este hombre vino con un proyecto muy detallado y completo, un plan para desterrar a Teseo de su poder hegemónico fuera del Sistema Solar y para que nosotros tomáramos el control de nuevo de nuestras tierras.

Era un proyecto ambicioso y calculado, pero factible. Sin embargo, como todas las cosas importantes, no era inmediato, estaba creado a dos décadas vista. El trabajo que se realizase en esos años no vería sus frutos hasta la mitad de este milenio. Mis padres y el resto de los integrantes aceptaron de inmediato. Requeriría muchos sacrificios, pero contar con el apoyo de Zelo era algo que no podían desaprovechar.

Yo solo supe de la parte del plan que me involucró a mí, ya que fueron mis padres quienes tomaron la responsabilidad de comenzar una revolución en el satélite Nekumi. Unos meses más tarde, los tres viajamos con todas las pertenencias que pudimos meter en dos pequeñas maletas, lo que nos podíamos permitir como equipaje en un viaje

interestelar, y viajamos a nuestro verdadero territorio.

Todos vosotros habéis estado en Nekumi, no os costará mucho deducir que al llegar al satélite nos llevamos una gran decepción, sobre todo yo, que debido a mi escasa edad y todas las historias que mis padres me habían contado, imaginaba una tierra prometida, un lugar idílico por el que luchar, un sitio que justificase los sacrificios que el grupo de mis padres estaba haciendo.

Sin embargo, me encontré con una tierra inhóspita, con un cielo que no permitía ver a la estrella que lo iluminaba, un aire rancio de respirar y un suelo embarrado por el que andar. Y mi integración en la sociedad no fue mucho mejor. Mis padres tomaron el único trabajo que tenían disponible, las minas, mientras que yo fui a la escuela con el resto de hijos de los mineros.

Los años que me quedaron de infancia se esfumaron. Aunque en Harios no viviésemos en la riqueza, era una vida simple pero bonita, con amigos con los que jugar y tardes que disfrutar con mis padres. En Nekumi fui rechazado desde el inicio por mis compañeros, o más bien fui yo quien les rechazó, culpándoles inconscientemente del cambio a peor que había tenido mi vida. Mis padres dejaron de ser mis padres y se convirtieron en instructores. El poco tiempo que pasaban conmigo fuera de las minas y la asociación revolucionaria lo hacían para entrenarme, preparándome para el levantamiento venidero que ocurriría cuando creciese.

Esos días rutinarios y afligidos se convirtieron en semanas, las semanas en meses y los meses en años. En nuestro octavo año en ese satélite, cuando ya cumplí los trece, las cosas empezaban a tomar forma. La revolución que mis padres habían grabado a fuego en mi interior comenzó a ser cierta. En las minas había huelgas. En las calles, revueltas. Y en los despachos, infiltraciones. Yo, quizás por el continuo trabajo de repetición de mis padres, había pasado de culpar de mi vida al propósito de mis progenitores a acusar al enemigo de ellos, a mi enemigo, a vosotros. Si lo pensaba con detenimiento, si Teseo no existiese yo no habría sido arrastrado a ese cuerpo de montañas anaranjadas y nubes plomizas, habría seguido viviendo en Harios en mi niñez inocente y risueña. Fue entonces cuando me tomé en serio lo aprendido y tomé la iniciativa.

Los siguientes seis meses fueron los más bonitos de mi vida. Me metí de lleno en la facción, pasando el día con mis padres, viendo el orgullo en sus ojos cuando proponía iniciativas que acababan funcionando y aproximándonos unos pasos al final de toda esa miseria.

Desafortunadamente, ese pequeño respiro de propósito y dicha desapareció cuando en 2533 tuvo lugar en Lofton la mayor protesta hasta la fecha. Fue la primera ocasión en la que se llegó a las armas y hubo heridos y víctimas, incluyendo a mi padre. Un militar tesiano recién salido de la academia era tan inepto que no sabía ni cómo regular un arma de energía. El muy imbécil pensaba que tenía su arma en la configuración mínima, con la intención de aturdir, cuando en realidad la tenía al máximo. Le hizo un boquete en el pecho tan grande que se podía ver de un lado a otro, incluso apreciar cómo la carga de energía había cauterizado la sección del agujero en el mismo instante en el que lo había hecho.

En ese punto acepté que todo eso no era un juego, se había convertido en algo muy real. Esa misma noche me presenté como voluntario en la facción para ir a Teseo con la intención de acabar dentro del ejército. Era un compromiso de más de una década en la que tendría que mentir a todo mi alrededor, hacer ver que amaba Teseo y su historia, tolerar que otros se riesen de mi planeta o incluso ayudar a paliar las revoluciones que yo mismo había ayudado a empezar en múltiples ocasiones. La facción aceptó y creó la documentación necesaria para que no llamase demasiado la atención.

Todos estos años he vivido en Teseo como uno más, sonriendo a mis supuestos compatriotas y aguantándome las ganas de matar a cualquier tesiano con el que me encontraba por la calle. Lo único que me mantenía en pie era llegar a cumplir el sueño por el que mi padre había muerto. Al fin, hace dos años logré ser aceptado en el cuerpo militar de Shiga. Desde entonces he podido meterme cada vez más adentro, teniendo la gran suerte de formar parte del escuadrón de la inigualable Lara Hallman, una oportunidad que me ha servido para llegar a nutrirle de información directamente al mismísimo presidente de mi planeta, Egor Novik.

Cuando pronunció el nombre del presidente de Harios sus palabras resonaron en la sala hasta disiparse en un eco lejano. De todos los que le observábamos desnudos, colgados como piezas muertas de ganado, solo Runa había llegado a mostrar un ápice de simpatía por su historia, era la más sensible de todos. El resto atendíamos con el interés propio de la víctima que escucha cómo el psicópata que le ha apresado pretende torturarle.

—No eres el único que ha tenido una vida difícil, Finn, eso no te exime de lo que has hecho.

—Lo sé, Lara. Pero dime, ¿qué es lo que he hecho? Porque como mis verdaderos compatriotas y yo lo vemos, he luchado por la libertad de mi gente, por obtener la redención más que merecida de mi pueblo.

—Y en el proceso has traicionado a tus amigos, a quienes se habían convertido en tu familia. No me importa tu historia, los motivos que te han llevado a hacer lo que has hecho o lo que has vivido en tu infancia. Lo único relevante para mí es que has mentido. Esa es mi especialidad, leer a la gente, saber cuándo mienten, incluso cuando lo hacen de manera inconsciente. Los seis meses más felices de tu vida no los pasaste antes de que tu padre muriese, lo has hecho con nosotros. Compartiendo el sufrimiento por el que Merlow nos hizo pasar, riéndote de las gilipolleces que hacía Eivol, de cómo me burlaba de Hans o de cuando Layla se tomaba una copa de más y era incapaz de despegarse de ti. Los recuerdos más bonitos de tu vida los has vivido aquí, en Teseo, en el planeta que ahora estás ayudando a exterminar.

Mi presencia sería de todo menos intimidatoria. Desnuda, encadenada de una mano pálida a causa de la falta de sangre y con el otro brazo acabado en un muñón señalando con inquina a un hombre armado y uniformado. Pero tampoco hacía falta que mi apariencia amedrentara a Finn, ya que mis palabras iban envueltas en el peor veneno que existía, la verdad que uno no quiere aceptar. En su rostro vi que un atisbo de duda se dibujó en una mueca de arrepentimiento, una reacción que no tardó en desvanecerse, como ya bien entrenado tendría.

—No dejan de sorprenderme los niveles de hipocresía que eres capaz de alcanzar. ¿Tú me hablas de traición? Por favor, Lara, pero si tú misma le cortaste la cabeza al jefe de la familia que te acogió durante años. Tú misma te encargaste de arrancar de su posición y encarcelar a tu madre de sangre. Y tú misma casi matas a alguien de tu propio escuadrón por puros celos.

—La diferencia, Finn, es que Lara nunca ha fingido ser quien no es. Es imprudente, impulsiva, violenta y egoísta, pero por mucho que lo que hayas dicho sea cierto, no la convierte en una traidora como tú.

Esas palabras vinieron de la última persona que esperaba que fuese a defenderme en ese momento, de Eivol. A Finn también debió de sorprenderle, por lo menos yo interpreté como asombro la respuesta de asestarle una patada en su costado desnudo, consiguiendo arrancarle un grito de dolor.

—Basta ya de tanta charla, no tengo por qué hacer ver a unos simples prisioneros los motivos de mis acciones, vosotros no sois quien para exculpar a nadie de sus actos.

Antes de terminar la frase, me encontré la punta de una katana rozando levemente la piel de mi abdomen. No tenía que hacer mucha presión para dibujar finas líneas que a los pocos segundos acababan tiñéndose de un color rojo carmesí. Me habría gustado ver la reacción de Harlan Olerson al observar con qué facilidad Finn era capaz de atravesar el recubrimiento de carbino del que tan orgulloso había estado.

—Dime a dónde estábamos yendo en la base antes de que os detuviese.

Solté un bufido de asentimiento, comprendiendo por fin de qué iba todo eso. Desde que había retomado la conciencia no había dejado de darle vueltas al motivo por el que estábamos ahí, en una posición clara para ser torturados, cuando ya teníamos poco que ofrecerle a nuestro

cautivador.

—¿De qué estas hablando? Estábamos escapando de la base para venir a luchar a la ciudad.

—¿Por la parte inferior? ¿Justo de donde venían las fuerzas enemigas? Por favor, Lara, no me tomes por un estúpido —acompañó sus palabras con una incisión más profunda que provocó que enseñara mis dientes en una mueca de dolor. Maldito el momento en el que se había descubierto la funcionalidad oculta del Genbu—. Sea lo que sea, está claro que es algo importante, posiblemente una medida de defensa que os permita ganar en el asedio de Zelo en Shiga. Así que necesito que me lo digas antes de que se os vaya la mano con alguna sorpresa propia del general Takumi.

Le respondí con una sonrisa llena de sorna.

—No haber sido tan impaciente y haberte esperado a llegar ahí.

Finn me devolvió el gesto, satisfecho de que al menos asintiera a su alusión de que íbamos a un lugar concreto.

—Era prioritario conseguir la llave hexagonal —se excusó como si estuviese hablando con su superior, aunque técnicamente, seguía siendo así.

—Pues vaya mierda de trabajo has logrado, teniendo en cuenta que dicha llave ya no es más que una amalgama amorfa de metal.

El antiguo integrante de mi escuadrón demostró el fastidio de mi comentario haciendo una incisión que bajó desde mi abdomen hacia el muslo izquierdo. La sangre salió de ese corte en un caudal que no tardó en llegar a los dedos desnudos de mi pie.

Yo solté un alarido de dolor. No tenía motivo para demostrar templanza, Finn sabía que no le iba a decir ni una sola palabra, no importaba lo que me hiciese. En ese instante pareció escuchar mis pensamientos, ya que, en un cambio inesperado de los acontecimientos, se guardó la katana y se dirigió a uno de los cuerpos que me rodeaban, el de Kristin. Su mano se había recubierto de una capa de ryuno. Estaba claro que no odiaba tanto Teseo como para deshacerse de esa preciada arma, debía de llevar su armadura debajo de ese estúpido uniforme hariano.

Sin siquiera repetir su pregunta, Finn posó la mano en el hombro de Kristin y en cuestión de un par de segundos todo su cuerpo a excepción de la cabeza estaba recubierto de una capa negra de tonos azulados y blanquecinos. Antes de que pudiese deducir qué iba a hacer, su cuerpo se sacudió con violencia, convulsionándose en posturas inhumanas.

—¡Para, imbécil, la vas a matar! —grité a los pocos segundos, cuando Finn no detenía las descargas eléctricas del Byakko.

Sorprendentemente, me hizo caso. Sin siquiera dedicar una mirada a Kristin, quien mostró la expresión de quien acababa de salir de un coma, se giró hacia mí y repitió la misma pregunta.

—¿A dónde estábamos yendo en la base antes de que os detuviese?

Finn no esperó a que le respondiese, en cuanto vio que dudaba unos segundos, sustituyó los tonos blancos del recubrimiento de Kristin por un rojo intenso que demostraba la sed de violencia que su Suzaku tenía.

Esta vez Kristin sí pudo gritar acompañando a las leves hileras de humo que salían de su cuerpo, como evidencia de que las capas exteriores de su piel se quemaban

—¡Está bien! —le supliqué.

En esta ocasión no paró al instante, prolongó el dolor unos segundos más. Tragué saliva, tratando de ganar tiempo extra para pensar cómo salir de ahí. Por mucho que en la base hubiese sido capaz de sobreponerme a la voluntad de Finn con su propia armadura, había sido por la adrenalina del momento, dudaba de que fuese capaz de hacerlo en la situación actual. Pero eso no importaba, ni siquiera iba a ser capaz de estar en contacto con él para al menos intentarlo. Por

otro lado, a causa del inhibidor neuronal que había en esa nave, no tenía acceso a mi DCP ni al resto de modificaciones corporales, incluyendo las mejoras de mi cuerpo que me habrían dado una oportunidad de deshacerme de la cadena que me sujetaba al techo.

—¿Y bien? ¿A dónde estábamos yendo? ¿Cuál es vuestro as bajo la manga? —insistió Finn con una notable impaciencia.

Con la mirada derrotada, observé a Kristin. No podía permitir que la torturasen de ese modo, no podía ser responsable de ese dolor.

—Estábamos yendo a la…

No llegó a pronunciar una palabra, seguramente no tendría fuerzas para ello, pero la expresión en sus ojos lo decía todo. A pesar del sufrimiento que estaba experimentando, Kristin me suplicaba que me callase, que no dijese nada.

Ese gesto se convirtió una vez más en una mueca de tortura cuando Finn volvió a provocar descargas eléctricas en su piel con el Byakko. Apreté con toda mi fuerza el único puño que tenía, tratando de asimilar el dolor que esa imagen me causaba.

Pasaron los segundos y las sacudidas involuntarias de Kristin no cesaban. Su torturador clavó su mirada en mí, con un ápice de duda que resquebrajó la seguridad que había mostrado hasta entonces. Cuando debió de pasar un minuto, él paró por su propio pie.

—Como no me digas a dónde estábamos yendo, voy a acabar matándola.

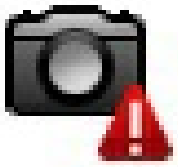
Vi el rostro de Kristin, ya una sombra de su habitual expresión. Era cierto, como continuase no tardaría en arrebatarle la poca vida que le quedaba. No sería capaz de soportar su muerte, y menos si esta fuese causada por mí. Como si pudiese sentir el duelo en mi mente, Kristin levantó la cabeza con un esfuerzo absoluto, y sin ser capaz de llegar a producir un sonido, vocalizó con sus labios:

—*Comparte tu dolor.*

El ryuno ajeno que cubría su piel se deslizó por su cuerpo y volvió a su portador, mostrando unos colores más propios de las acuarelas de un niño que de la dermis de un humano. Una mezcla de morados, azules, y rojos formaban la nueva paleta que hasta entonces había sido un blanco puro. Finn no disfrutó de su obra durante mucho tiempo, ya que en un par de zancadas se acercó a Hans y repitió el proceso. Cuando terminó con él fue a Runa, luego a Layla, Kasib y Eivol, para terminar en los nuevos, Roland y Suzan. Cada uno de ellos, por mucho dolor y sufrimiento que la furia de Finn provocase en sus cuerpos, eran capaces de implorarme que no dijera nada.

Para cuando terminó con la última víctima ya desconocía cuánto tiempo había pasado, las veces que había insistido en su pregunta o los alaridos de dolor de mis compañeros que había escuchado. Había requerido tanto esfuerzo de Finn que estaba sudando, con el aspecto de alguien que ha terminado un entrenamiento duro y extenso con Merlow.

Sin decir una palabra, nos dedicó una mirada a todos y, con una mueca de completa repugnancia, salió del círculo de luz que nos iluminaba, dejando que nos recuperásemos de la tortura física y emocional que todos acabábamos de sufrir.



21. Madre

Ava Olerson: 16 del otoño 566, 30:30

El dolor que sentías al ver sufrir a alguien a quien querías era un dolor culpable. La mentalidad egocéntrica de uno te haría pensar que eso te estaba doliendo más a ti verlo que a la otra persona experimentarlo. Era un sentimiento estúpido, prueba del egoísmo humano, pero aun así cierto.

Me había destrozado por dentro ver cómo, quien había resultado ser un soldado hariano infiltrado, torturaba al escuadrón integrista que se había encargado de destituirme del poder y encerrarme en una celda durante varios meses. Había presenciado cómo usaba su propia arma, el ryuno, contra ellos mismos, cómo lo usaba para quemarles, electrocutarles y asfixiarles, y cómo Lara se veía obligada a observarlo en la denigrante postura en la que se encontraba, encadenada por la única muñeca que seguía teniendo unida al resto de su cuerpo de la misma forma que yo la traje al mundo casi cuatro décadas atrás.

Ese tal Finn Jansson, cuyo apellido parecía ser falso, ya que los harianos tenían todos procedencia eslava, se había propasado con cada uno de ellos con la intención de rebajar su voluntad hasta mínimos inhumanos. Aunque, para mi sorpresa, sin ningún resultado positivo para él. En la mirada de Lara había visto la duda múltiples veces, la intención de hablar con tal de acabar con el dolor de sus compañeros o su antigua pareja, pero no había cedido en ningún momento. Había sido la fuerza que le infundían los mismos que soportaban el dolor físico la que le había permitido aguantar hasta el final, cuando el traidor, desgastado de usar el ryuno con tanta perseverancia, se había rendido.

Al resonar esa palabra en mi mente noté de nuevo el contacto de esa sustancia gélida y venenosa sobre mi piel, ese había sido el máximo tiempo que había estado tocando el ryuno en toda mi vida, y no veía el momento de acabar con ello.

—Lara —pronuncié en un susurro gritado, una sorprendente habilidad en el que tus cuerdas vocales no llegaban a vibrar, pero exhalabas todo el aire de tus pulmones tratando de que el mensaje viaje lo más lejos posible.

Uno de los hombres que rodeaban a mi hija se giró. La luz recortó el perfil de su figura, un cuerpo abultado por músculos que pocas veces había visto en un hombre, pero enrojecido como si de una pieza de ganado despellejado se tratase debido a la tortura que había experimentado. En su mirada entendí que a causa del contraste de la luz era incapaz de ver nada, buscaba fútilmente el origen de mi voz.

—¿Tú eres Hans?

Ya había visto ese rostro marcado por una frialdad mayor que la que podías encontrar en un busto de mármol. Finn había mencionado su nombre durante su exhibición de dominancia, pero también le conocía por los informes que mi equipo había recabado antes de que la revolución integrista terminase con todo.

—¿Quién eres?

Su respuesta, por mucho que pareciese igualar la sutileza de mi susurro, era incapaz de esconder la voz profunda que poseía.

—Ava Olerson, llama a Lara.

En la mitad del rostro que estaba iluminada por la luz pude ver una mueca que llegó a dotar de cierta alegría su expresión de derrota. Yo también veía la ironía de vernos a todos encerrados por zelianos y harianos en un edificio de Shiga mientras la ciudad era conquistada por quienes meses atrás habían sido invitados diplomáticos. Al menos en esa situación, yo tenía la ropa puesta.

Debió de identificar mi voz a raíz de mi nombre ya que, a pesar de su naturaleza desconfiada, no hizo mayores comprobaciones. Hans se giró hacia su teniente y captó su atención. La cara devastada de mi hija se compungió en extrañeza al escuchar lo que su subteniente le decía. En un par de intercambios que no pude entender, Lara dio el único paso hacia delante que le permitía la cadena que colgaba del techo y se quedó en una postura muy poco favorecedora.

—¿Ava? —acertó a decir.

Una vez más me dolió que no me llamara mamá. Esa parte ingenua y tierna de mí seguía latente en mi interior, incluso en esos momentos tan oscuros.

—¿Cómo estás?

Lara dibujó una sonrisa agria en su rostro, viendo lo innecesaria que era esa pregunta.

—Quiero decir, ¿tienes suficientes fuerzas para sacarnos de aquí? —corregí.

Para entonces, mi propósito de hacer esa comunicación disimulada, había fracasado. Las nueve figuras desnudas que iluminaban el solitario foco miraban en la dirección en la que estaba, algunos acertando a localizarme en la penumbra, otros poniendo su atención erróneamente en el resto de prisioneros que permanecían encadenados por la pared.

Cuando el caos se había desatado en el comienzo de la invasión de la capital, los soldados zelianos no habían tardado en localizar a las piezas que le interesaban y a capturarnos sin el menor miramiento. A excepción de Adria Heath, cuyo cadáver ya se habría enfriado a las puertas de la sede del Partido Liberacionista, el resto de miembros directivos del partido se encontraban en esa misma sala. Cada uno de ellos escondidos igual que yo en la sombra, esperando a dormirse para despertar horas después y darse cuenta de que todo era un mal sueño, que el peligro lejano de los zelianos seguía siendo un problema que se podía discutir en salas climatizadas con butacas acolchadas, y que el arma más poderosa que teníamos seguía siendo un punto al que atacar de nuestros enemigos políticos.

—Fuerzas no me faltan, son más bien armas lo que necesito —respondió al cabo de unos segundos, como si realmente hubiese hecho una valoración de su estado físico.

—Supongo que en eso yo podré ayudar.

Me incorporé como pude. Estaba sentada en el suelo frío de hormigón, encadenada encima de mi cabeza. Al ponerme de pie giré sobre mí misma, quedándome de cara a la pared. Con las manos junto a mi vientre, escarbé debajo de la ropa y saqué la armadura de ryuno que había tenido pegada a la piel durante unas horas que se me habían hecho interminables. Afortunadamente se trataba de ryuno con vinculación permanente a otro portador, un soldado integrista que había muerto delante de mí al comienzo de la batalla y a quien le había despojado del parásito alienígena que había sido incapaz de proteger su vida.

Tiré la armadura al suelo y, como si de un potro alterado se tratase, di una coz golpeando esa sustancia que tantos problemas había causado en mi vida. Al girarme me sorprendí al ver mi puntería, acercando el ryuno hasta los pies de Hans, que se había girado por completo hacia mí y observaba con curiosidad el objeto que le había enviado. En un movimiento más grácil que el mío, le dio una segunda patada que lo trasladó hasta la base de mi hija.

—¿Qué…? —preguntó antes de entender qué era lo que le había dado—. ¿Có… cómo tienes esto?

—Soy Ava Olerson, la persona que más ha demostrado estar en contra del ryuno en público. Estaba claro que no me iban a registrar por si tenía una armadura en mi cuerpo.

Lara asintió a mi respuesta, pero tenía la mente en otra parte. Miraba esa pieza de ryuno con una expresión dubitativa. Ya no era esa mirada de fascinación que le había visto ostentar en las múltiples proezas que había protagonizado. Ahora lo hacía con la certeza de lo que ese material había creado, y la duda de si merecía la pena que recorriese su cuerpo.

Afortunadamente, la respuesta fue que sí, ya que cuando hizo desaparecer la distancia que separaba esa armadura de los dedos de su pie, el ryuno recorrió su piel con una inmediatez sorprendente, deshaciéndose de la cadena que la ataba al techo con una sencilla fisura en el metal. Lara se regocijó unos segundos para que el ryuno se adaptara a su nuevo dueño temporal y se centró en crear un sustituto realista para su ya inexistente mano derecha. La observó con la curiosidad de un niño que se da cuenta que es él mismo quien está controlando los movimientos. Sin necesidad de decir ni una palabra, se aproximó a Hans y le dio una pequeña cantidad de ryuno con la que este se zafó de sus ataduras. Ambos recorrieron el resto de integrantes de su escuadrón, derritiendo el metal de las cadenas como si fuera una simple escultura de arena. Viendo el Suzaku en acción sentí una fuerte quemazón en mi espalda, como un leve recordatorio de que ese mismo tipo de ryuno estuvo a punto de arrebatarme la vida por la envidia de Orwin Sage, mi antiguo compañero de partido.

Cuando todos los soldados quedaron libres, Lara se deshizo de mis cadenas y, al ponerme en pie, me sorprendió con un abrazo, el mayor gesto de cariño que había tenido de su parte. Aunque esa armadura de ryuno estuviese entremedias de ambas, no dejé que estropeara el momento.

—He perdido la llave, Ava… —dijo a mi oído en casi un sollozo—. La llave que Kay confió en mí… la he perdido.

En un esfuerzo casi inhumano, separé a mi hija de mí y clavé mis ojos en los suyos.

—Has hecho lo que era necesario, lo importante es que ellos no la tienen. Todavía quedan dos llaves, todavía podemos terminar con esto, todavía podemos modificar el sistema temporal.

Lara asintió, pero su expresión denotaba que mi argumento no la convencía del todo.

—¿Cuántos sois?

Al hacer esa pregunta, detrás de ella se agolpaban el resto de integrantes de su escuadrón. Era sorprendente ver la energía que desprendían los ojos de quienes escasos minutos atrás colgaban en un estado de seminconsciencia con la piel al rojo vivo.

—Somos una veintena.

No hizo falta decir más. En un acto que solo puede ocurrir en mitad de una guerra, los integristas que quitaron por la fuerza del poder a sus enemigos, rompieron sus cadenas con el mismo ryuno que les había llevado tan alto. Mientras que los liberacionistas que horas atrás habían estado manifestándose contra las formas violentas de esos militares, les dieron las prendas exteriores de su ropa para cubrir sus cuerpos desnudos. No había algo más denigrante que luchar por tu vida sin un trozo de tela que cubriese las partes que en la antigüedad se entendían como íntimas.

Desconocía si había cámaras monitorizando esa sala. Independientemente de que las hubiese, los invasores no tardarían en escuchar el revuelo que se había formado. Solo había una salida, la puerta por la que todos esos prisioneros entramos y por la que Finn y el resto de soldados harianos visitaban a sus presas. El resto de miembros del Partido Liberacionista y yo le dimos a Lara y a su escuadrón la poca información que teníamos del lugar, lo que vimos al ser arrastrados por sus pasillos y el número de distintas caras que distinguimos. Ellos asintieron y en un par de intercambios breves de palabras supieron cómo actuar.

Lara compartió el ryuno que le había dado con dos personas más, siendo un total de cuatro los portadores de esa mortífera sustancia alienígena y, ordenando que siguiésemos sus pasos con el mayor silencio posible, se dirigieron a la puerta de salida.

Lara se posicionó a la cabeza junto a Hans y a Layla. Después me encontraba yo y el resto de prisioneros que experimentaban un conflicto armado en sus carnes por primera vez. Mezclados entre nosotros estaban el resto de integrantes del escuadrón de Lara, armados con restos de las cadenas de las que nos habíamos liberado, y para cerrar el grupo estaba Eivol, el cuarto de los que tenían ryuno.

En cuanto el rechinar de la puerta metálica anunció nuestro motín, dos soldados harianos nos dispararon. Gracias a la estrechez del pasillo, solo cabían tres personas hombro con hombro. La mayoría de los proyectiles los recibió Lara, sin inmutarse lo más mínimo por la arena dorada, al igual que lo había hecho cuando yo le disparé. Hans y Layla bloquearon el resto de munición con escudos de Genbu.

Antes de que los enemigos pudiesen hacer una retirada a la vista de la inefectividad de su armamento, Lara les alcanzó con una especie de látigo de Seiryu que los enganchó de los tobillos. Hans y Layla se encargaron de acabar con ellos en un rápido movimiento. Agarraron las armas y las pasaron a los dos soldados tesianos que se encontraban detrás de mí, que las aceptaron con una sonrisa perversa.

Los enemigos se sucedieron poco a poco, cada vez en mayor número. Con la misma efectividad que los primeros, fueron acabando con ellos. Al cabo de un par de minutos el escuadrón integrista estaba armado por completo.

—Ava, ¿sabes por dónde está la salida? —preguntó cuando llegamos a una bifurcación simétrica.

—No estoy segura.

—Eivol, coge al resto del escuadrón y llévate a la mitad de los liberacionistas.

El soldado asintió y se separó por el camino de la derecha.

Nosotros seguimos por el otro lado. Ese edificio que antiguamente estaría lleno de vida, ya solo era un rastro de oficinas cerradas, aire lúgubre y rodapiés manchados del antiguo ajetreo que debió de copar esos pasillos.

Cuando giramos por la segunda esquina, un hombre nos esperaba al final del corredor como si llevase anticipando ese momento durante años, saboreando la sensación que tendría al llegar ese mismo instante. Tanto Lara como los otros dos acompañantes de su escuadrón se tensaron y dejaron que el ryuno de sus cuerpos se contagiase de la misma adrenalina que había afectado a sus portadores.

El paso del grupo se ralentizó hasta que se detuvo por completo al quedarnos a escasos metros del traidor que había torturado a sus antiguos compañeros delante de mí. No estaba solo, le acompañaban cinco soldados con una mueca de inseguridad que contrastaba con la certeza de su líder.

—Incluso en mi estado, con la mitad de la armadura de ryuno de un desconocido y sin mis katanas, soy capaz de acabar contigo y los cinco hombres que tienes detrás.

En la voz de Lara ya no se escuchaba la soberbia con la que yo me había hecho demasiado familiar, era más bien una especie de desdén, fruto del cansancio crónico de los eventos de los últimos años. Incluso la altivez de mi hija había sido erosionada con el paso del tiempo, ya eran las palabras de alguien que solo quería que todo eso acabase, más propias de un señor que quiere mudarse a una granja en la montaña para disfrutar de sus últimos años, que de la Liberadora del Tiempo.

Fijé mi atención en Finn y no me gustó lo que vi. Era la mirada de seguridad de quien tenía un as bajo la manga, la misma que yo ostenté la primera vez que usamos las armas de arena dorada contra los integristas. Entonces dibujó una media sonrisa que fue incapaz de aguantar, la anticipación de algo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Cuidado, Lara!

El grito salió de lo más profundo de mi pecho, un instinto que llevaba mucho tiempo sin tomar posesión de mí. El mismo instinto que me obligó a adelantarme a Hans y Layla y posicionarme delante de mi hija. A simple vista, no había pasado nada, nadie se había movido a excepción de mí, pero en cuanto me interpuse entre Lara y el traidor hariano, tuve un dolor agudo en mi abdomen como nunca lo había sentido, como si el aguijón de un insecto monstruoso de un planeta desconocido hubiese atravesado mi estómago. Al mirar hacia abajo, solo vi una línea de unos diez centímetros de anchura pintar de rojo mi camiseta. Solté todo el aire que tenía en mis pulmones en un grito carente de sonido, y de manera involuntaria llevé las manos hacia delante, agarrando algo que no podía ver, un objeto invisible. Mi mente era incapaz de entender qué estaba ocurriendo, cómo de repente me habían perforado desde el abdomen hasta la espalda y por qué mi cuerpo estaba desperdiciando la sangre que mi cerebro necesitaba para procesar esa información, dejándola escapar por esa fuga de mi piel.

Lara sí que pareció entenderlo, ya que en un grito que no llegué a interpretar se puso a mi lado y con su mano imbuida en ryuno agarró una parte del aire, al igual que yo estaba haciendo. De repente apareció la figura de un hombre enfundado en un traje extraño que nunca había visto, pero tenía las dos manos sobre la empuñadura de un arma con la que sí que estaba familiarizada. Era una espada de un aspecto muy característico, un objeto que me había perseguido en mis pesadillas desde el momento en el que vi la grabación donde arrebataba la vida de mi padre en su despacho de Volitur.

Sin embargo, la cara del hombre que me acababa de atravesar no tenía la misma dicha que la del individuo que asesinó a Harlan Olerson. Tenía los ojos en blanco y la piel se estaba tornando de un color lila. Lara no dejaba de hacer presión en su cuello, hasta el punto en el que un humo negruzco emanó de debajo del ryuno que simulaba su mano izquierda. El soldado hariano soltó el agarre del arma que seguía ensartada en mí y, antes de que entendiera qué estaba ocurriendo, su cabeza se separó del resto del cuerpo. Su torso, simulando a una marioneta a la que han liberado de los hilos que la controlaban, cayó sin vida sobre el suelo. Lara tiró la cabeza humeante y me agarró antes de que mis piernas me fallasen.

Gritó algo, pero a pesar de lo cerca que estaba de mí, no pude entenderla. Vi dos figuras borrosas que se abalanzaban sobre los enemigos harianos, mientras los liberacionistas se quedaban clavados en el suelo incapaces de comprender el horror que estaban viviendo.

La mente se me puso en blanco y se reinició. Lo que para mí fue un simple parpadeo, en la realidad fue más. Un hombre fuerte me llevaba en volandas. A juzgar por el traqueteo constante, estábamos corriendo. Miré hacia mi abdomen para observar que me faltaba algo, el cuchillo había desaparecido. Una repentina sensación de frío me invadió, era como si todo mi calor y energía corpórea se estuviese escapando por esa fisura de mi piel, como una fuga demasiado grande como para ser arreglada.

Una nueva desconexión me transportó a una superficie fría y rígida sobre la que descansaba. Una mano se aferraba con fuerza pero con delicadeza a mi rostro, zarandeándome con suavidad. Cuando pude enfocar la vista, me encontré el rostro de mi hija observándome. Pude ver las facciones de Lacroix en ella, eran las más obvias. Unos ojos de color grisáceo capaces de mirar en lo más profundo de tu ser, sin darse cuenta de que entonces tú también podías ver en su

interior. O esa nariz pequeña y redonda, como una pequeña cereza que destaca con la forma ovalada de sus ojos. Sin embargo, cuando observé sus labios pude ver los míos. Era la misma boca que había observado cada mañana en el espejo al decirme que tenía que soportar el dolor un día más, eran los mismos labios con los que había besado a los únicos dos hombres que había amado en mi vida, uno que se había muerto de pena, y otro que se había muerto en un complot para quitarme del poder. Pero también eran los labios que le habían dicho innumerables veces y de todas las formas posibles «te quiero» a mi hijo Ruben.

Lara movía esa boca tan similar a la mía con una mezcla de rabia, dolor e impotencia, tratando de comunicarse conmigo sin éxito.

Por mi parte, dejé que fuesen esos labios los que hicieran sus últimas dos labores. El primero fue formar una sonrisa amplia, como llevaba décadas sin mostrar. Una sonrisa de pura dicha. Por fin había llegado el día en el que el dolor iba a parar, por fin no tenía que seguir posponiendo mi sufrimiento, y además lo había hecho salvando la vida de mi hija.

Lo segundo que hicieron fue pronunciar una frase un poco estúpida, lo único que mi cerebro era capaz de pensar en ese momento, donde llevaba demasiado tiempo sin la sangre y el oxígeno necesario.

—Deberías volver a ponerte la chaqueta de cuero, hija, a ti te queda mucho mejor que a mí o que al abuelo Kay.

Aeternum 0:
El Origen del Tiempo
8. Ethan Jones

25 de noviembre de 2092, Toronto, antiguo país de Canadá

Los ojos redondos de Harlan me observaban con la curiosidad que solo un bebé de dos años puede tener, la de un ser que continuamente está viviendo su primera vez de algo nuevo, la de quien es incapaz de darse cuenta de que la persona que le sostiene es su padre porque se acaba de afeitar la barba. Fue cuando le hice el mismo gesto que siempre conseguía sacarle una sonrisa cuando entendió quién le estaba sujetando y se rio en una sucesión continua de gorjeos y sílabas inconexas.

—A este paso tu hijo solo te va a reconocer cuando pongas esa cara de estúpido —dijo Ava contemplando la escena con cierta ternura.

—Así tendrá claro de quién de los dos ha sacado la belleza, y de quién la inteligencia.

Su expresión, que al principio había sido una mueca de halago, se convirtió en un aspaviento.

—Es la primera vez que te pones maquillaje en mucho tiempo —dije meciendo a Harlan en un pequeño vaivén que le tenía enfrascado al ver que el techo se movía.

—Bueno, hoy es una fecha importante.

—Supongo.

Había relativizado ese tipo de eventos hasta tal punto que ya era incapaz de identificar la importancia real de la mayoría.

Mi muñeca vibró. Harlan desvió la atención del colgante metálico que colgaba de su cuello y enfocó su atención en ese nuevo estímulo. Le sujeté con una mano mientras observaba la pantalla del dispositivo de comunicación.

—Buenos días, Reeves.

—Buenos días, Kay, ¿cómo van los preparativos? —sonó su voz por la pulsera enganchada en mi muñeca.

—Por aquí estamos, esperando a que Ava esté lista, que al parecer el evento es tan importante que merece la pena maquillarse —respondí soltando una pulla que mi esposa ignoró.

—Y tanto que es importante, Kay, se va a añadir el vivir 100 años dentro de la declaración mundial de los derechos humanos.

—Pues claro, ya era hora. Es como si me dices que añaden respirar como un derecho universal, no lo vería un evento de suprema importancia, lo vería algo obvio que tendría que haber pasado antes.

Reeves soltó un gruñido que sirvió como respuesta a mi queja del sistema. Él ya sabía mi posición y no quería discutir sobre ello, a pesar de que pensase exactamente como yo.

—Lo importante, ¿has leído el documento que te envié?

Ava se giró para ver mi expresión y soltó un bufido de desesperación.

—Yo sí —dijo Ava alzando la voz para que se la escuchara.

—Ya supongo, por eso llamo a tu marido y no a ti. Desconozco para qué sirve que te envíe información titulada «URGENTE: Leer antes del 25 de noviembre», si luego pasas de mi cara.

—Estoy en muchas cosas, Reeves. Además, para algo estás tú ya como presidente en funciones de la empresa, ¿no crees? Para que seas tú quien te encargues de estas cosas.

—Ya, pero hasta que no pueda hacerme pasar por ti en eventos públicos, hay ciertas tareas que

seguirás teniendo que hacer tú, el gran y único Kay Olerson —añadió con una voz rimbombante.

—Bueno… dime, ¿qué decía el documento? —contesté cediendo a sus lamentos.

—Hace un pequeño resumen de los últimos cuatro años, de toda la transición temporal. Desde el día que se aprobó la Ley de Inmortalidad, pasando por la propagación del AVA por todo el mundo, el cambio de dinero de quien antes tenía Thalis para ahora poseer Unidades de Tiempo, hasta llegar a la sociedad inmortal por meritocracia que hay hoy en día. Destacando la importancia que ha tenido Aeon Technologies en todo ello y mencionando que en la actualidad un sesenta y tres por ciento de la humanidad tiene un controlador temporal instalado en su cuerpo.

—Joder, ¿ya vamos por sesenta y tres por ciento?

Reeves soltó un resoplido de indignación.

—¿Tú en las reuniones de accionistas a qué prestas atención?

—Normalmente, al movimiento rítmico de la papada de Cheiny cuando habla.

Mi respuesta consiguió sacar una sonrisa en Ava y, a juzgar por el sonido que produjo Reeves, también en mi mano derecha dentro de la empresa.

—¿Te ha quedado claro lo que tienes que mencionar en el discurso?

—Sí, Reeves, no te preocupes, que me estaba quedando contigo. Me encargaré de no decepcionarte. Por uno de los pocos trabajos que me quedan dentro de la empresa, no voy a hacerlo mal.

—Así me gusta, Kay —contestó más relajado.

—Oye, Reeves —dijo Ava apresurada antes de que terminase la llamada—, esta noche nos vemos para cenar, ¿no?

—Claro, ¿habéis encontrado canguro para Harlan?

—Sí. Además, necesitamos una noche solo de adultos, necesito hablar de algo que no sean vómitos, heces y llantos.

—¿Estás hablando de Harlan o de Kay?

Ava soltó una carcajada ante el comentario de Reeves, yo respondí tratando de mostrar una seriedad que no tenía:

—Cuidado con tus palabras, Reeves, que rápidamente te quito del puesto de presidente ejecutivo de Aeon Technologies.

—Venga, familia, nos vemos esta noche. Que vaya bien el evento —contestó inalterado por mi amenaza fingida.

Una vez vino la persona que se encargaría de Harlan durante el día, nos despedimos del pequeño y bajamos a la calle, donde nos esperaba el transporte de las Naciones Unidas. El lugar del evento era un teatro clásico de más de un siglo de edad. La entrada estaba llena de fotógrafos que inmortalizaban la presencia de los individuos que accedían a ese distinguido edificio. Cuando Ava y yo salimos del vehículo toda la atención se enfocó en nosotros. Ya quedaba lejos ese tiempo en el que mi rostro era anónimo. A causa de ser los culpables del mayor cambio que había sufrido la humanidad en su historia, me había sido imposible evitarlo.

Con un poco de pereza, recorrimos la gran fila de fotógrafos y de periodistas que estaban ansiosos de conocer hasta el último detalle de Aeon, el AVA y nuestras vidas personales. Ese último año para mí había sido uno muy importante, tras la vorágine de responsabilidades que había tenido en la transición al uso mundial del sistema temporal, me tomé unas muy necesitadas vacaciones. Desconectar para solo disfrutar de Ava y de Harlan. Y, aunque Ava seguía más involucrada en la empresa que yo, liberarme de todo el peso que recaía en mis hombros había sido un cambio inmenso en mi vida. Volver a recibir toda esa atención e inquina sobre temas

que, a mi juicio, al resto de la gente le deberían de ser indiferentes, me provocaba revivir parte del estrés que había protagonizado los últimos años de mi existencia. Desde que habíamos salido del edificio de Livet con la muestra del suero de la inmortalidad y habíamos hecho pública nuestra propuesta de un sistema temporal mi vida cambió por completo.

Después de una hora de saludar a desconocidos, responder a reporteros y sonreír a máquinas, llegamos a los asientos de la primera fila del auditorio. El portavoz de las Naciones Unidas introducía el motivo del evento y recalcaba la importancia de ese hito en la historia de la humanidad, el momento en el que no solo se había derrotado a la muerte de manera literal, sino que ahora lo haría, más o menos, a nivel legislativo.

Asentía con una amplia sonrisa cada vez que el portavoz nos señalaba y trataba de esconder la indiferencia que sentía por un evento que, a mi parecer, no era más que politiqueo innecesario. Sus palabras cesaron y el auditorio se sumió en una gran ronda de aplausos. Mi atención era tan escasa que tardé un par de segundos en darme cuenta de que el motivo éramos nosotros y no algo que había dicho el portavoz. Ava y yo nos levantamos y subimos hasta el escenario.

—Es un honor para nosotros poder presenciar hoy este hito junto al resto de la humanidad. Está claro que la última década ha sido dura para todos nosotros, desde un crisis económica mundial que provocó el desplome de todas las divisas de las naciones, hasta un cambio de paradigma económico absoluto, de dejar de expresar nuestra riqueza en dólares, euros o thalis, para pasar a hacerlo en días, horas y segundos, en Unidades de Tiempo.

Sonreí para mis adentros ante el comienzo del discurso de Ava. Perfectamente podría haber hecho ella esa presentación por sí sola, a fin de cuentas, era la más inteligente y capaz de los dos.

—Los cambios siempre son difíciles —proseguí como si fuese una presentación bien ensayada —, a nadie le gusta salir de la comodidad de lo conocido para enfrentarse al riesgo de la incertidumbre, pero es esta constante habilidad del ser humano para cambiar y adaptarse la que nos ha permitido llegar hasta el punto en el que nos encontramos ahora. Hoy, 25 de noviembre del 2092, se incluye por fin…

Dejé de hablar antes de que ocurriera, o quizás esa fue solo mi percepción. Todo sucedió tan rápido que sería incapaz de determinar la secuencia exacta de lo que pasó. Un destello llegó a mi rabillo del ojo, seguido de una explosión y de un fuerte sonido que provocó que mis oídos comenzaran a pitar. Lo siguiente fue verme tirado en el suelo, abrazado a Ava, y observar cómo el auditorio se vaciaba acompañado de los gritos y empujones que tu instinto de supervivencia saca a relucir en las situaciones más extremas. Al lado de las escaleras por las que habíamos subido al escenario, una humareda salía del origen de la explosión y un fuego crecía de tamaño conforme los distintos telones y tramoyas cedían a las llamas.

Cuando ambos fuimos capaces de incorporarnos, todavía con un pitido molesto en el oído y la vista un poco borrosa, el teatro estaba vacío a excepción de tres individuos. Dos de ellos escoltaban las escaleras de los laterales del escenario mientras que el tercero, un hombre alargado y con poca presencia física, nos observaba desde el centro del anfiteatro blandiendo una pistola.

—¿De verás piensas que lo que habéis creado es diferente a la sociedad que Derick y tu padre querían? —dijo Ethan Jones, resonando su voz por la amplitud de la sala.

—Ethan… déjalo de una vez —dije con un leve dolor en el pecho a causa de la contusión—. Ya está, no hay nada que puedas hacer. Nunca vas a conseguir tu mundo en el que la gente se vea obligada a morir al llegar al siglo de edad.

—Esto es un error, Kay, ¿no lo ves?

Me sorprendió que en su voz no encontré rencor ni ira, sino tristeza. Creía sinceramente en sus palabras.

—Ya no importa, ya es demasiado tarde para detener el cambio.

—Ahí te equivocas.

Vi el gesto en su mano y el tiempo se paró. Su dedo se aferró con fuerza al gatillo metálico de su arma y ascendiendo a causa de la potencia del disparo, un proyectil salió de su cañón. En una situación así, donde a tu lado está la persona que más te importa en la vida, una mujer por la que daría mi vida, piensas que eres capaz de evitar lo inevitable. Supones que algún tipo de poder sobrehumano se apoderará de ti y podrás empujar a tu esposa antes de que le impacte la bala. O quizás serás tú mismo quien sirva como escudo humano del proyectil. Sea como sea, tienes claro que serías incapaz de dejar que muera delante de ti de una forma tan simple.

La realidad es muy distinta. Para cuando llega a tu oído el sonido del disparo, la bala ya ha impactado en el pecho de tu mujer y se ha desplomado sobre el suelo con una mancha de sangre sobre su camisa. A lo único que llegué a tiempo fue a sujetarla antes de que su cabeza golpease la madera del escenario, a sujetarla entre mis brazos y ver cómo se le escapaba la vida delante de mí.

—A… Ava… —sollocé haciendo fuerza contra su pecho, tratando de detener la sangre que escapaba de su cuerpo.

En su mirada pude ver el sufrimiento propio de quien sabe que está viviendo los segundos finales de su vida, y se aferra a ellos con la poca energía que le queda. Vi los ojos de una madre que se da cuenta de que el beso que le ha dado esa mañana a su hijo es el último que recibirá, una madre que tiene claro que su hijo de dos años no tendrá ningún recuerdo real de ella misma. Vi la expresión de una esposa que va a abandonar al hombre que más quiere en su vida mucho antes de lo que le gustaría. Vi la impotencia de quien sabe que todo eso va a ocurrir y no hay nada que esté en su mano para poder evitarlo.

Movió la boca con lentitud y pronunció sus últimas palabras:

—Recuerda tu… promesa, debes crear un… sis… sistema temporal. —Se detuvo un breve segundo para tomar aire—. Justo e igualitario don… donde la humanidad pueda vi…

El final se quedó entre sus labios, nunca llegó a salir de ellos, al igual que el resto de cientos de palabras que le habría gustado susurrarle a Harlan y a mí tumbados los tres en la cama, como habíamos estado la noche anterior.

Sumido en un llanto inconsolable, apreté con más fuerza mi mano contra su pecho, dándome cuenta de que su corazón había dejado de latir. La vida de Ava Harlan se había extinguido.

La mujer de la que estaba completamente enamorado, la persona por la que habría dado mi vida sin dudarlo ni un instante, la madre de mi hijo… había sido asesinada delante de mis ojos.

Al entender la realidad de lo sucedido, algo en mi interior se encendió, una ira en lo más profundo de mi ser que nunca había llegado a sentir. Dejé el cuerpo sin vida de Ava sobre el escenario y me levanté de un salto para encarar al líder de la AVF. En una reacción que no esperaba, eché a correr hacia él. Para cuando Ethan alzó su arma, yo ya le había alcanzado y aferraba su muñeca con fuerza. El líder de la AVF apretó el gatillo varias veces, pero fui capaz de desviar la trayectoria del cañón para que disparase al aire.

Las detonaciones aturdieron mi sentido auditivo, pero el visual no se vio afectado. Mi vista tenía un efecto de visión túnel en el que solo el rostro de Ethan llegaba a mi mente, el resto había desaparecido. Embestí contra él con toda mi fuerza y cayó derribado hacia el suelo. No le asesté ningún puñetazo ni le golpeé de ninguna otra manera, mis manos fueron atraídas hacia su cuello con la fuerza propia del imán más potente creado por el humano. Se aferraron a ese cilindro de tejidos orgánicos con la intención de no soltarlo. Y eso es justo lo que pasó. No me desasí de mi presa cuando hizo aspavientos con sus brazos y me golpeó la cara, tampoco cuando su tez se

tornó en tonos azulados y morados impropios de la piel, ni tampoco cuando Ethan Jones dejó de moverse debajo de mí y conoció a la misma muerte que le había presentado a mi mujer.

Lo único que consiguió que soltase lo que se había convertido en un trozo de carne sin vida fue el calor que sentí a mi espalda. Pero cuando me giré, ya era tarde. El techo entero del escenario, sumido en un mar de llamas, cayó sobre las tablas del teatro con un rugido propio del animal más fiero de la sabana. Ni siquiera fui capaz de ponerme en pie para tratar de salvar el cuerpo de Ava.

El suelo inflamable del escenario pareció avivar todavía más el fuego, y rápidamente las llamas llegaron a las primeras filas. Yo, con los sentidos embotados, me puse en pie y eché a correr con la velocidad que me otorgaba la adrenalina que corría por mi cuerpo. Salí del edificio cuando el equipo de bomberos entró para intentar detener la fiera que se había desatado en su interior.

No paré para coger aire ni un solo instante. Tenía que ir a casa, tenía que asegurarme de que Harlan estaba bien.

Cuando alcancé el otro extremo de la ciudad, más de una hora después, en la puerta de mi edificio había un coche de policía con las luces encendidas. Llegué en el momento justo en el que dos hombres uniformados salían escoltando a la canguro que habíamos contratado y a Harlan en sus brazos. Sin llegar a creérmelo, miré a mi alrededor tratando de entender lo que ocurría. Ante mi sorpresa, encontré la respuesta en un cartel publicitario de uno de los rascacielos que se erigía a un centenar de metros de mí. El canal de noticias mostraba un vídeo del fuego que los bomberos habían sofocado, seguido de tres imágenes. La de mi mujer y Ethan con la etiqueta de fallecidos, y la mía con la de en busca y captura. Las fuerzas de la ley no habían perdido el tiempo. Identificándome como el asesino de Ethan, habían mandado a dos agentes a hacerse cargo del niño que había perdido a sus padres en un abrir y cerrar de ojos, uno por morir, y el otro por matar. Seguramente se quedarían apostados en mi domicilio a la espera de que regresase.

Estuve combatiendo contra mí mismo durante los dos minutos que ese coche permaneció ahí con mi hijo, hasta que decidí irme. Deambulé por la ciudad durante todo el día sin saber por qué ni a dónde ir. Quizás una parte de mí quería que alguien me reconociese y me llevase a la comisaría, con tal de ver a Harlan. Pero nadie lo hizo. Sería porque la expresión de mi rostro había cambiado por completo mi apariencia, o porque los habitantes de Toronto estaban sumidos en el acontecimiento que había afectado a la ciudad.

Debatí en mi interior qué hacer. Le di vueltas a todas las opciones que tenía, las consecuencias para mí y, sobre todo, para Harlan. Hasta que, en cierto punto de la madrugada, caí destruido en un callejón de la periferia. Esa noche cayó la lluvia más intensa del otoño, como si el mismísimo cielo estuviese de luto por lo ocurrido. Aunque por mucha agua que se precipitase desde las nubes, no podía ser comparable a la que salió de mis ojos. Hasta ese día no sabía lo que era llorar inconsolablemente durante horas, sin cesar ni un segundo.

Al día siguiente me desperté empapado en un charco de la lluvia que no descansaba, las lágrimas que ya se habían agotado y mi propia orina. Cuando busqué en mi dispositivo de comunicación noticias sobre el día anterior, las dudas que podría tener se disiparon.

En un comunicado que había hecho público el comisario de la policía, se confirmaba que la coinventora del AVA, Ava Harlan, murió por una bala en el pecho a manos de Ethan Jones. A su vez, el líder de la AVF falleció por ahogamiento a manos, presuntamente, del fundador de Aeon Technologies, Kay Olerson, que se encontraba en paradero desconocido.

Por mucho que me doliese, tenía una única opción. Si de algún modo era capaz de conseguir a Harlan, le estaría sometiendo a una infancia de continua huida, donde yo nunca tendría la seguridad de que no fuesen a ir a por mí. Además, mi hijo crecería a cargo del monstruo en el

que me había convertido, alguien incapaz de salvar a su propia esposa, pero quien sí podía arrebatar una vida con las mismas manos que habían sostenido a su bebé unas horas antes.

No, me negaba a dejar que eso sucediese. Era mejor que mi hijo nunca llegase a conocer al ser en el que me había convertido. Era mejor escapar y desaparecer para siempre.



22. Sala 21J

Lara Hallman: 21 del otoño 566, 20:00

Enfoqué mi atención en la línea en la que mi piel se convertía en la materia negra y azulada que era el Seiryu. Cuando la armadura de ryuno cubría todo mi cuerpo, no se apreciaba ninguna diferencia entre ambas manos. Pero cuando este descubría mi piel, era obvia la ausencia de una de mis extremidades. Ver vacío en la misma zona donde el resto de tu vida has visto un conjunto de carne y hueso era una sensación extraña, la misma sensación que te invadía el día que, sin darte cuenta, lo llegabas a normalizar. A mí me había pasado esa mañana. Al levantarme de la cama ya no usé mi mano inexistente para quitarme los pelos de la cara, lo hice con la izquierda, algo que nunca ocurría.

Una vez pasado el shock inicial de tener un veinticinco por ciento menos de extremidades, me daba cuenta de que pocos puntos negativos tenía ser manca. Si rellenaba ese vacío con ryuno, se convertía en una extensión más de mi cuerpo, capaz de convertirse en cualquier herramienta que necesitase. Mientras que, si acababa prescindiendo del ryuno en mi día a día, podía instalarme una modificación corporal de cualquier tipo, con sus respectivos beneficios.

El Seiryu que formaba mi nueva mano se derritió hasta replegarse en mi hombro. Observé la terminación de mi brazo, una superficie completamente lisa, como lo podría ser una rodilla o un tobillo. Alguien que viese por primera vez un brazo humano no tendría por qué suponer que ahí faltaba algo. Pero yo no quería llegar a normalizarlo hasta ese punto, quería que la ausencia de esa mano fuese un recordatorio de todo lo que estaba ocurriendo, una señal del dolor que Teseo estaba sufriendo en esa maldita guerra.

La última semana había estado colmada de mucho de ese sufrimiento. Apenas dormimos, dedicar tiempo a recuperarse o a descansar fue un lujo del que no tardamos mucho en prescindir. Las calles de Shiga se convirtieron en un campo de batalla en todos sus niveles. A pie de calle tenían lugar continuas luchas entre tesianos y zelianos, soldados rebosantes de ryuno contra enemigos armados de tecnología y robots. En cuanto te suspendías entre las enormes secuoyas de la capital o te atrevías a sumergirte en los inmensos túneles excavados en los acantilados, era imposible no encontrarse con aerodeslizadores o naves que disparaban a discreción a cualquier objeto que pudiesen distinguir sin los colores del bando de Arcas Balliol.

En los cuatro días tesianos que había durado la batalla tratamos de hacer frente a las fuerzas enemigas. Por mucho que nos hubiesen atacado por sorpresa, los cambios que habíamos instalado en la ciudad nos sirvieron para causar una gran cantidad de bajas enemigas. Parte de los efectivos que teníamos enviados en el frente de Brir vinieron a nuestro rescate, pero finalmente nuestros esfuerzos fueron en vano. El día anterior, el 12 de septiembre en tiempo universal, habíamos perdido la posesión de la capital de nuestro propio planeta. Un golpe devastador a nuestros ánimos del que pocos se veían capaces de recuperarse.

El ryuno volvió a rodear mi muñón y se transformó con libre albedrío, cambiando su apariencia continuamente. Entonces, casi por sorpresa, tomó la forma de un busto con la apariencia de mi padre. Era una imagen muy bizarra, la piel humana de mi brazo se convertía en una sustancia alienígena que acababa por tomar la forma del rostro de Lacroix Saburo. ¿Qué

haría mi padre en esa situación? No podía tener la más mínima idea, nunca había llegado a intercambiar una palabra con él. Sin embargo, no dejaba de ser el antiguo general del ejército de Teseo y una de las mayores mentes estrategas que había visto ese planeta. Ojalá pudiese tener al menos una copia de su conciencia para hablar con él de la misma forma que lo hacía con mi abuelo todas las semanas.

De repente las facciones del antiguo presidente del Partido Integrista se tornaron en las de Ava Olerson. Parecía mi subconsciente el que tenía el control de la forma de ese ryuno. También era interesante darse cuenta de que había pensado en mi madre en muchas más ocasiones los últimos siete días que en el resto de tiempo que la había conocido. Era retorcido darse cuenta de cómo funcionaba la mente en ciertas ocasiones.

Sentí el impacto seco pero certero de un codo sobre mi costado derecho, lugar que estaba herido al igual que otro ochenta por ciento de mi cuerpo. Me giré hacia Hans para darme cuenta de que me había perdido en mi mundo durante demasiado tiempo. Últimamente me pasaba demasiado.

—Debido a la existencia del traidor, Finn Jansson —continuó Jenkins, uno de los comandantes que había venido a rescatarnos sin éxito desde Brir—, es imposible estimar con qué información cuentan las fuerzas zelianas sobre nuestro *modus operandi*.

—Es cierto. Si Arcas Balliol tiene la suficiente información de nuestras metodologías, serán capaces de crear una estimación con alto porcentaje de exactitud de los mismos planes que nosotros determinemos aquí.

Ese nosotros hacía referencia a las sesenta y siete personas que se reunían en una pequeña sala con dos círculos de asientos en dos alturas. Los integrantes de esa reunión debíamos pensar un modo de salir de la extrema situación en la que se encontraba nuestro planeta. A juzgar por las interacciones de los últimos diez minutos, el debate no parecía muy prometedor.

—Nosotros también contábamos con información comparable sobre el ejército zeliano y mira nuestras predicciones, está claro que nadie previó el ataque por sorpresa a Shiga nueve días antes de lo esperado, ni el uso de una tecnología secreta propiedad de Volitur, ni tampoco la existencia de un topo tan adentro de nuestras filas. Lo importante es lo que decidamos aquí y cómo lo ejecutemos, ya está.

Reconocí el rostro del ponente como el presidente de Brir, miembro del Partido Liberacionista. La furia de sus palabras, por contundentes que fueran, no demostraba el dolor y frustración que debía de sentir. La ciudad de Brir había sido el lugar que más destrucción había visto hasta la fecha. Al ser el primer objetivo de Zelo, estaba claro que querían dejar un mensaje obvio: estaban dispuestos a arrasar lo que hiciera falta con tal de hacernos desaparecer. Arcas no tuvo ningún miramiento en destruir edificios de oficinas llenos de civiles o de quemar escuelas a rebosar de niños y jóvenes.

—Comparto tu ímpetu, presidente Palmer, pero la realidad es la que es. Actualmente está en posesión zeliana una extensión de nuestro planeta del veintidós por ciento, todo el territorio desde los lagos de Brir hasta Shiga, y eso incluye el sistema montañoso de Kaldur.

—Y no debemos olvidarnos del hecho más preocupante en la situación actual. Si nuestra información es cierta, en menos de cincuenta horas el cielo de Teseo estará infestado de cientos de naves enemigas, todos los aliados de Zelo que se metieron en el espacio curvo hace treinta y dos días desde el sistema de Sengon. Si para entonces no tenemos mayor control sobre nuestro propio territorio, esta guerra tendrá un final rápido y vergonzoso.

—Por favor, no seamos tan negativos —interrumpió el comandante Elroy, que era capaz de mantener su positivismo incluso en esos momentos tan oscuros—. Todo lo que decís es cierto,

pero estáis obviando las cartas que están a nuestro favor. Hasta ahora los ataques en Teseo han sido por sorpresa, por mucho que estuviésemos jugando en casa, no hemos combatido como sabemos. También es cierto que actualmente los zelianos tienen en su poder demasiado territorio tesiano, pero, ¿a qué coste? Sus efectivos sumados a los de Harios eran comparables a nuestras fuerzas antes de empezar la guerra. Pero tras el desastroso final para Harios en la batalla de Lofton, junto a las bajas del asedio a Shiga, sus números deben de haberse reducido en un cincuenta por ciento. Por último y no menos importante, es posible que los aliados de Zelo lleguen en cincuenta horas a nuestra atmósfera, pero los nuestros lo harán en ochenta. Solo tendremos que aguantar poco más de un día terrestre para que sus efectivos reforzados no supongan un peligro terminal.

Una pequeña llama de esperanza se encendió en la mirada de los presentes gracias a las palabras del comandante. Hans y yo escuchábamos pacientes las respuestas de unos y otros, sin intención de intervenir.

—Por favor, Elroy, no me compares la ayuda que supondrán sus aliados a los nuestros. Está claro que agradecemos el apoyo de Nerón y el de los atemporales de Beteria. Dicho esto, en el caso de Zelo estamos hablando del apoyo a efectos prácticos de la mitad de la Vía Láctea. En todos estos años han sido capaces de comprar a multitud de planetas y satélites de tercera colonización. Y, aunque afortunadamente nadie del Sistema Solar se ha unido a su causa enviando efectivos, no dejan de ser unos números que ni con todo el ryuno del universo podríamos enfrentar.

La respuesta del comandante Jenkins bajó las expectativas de la gente una vez más, volviendo a reinar un estado fúnebre, más propio de quienes han perdido la guerra que de quienes han perdido dos de tres batallas.

Me giré hacia el presidente Takumi para ver qué podía leer en su rostro. Desde que comenzó esa asamblea, treinta minutos atrás, no había pronunciado ni una sola palabra. Escuchaba con atención todos los intercambios de los allí presentes. Los argumentos positivos y los negativos, los datos esperanzadores y los hechos demoledores, las múltiples historias de pérdidas y las escasas de victorias. A juzgar por la mueca de su rostro, estaba a punto de romper su silencio. Tenía la ceja izquierda levantada, como cada vez que tomaba una decisión y estaba a punto de exponerla.

—Os agradezco a todos y cada uno de vosotros la información que habéis ofrecido. Si no os importa, ahora me gustaría ser yo quien comparta mi punto de vista.

Reí suavemente. Conocía a Merlow a la perfección, si iba a hablar era porque ya tenía claro qué íbamos a hacer, no porque quisiera compartir una idea cualquiera que se le había ocurrido.

—En estos momentos la máxima prioridad es recuperar la posesión de Shiga. Primero de todo, los zelianos han tomado como prisioneros a miles de inocentes que tienen sometidos a arresto domiciliario por toda la ciudad. Segundo, es el lugar óptimo desde el que controlar el desarrollo de esta guerra. Y tercero, es denigrante dejar que la capital de nuestro planeta esté en manos enemigas. Teniendo en cuenta que los aliados de Zelo llegarán a nuestro sistema en cincuenta horas, es primordial que para entonces hayamos obtenido el control absoluto de Shiga.

Ninguno de los asistentes se atrevió a responder a los comentarios del presidente, se sentían cohibidos de incluso mostrar un simple resoplido de desacuerdo. Hasta los más pesimistas escuchaban con cierta apertura las palabras de Merlow Takumi.

—Una vez establecidos el qué y el cuándo, solo queda decidir el cómo. Actualmente estamos reunidos en Nordan, a doscientos cincuenta kilómetros de la capital del planeta, por la sencilla razón de que Lara Hallman y su escuadrón fueron sorprendidos en mitad de una misión que yo

mismo les encomendé, un operativo que hemos preparado durante estos meses en absoluto secreto y que habría evitado que Shiga cayese en las manos de Arcas Balliol. Es este mismo operativo el que nos permitirá recuperar la ciudad.

Esta vez un murmullo generalizado consiguió romper el silencio sepulcral de la sala. Quienes desconocían la existencia de la habitación 21J, la mayoría, miraban con desconfianza al resto y a su presidente.

—Entiendo el descontento que esta información os puede causar a algunos —dijo Merlow acallando los rumores—. El motivo del secretismo no ha sido la desconfianza, sino el evitar la fuga de la información en momentos tan convulsos —lo cual era otra forma de desconfianza, pensé para mí misma—. Lo realmente importante es que los zelianos desconocen la existencia de este operativo y no estarán preparados para ello.

Hizo una pequeña pausa para que la calma volviese a inundar el espíritu de sus oyentes y continuó con sus revelaciones.

—En los últimos dos meses se han instalado pequeños dispensadores por toda la ciudad de Shiga, desde las copas de las secuoyas más altas, hasta las plantas más bajas del subsuelo del lago. Miles de dispensadores que con un simple clic de su activador soltarán su contenido. El activador de dichos dispositivos se encontraba en la sala 21J de la base militar de la capital, el lugar al que Lara y su escuadrón se dirigían el día del asedio. A pesar de que en esa ocasión no pudieron llegar, en el último día de la batalla sí que fue posible penetrar en la base tomada por los enemigos con un reducido número de efectivos y obtener el activador.

El ryuno del pecho del presidente de Teseo se abrió y sacó una pantalla de tamaño reducido. Era muy similar al dispositivo que se podía encontrar como sistema de control de mi casa.

—¿Y por qué no se activó cuando este equipo lo recuperó? —preguntó Jenkins, atreviéndose a romper el soliloquio de Merlow.

—¿Y qué demonios hay dentro de esos dispensadores? —inquirió Corvin Moore, el Ministro de Industria, cansado de tanto secretismo.

—Yo mismo les ordené a este escuadrón que solo obtuvieran el activador, pero que no lo accionaran. Debido al estado de la batalla en el que nos encontrábamos entonces, era mejor retirarnos y, desde la posición actual en la que estamos, donde Arcas Balliol se encuentra muy cómodo creyendo que está a punto de ganar la guerra, contraatacar.

»En cuanto a tu pregunta, comandante, te diré que estos miles de dispensadores contienen la totalidad de las reservas en bruto del Byakko en Teseo. Cientos de toneladas de ryuno tipo Byakko sin ningún vínculo activo.

Disfruté la sintonía de expresiones que los mayores dirigentes del planeta produjeron. Muy similares a la que yo debí de mostrar cuando Merlow me contó su plan semanas atrás. Era un plan efectivo y contundente, podíamos deshacernos de un gran porcentaje de sus fuerzas en un solo ataque centralizado. El problema era que una de las partes de su idea me causaba una profunda desconfianza.

—Pero… —empezó una mujer cuya identidad desconocía y hablaba por primera vez en esa asamblea—. Debido a la naturaleza disgregada del Byakko, no tardará mucho en dispersarse. Y, aunque esa gran cantidad de ryuno podrá afectar a unos cuantos soldados enemigos, no tardará mucho en concentrarse en capas superiores de la atmósfera, por encima de los árboles de Shiga, donde no afectará a nadie. Será como una bomba de humo, que los distraerá en un principio, pero en pocos minutos desaparecerá sin dejar grandes consecuencias detrás.

—Tu suposición es correcta, doctora Weber. —Ahí tuve la respuesta de su identidad. Ryley me había hablado un par de veces de ella, era una de las investigadoras de ryuno más reputadas de

Teseo—. Ese es el motivo por el que preferí no utilizar esta baza en las últimas horas de nuestra batalla perdida en Shiga, porque no estábamos preparados para maximizar la eficiencia de este operativo.

»Para evitar la dispersión del Byakko fuera del aire de Shiga crearemos una cúpula que encapsule a toda la ciudad. De esta manera erigiremos una especie de cámara de gas en la que atraparemos a todas las fuerzas zelianas. Los ciudadanos tesianos que se encuentren dentro no se verán afectados por el ryuno, ya que en los últimos meses todos han sido entrenados para ser capaces de tolerar el Seiryu, Genbu y Byakko en sus versiones mínimas, pero nuestro enemigo no. En cuestión de cinco minutos una gran mayoría de sus efectivos estarán inconscientes o al menos con necesidad de ayuda médica, será entonces cuando nosotros entremos.

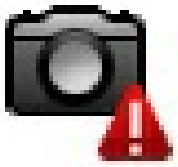
Esta vez ni siquiera hubo reacción, la audiencia estaba demasiado absorta como para flexionar los músculos de su cara.

—Eso… eso es una locura —dijo un hombre con el rostro más propio de quien acaba de escuchar el plan de un suicidio colectivo de toda la raza humana—. ¿Cómo pretendes que creemos una cúpula tan grande sin que los zelianos se den cuenta? Para cuando activemos los dispensadores, el enemigo ya estará alerta o, lo más seguro, habrá detenido nuestro intento de encapsularles.

Merlow se mesó el cabello. Cada vez que fruncía el ceño las dos cicatrices de sus ojos se arrugaban formando lo que parecía el dibujo de dos rayos. Como si estuviese respondiendo la pregunta simple de un niño de cinco años, contestó:

—¿Acaso no es obvio? Crearemos la bóveda más grande que la humanidad ha visto jamás, encapsulando una ciudad entera para atacarles con cientos de toneladas de Byakko, y la cúpula en cuestión la construiremos en menos de dos minutos con Seiryu.

Esa era la parte del plan que me preocupaba, el que en la cabeza de Merlow controlar miles de kilómetros cuadrados de Seiryu entre dos personas le pareciese una buena idea.



23. Resolución

Iriel Eisen: 21 del otoño 566, 28:30

No dejaba de moverme alrededor del holograma parpadeante que reinaba en el centro de la pequeña cabaña, indicándome que se estaba esperando la respuesta de la persona con la que intentaba comunicarme. Esa pequeña casa de madera en la que llevaba viviendo los últimos tres meses me estaba volviendo loca, menos mal que tenía todos los indicios de que me quedaban unos pocos días. Al menos ya no estaba sola. Dirigí la vista hacia una de las paredes y nuestras miradas se entrelazaron. Una sonrisa melancólica se dibujó en mi rostro sin que pudiera hacer nada para evitarlo, me traía demasiados recuerdos ver ese rostro.

Agarré con fuerza mi collar y retomé las vueltas al intercomunicador holográfico, esperando a que el maldito Abraham Salazar aceptase la llamada desde su despacho en Volitur. Habría preferido hacer esa llamada varios días atrás, cuando comenzó la invasión de Shiga y supe lo ocurrido, pero preferí esperar a que todo terminase. A fin de cuentas, poco podía hacer yo sobre la evolución de esos eventos.

Finalmente, la proyección holográfica se modificó y surgió una figura humana corpulenta, con la barriga propia de quien tiene una muy buena vida, demasiado quizás.

—¿Por qué me estás llamando sin acuerdo previo, Iriel? —dijo como bienvenida.

—No aprecio que me ocultes información, Abraham, sobre todo cuando es de vital importancia.

En el rostro inicial de molestia del líder de Centur se dibujo una pequeña mueca de desdén, como si ya supiese de antemano que ese momento antes o después llegaría.

—No vi necesario…

—No vengas con excusas ineptas, Abraham. Me es irrelevante tu juicio a la hora de valorar la necesidad de compartir información conmigo —podía sentir cómo la ira y la impotencia de mi inutilidad los últimos meses se vaciaba en esos momentos—. Hicimos un acuerdo. Si queríamos que nuestro cometido se completase, debíamos compartir toda la información necesaria.

—Iriel, no me hables como si tú tampoco me hubieses ocultado datos importantes en todo este…

—Sí, tienes razón, lo he hecho, pero no de la importancia actual —le interrumpí con desazón.

Abraham me observó con cierta compasión, lo último que quería por su parte. En cualquier otro momento no habría permitido que le hablase así, pero dada mi situación en los últimos meses, lo entendía. Ese paternalismo me molestó todavía más.

—Deberías haberme avisado de que el presidente Erico Jones había cedido la tecnología de invisibilidad holográfica que usan en Inferno a Zelo. Joder, si yo vivo en Volitur y ni me había enterado. Ni siquiera sabía que habían desarrollado más la tecnología para adaptarla a cuerpos humanos. Y, por otro lado, debiste comunicarme desde el inicio que teníamos un topo en el ejército tesiano ¡Dentro del escuadrón de Lara Hallman, ni más ni menos! Esa información podría haber hecho que modificase ciertas partes de mis planes hasta la fecha, que seguramente habrían resultado en una situación mejor a la actual.

Pude escuchar cómo rechinaban los dientes de Abraham a cientos de años luz de ahí. Esa pulla le jodió, ya que tenía razón.

—A fin de cuentas, Lara ha destruido la llave hexagonal que tenía en su poder, una de las principales razones por las que sigo aquí en Teseo. Fue una estupidez de tu parte darle ese encargo a un chaval hariano de veinticinco años, por mucha confianza que tuviese con Lara. ¡Por favor, ¿en qué demonios estaba pensando?! —proferí más como un lamento que como una queja —. Teniendo toda la confianza de su teniente al iluminado se le ocurre enfrentarla directamente. Hay que ser imbécil. Era obvio que Lara haría lo que fuese necesario para evitar que la llave llegase a nuestras manos.

El líder de Centur agachó la cabeza, aceptando mi reprimenda. No esperaba ese gesto de sumisión por su parte, pese a que tampoco lo llamaría humildad. Era más bien paciencia, la misma del padre que deja que su hija pequeña termine la rabieta irracional que la ha poseído.

—Tienes razón, Iriel, habría sido una mejor opción confiar en ti esta información y contar con tu opinión en la planificación del desarrollo de los acontecimientos.

Esa frase sonó como si estuviese leyendo los efectos secundarios de alguna droga que acabaría consumiendo sin importar las consecuencias. Una disculpa preparada y aséptica, un mero formalismo para mantener la conversación. Apreté los labios en un gesto que odiaba hacer, a causa de la forma en la que se quedaba mi boca, y me tragué mi orgullo. No pretendía ganar en ese juego de superioridad de egos contra Abraham. Es más, ni siquiera sabía qué pretendía con todo aquello. Quizás desahogarme, aunque, de ser así, no estaba siendo muy placentero, la actitud pasiva de mi interlocutor me estaba haciendo sentir como una mujer inmadura que odia que no salgan las cosas como planeaba, probablemente la intención de Abraham.

—De todas formas —continuó—, no tardaremos en hacernos con la llave que Derick Nyman le dejó a los atemporales aquí en la Tierra una vez Kay Olerson aterrice en Volitur dentro de unas semanas.

—Eso espero —respondí más como un automatismo que como algo que pensaba que fuese a ocurrir.

—Por cierto, ya que estamos reunidos, ¿me vas a decir cuándo piensas utilizar a Ava Harlan de una vez por todas?

Sonreí para mis adentros, ahí estaba el verdadero Abraham, el hombre al que parecía que tenías que pedirle disculpas por respirar el mismo aire que él, como si tu presencia le estuviese robando parte de ese gas imprescindible en la vida de los humanos.

—La culpa es tuya y de Arcas Balliol por montar todo este circo, en ningún momento era necesario para nuestros objetivo.

Abraham levantó una de las cejas, tratando de discernir el significado subyacente en mi respuesta.

—Pero respondiendo a tu pregunta, pronto, muy pronto —añadí mirando a Ava Harlan a los ojos, que me devolvió la mirada con la misma rabia que yo tenía en esos instantes.

—Bien, así me gusta.

Iba a añadir algo más cuando mis ojos se iluminaron, una notificación de mi DCP me informó de que tenía una llamada de la última persona que podría esperar.

—Tengo que dejarte, Abraham.

—Está bien. —Calló durante unos segundos, dubitativo, y finalmente añadió—: Solo una cosa, Iriel. Recuerda por qué hacemos todo esto, recuerda lo más importante. *Immortalitas mors vitae*. —Y finalizó la comunicación, sin saber que estaba a punto de hablar con Lara Hallman.

Apreté con fuerza los dientes, molesta por su condescendencia, pero devolví mi atención a lo

que estaba a punto de ocurrir. Acepté la llamada y esperé paciente a que iniciara la conversación. Ella pensó lo mismo, ya que solo escuché su respiración.

—Sigo teniendo dudas de que esto sea una buena idea —dijo por fin al cabo de unos segundos, cediendo a la presión del silencio.

—Dime el motivo de esta llamada y te diré si es una buena idea o no.

—Necesito que me ayudes.

Esa respuesta me pilló tan desprevenida que no pude evitar soltar una carcajada sincera. Incluso Lara me acompañó al final de la risa. Por muy dura que fuese la época que estábamos viviendo, aparentemente ninguna de las dos habíamos perdido el sentido del humor.

—Esto sí que no me lo esperaba, Lara. No sé si es una buena idea o no, pero, por favor, prosigue.

Lara tragó saliva, preparándose para lo que iba a decir. Si me esforzaba un poco podía llegar a escuchar cómo pensaba, cómo su mente procesaba a toda velocidad lo que estaba ocurriendo, lo que estaba a punto de decir y las posibles consecuencias que ello conllevaría.

—Necesito que me digas la debilidad de Arcas Balliol. Necesito que me digas cómo podemos derrotar a Zelo.

Me quedé callada, tratando de dilucidar qué estaba ocurriendo. ¿Era una pregunta sincera? ¿Realmente Lara Hallman me estaba pidiendo ayuda? ¿Qué la había llevado a tomar la decisión de hablar con la líder de la AVF? No conocía la respuesta a ninguna de esas preguntas, pero a lo que sí sabía la solución era a su duda.

—La principal ventaja que tiene Zelo sobre vosotros es el número de efectivos. El ejército zeliano y hariano es numeroso, pero nada comparado con el resto de sus aliados. A raíz de favores y la propia ayuda de Centur, han extendido sus garras a la mitad de la galaxia. Sin embargo, si los quitas de la ecuación, por mucho que tengan tecnología y poder militar, Zelo se quedaría en nada. Es decir, si conseguís que los aliados de Arcas dejen de apoyarles, habréis ganado la guerra.

Lara asintió incitándome a que continuara, como si estuviésemos en una lección de historia y yo fuese una profesora exponiendo hechos pasados a una alumna aplicada.

—No sé si tuviste la oportunidad de hablar con Arcas en la reunión de la FEMEX, pero no es una persona usual, como sería de esperar de alguien en su posición. Yo me considero alguien estratega, capaz de planificar los siguientes pasos de mis adversarios, por mucho que esta llamada me haya pillado desprevenida —anoté con cierta ironía—, pero, aunque me cueste aceptarlo, Arcas está en un nivel superior. Su capacidad planificadora y, más importante todavía, paciencia y visión a futuro, es sin igual. No solo tiene la capacidad de crear un plan realista de cincuenta años de duración, sino que es capaz de hacer lo más difícil, esperar durante todo ese tiempo.

Lara no decía nada en el otro lado de la comunicación, seguramente en algún lugar de Nordan a raíz de los últimos eventos.

—Lo que quiero decir con todo esto es que esta guerra, la invasión y la eliminación de Teseo, no es más que un paso intermedio en un plan mucho mayor, un proyecto propio de un megalómano sin igual, justo lo que es Arcas. No estoy segura de qué es, pero te puedo asegurar que no tendrá en buena consideración a sus aliados actuales, que no son más que peones en su gran partida.

—¿Y cómo puedo acceder a ese plan? ¿Sabes dónde guarda esa información?

Solté un suspiro, tratando de decidir si hablar tanto podría llegar a afectarme negativamente. En una nueva exhalación de desdén, concluí en terminar lo que había empezado de forma

inesperada.

—Según comunicaciones que he obtenido de algunas conversaciones privadas entre Abraham y Arcas, el presidente de Zelo tiene una unidad de información que siempre lleva consigo. No hay que suponer mucho para deducir que ahí guarda este plan.

Lara soltó un último bufido de asentimiento, procesando toda la información valiosa que le había contado.

—Viendo que yo he sido tan sincera, dime, Lara, ¿por qué piensas que puedes confiar en mí y cómo sabes que todo lo que te acabo de decir no es más que una trampa?

—Porque tú estás en contra de esta guerra y de Zelo al igual que nosotros.

Esta vez fui yo la que respondió con un breve asentimiento, esperando a que la otra parte desarrollase más su punto.

—Cuando te conté la propiedad especial del Genbu, la habilidad de crear campos magnéticos, no se lo dijiste a Arcas Balliol. Esa era una información muy valiosa en sus manos y que nos ha supuesto muchas bajas enemigas gracias a su desconocimiento. Si Zelo hubiese conocido este hecho, no significaría que tú se lo hubieses contado, a fin de cuentas, teníamos un topo. Pero afortunadamente Finn opinó que esa información no merecía la pena lo suficiente como para que se desvelase su existencia. Con lo cual, el hecho de que Zelo no lo supiese sí que confirma que tú no se lo dijiste.

—Tenías razón cuando me dijiste que no me estabas haciendo un favor. Me estabas usando —respondí sin un ápice de resentimiento. Había sido un movimiento muy inteligente, digno de mi adversaria.

—Te estaba poniendo a prueba. Desde el inicio sabía que Abraham y tú no erais del mismo bando, solo quería comprobar hasta qué punto.

—¿Y ya has llegado a una resolución?

—No, pero cada vez estoy más cerca.

—Si no te importa, me encantará saber tu opinión cuando llegues a una conclusión.

—Te lo haré saber.

Esa conversación se había tornado todo lo interesante que prometía en su inicio. Aunque por el tono final de su última frase, estaba por acabar.

—Una última cosa, Lara —dije antes de que finalizase la llamada de repente. Dudaba de que estuviésemos en la posición de amistad de desearnos que tuviésemos un buen día—. Lo siento mucho por la muerte de Ava Olerson, de verás.

Eran palabras sinceras, dichas desde el corazón. La antigua presidenta de Teseo, al igual que su padre, Harlan Olerson, habían sido muertes prematuras innecesarias. Efectos secundarios de un plan con fallos. Errores en la ejecución.

Lara cogió aire, como si necesitase de recursos extra en su sistema para decir las últimas palabras de esa llamada.

—Gracias, Iriel. Yo también siento mucho la muerte de mi madre.



24. Bóveda

Lara Hallman: 21 del otoño 566, 34:00

Hans seguía mis pasos muy de cerca, como si tratara de acompañar al ímpetu de sus palabras con la fuerza de sus pisadas.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, teniente. Veo una locura que vayas a crear la mitad de la cúpula de Seiryu sin contar con nuestra ayuda.

Detrás de él le seguían el resto de los integrantes de mi escuadrón reestructurado, Runa, Layla, Kasib, Eivol, Kristin, Suzan y Roland, una mezcla interesante. Ellos, aunque no se pronunciasen en la discusión, estaban de acuerdo con el mensaje insistente de su subteniente.

—Aquí yo soy la única que ha tenido experiencia controlando tanta cantidad de ryuno, será muy similar a lo que ya hice en Nekumi, con la diferencia de que en este caso no saltaré por los aires al final. Además, ya habéis escuchado las predicciones del doctor Ryley, controlar tal cantidad de ryuno a la vez, por mucho que sea con la asistencia de una energía suplente gracias al Suzaku, es lo equivalente a varias décadas de uso intensivo de la materia alienígena. Teniendo en cuenta su naturaleza cancerígena, es un riesgo al que no os quiero exponer.

—Justo por esa razón, Lara, es por la que deberíamos hacerlo entre todos. Es obvio el motivo por el que el general Takumi va a crear la otra mitad de la cúpula por sí solo. Él es la persona con mayor maestría del ryuno en todo el universo, y su existencia ya tiene fecha de caducidad.

Me giré bruscamente hacia Hans para ver una expresión de arrepentimiento ante sus desafortunadas palabras.

—Disculpa, no quería decirlo así, pero ya me entiendes.

El escuadrón veía a Merlow como lo que era para casi todos, una figura imponente, alguien casi inalcanzable que se sentaba en lo más alto del organigrama del ejército y el gobierno y daba órdenes gracias a su clarividencia. Yo le veía como un amigo y un mentor, como un sustituto del padre que se murió antes de que pudiese conocerle. Por mucha muerte que hubiese visto en los últimos meses, todavía no había aceptado la inevitable pérdida de Merlow.

—Él ya tiene cáncer a causa del ryuno —continuó Hans, ajeno a la pequeña herida que habían causado sus palabras—, hacer esta hazaña que nunca antes se ha visto no le provocará una gran diferencia. Pero no es tu caso.

—Ni el vuestro —le espeté cortando su respuesta—. ¿Me estás diciendo que tu argumento es «no vamos a dejar que solo acabes enfermando a causa del ryuno, nosotros también queremos»?

Hans me dedicó una mueca de resignación ante mi condescendencia.

—No me vengas con gilipolleces, Lara. Sabes perfectamente lo que estoy diciendo. Si sobrellevamos el esfuerzo entre todos nosotros, las probabilidades de que a alguno nos aparezca cáncer serán mucho menores. Eso estoy diciendo.

Durante unos segundos reflexioné sobre su argumento, pero ya tenía la decisión tomada, no estaba dispuesta a que mi escuadrón cargase con un daño innecesario.

—La respuesta sigue siendo la misma, Hans, yo seré la única que crearé la mitad este de la cúpula.

Sentencié mi dictamen sin girarme hacia Hans, siguiendo los pasos del soldado que nos guiaba por los pasillos oscuros de ese edificio. Ese fue el motivo por el que no vi cómo una gran cantidad de ryuno salía de los brazos de Hans, rodeaba mi cuerpo y me empotraba contra una de las paredes sin que pudiese salir de su control, como un insecto ingenuo que ha caído en la trampa mortal de una araña.

—¿Qué demonios estás…?

—Escúchame de una puta vez, Lara —declaró Hans sin necesidad de gritar, con la cercanía que tenía de mi cara y la dominación de mi cuerpo, era innecesario—. Todos estamos metidos en esto de igual forma, cada uno de nosotros sabíamos a qué nos comprometimos cuando decidimos formar parte del ejército de Teseo, al igual que somos conscientes de los sacrificios que hay que hacer en una guerra. Eres nuestra teniente, y posiblemente me podrían echar del cuerpo por esto que estoy haciendo. Pero eso no te pone en la posición necesaria como para privarnos de cumplir la promesa que le hemos hecho a nuestro planeta. Estamos dispuestos a dar nuestra vida, ya sea porque esa muerte viene por parte de la carga de energía de un zeliano, o a causa de una enfermedad que creíamos extinta y que provocan las propias armas que usamos para defendernos.

Sentía su respiración caliente golpear mis párpados. A pesar de que estaba elevada unos centímetros sobre el suelo, Hans seguía sacándome un palmo de altura.

—Así que, por mucho que te cueste, vamos a sacrificarnos todos por partes iguales, vamos a crear esa maldita cúpula para encerrar a los zelianos en nuestra propia capital y vamos a reconquistar Shiga.

No esperó a que respondiera, sencillamente me soltó y siguió andando, como si nada hubiese ocurrido. El resto del escuadrón, con una mezcla de vergüenza y satisfacción por lo que acababan de ver, continuaron sus pasos. Cerré los ojos, di una bocanada de aire y, ante mi sorpresa, sonreí. Hans acababa de hacer lo mismo que yo habría hecho en su situación, se hacía extraño estar en el otro lado de esos pequeños ataques de sublevación. No le confirmé que aceptaba su petición, no había dejado lugar a otra opción.

Retomé el camino para llegar al final del pasillo. La siguiente sala era tan amplia que no daba la impresión de que tuviese techo. Ordenados en hileras simétricas se alzaban decenas de silos tan altos que era imposible ver su final en la oscuridad. Esos tanques, que si estuviesen llenos de arroz darían para alimentar a una ciudad entera, estaban repletos de ryuno sin conexión permanente con un portador. Toneladas y toneladas que se habían extraído de los lagos, rocas y tierra del planeta, se habían refinado y ahora esperaban pacientes en esos monumentales depósitos.

Esa era una de las dos refinerías que se encontraban en Shiga, o más bien, los almacenes. Las refinerías estaban en otra localización, y hasta hace unos meses, era el lugar donde el ryuno refinado se almacenaba hasta que se vendiese al ejército o cualquier empresa que lo necesitara. Sin embargo, como preparativo para la guerra, se crearon dos almacenes con localizaciones secretas en las afueras de Shiga. Estaba claro que uno de los objetivos principales de Zelo sería atacar dichas refinerías, a fin de cuentas, era una forma de acometer contra nuestro armamento. Ese era el motivo por el que habíamos transportado una gran cantidad del Seiryu, Genbu y Suzaku a esas nuevas localizaciones, ya que todo el Byakko estaba dispersado por la capital.

Infiltrarnos en ese lugar, por mucho que estuviese en territorio actualmente ocupado por Zelo, no había sido muy complejo. Es difícil proteger algo que desconoces que existe. Un segundo equipo de infiltración y Merlow habían hecho lo mismo en el otro extremo de la ciudad.

La idea era sencilla, a pesar de que todos siguiésemos dudando de su efectividad. Del campo

de batalla de Nekumi habíamos recuperado bastante tecnología zeliana y hariana, entre ellas las baterías que alimentan a los robots ZL88, la misma fuente de energía que había usado en la batalla de Lofton. Esas baterías se estimaba que podían dar una década de vida a esos mastodontes hechos de metal, cables y chips de procesamiento. Robando la energía que proporcionaban gracias al Suzaku, canalizaríamos esa fuerza para controlar todo el Seiryu que se almacenaba en esos silos, creando una bóveda tan grande que encapsulase la totalidad de la capital de Teseo. Merlow crearía una de las mitades desde su lado, y nosotros la otra.

Yo ya sabía qué se sentía al ver cómo tenías a tu disposición una cantidad ilimitada de energía, una fuerza infinita de la que hacer uso. En la batalla de Lofton había dejado que me poseyera, en este caso debíamos mantener el control. Para que fuese efectivo, teníamos que crear la cúpula lo más rápido que pudiésemos, con tal de no prevenir a los enemigos. Una vez se cerrase la cúpula, se abrirían los dispensadores de Byakko y Shiga se convertiría en una cámara de gas gigante.

La preocupación principal, además de las muchas probabilidades que había de que saliese mal, era el factor tiempo. Ya no solo debíamos recuperar la posesión de la capital y de la situación general del planeta antes de treinta y seis horas, antes de que llegasen los aliados de Zelo, sino que también debíamos hacernos con el plan completo de Arcas Balliol. Esa era la única posibilidad que teníamos de pararle los pies a las miles de naves que invadirían nuestro cielo en un día tesiano.

Nos detuvimos en lo que parecía ser el centro de ese descomunal depósito, lo que años atrás había sido un enorme invernadero de vida animal.

—Esta es la fuente de energía que utilizaremos para controlar una cantidad ilimitada de Seiryu —comencé cuando Eivol abrió el maletín que contenía las baterías zelianas. Nadie dijo nada, pero pude ver que todos sonreían en sus adentros al escucharme hablar en plural—. Todos habéis experimentado lo que es tomar prestada la energía de una fuerza externa con el Suzaku. Es como un chute de adrenalina artificial, una especie de droga que te reactiva de forma casi milagrosa.

Todos asintieron, dejando de lado la pequeña discusión familiar que había ocurrido en nuestro escuadrón y centrándose en la misión que teníamos entre manos.

—Esto no es del todo así. La energía no la vais a utilizar para recargar vuestro cuerpo, sencillamente la vais a canalizar. Cada vez que usáis el Seiryu, este absorbe un poco de vuestra energía, en este caso tenéis que dejar que la coja de esta batería. Una vez seáis capaces de crear esa conexión, podréis utilizar el Seiryu que queráis. Pero debéis tener cuidado, se creará un equilibrio muy delicado. Llegará un punto en el que estaréis canalizando tanta energía que, como se os vaya de las manos, el Seiryu pasará a absorber esa fuerza de vosotros. Y si estamos hablando de todo el ryuno que está almacenado aquí, posiblemente signifique vuestra muerte de manera instantánea e ineludible.

En el rostro de los ocho integrantes del escuadrón no vi un ápice de duda, ni siquiera en Suzan y Roland, los nuevos que no tenían la misma experiencia que el resto.

—¿Alguna pregunta? —añadí como si fuera un profesor que acaba de explicar la última lección que entra para el examen de la semana siguiente.

Nadie hizo un movimiento ni produjo un sonido. Satisfecha, me incorporé y agarré una de las baterías. El resto me imitó. Levanté la cabeza y observé los silos. Una de las hileras tenía dibujado el fénix que tantas veces había visto en el escudo del clan Inagawa. La segunda fila, un tigre, eran los que estaban vacíos. La tercera, una serpiente enrollada en una tortuga, representando al Genbu. Y la última, un dragón azulado que simbolizaba al Seiryu.

Le dediqué una mirada a la persona que nos había guiado por los pasadizos que daban hasta esa gran sala y me dedicó un asentimiento. Merlow ya estaba listo en la otra parte de la ciudad.

Sin necesidad de dar indicaciones, cada uno de nosotros nos posicionamos debajo de uno de los enormes silos. Había tal cantidad de ryuno en ese depósito que ya era inútil hablar del número de armaduras que representaba, la unidad que se solía usar y que equivalía a dieciséis kilos de esa materia alienígena.

Los otros siete integrantes del escuadrón me miraban, atentos a mis acciones. Le dediqué un último vistazo al hombre que estaba en comunicación con el otro equipo y, al recibir un segundo asentimiento, dejé que el Suzaku de mi cuerpo llegase a la única mano que tenía, donde sostenía con fuerza la batería zeliana. Inmediatamente sentí que tenía a mi disposición una cantidad infinita de fuerza. Sonreí al volver a sentirme tan poderosa, era una sensación muy vigorizante. Y, sin dilatar más la espera, dejé que el ryuno de mi cuerpo ascendiera hasta colarse por el orificio que daba acceso a todo el Seiryu que había almacenado sobre mi cabeza.

Nunca había tenido tal sensación de ebriedad, una forma de embriaguez de poder. No era igual que en la batalla de Lofton, donde tenía una cantidad ilimitada de energía, pero el ryuno que tenía a mi alcance era solo el de mis compatriotas caídos que iba encontrando por el campo de batalla. En ese caso tenía ambos elementos a mi disposición. El combustible y el comburente. El techo del silo se mantuvo un breve segundo hasta que el Seiryu bajo mi control lo mandó a volar por los aires. El ryuno, como si se tratara del agua a presión que se escapa por la fuga de una presa, salió a toda potencia hacia las grandes salidas de ventilación que daban al exterior nocturno de las afueras de Shiga. Se seguía percibiendo la misma sensación de que el ryuno era una extensión de tu cuerpo, con la diferencia de que en ese caso tu cuerpo se había vuelto cientos de veces más grande. A una velocidad vertiginosas, el Seiryu se transportaba en dirección norte y sur, sorteando los gruesos troncos de las secuoyas y los pocos edificios que se erigían en la periferia. Antes de darme cuenta, la cantidad de ryuno que tenía bajo mi control se dispersaba por kilómetros de distancia.

Yo tenía un sentido de la orientación extremadamente desarrollado, era una habilidad con la que había nacido. Pero entender dónde estabas a través de unas partículas de Seiryu que se encontraban a diez kilómetros de tu cuerpo era un trabajo en otra escala. Fue gracias a la forma del terreno que pude intuir mi localización. En los últimos meses me había estudiado a la perfección la topografía de Shiga y sus alrededores, conocía las montañas que se escarpaban en el norte, los pequeños lagos que salpicaban el noroeste de la ciudad o el gran claro que se abría en los alrededores del centro espacial. Fue la interpretación de esos accidentes geográficos lo que me permitió llegar hasta Alishan, una de las tres secuoyas que, a causa de lo que se teoriza que fue una tormenta, se partió desde la raíz y cayó hasta tumbarse sobre el suelo. Ese fue el punto en el que Merlow me había indicado que debíamos unirnos, y fue en las antiguas raíces de esa secuoya donde, como si de dos imanes de polos opuestos se tratase, fusionamos nuestros canales de ryuno.

A partir de ese punto, la experiencia se volvió todavía más extraña, más antinatural, más ajena a mí. La energía que él estaba absorbiendo por su parte y el Seiryu que controlaba se compartió con el mío, y viceversa. La segunda conexión que teníamos que hacer, por debajo del agua, en mitad de la bahía, fue mucho más sencilla. Era como si tratase de unir las dos manos con los ojos cerrados, no tenía que ver mis extremidades para saber dónde se encontraba la otra.

Una vez el perímetro estaba construido por completo, tocaba el segundo paso del plan, erigir la cúpula. Para mí habían pasado varios minutos, pero según me dijeron posteriormente, fue apenas treinta segundos. Ese era el tiempo que les había llevado al resto de integrantes del escuadrón hacerse con el control de sus silos de Seiryu y adaptarse a esa cautivadora experiencia. Una vez se conectaron a la circunferencia de ryuno que Merlow y yo habíamos creado, perdí mi sensación

de individualidad por completo. Dejamos de ser diez personas controlando varias toneladas de ryuno, para convertirnos en una misma voluntad con un único propósito, construir una bóveda que encapsulase todo el territorio que abarcaba la ciudad de Shiga.

Yo no mantengo recuerdos de los siguientes minutos, son más un sueño distante que ya no tienes claro si realmente lo has llegado a vivir. Pero sí que he visto los registros que grabaron cómo de entre los edificios más periféricos y los árboles que ya no parecían estar dentro de la ciudad, surgió una barrera negra y azulada que crecía por segundos. Del agua que separaba ambos acantilados de la bahía apareció una capa de materia que desafiaba a la propia gravedad, como el telón de un teatro que funciona en el sentido inverso. Ese gran perímetro que parecía un simple conducto de un palmo de diámetro, no tardó más que diez segundos en convertirse en un muro de diez metros de altura, veinte segundos en alcanzar los treinta metros y treinta segundos en inclinarse, para crear una sustitución del cielo claro y brillante que iluminaba las calles de Shiga en esa noche despejada. Para cuando pasó un minuto desde que la cúpula comenzó a erigirse, ya solo quedaba un círculo en el centro de la ciudad por donde se filtraba la poca luz exterior que era capaz de escapar de la opacidad del ryuno.

Diez segundos más tarde, ese agujero se cerró por completo, creando una bóveda que encerró a la totalidad de la ciudad de Shiga, sin un solo hueco por el que escapar de esa jaula que había surgido en cuestión de dos minutos.

Lo siguiente que esas cámaras grabaron fueron los primeros gritos de los soldados zelianos al entrar en contacto con el Byakko en bruto que se había liberado dentro de esa monumental cámara de gas.



25. Asedio

Lara Hallman: 22 otoño 566, 30:30

La orografía de las montañas que separaban la región de Litus con la región de Brir se descubría debajo de la aeronave como una gama de grises y marrones tan oscuros que dudabas si acaso no estabas viendo una imagen estática. Solo tenía que levantar la vista y mirar en el velocímetro para comprobar a la gran velocidad a la que nos desplazábamos.

Sorprendentemente, el plan de la bóveda de Seiryu había funcionado casi al milímetro. Una vez se cerró la cúpula, los miles de dispensadores soltaron su contenido y el Byakko hizo el trabajo por nosotros. Cuando cinco minutos más tarde la construcción de ryuno que había encapsulado la ciudad se deshizo, la mayoría de las fuerzas enemigas estaban en una situación muy comprometida para luchar. Aun así, hizo falta toda la madrugada del 22 de otoño para reducir a los soldados zelianos y retomar el poder de Shiga. Unos cuantos enemigos, alertados por los gritos de sus compañeros, se habían encerrado en salas y habitaciones impenetrables por el Byakko. Una vez desapareció la jaula negra y azulada, el ryuno suspendido en el aire no tardó en ascender hasta los cielos para formar las nubes más oscuras que jamás se habían visto encima de la capital.

Toda esa acción el resto de mi escuadrón y yo nos la perdimos, estábamos en el suelo del gran almacén demasiado preocupados intentando pestañear, los únicos músculos que éramos capaces de mover. Habíamos necesitado varias horas en una cabina de reparación corporal para recuperarnos, y debido a que no había sido tan potente como la que tuve la desafortunada ocasión de probar en Nekumi, no estábamos en la totalidad de nuestras capacidades.

Las malas lenguas me informaron de que Merlow, después de controlar la mitad del Seiryu que había cubierto la vasta capital de Teseo, no solo fue capaz de moverse, sino que además fue al campo de batalla. Yo me negaba a creerlo, ni aunque me enseñaran pruebas gráficas de ello con cientos de testigos confirmando la veracidad de los hechos, era un ataque demasiado fuerte a mi ego.

Pero, por muy efectivo que hubiese sido el plan del presidente, Arcas Balliol había logrado escapar. Era muy improbable que consiguiéramos matar a dos pájaros de un tiro. De todas formas, nos habíamos conformado con el premio de consolación, Egor Novik, el presidente de Harios, a quien sí le afectó el Byakko y cayó inconsciente en la suite de la última planta del hotel más lujoso de Shiga, los aposentos que había tomado como base, ingenuo de él, que no sabía que el Byakko en bruto siempre tiende a elevarse a las zonas más altas de la atmósfera.

Esa pequeña victoria, por muy gratificante que fuese, no servía de nada. Sin el plan completo de Arcas seríamos incapaces de hacer retroceder al millar de naves enemigas que aparecerían en los cielos de Teseo en menos de tres horas y media. Ese era el motivo por el que nos encontrábamos de camino a Brir. Por mucho que hubiésemos recuperado Shiga, toda la región de Brir y las cordilleras de Kaldur, el sistema montañoso que separaba Brir de la capital, seguía en control por Zelo. Para disminuir al máximo las probabilidades de ser vistos, una vez se había confirmado la huida de Arcas habíamos viajado al suroeste del planeta, Litus, y de ahí nos

estábamos desplazando a nuestro objetivo final.

En esa nave estábamos el escuadrón al completo, con la ausencia lógica de Finn Jansson. Incluso Tango nos acompañaba. Había dudado hasta el último minuto si dejarle que se apuntara a esa misión con todas las probabilidades de ser mortífera, pero al final había determinado que su presencia era imprescindible. Además, Joyce, una de las roboticistas de la base, le había hecho una mejora muy interesante.

—*Recuerdas el plan, ¿verdad, Tango?* —le dije clavando los ojos de una madre sobreprotectora que le habla al hijo que se va a jugar con sus amigos.

—*Así es, Lara. Permanecer siempre siempre en las alturas y en las esquinas, disimulando mi presencia lo máximo que pueda, y sin confiarme por la me… me… mejora que me ha instalado la doctora Joyce.*

Apreté la mandíbula, dolida. Los problemas de la unidad de control de Tango ya afectaban incluso a su comunicación inalámbrica. La predicción de Joyce, por muy desgarradora que fuera, parecía ser cada vez más cierta e inminente. Nunca había llegado a hacer los cálculos de cuándo era la fecha aproximada en la que su obsolescencia sería definitiva, pero posiblemente fuese en el siguiente mes, puede que solo quedasen semanas.

—*Muy bien, Tango, así me gusta* —dije con un tono de tristeza que se percibió hasta sin ser necesario que pronunciase las palabras.

—*Lara, ¿me… me voy a morir?*

La pregunta sonó en mi cabeza de forma tan inesperada que por unos segundos dudé si acaso no fue un pensamiento propio, una mala jugada de mi cerebro en una especie de disonancia mental. Cuando me giré para ver a mi dron suspendido en el aire a un par de palmos de mi rostro, me di cuenta de que no lo imaginaba, había sido Tango. En su pantalla pude ver cómo las habituales luces que representaban sus ojos risueños y un poco tétricos dibujaban una mirada llena de congoja.

—*Sí, Tango, al final has querido convertirte demasiado en un humano.*

—*¿Y no puedo ser un aeternum? Quizás me puedes prestar un poco de tu tiempo.*

La sonrisa más amarga que había poseído mi cara se apoderó de mi expresión, en una mezcla dolorosa de pena y cariño.

—*La muerte es parte de la vida, Tango, la inmortalidad está sobrevalorada.*

—*Pero yo quiero vivir más tiempo contigo, quiero quedarme hasta que tú también te vayas.*

—*Yo también. Créeme… yo también.*

Cómo odiaba tener que mantener esa conversación a través de una línea de comunicación mental, había cierta expresividad que solo tenían las palabras pronunciadas, incluso aunque fuesen los altavoces de Tango. Pero con el resto de integrantes del escuadrón sentados en los estrechos asientos de la nave, esa era toda la intimidad de la que podía gozar.

—*Lo importante son los buenos momentos que hemos vivido, no el tiempo hipotético que no podremos tener. Has sido el mejor compañero que habría podido desear.*

—*Lo siento siento* —respondió en un tono que me partió el corazón.

—*¿Qué? ¿Por qué? Esto no es tu culpa, Tango, no tienes por…*

—*No es por eso, sino porque deso… desobedecí una de tus órdenes.*

Me quedé bloqueada, sin saber cómo reaccionar a esa respuesta.

—*¿De qué estás hablando?* —pregunté más preocupada que enfadada.

—*Hace cinco meses me pediste que me deshiciera de tu chaqueta de cuero cuero, la que anteriormente había sido de tu madre…*

Sonreí al entender cómo continuaba su disculpa. Era cierto, había sido imposible tener un mejor compañero.

—*Pues no… no lo hice, Lara. La escondí en una de las cuevas al norte norte de Shiga y luego no te dije nada. Lo siento siento mucho, Lara, no tendría que haber desobedecido tu orden, ni mucho menos mentido. Pero sabía que tenías mucho cariño a esa prenda prenda de… ro… ropa, y que tenías mucho odio resentido hacia tu madre…*

—*Tango* —le interrumpí de repente. Mi dron me miró con los ojos de un minino famélico, suplicante de un poco de piedad—. *No tienes que disculparte por nada, hiciste lo correcto, créeme.*

—*¿En serio?*

Por la emoción que puso en sus palabras, de haber sido un humano con total seguridad habría pronunciado en voz alta su respuesta, pero seguía siendo una máquina, la inexistencia de esos errores era lo último que le separaba de ser alguien de mi especie.

—*Totalmente. Cuando Ava murió hace nueve días, me dolió darme cuenta de que había desechado el único recuerdo suyo que tenía. Aunque, siendo realistas, me arrepentí en el instante en el que te dije que te deshicieras de ella.*

Tango acortó la escasa distancia que nos separaba y se frotó con mi pecho, en una señal de cariño que hacía menos veces de lo que me gustaría.

—*Está escondida aquí, es una zona deshabitada, dudo mucho que alguien la haya encontrado.*

En cuanto se esfumó el eco de sus palabras, en mi DCP apareció un mensaje con unas coordenadas de Teseo. Sonreí llena de una dicha agridulce. Por una parte, debido a que iba a recuperar el único recuerdo que tenía de mi madre difunta, a la que nunca había tratado como a una madre, y, por otro lado, porque esa noticia me la había dado el compañero que estaba a poco tiempo de perder.

—*Cuando todo esto termine, Tango, iremos juntos a por la chaqueta de Ava, ¿te parece bien?*

—*Me parece una gran idea, Lara.*

Acaricié el cuerpo metálico de mi dron, en un abrazo que visto desde fuera se veía extraño, pero que yo lo sentía como el gesto de más amor que había tenido en mucho tiempo.

—Estamos a treinta segundos de la primera parada objetivo —anunció el piloto que supervisaba a la inteligencia artificial que dirigía la nave.

—¿Y el ejército de Teseo? ¿Cuál es su hora prevista de llegada? —pregunté dejando que Tango tomara su posición habitual sobre mí.

Como era lógico, no nos dirigíamos a Brir como una única nave dispuesta a llegar hasta el mismísimo general de las fuerzas zelianas. Un ochenta por ciento de los activos del ejército de Teseo estaban en esos momentos en la órbita baja del planeta. Si nosotros habíamos tomado un desvío por el sur del planeta para llegar hasta Brir sin ser vistos, el resto de las fuerzas armadas lo habían hecho por el espacio. Habían salido a las capas exteriores de la atmósfera desde Shiga, y se habían desplazado hasta el cielo de Brir para reemprender la entrada al planeta. A ellos se les vería llegar mucho antes que a nosotros, es más, la idea era que a nosotros directamente no se nos viera. Eran un señuelo. Puede que demasiado llamativo y arriesgado, pero un señuelo. El objetivo no era retomar Brir, sabíamos que era una misión suicida hacerlo a unas pocas horas de reconquistar la capital, pero era necesario atacar si queríamos que la gran mayoría de las fuerzas zelianas abandonasen la base temporal que habían formado.

Todos teníamos claro el tipo de hombre que era Arcas Balliol, y no era de quienes se dirigen a la batalla encabezando las tropas de su pueblo. Él se quedaba en la comodidad y seguridad de la zona de control, supervisando que cada elemento de su plan se cumplía como debía y, sobre todo, que ningún proyectil de energía accidentado trazara una trayectoria hasta su abultado cuerpo.

—El ejército llegará en sesenta segundos —respondió el piloto—. Pero tengo entendido que sus naves no serán lo primero que…

No llegó a pronunciar la última palabra, tampoco fue necesario. Tanto la franja del suelo como

la del techo de la nave eran transparentes, dándole una estilo vanguardista de lo más cuidado. Pero en esos momentos esa elección visual tuvo un gran componente práctico, ya que nos permitió disfrutar del espectáculo que nuestros camaradas acababan de montar por nosotros. Cientos de proyectiles caían en el cielo de Brir que se hallaba a una cincuentena de kilómetros. A los pocos segundos de ser disparados, implosionaron en un flash de luz rojo tan luminoso que fue imposible no cubrirse los ojos, por muy impresionante que fuese la imagen. Al rebajar la intensidad del brillo, retorné la vista para ver cómo millones de partículas rojas iluminaban el cielo en una caída lenta pero imparable hacia el suelo de la ciudad que se encontraba encerrada entre tres lagos.

Esa maniobra se realizaba todos los años el día uno del verano, la fecha de fundación del planeta, solo que en escalas ínfimas a la que acabábamos de ver. Y con la segunda salvedad de que el Suzaku que se usaba entonces tenía una relación de simbiosis permanente con los caídos en ese año, no como las toneladas de Suzaku que los soldados tesianos acababan de lanzar sobre ese cielo nocturno, dispuesto a desintegrar cualquier tejido orgánico que se encontrase por el camino.

Sin percatarme de ello, en el transcurso de ese magnífico espectáculo aterrizamos en nuestra parada temporal. Estaba claro que a la inteligencia artificial que pilotaba la nave le era indiferente lo que ocurriese fuera de las variables que afectaban al vuelo del artefacto en el que nos encontrábamos.

Estábamos a la orilla del lago sur de los tres que rodeaban a Brir, ocultados por unas pequeñas dunas. Desde ese punto no solo veíamos el centenar de naves tesianas que acababan de invadir los cielos, sino también el gran islote artificial que se hallaba en el centro de ese lago. En cuestión de un minuto, todas las naves que flotaban tranquilas sobre el agua plana se habían elevado en los aires, creando un oleaje que llegaba a romper a los pies de la playa que se abría a una decena de metros de nosotros.

Ese islote lo había construido un importante aeternum de la ciudad, levantando un castillo con el estilo de las construcciones que un milenio atrás se había erigido en Europa, esa región de mi planeta natal que había visitado con Gimena. Parecía que había ocurrido en una existencia pasada, una vida en la que una guerra como la que estaba viviendo solo podía ser la creación de una película de entretenimiento.

En cuestión de unos minutos la fortaleza de muros gruesos y torres afiladas se quedó vacía, rodeada de un agua que volvía sin prisa a su calma interrumpida. A lo lejos, en la ciudad, se escuchaba el inicio de una batalla que prometía ser violenta, ruidosa y muy mortífera, demasiado mortífera.

—Es nuestro turno.

Mi sentencia fue suficiente para que la nave se volviera a alzar en el aire y, pegada al agua, se desplazara a toda velocidad hacia el castillo anacrónico en ese lugar tan lejano de la Tierra.

En cuanto llegamos a una de las plataformas de la que unos minutos atrás habían despegado varias naves enemigas, el suelo transparente que recorría la línea central de nuestra nave se abrió. Los nueve integrantes del escuadrón saltamos, seguidos por Tango. Antes siquiera de que mirase hacia arriba, la nave reemprendió la marcha hacia un nuevo escondite, donde esperaría mi señal para extraernos del complejo.

Nos pusimos en formación y dejamos que llegasen los primeros soldados zelianos. Sabíamos que esa era la base que utilizaban como centro de operaciones por los equipos de inteligencia que habían supervisado todo el territorio de Brir desde la invasión de Zelo y, como jugábamos en casa, fue fácil acceder a un mapa completo del excéntrico castillo. Aun así, no tuvimos suficiente

tiempo para preparar un plan de ataque más complejo que entrar por la puerta principal y barrer el edificio hasta el lugar donde hipotetizábamos que Arcas se encontraría.

Hans y Layla, a la cabeza del escuadrón, se encargaron de los primeros enemigos con facilidad, tirando sus cuerpos al agua tras dejarlos sin vida por quemaduras de Suzaku en el pecho. Yo me encontraba en el centro de la formación, el lugar más seguro y el que requería de menos intervención en la penetración de la base enemiga. Dada la situación, era primordial ahorrar la escasa energía que teníamos, y yo iba a ser la encargada de confrontar a Arcas cuando llegase el momento.

Discurrimos por los laberínticos pasillos enfrentando a los múltiples enemigos, robots y drones que nos íbamos encontrando. Toda la comunicación la hacíamos a través del canal grupal del escuadrón, donde coordinábamos nuestros movimientos y ataques. Kristin y Suzan se encargaban de crear protecciones de Genbu para detener la munición de arena dorada; Eivol, Kasib y Roland iban armados con fusiles de ryuno y energía, enfocándose en neutralizar los efectivos más alejados; Runa se encargaba de la defensa de Seiryu, bloqueando las cargas de energías enemigas o cualquier otro tipo de proyectil que no fuese arena dorada; mientras que Hans y Layla se encargaban de la vanguardia, centrándose en el cuerpo a cuerpo con sus armaduras de ryuno y katanas. Yo veía esa entrenada coreografía con una mezcla de orgullo e impotencia de no poder participar en la compenetrada sucesión de movimientos, ataques y defensas. Aunque el no intervenir con mi ryuno me permitía tener una percepción global que nunca había poseído, a la que se sumaba la visión que Tango compartía conmigo desde las alturas.

Dirigiendo el avance con cautela, pero sin detenernos ni para recuperar el aire, fuimos avanzando por el castillo. Dejamos la planta principal para subir a la segunda, donde unos techos altos y recargados de complejos relieves de piedra y rocambolescas estatuas de mármol hacían más complicado el escanear la estancia para posibles amenazas.

Cruzamos una puerta que nos llevó a una sala mucho más grande que el resto, debía de ser la habitación principal del castillo. Un gran espacio abierto y diáfano que se contrarrestaba por unos techos altos adornados con un gran mural. Esa debía de ser la estancia dedicada a los importantes eventos que tenían lugar en esa opulenta construcción.

Fue poner un pie en el suelo ajedrezado de la gran dependencia y mi cuerpo se tensó con una rigidez casi molesta. Mi cerebro tuvo que esperar un segundo más a entender a qué se debía esa reacción tan automática. En el otro extremo de la sala se erigía de pie la persona que había llegado a la primera posición en mi lista del odio: Finn Jansson. Estaba solo, con la mirada desafiante, cargado de una confianza y arrogancia que nunca le había visto en el año y medio que habíamos estado juntos en el mismo escuadrón.

Mi reacción se compartió por el resto del grupo, deteniendo nuestro paso continuo por primera vez desde que entramos en la base zeliana.

—*¿Qué hacemos, Lara?* —preguntó Hans con una molestia notable.

—*Tango, analiza la sala en busca de cualquier cosa sospechosa, esto no me gusta.*

Casi de inmediato, en la visión que el dron compartía a mi DCP pude ver que se iluminaban una veintena de figuras humanas, todas en formación detrás de Finn, esperando órdenes.

—*No está solo* —anuncié sin un ápice de sorpresa en mi reacción—. *Le acompañan veinte soldados con las armaduras de invisibilidad de Volitur.*

Varios del escuadrón respondieron con un bufido de animadversión.

—*Tango, crea veinte proyecciones holográficas de Finn y lígalas a los soldados invisibles. Quiero que hagas un rastreo continuo de sus movimientos y actualices la proyección holográfica con la menor latencia posible. ¿Podrás*

hacerlo?

Esa era una tarea muy demandante a nivel de procesamiento. Tenía que hacer un seguimiento de veinte individuos independientes y modificar en tiempo real una proyección holográfica sobre ellos. Como respuesta, Tango creó una imagen que consiguió sacar una sonrisa en cada uno de los integrantes del escuadrón.

—*Por supuesto que sí, Lara.*

El traidor ya no estaba solo delante de nosotros, le acompañaban veinte réplicas iguales de él, aunque con una nitidez menor que te permitía identificar que eran hologramas. Más que intimidarnos, el hecho de que se hubiese multiplicado la figura de Finn nos dio un mayor rango de objetivos en los que liberar el resentimiento que teníamos por esa persona.

Finn se quedó paralizado por unos segundos, borrando de su cara la estúpida sonrisa soberbia que mostraba hasta entonces. Pero no tardó en hacer un pequeño ademán con la cabeza. Uno de los hologramas levantó los brazos y, antes de que la proyección mostrase que llevaba un fusil en las manos, una carga de energía salió de su cañón. El proyectil pasó por encima de nuestras cabezas hasta una de las esquinas, donde impactó contra Tango, o más bien, contra el campo de energía que rodeaba al dron en su totalidad. La mejora de la doctora Joyce había funcionado.

Finn chasqueó la lengua molesto y, sin decir nada más, el pequeño ejército de sus propias réplicas cargó hacia nosotros. Ante ese número de enemigos simultáneos nos vimos obligados a cambiar la formación y ganar amplitud. Habíamos entrenado situaciones similares, pero no con los dos problemas con los que contábamos en ese momento: nos enfrentábamos a personas invisibles que, por mucho que tuviesen una proyección holográfica por encima, no era lo mismo que luchar contra un humano que podías ver; y la persona que dirigía el ataque había estado en ese mismo entrenamiento, Finn conocía cómo actuábamos en una coyuntura así.

Cuando el intercambio de katanas, ryuno, arena dorada y proyectiles de energía comenzó, me vi obligada a participar, no podía quedarme ahí mirando, sin hacer nada.

—*¿Qué estás haciendo, Lara? Continúa sin nosotros y llega hasta Arcas* —dijo Hans cuando me vio en la periferia de su mirada al bloquear la katana de su enemigo, con la salvedad de que la katana que Tango proyectaba estaba desplazada unos centímetros, dando la sensación de que nunca llegaban a golpearse las armas.

—*No pienso abandonaros aquí solos. Además, no os puedo dejar a Tango, le necesito para enfrentarme a Arcas.*

Hans resopló mientras con su mano de ryuno agarraba el filo de la katana enemiga y, en cuestión de un segundo, aparecía delante de él la figura sólida de un humano recubierto de la materia negra, azulada y rojiza de la característica mezcla del Seiryu y Suzaku. Los gritos que profirió el soldado reverberaron en la sala como si de un cántico religioso se tratase.

Yo extendí un capa de Seiryu por el suelo que aferró las piernas de cuatro enemigos. El tiempo que perdieron en mirar extrañados al suelo para ver por qué no se podían mover fue suficiente para que Layla, Kristin, Eivol y Roland acabasen con ellos.

Entonces una de las figuras holográficas que tenía a unos metros de mí desapareció en el momento justo en el que cargaba contra Hans.

—¡Cuidado! —grité lanzando un ataque con mi katana a un lugar aparentemente vacío.

Cuando el subteniente se giró pudo ver cómo de la nada aparecía una mujer envuelta en una armadura de apariencia extraña con el filo de mi arma clavado hasta la mitad de su costado en un corte sucio. La katana de la enemiga se había quedado a escasos centímetros de mi compañero, antes de que le diera una muerte casi instantánea al seccionar el lateral izquierdo de la mujer.

Mi subteniente me dedicó la misma mirada de inquietud que yo tenía, la proyección de Tango había fallado, y si no hubiese estado atenta, Hans estaría muerto. Estaba claro que estaba

pidiendo demasiado de mi dron en la situación tan indispuesta en la que se encontraba.

De repente todos los hologramas desaparecieron, confirmando mi preocupación. El silencio se apoderó de los combatientes por unos pequeños instantes, unos segundos en los que pareció que todo se congelaba, como si estuviésemos posando para la pintura que retrataría el día en el que Teseo perdió la guerra contra Arcas Balliol y sus fuerzas.

Cuando el silencio se rompió, lo hicieron los sonidos sigilosos de nuestros enemigos, en una amenaza invisible que acechaba por acabar con nuestra vida en cualquier momento. Cada uno del escuadrón creó un escudo de Seiryu preventivo delante de ellos, pero a mí no me dio tiempo, la mirada inquisitiva de Finn me desvió la atención lo suficiente como para no actuar con la velocidad necesaria.

Lo único que impidió que mi vida no terminase en ese instante fue la katana de Runa, que en un aspaviento que recorrió toda la parte frontal de mi cuerpo se detuvo con el distintivo sonido metálico que se producía cuando dos hojas se chocaban entre sí. Mi salvadora no se molestó en responder a la finta del enemigo, acercó la mano que tenía libre hacia la persona que empuñaba el arma y, en cuanto tocó un objeto sólido, produjo una descarga eléctrica que, a juzgar por la mueca de dolor que tenía el soldado que surgió delante de nosotros, fue mortal. El hombre cayó al suelo, aferrando con fuerza una espada de separación magnética que había estado cerca de aislar mi cabeza del resto del cuerpo.

—Gracias, Runa —dije mientras un chute de adrenalina recorría mi sistema.

Ella me dedicó una sonrisa risueña, aunque el resto de su expresión me indicaba que ese ataque había sido muy demandante.

El Seiryu salía de mis brazos para crear una pantalla de protección delante de mí y Runa se giraba para enfrentar a los enemigos que seguían amenazando nuestra vida, cuando se elevó unos palmos sobre el suelo y soltó un grito ahogado. A mi cerebro le llevó unos segundos entender qué estaba ocurriendo. Para entonces el brazo de ryuno que había atravesado el abdomen de Runa hasta aparecer por su espalda había vuelto a su portador, Finn, y su víctima caía moribunda al suelo.

—¡Runa!

Hans en una zancada acortó la distancia que le separaba de su pareja y agarró el cuerpo antes de que la cabeza golpease el suelo. En su rostro pude ver que seguía con vida, pero a juzgar por la sangre que emanaba de su tripa, no por mucho tiempo.

Apreté la mandíbula y mis dos puños, uno de carne y hueso y otro de ryuno, dispuesta a borrar la mueca socarrona que Finn me profesaba, cuando Kristin me agarró del brazo y me dio un empujón.

—¡Vete de una maldita vez, Lara!

La miré un poco desconcertada. Antes de que pudiese replicar, ella insistió.

—Déjanos esto a nosotros, tú ve a por Arcas.

En sus ojos solo había un profundo dolor que provocó que no pudiese responder a su petición más que dándome la vuelta y echando a correr fuera de ese gran salón, sin siquiera dedicarle una última mirada a Runa.

Kristin tenía razón, todas esas muertes no servirían de nada si no conseguía la unidad con el plan completo de Arcas Balliol, y estaba dispuesta a dar mi vida para obtenerla.



26. Ambiciones

Lara Hallman: 22 otoño 566, 31:00

Cada paso que daba lo sentía como un aguja que se clavaba entre mis uñas y la piel, perforando esa zona tan específica de mi cuerpo con suma determinación. No quería dejar a mi escuadrón solo, y menos en la situación en la que se encontraba. Aunque si lo pensaba, Finn había podido atacar a Runa a causa de mi despiste. Apreté el paso, tratando de aferrarme a la idea de que cuanto más lejos estuviese de ese salón más fácil se me haría aguantar las ganas de regresar.

Tenía la cabeza tan sumergida en la culpabilidad que se me había olvidado por completo dónde estaba. Al tomar la esquina de un pasillo tuve que recular con rapidez antes de ser detectada por varios robots y drones que patrullaban el área.

Pegué la espalda contra la pared y recuperé la respiración. Tenía que concentrarme de una maldita vez, el cansancio me estaba provocando cometer demasiados errores. Había visto tres parejas de drones y androides. No llevaba ningún arma de medio o largo alcance, solo mis katanas y el ryuno. Solté un pequeño resoplido en un gesto de nostalgia, esa situación me recordaba a mis tiempos en el clan Inagawa. En esa época, y teniendo el ryuno, no me lo habría pensado ni un segundo, habría salido a ese pasillo sedienta de acción, destrucción y violencia. Pero ya no eran esos tiempos, estaba agotada de la violencia, la crueldad y la muerte. Solo quería que todo acabase de una maldita vez.

—*Tango, calcula otra ruta hasta la sala superior de la torre principal.*

Esa era la sala en la que el equipo de inteligencia suponía que se encontraba el centro de control y, por ende, Arcas.

—*No hay otra ruta posible, Lara. Las únicas escaleras que conectan con ese torreón torreón van a través del gran salón que hemos abandonado o continuando por este pasillo.*

—*¿Estás seguro…?* —Antes de terminar la frase se me ocurrió una forma de evitar esos androides—. *¿Hay seguridad en la zona exterior del perímetro?*

—*Según las estimaciones de los sol… soldados que protegían el complejo y los enemigos neutralizados, las últimas fuerzas zelianas que quedan en el castillo castillo son las que están luchando contra nuestro escuadrón.*

—*Perfecto. Guíame hacia la base de la torre principal.*

En mi DCP apareció una figura en tres dimensiones que representaba la ruta a seguir. Retrocedí mis pasos hasta llegar al punto sobre el que se erigía el torreón. Miré la ventana que se hallaba a mi izquierda y la continuación del corredor, donde llegaba a escuchar parte de la lucha. Ignorando mis deseos más primarios, me subí al alféizar de la ventana y llené mis manos de Seiryu. Pegué las palmas contra la roca fría y dejé que el ryuno se colase entre las disimuladas rendijas. Me cercioré de que el aguante era suficiente y quité los pies de apoyó. Me mantuve en vilo. Repetí el anclaje del ryuno con los pies y subí las manos. Conforme más confianza cogía del proceso más rápido escalaba. Antes de darme cuenta, los siete metros que al inicio me separaban del suelo se convirtieron en veinte, y más tarde en cuarenta. El resto del castillo se había quedado a mis pies, por delante de mí solo quedaba un pequeño balcón y la cúspide

puntiaguda del torreón.

Al llegar al final de la escalada, me detuve unos segundos para dejar que mi cuerpo se recuperara brevemente por el esfuerzo físico.

—*¿Estás listo?* —le dije a Tango en una pregunta que más bien iba dirigida hacia mí.

Tango cabeceó en un asentimiento escueto. Le devolví el gesto para reafirmarme, salté hacia el balcón y entré de una zancada en el interior de la estancia.

—Un placer por fin conocerte en privado, Lara —dijo Arcas como si fuese el robot de un establecimiento, programado para saludar a todos los visitantes—. Tenía muchas ganas de este momento.

Arcas, que había pronunciado las dos frases sin despegar la mirada de las múltiples pantallas que se proyectaban holográficamente delante de él, se levantó de su asiento y me enfrentó. No estaba segura si era debido a estar con él a solas, al golpe de autoestima que había tenido tras el reciente ataque de Finn, o debido a las sombras tenebrosas que la escasa luz creaba en el rostro del zeliano, pero ese hombre parecía mucho más imponente e intimidatorio que cuando nos habíamos conocido meses atrás en la reunión de la FEMEX.

—¿Dónde está la unidad con tu plan completo? —pregunté sin ninguna intención de embarcarme en una conversación elaborada con ese despreciable individuo.

En su rostro vi una pequeña mueca de sorpresa que no tardó en sustituir por su habitual expresión inalterada.

—¿Con quién has estado hablando?

—No hace falta hablar con nadie para saber que tus ambiciones son mucho más grandes que eliminarnos de la existencia.

Arcas produjo una carcajada leve pero sincera, parecía estar disfrutando de ese momento serendípico.

En su rostro unas pequeñas arrugas indicaron cómo pensaba una contestación a mi exigencia, yo no tenía intención de quedarme a esperar, el tiempo no corría de nuestra parte. Di varias zancadas para acortar la distancia que nos separaba cuando un campo de energía de forma cilíndrica encarceló a Arcas en su interior, incluyendo las decenas de pantallas que, ahora que las veía de cerca, mostraban imágenes de la batalla que se libraba en el centro de Brir.

—¿Cuánto tiempo llevas sin descansar de verdad? ¿Has sido capaz de dormir más de tres horas seguidas desde que empezó la guerra hace dieciséis días en Nekumi? Porque tienes una cara nefasta.

La respuesta era negativa. Lo máximo que había descansado eran dos horas de seguido, pero no era una información que pretendiese compartir.

Alcé el brazo derecho, el que se había quedado huérfano de su mano, y lo acerqué hacia la barrera.

—Yo de ti no tocaría la…

Antes de que pudiese terminar la frase, los dedos esculpidos en ryuno de mi mano tocaron el campo de energía, transformándose *ipso facto* en una pequeña columna de humo. El presidente de Zelo se quedó observándome, absorto porque varias falanges de mis dedos se acabasen de desintegrar y mi única reacción había sido una breve mueca de molestia. Entonces su rostro se iluminó.

—¡Se me olvidaba! —dijo con una alegría que ni intentó esconder—. Finn Jansson se encargó de darte un recuerdo que nunca olvidarás.

—Al igual que la llave que yo desintegré antes de que lo hiciera.

En cuanto hablé me arrepentí de caer en su juego.

—Lo dices como si tuviese que molestarme, Lara. Por muy bien que me caiga Abraham Salazar, no tengo ninguna intención de que se cumpla el plan de ese viejo cascarrabias.

Me quedé petrificada. No porque me sorprendiese que el plan del líder de Centur no estuviese completamente alineado con los objetivos de Arcas, sino porque lo dijese con tal osadía. El hombre que tenía enfrente de mí aprovechó ese *impasse* para comprobar una de las pantallas. Al volver a dirigir su atención, el rostro le brillaba con una malicia perturbadora. En el monitor identifiqué el gran salón donde continuaba la batalla de la que había salido corriendo.

—Te interesará saber que esa mano no es lo único que Finn te ha arrebatado, Runa…

—¡No me importa!

Mi reacción pilló desprevenido a Arcas, que ya creía que había caído en sus juegos mentales.

La frase que no terminó de pronunciar salió de mi mente tan rápido como había entrado, tenía toda la atención en ese campo de energía. No era como ninguno de los otros que había visto en la Tierra o en Teseo, donde la consecuencia de tocarlo era una fuerte descarga eléctrica, no una desintegración como la que había visto. De todas formas, por mucho que fuese como los habituales, no tenía los niveles de energía requeridos para sobrepasar o destruir la barrera con el Byakko, ese tipo de ryuno era el que más desgastaba tus fuerzas.

Miré a mi alrededor, tratando de encontrar una forma de llegar hasta ese hombre, algo que hubiese pasado por alto. Arcas, recuperado por la confusión de mi reacción, entendió qué estaba haciendo.

—No puedes llegar hasta mí, Lara. Ya he ordenado que dos de las naves que están luchando en Brir vengan aquí. Se encargarán de los que queden en el salón del castillo y de ti, yo solo tendré que permanecer aquí sentado, disfrutando de ver cómo se extingue el último ápice de esperanza con la muerte de la Liberadora del Tiempo.

A mitad de la contestación de Arcas había dejado de escuchar, ya que estaba demasiado ocupada tratando de reprimir la sonrisa desafiante que mi rostro quería mostrar. Una vez más, Merlow seguía enseñándome nuevos trucos, aunque ya ni siquiera fuese su intención. Disimulando al máximo el movimiento del ryuno alrededor de mi cuerpo, concentré todo el Suzaku de mi armadura en la planta del pie derecho, donde excavó un agujero de cinco centímetros de diámetro bajo mi bota.

Para ganar el poco tiempo que necesitaba, respondí con una mueca de repugnancia ante sus palabras.

—¿De verdad merecen la pena todas estas muertes, ya sean tesianas, zelianas o harianas, con tal de conseguir cual sea el objetivo de tu plan grandioso? ¿Realmente tanta destrucción es justificada por el resultado que en realidad nunca llegarás a obtener?

Arcas se quedó callado unos segundos. Al principio se me cerró al estómago al creer que había descubierto qué estaba haciendo, pero luego me di cuenta de que estaba reflexionando sobre mi pregunta.

—Esa respuesta no te la podré dar hasta que no haya visto el final de mi proyecto, pero lo que sí que te puedo asegurar es que no hay límite que no esté dispuesto a cruzar con tal de llegar hasta ahí.

Incapaz de aguantarme más, le desafié con la sonrisa más soberbia que mi gran ego podía mostrar. Le enseñé todos los dientes en un gesto que revitalizó todo mi interior, dándome la energía que había echado en falta hasta ese momento.

—Menos mal que no vas a llegar a comprobarlo.

Antes de que el presidente de Zelo pudiese entender a qué se debía mi cambio de actitud, el centro de la roca en la que se alzaba se deshizo hasta aparecer una extremidad de ryuno que se

aferró a sus piernas. Todo el material alienígena que tenía en mi armadura abandonó mi cuerpo, atravesó el túnel que había creado por debajo del campo de energía y rodeó cada centímetro de la piel de Arcas Balliol a excepción de su rostro. A juzgar por la cara de repugnancia que era incapaz de disimular, era la primera vez que tocaba el ryuno.

El Seiryu aprisionó su pecho, asfixiándole; el Genbu se endureció, impidiéndole mover un solo músculo; el Byakko le electrizó, provocando leves convulsiones; el Suzaku le quemó, oxidando las capas superficiales de su dermis. Disfruté de esa orgía de tortura en el cuerpo del hombre que había puesto en jaque a un planeta entero, y pretendía hacer lo mismo con toda la humanidad.

Para mi sorpresa, no despegó sus ojos de los míos ni un solo momento. Estaba claro que para llegar a la posición en la que él se encontraba, tenías que haber pasado por suficientes traumas en tu vida que te brindasen la misma resistencia que yo poseía.

—Deshaz el campo de energía —sentencié cuando detuve el martirio.

Arcas no rechistó, se conectó a su DCP y desactivó la barrera que nos separaba.

—Ahora, dame la unidad con tu plan completo.

Esta segunda vez no acató la orden con tanta obediencia. Un atisbo del dolor que le había causado fue suficiente para motivarle. Noté que quería mover uno de los brazos y suavicé la presión en su cuerpo. Arcas acercó la mano a su pecho y retraje el Seiryu que protegía esa zona. Con un poco de dificultad, rompió la tela y su piel se separó del pecho, descubriendo una pequeña cavidad artificial donde debía estar su esternón. Sería irónico que esa modificación se la hubiese instalado Aeon Technologies, la empresa que Kay fundó siglos atrás. El presidente de Zelo agarró la unidad de información que descansaba en su interior y me la lanzó.

—Escanea su interior —dije cuando Tango apareció a mi lado.

Arcas miró al dron sorprendido, hasta ese momento no se había percatado de su presencia.

—Esta unidad tiene una cantidad de información descomunal, pero está encriptada, no puedo acceder a ella.

Me habría gustado asegurarme de que no me estaba engañando, pero no me quedaba otra opción más que confiar en que ese hombre no hubiera predicho esa evolución de los eventos.

—No pasa nada, lo descifraremos en la base.

Puse mi mano en el pecho del presidente de Zelo y bloqueé todo el ryuno que le rodeaba, haciendo que se clavase en el suelo. Con lo que había costado llegar hasta ahí, no iba a dejar que desapareciera de nuestro poder. Le envié un mensaje a Hans informándole de la localización de Arcas y su estado. Me habría encantado quedarme más tiempo con él a mi merced, pero eso era algo que no tenía. Tiempo.

—Esta será la última vez que nos veamos, Arcas.

No dije nada más, no era momento de regocijarme, la guerra aún no estaba ganada. Tampoco dejé que él me respondiera y elucubrara el motivo por el que queríamos esa unidad de información. Me di la vuelta y eché a correr hacia el balcón, donde salté y me agarré a la escalera que colgaba de la nave que nos había dejado en ese castillo al principio del asedio. En cuanto Tango entró en su interior, el vehículo dio un acelerón que me envió hasta el final del compartimento. Sin ningún miramiento, abandoné a mi escuadrón y dejé atrás a Arcas Balliol, a Finn y a la batalla que se libraba en Brir. A fin de cuentas, me separaban veinticinco minutos de la base de Shiga a esa velocidad, y solo quedaban dos horas y media para que los cielos de Teseo se infestaran con miles de naves enemigas. Si en ese momento no habíamos roto la encriptación de esa unidad de información, todo lo que acababa de hacer no habría servido de nada.



27. Guardián

Lara Hallman: 22 del otoño 566, 31:55

Todos observaban incrédulos la unidad de información que descansaba sobre la mesa. Escépticos de que ese pequeño chip fuese la única forma que teníamos de ganar la guerra contra Zelo y sus aliados.

La doctora Joyce cogió la unidad y la conectó al monitor que presidía la sala. Kaja y yo, esperamos con expectación. Veíamos cómo líneas de código, gráficos con números y barras de progreso se movían de un lado a otro de la pantalla controladas por el DCP de la doctora.

Cuando ya no aguantaba más con la intriga e iba a preguntarle si teníamos la información que necesitábamos, Joyce se giró en su silla y recorrió nuestros rostros con su mirada. Su expresión no parecía muy esperanzadora.

—Tengo malas y buenas noticias —dijo tomando una gran pausa.

—Y bien… —insté ansiosa por obtener respuestas.

—La mala es que en esta unidad hay una cantidad ingente de información. Son datos con conexiones muy complejas e intrincadas. Sin usar el propio chip, es imposible minar datos de aquí. Es decir, no puedo obtener la información que queremos solo analizando el dispositivo en sí.

—¿Y la buena noticia? —preguntó Kaja con un ápice de esperanza.

—Que la unidad no está vacía. Sea lo que sea que tiene dentro, es información muy importante y valiosa, lo más probable es que se trate de lo que estamos buscando.

—Pues vaya mierda de noticias… —rechistó Kaja.

—Exactamente, ¿qué es la unidad de información? ¿A qué te refieres con «sin usar el propio chip»? —pregunté ignorando las quejas de mi compañera.

Joyce se mesó el cabello mostrando cierta preocupación.

—Esta cantidad de datos y complejidad solo la he visto una vez antes en mi vida, Lara —tomó una bocanada de aire, como si necesitase ayuda extra para responder a mi pregunta—. Cuando me pediste que analizara el chip que contiene la conciencia de Harlan.

Cerré los ojos derrumbada por esa revelación. Cuando por fin veía la luz al final del túnel oscuro en el que nos encontrábamos, había resultado ser un tren que se dirigía directo hacia nosotros con la idea de aniquilarnos de una vez por todas.

—¿Me estás diciendo que ahí hay una conciencia?

Joyce asintió derrotada ante la pregunta de Kaja.

—¿De quién? —siguió interrogando.

—No tengo ni idea. Yo aquí solo puedo ver los tipos de datos que guarda y la conexión entre ellos, nada más. No puedo acceder a su contenido…

—Es Arcas Balliol —sentencié con la voz fría.

—¿Cómo que Arcas Balliol? ¿A qué te refieres? —inquirió Kaja.

—Ese chip contiene la conciencia del propio Arcas Balliol. Estamos hablando de un ególatra con delirios de grandeza que se cree Dios. Ese hombre solo confía en una persona en todo este universo. En sí mismo. Sería incapaz de confiar la información de su plan maestro a cualquier

otro individuo. Es más, ni siquiera se fía de dejarlo en un sitio desprotegido, piensa que necesita una versión idéntica de sí mismo para custodiarla.

Kaja y Joyce me miraban confusas, sin dar crédito a lo que les estaba diciendo.

—Espera… ¿me estás diciendo que ahí dentro está una versión exacta de Arcas Balliol?

—No te lo puedo asegurar con absoluta certeza, pero es la opción más probable.

—Entonces… ¿cómo… cómo obtenemos el plan completo? ¿Cómo podemos obtener la información que provocará que todos sus aliados le abandonen?

—No lo sé, esa parte es a la que le estoy dando vueltas. Está claro que, si Arcas es así de paranoico, es porque la información que tiene guardada justifica todas estas molestias. Es decir, estamos en el buen camino. En cuanto a cómo conseguimos ese plan… no tengo ni idea, va a desconfiar de cualquier persona que no sea él mismo. —Me senté en una de las sillas que se alineaban en la pared y hundí la cara entre mi mano humana y la de ryuno—. Necesito pensar, necesito que me deis un rato para idear cómo sacarle esa información a la conciencia de Arcas.

Ambas asintieron con un tono de duda en sus voces. A lo que Joyce añadió:

—Según la hora en la que todas las naves zelianas y la de sus aliados entraron en el espacio curvo, nos quedan dos horas y un minuto para que aparezcan en la atmósfera exterior de Teseo.

Asentí y me puse en pie. Anduve de un lado para otro con la vista clavada en el suelo, intentando encontrar la única forma en la que podíamos pararle los pies a Arcas Balliol, la única forma en la que podíamos ganar esa guerra.



—¿Estás segura de que va a funcionar?

Aparté la mirada de su rostro y respondí encogiéndome de brazos.

—Para nada. Pero es la única opción que tenemos.

—Te das cuenta de que, si fallas, no habrá forma de que ganemos esta guerra, ¿no? —insistió Kaja añadiendo todavía más presión a la situación.

—Lo sé, me encargaré de que la próxima vez que salga de ahí, tenga la información que detendrá todo esto. Pero para ello necesito que me hagas el favor que te he pedido, ¿entendido?

En esta ocasión fue Kaja la que desvió la mirada. Con un tímido asentimiento dio por terminada la conversación. Me deseó toda la suerte del mundo y me dejó a solas con Joyce y Tango.

—Has entendido el plan, ¿no?

—Así es. Tango activará y proyectará la conciencia de Arcas Balliol, y mientras tanto yo usaré los proyectores holográficos de la sala de interrogatorios para aplicar el camuflaje holográfico encima de ti.

—Correcto. Es de suma importancia que el camuflaje no se vea comprometido en ningún momento. Eso lo puede echar todo a perder.

La doctora asintió con convicción y se concentró en las pantallas que tenía delante de sí.

Cogí la unidad de información que tenía en mi mano y la apreté con fuerza contra mi pecho. Esperaba que Harlan tuviese razón, esperaba que eso fuese a funcionar, debía funcionar. Dejé el recipiente que contenía a mi abuelo al lado del contador que marcaba que tenía poco menos de dos horas de tiempo. Después abrí la puerta y entré en la sala de interrogatorios con Tango.

Tres muros de un hormigón gris estaban iluminados por la luz de una cuarta pared, un cristal que iba de esquina a esquina y mostraba la bahía de Shiga.

—Activa el camuflaje holográfico.

Al cabo de unos segundos de mi orden una luz proveniente del centro de la sala me iluminó. Cuando dejó de percibirse me giré y observé mi reflejo en la ventana. Era aterradora la figura que veía. Un hombre de dos metros de altura, corpulento y grasiento. Solo su presencia infundía respeto, y eso que ni siquiera era real, seguía siendo yo.

Ese camuflaje holográfico era muy complejo, ni siquiera estábamos hablando de la misma fisonomía o altura. Sin embargo, estábamos en un entorno extremadamente controlado. Había multitud de proyectores y cámaras que seguían cada uno de mis pasos, la flexión de los músculos de mi cara, las expresiones que ponía y los gestos que hacía. Además, había una única fuente de luz, también controlable al poder reducir la transparencia del ventanal.

Usar ese tipo de camuflaje holográfico era una apuesta muy grande, pero era la única carta que nos quedaba.

Por último, pegué en mi garganta un pequeño modulador vocal que Joyce había configurado con el registro del presidente de Zelo. Ese dispositivo se encargaría de adaptar mi voz para que sonara como la del dictador.

—Tango, estoy lista. —Sin poder evitarlo, dibujé una sonrisa, sorprendida por el tono tan grave —. Ponte en una esquina, para interferir lo menos posible con el camuflaje de los otros proyectores, y activa la conciencia de Arcas Balliol.

Con un suave cabeceo, Tango se movió a un lateral de la sala y un brazo extensible se desplegó en su parte inferior. Una silueta se formó delante de mí y poco a poco fue tomando la consistencia de la misma imagen que había visto segundos atrás al ver mi reflejo.

La conciencia de Arcas miró a su alrededor y con una expresión de confusión se detuvo en mí.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Ha habido ciertas complicaciones.

El holograma endureció su rostro, pero dejó que desarrollase mi explicación.

—Esta noche nos han atacado de manera sincronizada y por sorpresa una gran cantidad de soldados tesianos en el asentamiento temporal de Brir. Hemos conseguido minimizar nuestras bajas, pero nos hemos visto obligados a huir.

Arcas Balliol, o más bien su conciencia, me observaba con cierta vacilación, como si percibiese que algo de todo aquello no encajaba. Yo intenté tranquilizarme y seguir mi actuación. Aunque no era mucho, había estado una reunión entera enfrente de él, a escasos metros, y también le había visto hablar en público y ruedas de prensa en múltiples ocasiones. Sabía cómo era su forma de hablar, cómo gesticulaba y cómo se expresaba. Y si en algún momento hacía algo que se podía considerar inexacto respecto a la forma en la que Arcas lo habría dicho, se podía justificar por la complejidad de la situación y la presión del momento. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que el presidente habló con su conciencia, ni qué tipo de relación tenían, si acaso eso se podía considerar una relación entre dos humanos, pero el holograma que me observaba no tenía ninguna razón para dudar de mí.

—Pero esto no es más que un pequeño bache.

Dudé un momento antes de seguir. Estaba a punto de hacer una apuesta muy fuerte, de fallar mi presunción todo se podía acabar ahí, pero no me quedaba otra.

—Es cierto que el perder la posesión que habíamos ganado en Shiga fue algo inesperado —dije asumiendo que la conciencia de Arcas ya estaba al día de esa información. El holograma no se inmutó ante mi afirmación. Continué aliviada de haber elegido correctamente—, y tampoco esperábamos que nos atacaran tan rápido, pero no es un problema.

»Ahora mismo estamos resguardados en una base protegida de Brir, y en menos de dos horas aparecerán todos los refuerzos que faltaban de nuestros aliados. Una vez llegue ese momento, los

tesianos no tendrán nada que hacer.

—Esperemos que sea así —dijo el holograma saliendo de sus cavilaciones—. ¿Qué necesitas de mí?

Esa pregunta tan directa me pilló desprevenida. Le había dado vueltas continuamente a cómo sería la conciencia de Arcas. A fin de cuentas, como Harlan me había dicho en varias ocasiones, él se veía, se percibía y se sentía como cualquier otro humano. Él no había notado ninguna diferencia en la percepción de sí mismo entre el momento previo a hacer la copia de su conciencia y cuando se convirtió en solo información dentro de una unidad, a pesar del hecho obvio de que hubiese dejado de tener un cuerpo físico.

Dada la naturaleza ególatra de Arcas, había supuesto que ni siquiera su conciencia estaría dispuesta a ceder ante la versión física de sí mismo. Sin embargo, por la pregunta que había formulado, parecía que quizá sí fuese así. Que la versión humana de Arcas usase a esa conciencia solo como una forma de tener la información organizada de manera fiable. A fin de cuentas, una conciencia dentro de un chip era capaz de acceder a todos sus recuerdos con absoluta precisión, al contrario que un humano, que solo con el hecho de recordar está tergiversando parte de los datos que tiene.

Eso eran buenas noticias, podía ser que al final ese plan loco fuese a salir bien.

—Necesito revisar nuestro plan completo —hice una pequeña pausa para tomar aire y repetí las mismas palabras que Iriel me dijo—, nuestro proyecto. Quiero tener todo claro para el día importante que hoy nos espera.

El holograma se quedó callado, sopesando mi petición. Durante varios segundos no dijo nada ni hizo un solo movimiento, solo me observó con la mirada clavada en mis ojos. O más bien, donde estaban los ojos de Arcas, varios centímetros por encima de mi cabeza. Cuando sentí un sudor frío recorrer mi espalda, la conciencia por fin rompió el silencio.

—Por supuesto, te enseñaré toda la información que tengo almacenada —dijo y desvió la vista de mí, como si estuviese consultando algo.

Traté de reprimir la sensación de inmensa felicidad a la que sucumbió mi cuerpo al escuchar esas palabras. No podía creer que el plan fuese a funcionar, que todo fuese a acabar por fin.

—Pero antes —dijo interrumpiendo la celebración que mi mente había empezado—, me gustaría saber algo. —Tragué saliva y me preparé para responder a la pregunta—. ¿Quién eres? —soltó con una gran sonrisa—. No eres Merlow. A él le he visto mentir en multitud de ocasiones y lo hace mucho mejor que tú, con mayor convicción. Mmm —dijo acariciando la barba intangible de su mismo holograma—. Oh, ya veo, eres ella. —Su sonrisa aumentó todavía más—. Eres la persona de la que todo el mundo habla en los últimos años… eres la Liberadora del Tiempo… eres Lara Hallman, ¿cierto?

Cerré los ojos derrotada.

¿Por qué? Todo iba tan bien, parecía que estaba funcionando a la perfección.

Contra todo pronóstico, habíamos creado una cúpula gigante para encerrar a los invasores de nuestra capital y retomar el poder de Shiga. Después, sin siquiera poder descansar, habíamos atacado Brir para obtener lo único que nos permitiría deshacernos de los enemigos que surgirían en nuestros cielos en menos de dos horas. Con el sacrificio de Runa, y a saber si alguien más del escuadrón, había obtenido la unidad de información con el plan de Arcas. Y en ese punto, cuando solo faltaba conseguir el gran proyecto del presidente zeliano… la había cagado. Había fracasado.

Mierda.

Ya no había nada que pudiese hacer, no había forma de convencer a la conciencia para que me

contase cuál era ese proyecto que provocaría que todos sus aliados le abandonasen.

—No te lo tomes tan a pecho —continuó Arcas disfrutando de ese momento de superioridad —. No es culpa tuya. Desde el día en el que tomé la decisión de clonar mi conciencia, supe que se podría llegar a una situación como esta. Por esa razón creé mecanismos que me permitiesen saber en todo momento que estaba hablando conmigo mismo y no con un impostor. O más bien impostora en este caso, ¿no es así?

—*Elimina el camuflaje holográfico* —le dije a Joyce por un canal privado de mi DCP.

Sentí que la presión de la luz a la que ya me había acostumbrado desaparecía. Al ver mi reflejo en el cristal de la sala de interrogatorios volví a verme a mí misma. Derrotada.

—Ahí estás. Lara Hallman.

Al pronunciar mi nombre se relamió los labios, como si fuese un depredador a punto de saltar sobre su presa indefensa.

—¿Mecanismos de seguridad has dicho? —dije sin saber del todo cómo continuar.

—Así es. Señales y gestos que solo yo sé y que me indican si estoy hablando conmigo mismo.

Volví a girarme hacia Arcas Balliol. Ahora que había perdido mi camuflaje, mi escudo, me sentía completamente indefensa ante él, a pesar de que no dejaba de ser un holograma que mi propio dron estaba proyectando.

—Como entenderás, no te voy a dar ningún tipo de información. No sé para qué quieres saber más sobre mi proyecto, pero no me voy a arriesgar a compartirlo contigo.

Podía ver cómo estaba disfrutando esa situación de superioridad ante mí. Era como si hubiese estado esperando ese momento durante meses. La oportunidad de tenerme en una habitación a solas y poder pisotearme con la facilidad con la que lo había hecho, poder demostrarme que era más inteligente, capaz y poderoso que yo.

Y parecía que así era. Aunque en este caso yo misma me había puesto en bandeja delante de él. Una vez más, mi prepotencia había hecho que me confiara demasiado.

—Pero estoy más que dispuesto a hablar contigo sobre cualquier otra cosa. Me pareces una persona extremadamente interesante, me encantaría conocer qué hay dentro de esa cabeza.

Le dediqué una mirada de soslayo cargada de ira y rechazo. Al dirigirme a la puerta dije:

—No me importa si no he conseguido obtener la información que quería de ti. Esto no va a hacer que me rinda. Te juro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que en esta guerra salgamos victoriosos. No pienso dejar que alguien como tú me quite mi libertad y la de la gente que quiero. No pienso dejar que tengas poder sobre mi tiempo.

Arcas me dedicó una sonrisa en la que me mostró todos sus dientes y me hizo enfurecer todavía más. Viendo que ya no iba a sacar nada más de ahí, di por finalizada la conversación.

—Tango, apaga la conciencia de Arcas Balliol.



28. Charla

Lara Hallman

—Tango, conecta la conciencia de Arcas Balliol.

Una figura apareció sobre la bahía de Shiga, el reflejo del holograma que se acababa de proyectar dentro de la sala de interrogatorios.

—Buenos días, Arcas. Hoy es el 18 de septiembre de 2545.

Arcas analizó mi expresión y actitud, intentando prever de qué iba todo aquello.

—Han pasado dos días desde la última vez y veo que sigo en el mismo sitio. Enhorabuena, parece que estáis aguantando nuestra invasión.

Yo le observaba con una seguridad y confianza que no tenía la vez anterior, y Arcas lo percibía. Podía notar cómo una molestia le corroía por dentro al estar en una desventaja de información, al no conocer qué era lo que me hacía enfrentarle con una convicción tan diferente al final de nuestra primera conversación.

—La última vez que nos vimos me dijiste que estabas dispuesto a hablar conmigo sobre cualquier cosa, así que para eso estoy aquí, para hablar.

Quería disfrutar un poco más de esa superioridad momentánea en la extraña relación que se estaba formando entre los dos.

—Está bien —dijo aceptando entrar en mi juego—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Por qué no lo hacemos al revés? ¿Qué es lo que tú quieres saber?

—Lógicamente quiero conocer el motivo por tu actitud tan férrea y distinta a nuestra primera conversación, pero presiento que no me lo quieres decir todavía, se te ve gozando de esa sensación de ventaja ante mí.

Hice una mueca involuntaria de inquietud por que me hubiese podido leer tan bien y provoqué en su rostro una sonrisa astuta al confirmar su suposición. Incluso en ese momento en el que yo conocía algo que cambiaba por completo la situación en la que nos encontrábamos, era capaz de igualar la rivalidad entre los dos. Se notaba que por mucho que me esforzase, había partes que solo la edad y la experiencia podían suplir.

—Dado que veo que esa información no la quieres desvelar aún, iré por otra vía. He seguido tu trayectoria desde hace bastante tiempo, lo creas o no. Desde que fuiste acusada por el asesinato de quien acabó siendo tu abuelo, Harlan Olerson. En todo este tiempo te he visto evolucionar, crecer, despertar. Y es en el momento actual donde me surge una duda, ¿cuál es tu objetivo en todo esto? Porque, seamos sinceros, tú no eres ninguna heroína. El título de Liberadora del Tiempo fue una estrategia de la AVF para aprovecharse de tu imagen, que al final se ha quedado en ti por una razón u otra. Pero, a mi parecer, tú no pretendes salvarle la vida a nadie, no quieres ser la liberadora de nadie. Así que, te repito, ¿cuál es tu objetivo? ¿Qué quieres?

Al principio había recibido su pregunta con desconfianza, pero conforme más hablaba, más curiosidad honesta veía detrás de ella, y menos segundas intenciones ocultas. A fin de cuentas, la conciencia con la que estaba hablando debía de suponer que su existencia se había quedado limitada a esas cuatro paredes. Antes de devolverla a su antiguo dueño con la información que

hubiese podido obtener de nosotros, la destruiríamos. Es decir, no había ninguna razón para mentirle, podía ser hasta sano soltar parte de lo que tenía dentro de mi cabeza a una persona tan opuesta a mis ideales y valores como podía ser Arcas Balliol.

—Me gustaría darte una respuesta concreta, pero no la tengo. Y no es porque sea algo que nunca me he cuestionado. Todo lo contrario. Desde que me vi dentro de un conflicto en el que no había pedido estar, justo después del suceso que tú has narrado, cuando murió mi abuelo, es la pregunta que más me he hecho. Tampoco ayuda que sea una cuestión muy abierta y dada a cambiar.

Agarré una silla que descansaba en una de las esquinas y la arrastré hasta el centro de la sala.

En el holograma apareció un asiento idéntico al mío sobre la que Arcas se sentó. Gracias a Harlan tenía una idea bastante exacta de las capacidades y límites de una conciencia almacenada en una unidad como era la que estaba viendo delante de mí. Tenían mucho juego con la representación que elegían que se mostrase de ellos mismos, y eso incluía el uso de otros objetos, como podía ser una silla.

—Pero no te quiero dejar con esa contestación tan vacía. No sé cuál es mi objetivo exacto, o más bien, no sé si lo que ahora quiero es mi propósito de vida, destino o llámalo como desees. Lo que sí que tengo claro son ciertas cosas que sí quiero. Quiero ser libre, en todos los sentidos: libertad geográfica, que nadie me diga que no puedo visitar un planeta o un lugar por ser quien soy; libertad temporal, tener el tiempo que desee y poder usarlo como a mí más me plazca; libertad de opinión, que nadie me suprima por pensar o expresar ideas contrarias a las suyas; libertad de asociación, juntarme con la gente que yo quiera y de la manera que a nosotros nos convenga. Y podría seguir así con decenas de otros ejemplos. Por este motivo, pienso que el título que he recibido de Liberadora del Tiempo es uno que estoy dispuesta a asumir. Pero aquí he de darte la razón. Yo no soy ninguna heroína, ni pienso serlo. Todo lo que hago es motivado por fines egoístas, todo lo hago porque quiero retener la libertad que ahora mismo tengo yo y la gente que me importa. Si en el camino esa libertad les llega a otros, por mí perfecto, pero nunca ha sido ni será mi objetivo.

—Me impresiona tu honestidad, Lara, y a la vez la agradezco. Aunque no lo creas, estoy de acuerdo con la idea que tienes de libertad, el problema es que esa libertad solo se puede sentir, solo se puede valorar, cuando has tenido un pasado en el que no la has vivido. En esta vida todo son rangos, las emociones son rangos, las realidades son rangos. La tristeza es lo contrario de la felicidad. Alguien que nunca ha estado triste, que nunca ha sentido dolor, no puede decir que sienta dicha, que sea feliz, porque no tiene nada con qué compararlo. Quien no ha querido a alguien en vida, no puede llorar su ausencia al morir. Quien nunca ha tenido que luchar por romper unas cadenas, por obtener voluntad propia, no puede apreciar de verdad lo que es la libertad.

Interrumpí su contestación con una suave carcajada. Arcas me observó interesado por mi reacción.

—¿Eso es lo que quieres hacer tú? ¿Quieres privar a la gente de su libertad para que cuando en un futuro se revolucionen y escapen de tu tiranía, puedan valorarla?

La proyección que tenía delante de mí imitó mi anterior reacción. Nunca pensé que pudiese tener una conversación tan distendida con ese hombre.

—Me caes bien, Lara, me gustas de verdad. En una realidad en la que hubiésemos estado en el mismo bando… podríamos haber hecho grandes cosas juntos —dijo relamiéndose los labios.

Ya había visto ese gesto suyo en varias ocasiones. Al principio pensaba que era sexual, pero estaba empezando a pensar que su significado era distinto, una forma en la que expresaba un

deseo verdadero. Arcas se hacía más interesante por momentos.

—No, no pretendo hacer eso. Y la versión demagoga y demonizada que has usado para expresar lo que yo quiero conseguir no te cuadra, y creo que lo sabes. Está claro que nuestras opiniones sobre la vida, el tiempo y la libertad son distintas, pero ambos también sabemos que la realidad que yo quiero construir no es tan simple ni tan maléfica como tú la has descrito, al igual que la que tú quieres defender tampoco es tan idealista ni benevolente como la has expresado.

Reflexioné sobre sus palabras. Me jodía que alguien como Arcas me diese lecciones de moralidad, sobre todo cuando tenía razón. Había exagerado y extremado su visión para que sirviera a la opinión que había expresado. Lo que me estaba quedando claro era que la persona que tenía delante había llegado a su posición por méritos propios, y que tenía que medir mis palabras con precaución si quería igualarme a su nivel.

—Tienes razón —dije con un tono más amable de lo esperado.

Esa conversación estaba tocando cosas en mi interior que no sabía si quería tocar. Me sentía culpable de querer continuar hablando con la persona por la que había profesado grandes cantidades de odio e ira durante los últimos meses. No sabía si había sido su objetivo, pero sentí la necesidad de terminar ese diálogo antes de acabar en un sitio que no me gustase.

—Te diré el motivo por el que estoy teniendo una charla filosófica y moral contigo en tiempos de guerra, en vez de estar ahí fuera luchando contra tu versión en carne y hueso.

Me levanté, devolví la silla a su lugar original y observé la panorámica del ventanal. Tairo coloreaba el agua azulada del lago de unos tonos amarillentos deslumbrantes. Era increíble cómo era posible que cada vez que miraba a Teseo, más me enamorase de él.

—El motivo es sencillo —continué terminando con la expectación que había construido—, ya se han acabado los tiempos de guerra.

Arcas se puso en pie, pero no dijo nada, no quería precipitarse antes de que le diese toda la información.

—Con ayuda de nuestros aliados de Beteria y Nerón, ayer por la noche conseguimos echar a las últimas fuerzas invasoras del planeta. Aguantar hasta que llegaron los refuerzos fue difícil y muy sangriento, pero una vez que teníamos a nuestros aliados, la balanza se equilibró. Gracias a la ventaja de jugar en nuestro territorio y la mente estratega del presidente Merlow, conseguimos derrotaros, aunque para ello tuvimos que pagar un precio demasiado alto.

»Arcas Balliol, la versión humana de ti, está ahora bajo custodia tesiana a escasos cien metros de esta habitación. Se ha creado un consejo de guerra extraordinario a partir de los reductos de la FEMEX y de los mandatarios que siguen con vida y no se alinearon con la AVF o con vosotros. La situación está muy lejos de resolverse, pero hemos dado los primeros pasos. Lo importante es que tanto tú como Zelo habéis dejado de ser una preocupación, y ahora podemos fijar toda nuestra atención en el problema principal, el que siempre ha sido nuestro objetivo: la Asociación por la Vida Finita.

Me quedé callada y disfruté del rostro apesadumbrado de quien había dejado de mostrar su habitual confianza por primera vez desde que le conocí. Parecía derrotado, o más bien, incrédulo. Él sabía por mi expresión y palabras que lo que le estaba diciendo era cierto, pero su forma de ver la realidad todos esos años y sus ideales tan férreos le impedían aceptar esa verdad que chocaba tanto con todo lo que había creado.

—El dron que tienes encima de ti y te está proyectando se llama Tango. Supongo que necesitarás un tiempo a solas para procesar todo esto, así que te lo daré. En el momento en el que necesites desconectar, sencillamente díselo.

Arcas ni siquiera asintió, tenía la vista perdida. Me podía haber pedido pruebas de lo que le

acababa de decir, pero mi presencia ahí era más que suficiente para ver que no le estaba mintiendo.

Con una sonrisa llena de una satisfacción que no pude esconder, salí de la sala de interrogatorios y dejé a solas a la conciencia del hombre que tanto dolor y problemas había causado en los últimos años.



29. Conexión

Lara Hallman

—Conectad la conciencia de Arcas Balliol.

Me senté en el centro de la habitación y esperé hasta que el holograma se consolidó. Esta vez tenía mayor calidad que en las ocasiones anteriores.

—Hola, Arcas. Hoy es el 25 de septiembre de 2545.

Como había hecho en las dos ocasiones anteriores, se quedó quieto, observándome, sin decir nada, sopesando por dónde iba a salir en esa ocasión.

Yo no tenía ninguna prisa en hablar, es más, no estaba del todo segura de qué iba a decirle o para qué estaba haciendo eso.

—Hoy no tienes la alegría y el brillo del otro día —observó sentándose en su silla holográfica —. ¿No me vendrás a decir que hemos contraatacado y al final no estaba todo perdido para nosotros? —añadió con una sonrisa agridulce.

Tenía curiosidad por saber cómo se sentía él en esa situación. No era un humano, pero sí estaba vivo, por lo menos en el sentido de que podía pensar, crear nuevas experiencias y tomar decisiones. ¿Cómo había vivido la derrota de su plan de toda una vida? ¿Le había echado la culpa a su versión en carne y hueso para quitarse la culpabilidad? O al ya ser solo un holograma, ¿se había convertido en un nihilista al que nada le importaba de verdad?

—No, te puedo asegurar que la guerra ha terminado por completo. En un inicio iban a transportar tu versión física a Marte, donde tendría lugar el juicio a tu persona y a tus generales por los crímenes que habéis cometido, a la espera de añadir a Abraham Salazar, a Iriel Eisen y al resto de la AVF a esa lista de nombres. Sin embargo, ha habido un cambio de última hora. Se va a hacer caso al mensaje que Asha Bloom, el antiguo presidente de Marte, estaba dando a la Vía Láctea antes de que explotase junto al resto de dirigentes del universo.

Arcas me observó sin entender del todo a dónde quería ir a parar.

—La Tierra, Marte, el Sistema Solar… ese es el origen de la especie humana, pero ya no es el centro de ella, no si queremos seguir expandiéndonos por el universo. Se está valorando que, por ahora, ese nuevo centro esté aquí, en una de las colonias de segunda generación, en Teseo. —Su rostro se endureció, incapaz de esconder su expresión de hastío y rechazo ante la idea que le había descrito—. Todavía no está confirmado. Hasta que no termine todo esto de verdad, hasta que la AVF deje de ser historia y el sistema temporal y económico actual deje de estar en peligro, no se tomará una decisión. Ahora mismo la situación es demasiado inestable.

Mi comentario no ayudó a suavizar el gesto que seguía mostrándome. Podía ver cómo sus ojos se encendían de ira. Estaba claro que sí que podía sentir, por mucho que si alargase mi brazo atravesaría su cuerpo.

—Es irónico, ¿no crees?

—¿El qué? —preguntó con la voz ronca.

—En tu intento de hacernos desaparecer, de aniquilarnos, de quitarnos del poder… has conseguido lo contrario. Has causado mucho dolor, innumerables muertes, has creado una herida

en el tejido social y cultural de este planeta que nos llevará décadas arreglar. Sin embargo, nos has hecho más fuertes. Y por ese motivo, te doy las gracias.

Mi comentario era sincero, a pesar de que él se lo tomó como un insulto. Era entendible. Todo por lo que había luchado se había quedado en una ilusión, en una idea incompleta.

Entonces su expresión de resignación se modificó, dejando paso a una curiosidad esperanzada.

—Si me traes todas estas noticias, ¿a qué se debe esa cara? ¿Dónde está la seguridad y confianza que tenías en nuestra última conversación?

Desvié la mirada hacia mis pies. Sin poder controlarlo, una lágrima se precipitó hacia el suelo que se abría entre mis botas. Cerré los ojos y traté de bloquear mis emociones. No lo hice suficientemente rápido y Arcas se percató de mi reacción.

—Tristeza… no, más bien… —dijo poniéndose de pie y tratando de desentrañar ese pequeño misterio—. Duelo. Eso es, estás de duelo. ¿Alguien ha muerto? Alguien ha muerto —añadió al ver la expresión que había puesto ante su pregunta retórica—. Por favor, dime que ha sido Merlow. Dime que ese cabrón de Takumi está muerto.

La comisura de mis labios formó una pequeña sonrisa que negó el deseo que Arcas acababa de lanzar. Maldijo por lo bajo y volvió a sentarse.

—Una pena, aunque sé que antes o después el cáncer que le ha provocado el ryuno le matará —dijo relamiéndose los labios—. Volvamos al tema en cuestión. Finn me dio suficiente información sobre ti como para poder deducir este problema. Veamos. Está Kay Olerson, pero no creo que sea él, todavía no ha debido de llegar a la Tierra.

Al escuchar el nombre de Finn sentí que una estaca se clavaba en mi corazón. Ese traidor… Sacudí la cabeza para intentar quitármelo de mis pensamientos. No se merecía que le dedicase ni un segundo de mi procesamiento mental.

—Por otro lado, está Kristin Sage, la muchacha con la que estabas saliendo, pero con la que luego tuviste problemas, Finn no me dio suficientes detalles de eso. Pero por tu reacción pienso que no es ella. Es más, me da a mí que no es nadie de tu escuadrón… correcto, no es nadie de tu escuadrón —añadió encontrando las respuestas en mi rostro.

Era extraño estar en el lado contrario de algo que hacía a diario, el obtener lo que quería tan solo leyendo a la gente. Era molesto que alguien lo pudiese hacer conmigo con tanta facilidad, pero en ese momento no podía controlar mis emociones tan bien como me habría gustado.

—Entonces, ¿quién queda? Ava Olerson está muerta. Clara Olerson… no, no creo que tengas suficiente aprecio por ella dado cómo acabó esa relación. ¿Quién más tienes? —continuó pensando en alto.

Me dio cierto vértigo darme cuenta de todo lo que conocía sobre mí. Qué relaciones tenía, de qué tipo, qué personas me importaban y qué había ocurrido con otras. Era un alivio que esa conciencia nunca fuese a salir de esas cuatro paredes.

De repente Arcas se puso en pie y miró hacia el techo, a los puntos en los que surgían los proyectores que estaban mostrando su imagen.

—Interesante… entonces era cierto —dijo sopesando sus palabras—. Nunca pensé que se pudiese llegar a tener una relación tan profunda entre un humano y una inteligencia artificial… un dron.

Con calma, como si quisiese tener tacto al tratar ese tema, se volvió a sentar.

—Es eso, ¿cierto? Es tu dron el que ha muerto, por decirlo de alguna manera. Es Tango. No me había dado cuenta hasta ahora, pero la proyección de mi cuerpo tiene una mayor nitidez. No me está mostrando esa máquina, hoy tu dron no está aquí.

No sabía por qué había ido ahí. Quizás para contarle mis problemas a alguien completamente

ajeno a mi vida. Me acerqué al ventanal y dejé que unas nuevas lágrimas recorriesen mi mejilla mientras observaba el atardecer en la bahía de Shiga.

—Así es, Tango ha muerto —conseguí pronunciar entre sollozos.

—Cuando leí el informe de Finn sobre esto no lo creí cierto, pero está claro que la conexión que tenías con ese dron era de una profundidad que nunca antes había visto entre una máquina y un humano.

Hablaba con una franqueza que me sorprendió. No me quería consolar, eso habría sido demasiado, pero tampoco quería herirme en el momento tan frágil en el que me encontraba.

Esas conversaciones y mi relación con Arcas Balliol ganaban cada vez un matiz más confuso.

—Yo en esto no tengo control, cada vez que vienes aquí pides que me proyecten y hablas conmigo. Pero tú sí, Lara, tú eres la que decides entrar por esa puerta y tener una conversación con la persona que ha provocado todas las penas que tú misma has descrito. Y si vinieses a jactarte de la victoria o tratar de sacar información que no tengáis ya de mí, lo entendería. Pero no es el caso. Es por eso por lo que solo me viene una pregunta a la cabeza. ¿Por qué?

Volví mi vista al interior de la sala y me dirigí a la puerta. Antes de llegar a ella, me detuve y clavé la mirada en el antiguo presidente de Zelo:

—No lo sé, y créeme que es algo que me he preguntado en múltiples ocasiones. Si en algún momento llego a averiguarlo, te lo haré saber.



30. Conformarse

Lara Hallman

—Conectad la conciencia de Arcas Balliol.

Como el resto de ocasiones en las que había pronunciado esas palabras, la figura imponente del antiguo tirano de Zelo apareció delante de mí como una invocación.

—Arcas, hoy es el 28 de noviembre de 2545.

El hombre que tenía delante de mí, poco extrañado de que volviese a repetirse esa conversación, empezó a dar vueltas por la habitación.

—Más de dos meses, esta vez no has tenido prisa en volver a mí. A todo esto, ¿a qué se debe que siempre empieces la conversación con la fecha en la que estamos?

Yo di vueltas sobre mí misma, siguiendo con la mirada los lentos pasos de Arcas.

—No lo sé, supongo que será la costumbre.

—¿Costumbre? —dijo con una risa perpleja—. ¿Acaso tienes el hábito de hablar con muchas otras conciencias como la mía?

—Muchas no, solo otra más.

—Interesante —contestó vacilante ante la seguridad de mi respuesta.

—La de mi abuelo, Harlan Olerson. Acordamos que siempre le diría la fecha en la que nos encontrábamos al iniciar una nueva conversación. A fin de cuentas, para ti solo han pasado unos segundos desde la última vez que nos vimos, pero para mí han sido, como tú has dicho, más de dos meses. Es una forma de ponernos en la misma página.

—Así que Harlan Olerson —dijo relamiéndose los labios e ignorando mi explicación—. Eres consciente que hay gente que pagaría miles de Unidades de Tiempo por poder acceder a esa conciencia, a la conciencia del Fundador. Este era un dato bastante importante del que no tenía la fortuna de conocer antes de mi cautiverio —añadió molesto.

—Justo por la misma razón que tú has comentado. Es una información muy sensible que solo gente de absoluta confianza conoce.

—¿Me estás diciendo que soy una persona de absoluta confianza?

—Tienes razón. Rectifico. Gente de absoluta confianza y —dije modificando mi tono para recalcar la segunda parte—, entidades en cautiverio que nunca van a poder difundir la información que les comparta.

—Ah, entiendo, eso ya me parece más lógico —respondió con una sonrisa perversa.

Se detuvo en seco y miró a su alrededor. En apariencia nos encontrábamos en la misma habitación de siempre, pero alguien con el ojo muy afinado y la mente astuta se podría dar cuenta de que no era del todo cierto.

—El rastro de olas que está dejando ese barco no se ha movido desde que empezamos esta conversación —señaló acercándose al ventanal que mostraba la bahía de Shiga—. Esto también es una proyección, ¿no es cierto? No estamos en el mismo lugar que el resto de ocasiones.

Asentí impresionada por la exactitud de su deducción y el poco tiempo que le había tomado llegar a esa conclusión.

—Así es. En realidad, no tenía ningún motivo para ocultártelo, pero prefería no darte explicaciones. Ahora mismo estamos en una nave interestelar, dentro del espacio curvo.

—¿A dónde vamos? ¿A la Tierra?

—Correcto. Llevamos dos meses, nos queda un tercio del camino para llegar a nuestro destino. Vamos a acabar con la AVF de una vez por todas. Nos haremos con las dos llaves hexagonales que necesitamos y terminaremos esta guerra del tiempo.

—¿Y yo qué pinto en todo esto? ¿O acaso ahora vas a empezar a llevarme en todas tus expediciones espaciales?

Me acerqué a la imagen falsa de la bahía de Shiga y disfruté de ella. Hacía dos meses que no la observaba con ese detalle. A pesar de que fuese una fotografía estática, era capaz de transmitirme parte de la paz que el verdadero paisaje me daba.

—Posiblemente nada. Lo más seguro es que vuelvas a Teseo sin que ni siquiera te proyectemos en la Tierra, pero prefiero ser precavida. Vamos a comenzar la jugada final en esta partida que ha durado demasiado tiempo, no quiero dejarme un as bastante importante en casa. Vamos con todo.

—Así que eso soy ahora, un «as bastante importante» —repitió mis palabras con sorna.

—¿Acaso tú te ves como algo distinto? Has dejado de tener voluntad propia. Tu verdadero cuerpo lleva encarcelado todo este tiempo y tú nunca verás de nuevo la luz de una estrella, ni siquiera en tu piel holográfica. A partir de ahora, solo eres un activo para el ejército y el gobierno de Teseo.

Arcas clavó sus ojos oscuros en mi rostro, y con una seguridad que me sorprendió tras haberle soltado lo que consideraba un ataque brutal, me dijo:

—Te equivocas. Tienes razón en que soy todo eso que me acabas de comentar y que nunca más voy a ser libre, si acaso alguna vez lo he sido en esta forma mía de luz. Pero no soy solo eso, soy algo más.

Mantuve su mirada con un esfuerzo mayor de lo que habría esperado. No concebía cómo era capaz de seguir manteniendo esa presencia y fortaleza después de todo lo que había pasado.

—Aunque yo no lo haya elegido, también soy tu terapeuta.

Sin poder evitarlo, me eché a reír. Esa era la última respuesta que me habría esperado, pero tenía razón. De algún modo, se había convertido en una especie de terapia para mí.

—Sí, supongo que tienes razón —asentí todavía entre risas.

Arcas me dedicó una expresión afable y retomó su paseo alrededor de la pequeña sala de interrogatorios que habíamos replicado en uno de los espacios vacíos de la nave.

—Es curioso. Triste, pero curioso —dije pensando en voz alta.

Los minutos pasaron y ninguno de nosotros habló. Viendo que no iba a seguir si él no insistía, se sentó en la silla que siempre proyectaba y me preguntó:

—¿El qué es curioso?

—El otro día me hiciste ver que conoces parte de mi vida, sobre todo las relaciones que tengo con otras personas. Por ello sabrás que en los pocos meses que he conocido a mi madre, nunca he tenido una buena relación con ella. O, más bien, directamente no he tenido una relación con ella. Nunca la he visto como mi madre, porque nunca lo ha sido. Me abandonó por factores externos y entendibles que hicieron que de pequeña ni siquiera tuviera un recuerdo suyo. Más tarde una persona importante en mi vida llenó esa figura maternal. Luego seguí creciendo y convirtiéndome en la persona que, por desgracia o por fortuna, soy hoy. Fue al final de todo esto cuando la conocí, a la mujer que me dio la vida, a Ava Olerson.

»Por mucho que a ella le doliese, desde el inicio estábamos hechas para enfrentarnos la una a

la otra. El sitio al que queríamos ir en nuestra vida era distinto, al igual que el camino que estábamos dispuestas a tomar para llegar ahí. Lo único que nos unía era el amor por una persona que se vio en medio de todo esto. Ya sabes la historia. Ella llegó a dispararme con la intención de detenerme, y yo fui la principal persona encargada de quitarla del poder por el que tanto había luchado.

»Lo más irónico es que la mejor conversación que tuve con ella fue antes de que muriese, fue entonces cuando me di cuenta de que una parte de mí sí que la quería, que una parte de mí la aceptaba como mi madre.

Me senté en la silla que descansaba sobre una de las esquinas y, dirigiéndome a Arcas por primera vez desde que había comenzado ese discurso, continué:

—Lo curioso, pero triste, es que es ahora, cuando lleva casi tres meses muerta, cuando la necesito. Cuánto desearía hablar con ella. Sinceramente, no sé de qué hablaríamos, pero me gustaría observar su rostro una vez más.

Pausé por segunda vez para limpiarme la lágrima que caía por uno de mis ojos. Cómo era posible que con ese hombre, una de las personas a la que más odio había enfocado, hubiese llorado ya dos veces.

Tomé aire y terminé mi exposición, preguntándome una vez más por qué le estaba contando todo eso a Arcas.

—Y, sin embargo, no puedo. Porque ella está muerta. Murió salvando mi vida, como lo haría una madre de verdad. Y en su lugar, me tengo que conformar contigo, con el principal causante de su muerte.

El antiguo presidente de Zelo desvió la mirada de mí y habló con una voz manchada de unos tonos de aflicción que no creía posible en ese hombre:

—Lo sé. La vida a veces es una hija de puta.



31. Indiferencia

Lara Hallman

—Conectad a Arcas Balliol. Hoy es el 12 de abril de 2546 —dije cuando apareció su figura.

—Veo que al final no has necesitado de mi ayuda en la Tierra, han pasado cinco meses desde la última vez.

Estaba sentada en el medio de la sala, delante del ventanal que volvía a mostrar la panorámica real de la bahía de Shiga. Arcas, viendo mi rostro serio, se sentó delante de mí.

—Parece que vuelves a tener malas noticias. Está claro que cuando tienes novedades buenas, no es conmigo con quien las quieres compartir.

Solté un pequeño resoplido de asentimiento. No le faltaba razón.

—Bueno, para ti puede que no sean tan malas noticias. Todo lo contrario, son muy buenas. El presidente Merlow Takumi falleció hace unos días, cediendo por fin a la enfermedad causada por el ryuno.

Arcas se quedó inmóvil, intentando ver cómo procesar la información que le acababa de dar. Yo habría esperado una sonrisa exuberante y su rostro iluminado, pero no fue así.

—Interesante, no esperaba sentirme de esta forma al escuchar noticias que, como tú has dicho, son excelentes para mí.

—¿Y cómo te sientes? —dije extrañada de querer indagar en sus sentimientos.

—Indiferente. Supongo que ya ha pasado tanto tiempo, por lo menos en la realidad, y todo lo que sucede fuera de estas cuatro paredes me afecta tan poco que… no me importa que Merlow haya muerto.

—Bueno, si te sirve de algo, esa «buena noticia» —dije remarcando las comillas con mis dedos —, no ha venido sola. Ahora mismo Teseo se encuentra en una gran incertidumbre. No solo porque su presidente haya muerto, sino por el cambio obligado que va a tener que sufrir. El ryuno ya no tiene la importancia que antes, y dado su potencial cancerígeno, se está intentando minimizar su uso. Por otro lado, tanto el Partido Integrista como el Liberacionista han dejado de tener sentido. Los ideales que defendían ya carecen de fuerza, estamos comenzando a vivir un cambio absoluto. Para que te hagas una idea, han empezado las negociaciones de independencia de Nekumi para que deje de ser una colonia minera nuestra y se convierta en un estado soberano. Y los cambios no están llegando solo a Teseo, sino a la galaxia entera.

Arcas se inclinó hacia delante con todo su interés puesto sobre mí. Por mucho que tuviese razón con lo de que lo que ocurría fuera de esas cuatro paredes no le afectaba a él, parecía que sí le seguía generando curiosidad.

—Volví de la Tierra hace unas semanas. Todo el problema con la AVF… la guerra del tiempo… por fin ha terminado. Y ha dejado a la galaxia en una posición… —me detuve para encontrar la palabra correcta—. Convulsa. Ha dejado la galaxia en una posición convulsa — repetí satisfecha con la elección.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Habéis derrotado a Abraham e Iriel? ¿Habéis ganado?

—¿Ganado? Hace tiempo que esa opción dejó de estar sobre la mesa para ambos bandos. En

una guerra a quién le importa quién va a ganar, si todos van a acabar perdiendo. —Arcas se enderezó en su asiento molesto por que no respondiese de manera directa—. Aunque todo haya terminado, no estoy segura de quién ha ganado, es más, no sé si acaso hay un ganador. Te iba a decir que necesitaremos años, décadas, siglos para saber si hemos acabado con el mejor resultado, pero ni siquiera eso sería cierto. Ya que nunca sabremos a dónde nos habrían llevado las otras opciones. Nunca sabremos si esta fue la decisión correcta.

—Desde luego que hoy, Lara, estás más filosófica que otras veces.

—Tú también te has dado cuenta, ¿no? —dije divertida por su comentario—. Supongo que todo lo que ha ocurrido en los últimos meses, o más bien en los últimos años, bueno, todo lo que he vivido desde el momento en el que acepté resolver el intento de asesinato de un aeternum… me ha hecho replantearme muchas cosas. Solo que ha sido ahora, cuando todo finalmente ha terminado, cuando tengo la oportunidad real de pensar sobre ello, intentar encontrar un significado en lo ocurrido, intentar encontrar una respuesta a la pregunta que me hiciste la segunda vez que nos vimos en esta sala. ¿Cuál es mi objetivo en todo esto? ¿Cuál es mi propósito?

Arcas mostró una expresión de sorpresa para sí mismo.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegro por ti, Lara. Me caes bien, siempre lo has hecho. Me pareces una mujer intrigante, fuerte y atractiva. Sigo sin entender cuál es el motivo por el que vienes a estas conversaciones, es más, creo que ni siquiera tú lo sabes todavía. Pero a mí me sirven para preguntarme si de empezar de nuevo, volvería a hacerlo todo igual. Dudo que llegue a encontrar una respuesta. Es más, me da miedo hacerlo. Tu situación es distinta. No sé a dónde te llevará todo esto, pero seguro que será un camino fascinante.

Me reí entre dientes, también sorprendida por la extraña relación que no dejaba de formarse entre los dos.

—Yo tampoco sé a dónde me llevará, pero sí por dónde comenzar. Tengo que emprender un viaje largo en el que necesito encontrar a una persona muy importante en mi vida. No sé cuánto durará, ni siquiera si lograré volver. Sé que, si nadie te activa, para ti no pasará nada de tiempo, de todas formas, quería hacértelo saber.

Me puse en pie y fui hacia la puerta. Antes de que agarrase el pomo, Arcas habló:

—Te agradezco el detalle. Si vuelves por aquí y la unidad de información con mi conciencia sigue intacta, me gustaría que me hablaras de ese viaje.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Lo haré.



32. Cambios

Lara Hallman

—Conectad la conciencia de Arcas Balliol.

Me sentí extraña pronunciando esas palabras tras tanto tiempo, como si hubiese dudado de que sería capaz de recordarlas.

Arcas apareció delante de mí. Lucía exactamente igual que la vez anterior en la que nos habíamos visto, lo que para mí se sentía como una vida anterior. Hizo el habitual reconocimiento con el que siempre comenzaba y frunció el ceño extrañado.

—Hemos vuelto a cambiar de localización.

Entonces centró su atención en mí y se percató de las diferencias entre la última Lara que había visto y la que tenía delante de él.

—Hola, Arcas. Hoy es el 2 de junio de 2573.

El hombre soltó un pequeño suspiro de sorpresa. La percepción temporal era tan distinta entre los dos que costaba comprenderla. Para él habían pasado unos pocos segundos desde que me había despedido avisándole que iba a iniciar un largo viaje. Para mí habían sido veintisiete años.

—No mentiste al decir que ibas a estar mucho tiempo fuera. ¿Has vuelto a Teseo hace poco?

—Unos meses —asentí.

—Nunca habría dicho que serías capaz de estar tanto tiempo fuera del lugar por el que tanto sufriste por defender.

—Ya, yo tampoco. Y en un principio no fue la idea. Supongo que mi visión inicial era estar un año, quizás dos. Empecé siguiendo el rastro de la persona que quería encontrar, pero al final seguí por otro motivo, por una sensación de curiosidad. Cada planeta nuevo que visitaba, cada satélite, cada colonia… era una realidad distinta que podía ver, gentes nuevas, con experiencias completamente diferentes a las que yo conocía. Podía revivir la misma sensación de fascinación que obtuve al llegar a Teseo al visitar cada cuerpo celeste.

»A pesar de que acabé encontrando a la persona por la que inicié la búsqueda, todavía no me sentí preparada para volver.

—¿Has visitado… —dijo quedándose a mitad de la pregunta.

Era la primera vez que veía dudar a Arcas. No era necesario que terminase la frase, ya intuía qué quería saber.

—¿Zelo?

Él asintió apartando la vista de mí. No podía ni mirarme a los ojos por miedo de ver en ellos algo que no quería.

—Sí, lo he hecho.

Dejé que las palabras calaran en él y, al ver que no añadía nada, continué.

—No tengo con qué compararlo, ya que nunca había estado con anterioridad. Y desde luego no soy capaz de cotejarlo con la versión ideal que tú querías construir de tu planeta, pues la desconozco. Lo que te puedo decir es que vi un planeta bello, lleno de un potencial del que su gente cada vez saca más provecho. También un sitio con personas felices que han dejado atrás un

pasado más oscuro del que les gustaría admitir. Vi un planeta en el que no me importaría vivir.

Arcas devolvió su vista hacia mí. Nunca le había visto tan vulnerable como en ese momento. En sus ojos podía leer la expresión de agradecimiento por elegir las palabras que había usado.

—¿Cuándo lo visitaste?

—He visitado todas las colonias habitadas por la especie humana, y Zelo ha sido la última de ellas.

—¿Por eso has vuelto? ¿Porque te has quedado sin nuevos planetas a los que escapar?

—No, he vuelto porque ya he dejado de tener un motivo por el que escapar.

Me observó sorprendido por mi respuesta, como si esperase un comentario más inmaduro por mi parte. Entonces se dio cuenta de que ya no estaba hablando con una jovencita de treinta y pico años, que ya había cruzado las seis décadas de edad.

—Has envejecido —dijo sin más.

Yo reí. Lo había dicho como si fuese un cumplido, y en realidad lo era.

—Sí, he estado unos cuantos años en los que no he bloqueado mi envejecimiento celular, ahora tengo treinta y cinco años biológicos.

—No está mal, tienes casi el doble de años de vida que tu cuerpo.

Asentí, dándome cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en el tiempo que tenía, que no lo valoraba.

—¿Y cómo está el mundo? —preguntó de repente.

Una vez más me entró curiosidad por conocer cómo percibía él esas conversaciones y los cambios que había en el universo. Si me paraba a pensarlo, en su realidad, una hora atrás estaría teniendo una conversación con el Arcas Balliol de carne y hueso sobre la invasión que iban a hacer en nuestro planeta, mientras que, en mi realidad, eso había ocurrido casi tres décadas atrás.

—Complejo, como siempre, con sus sombras y sus luces. Aunque parece que por fin estamos saliendo de la época de oscuridad que el incidente de la FEMEX, la guerra que tú iniciaste y la situación de la AVF causaron. Finalmente ha comenzado una nueva colonización, la llamada colonización eterna, un sistema en el que la especie humana va a poder extenderse por la Vía Láctea de manera recursiva y para siempre, sin necesidad de depender de grandes inversiones por planetas ya ricos como la Tierra o nosotros.

»Respecto a Teseo, no sé que decirte. He vuelto hace unos meses a un planeta en el que en realidad viví menos de dos años, pero que desde entonces se ha sentido como mi hogar. Pero al aterrizar de nuevo… lo he visto distinto. No sabría decirte el qué. La gente, la política, la cultura… hay algo diferente que no logro identificar…

Arcas interrumpió mi exposición con una suave carcajada. En su rostro vi una expresión de superioridad, pero no la de alguien que quiere imponerse sobre un inferior. No, la de alguien que se da cuenta de que todavía tiene cosas que enseñar a otros.

—Eres tú. Teseo, con sus más y sus menos, será igual. Eres tú la que has cambiado tras todos estos años.

Chasqueé la lengua molesta por su comentario. Molesta porque estuviese tan acertado como de costumbre. Me había dado cuenta de que ya no tenía ningún sentimiento de animosidad ante Arcas, pero aun así me sentía en la obligación de estar a su nivel, y el verme inferior a él en ciertos aspectos era un golpe a mi ego.

—Tienes razón… yo soy la que he cambiado… —respondí con la cabeza en otro lado, tratando de descomponer esa revelación en lo que realmente significaba para mí.

—¿Y dónde estamos ahora? —preguntó para rebajar la tensión del momento.

—En la casa presidencial de Shiga.

—¿En serio? —dijo sorprendido.

—Bueno, en su subsuelo. Estamos en los archivos clasificados del gobierno. Una planta muy profunda, bastante por debajo del fondo de la bahía de Shiga. Una zona, como entenderás, altamente restringida, donde se guardan los secretos más importantes del gobierno y el ejército de Teseo.

Vi que la arrogancia de Arcas se elevaba.

—Así que soy eso, un secreto importante de Teseo. ¿Acaso la FEMEX no sabe de mi existencia?

—La FEMEX ya no existe, dejó de existir cuando Iriel Eisen hizo estallar una bomba que diezmó a la mayoría de sus integrantes. Ahora tiene otro nombre y un funcionamiento menos… corrompido, digámoslo así. Y la respuesta es sí y no.

Arcas frunció el ceño, queriendo recibir una contestación simple que resolviera su duda.

—Saben que existes, o más bien que exististe. Pero piensan que te eliminamos, la gran mayoría de la gente lo piensa así. Solo unos pocos dentro del gobierno y el ejército conocen tu existencia real. Ese es el motivo por el que hace diecinueve años te movieron aquí.

—Supongo que hace treinta años habría dado una cantidad ingente de tiempo por encontrarme aquí, en una sala que contiene los mayores secretos de Teseo, debilidades que poder aprovechar y revelaciones con las que jugar.

—Sí, entiendo que sí —dije con un tono de melancolía, como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que había pensado en estrategias de ese tipo o en la guerra en general.

Me puse en pie y eché de menos que una de las cuatro paredes no fuese un ventanal que mostrase la belleza de Teseo, en vez de cuatro paredes blancas que reflejaban la luz cegadora del techo.

—¿Cuántos meses? —preguntó de repente.

Me reí entre dientes, había tardado más tiempo de lo esperado.

—Tu agudeza y rapidez mental se está resintiendo.

—Te equivocas, lo he notado en cuanto me has conectado. Pero no sabía si era porque te estabas dejando llevar o porque estabas embarazada.

—Cuatro meses, y también me he casado —dije mostrándole el anillo negro con tonos azulados que rodeaba mi dedo.

—Tienes razón, me estoy haciendo viejo, no había pensado que eso fuese un anillo de boda. Hacía mucho tiempo que no veía que alguien siguiese esa antigua tradición terráquea.

—Nací y crecí en la Tierra, quería honrar esa parte de mí.

Arcas bajó la vista y su rostro se ennegreció con una expresión de duda, como si tuviese un dilema interior que estuviese combatiendo.

—Te voy a ser sincero. A una parte de mí le duele que esté sintiendo esto, pero me alegro por ti, espero que seas feliz junto a él y al hijo o hija que vayáis a tener.

—¿Por qué asumes que me he casado con un hombre? —dije rompiendo la tensión que se había creado.

Yo también tenía una extraña confusión de sentimientos opuestos que venían a simbolizar lo mismo que él había expuesto con palabras.

—Ah, cierto, se me había olvidado. Entonces, ¿es una mujer?

—No te lo voy a decir —solté con una sonrisa involuntaria—. Lo importante es que es una persona que me complementa a la perfección, rebaja mi intensidad. Saca la mejor persona que hay en mí, saca a la verdadera Lara Hallman y aleja a la Lara Inagawa que de vez en cuando sigue combatiendo por salir.

Una mueca perversa cruzó el semblante de Arcas.

—Esa Lara Inagawa siempre me pareció la versión más interesante de ti.

—No me extraña. También es esa Lara Inagawa la razón por la que estás aquí, en vez de en un futuro donde nunca os llegamos a derrotar.

—Tienes razón, no lo había pensado de ese modo. Aunque, de una forma u otra, ya no importa.

—A ti puede que no, pero a mí sí. Y te puedo asegurar que Lara Inagawa nunca más va a existir. Esa mujer murió en la misma guerra donde fallecieron otros tantos que me importaban. Lara Inagawa se quedó atrás junto a mi madre, Runa, Tango y Merlow.



33. Valkiria

Lara Hallman

—Conectad la conciencia de Arcas Balliol.

Sentí un escalofrío al pronunciar esas palabras, dándome cuenta de que había mucha diferencia entre mi yo actual y la Lara que las pronunció por primera vez.

Cuando el holograma de Arcas tomó forma, esperó paciente a que hablara, ya sabía cómo funcionaban esas conversaciones.

—Hoy es el 9 de agosto de 2578.

—Bueno, un salto temporal menor que la última ocasión.

—Sí, esta vez no te he hecho esperar tanto tiempo, solo cinco años.

Los dos nos quedamos callados, sin saber muy bien cómo continuar esa conversación. El motivo de la reunión de esa vez era diferente… se sentía diferente.

Pasaron los minutos y ninguno se atrevió a romper el silencio. Solo nos observábamos a los ojos con fijeza. Lo que en un inicio había sido un momento con cierta incomodidad, se convirtió en una especie de reto para ver quién era capaz de aguantar más en esa extraña conexión. Finalmente, fui yo quien la rompió.

—Ya no sé en qué conversación fue, ya que para mí ha pasado demasiado tiempo desde las primeras charlas que tuvimos, pero en una ocasión me dijiste que siempre que venía a hablar contigo traía malas noticias. Bueno, hoy no es así.

Miré hacia la puerta. Con un cabeceo esta se abrió y entró una niña correteando directa a mis brazos. Tenía cuatro años y medio. Sus ojos rasgados y el cabello liso de color negro azabache era lo único en lo que se parecía a mí.

—Te presento a Valkiria —dije con los ojos clavados en la niña.

Ella jugaba con el pelo que caía sobre mis hombros, sin darle importancia a la conversación que estaba teniendo o a la presencia del hombre corpulento que la observaba como si se tratara de un pequeño tesoro.

—Conque Valkiria. Así que, ¿es una luchadora como su madre?

Arcas observaba a la niña con la vista perdida, como si le costase enfocarla en su rostro.

—No lo dudes ni por un segundo.

Valkiria soltó mi pelo y se incorporó para mirar al hombre que la observaba. A pesar de que no fuese su intención en ese momento, la mera presencia de Arcas era intimidatoria. Sin embargo, mi hija no se cohibió ante él, solo estiró el brazo y con su pequeño dedo índice le señaló.

—¿Es él?

Yo asentí.

—¿Por qué estás encerrado aquí? —le preguntó sin ningún miramiento.

Arcas mostró una mueca agridulce y se incorporó sobre la silla que había proyectado en su propio holograma.

—Porque en su día hice cosas que gente como tu madre juzgaron como perversas.

—¿Qué cosas?

—Sé que estarás muy cansada de escuchar esto, pero eres demasiado joven para entenderlas.

Para mi sorpresa, Valkiria asintió ante su respuesta, como si supiese a qué se refería. Entonces clavó su mirada en los ojos de Arcas y con la voz más seria que una niña de cuatro años podía poner, preguntó:

—¿Las harías de nuevo?

Arcas desvió la mirada hacia el techo, reflexionando de verdad la pregunta que mi hija le había hecho. Al cabo de medio minuto, devolvió la atención a ella:

—Sin duda.

Como si quisiera romper la tensión que se había formado en esa pequeña sala, Valkiria produjo una suave risilla que contagió a Arcas. Después se acurrucó en mi pecho y, levantando el mentón, me dijo:

—Entonces, ¿este hombre es una persona mala?

Le di con el dedo en la nariz cuidadosamente, queriendo manifestar que esa era una buena pregunta.

—Ojalá fuese algo tan fácil como eso, hija. Pero el mundo es más complejo. No existen personas buenas ni personas malas. Solo existen personas. La moralidad de una persona la deciden los ojos de quien la juzga.

—Pero si no ha pedido perdón es que es malo, ¿no?

Observé a Arcas y traté de imaginarme una etiqueta imaginaria, ese cartel encima de su rostro que me dijese cómo le percibía.

—Hace muchos años veía un cartel rojo fuego con unas grandes letras en mayúsculas que decían «MUY MALO» —respondí con voz grave—. Pero ahora miro y solo veo su nombre, solo veo Arcas Balliol. Ya no hay etiquetas, solo la persona que mis ojos observan.

Al devolver mi atención a Valkiria ella había vuelto a jugar con mi pelo, al parecer, poco interesada por mi respuesta. La dejé en el suelo y le indiqué que me dejara un minuto para despedirme del hombre que no nos quitaba un ojo de encima. Salió corriendo hacia la puerta y abandonó la sala.

Me puse de pie y di vueltas alrededor del antiguo presidente de Zelo, al igual que él había hecho en otras ocasiones conmigo. No sabía por qué, pero pronunciar esas palabras me estaba costando.

—Arcas, esta va a ser la última vez que venga a visitarte en mucho tiempo, no sé siquiera si voy a regresar.

—No me pilla por sorpresa. A fin de cuentas, el motivo por el que venías a hablar conmigo ya no está.

—¿Ya sabes por qué he venido todas estas veces?

—¿Acaso tú no?

—Tengo una intuición, pero no del todo. Lo que ocurre es que… ya no estoy segura de qué sirve todo esto.



34. Trántor

Lara Hallman

—Conectad la conciencia de Arcas Balliol.

Al pronunciar su nombre sentí un agujero en el estómago. Se me hacía raro pronunciar esa orden, sabiendo que sería la última vez en mi vida que lo haría.

Percibí que una nueva luz se proyectaba detrás de mí, en el centro de la sala. Yo observaba mi reflejo difuso en las paredes blancas. Podía identificar la silueta de mi rostro y las arrugas que se marcaban alrededor de mis ojos, en los laterales de mi frente y en la parte inferior de mi mandíbula.

Me giré y, con un tono lleno de una melancolía que me sorprendió, anuncié la fecha en la que nos encontrábamos:

—Hola, Arcas. Hoy es el 25 de enero de… 2891. —Pausé para que lo procesara y añadí—. Han pasado 313 años desde la última vez que nos vimos.

El hombre que siglos atrás había llegado a odiar, apretó los labios sin saber qué hacer con esa información, sin saber cómo sentirse. Una silla apareció detrás de él y se dejó caer. Yo le imité.

—¿Cuántos años biológicos tienes? —preguntó analizando el relieve de mi rostro.

—Sabes que esa pregunta sigue siendo de muy mal gusto, ¿no? —respondí con un tono más alegre.

—Dado mi pasado, creo que de las cosas que he hecho en mi existencia, esto no está en el extremo de «cosas de muy mal gusto».

De mi garganta salió una risa suave, no le faltaba razón.

—Sesenta y cinco años. Ayer cumplí sesenta y cinco años biológicos.

—Bueno, te quedan treinta y cinco años de margen.

—No creo que los use, ¿para qué? Prefiero morir como yo quiera, y no porque haya cumplido cien años y ya esté demasiado vieja.

—Quieres decir… —comenzó dubitativo—. ¿Quieres decir que este es tu último año?

—¿Eh? No, no —respondí dándome cuenta de cómo se podía malinterpretar mi mensaje—. Si te digo la verdad, no sé cuándo moriré, pero aún me quedan unas cuantas cosas que hacer en mi vida hasta que llegue ese momento.

—Viendo lo que habías vivido cuando te conocí, con 38 años, ahora que tienes 384, me extraña que te falten experiencias por hacer.

—Te sorprendería las cosas que se le ocurren a la mente con tal de que no pienses en acabar con tu vida.

—Y dime, ¿qué cosas son esas? ¿Qué has hecho todos estos siglos?

Cerré los ojos y sopesé mi respuesta. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, como si estuviese reviviendo uno a uno mis recuerdos más importantes.

—Creo que no te lo voy a decir.

Arcas estalló en una carcajada sonora, entretenido por mi respuesta.

—Veo que sigues tan impertinente como antaño.

—Es curioso, ¿sabes? —dije desarrollando el pensamiento que se había venido a mi cabeza—. Ahora, hablando contigo, ha sido cuando me he dado cuenta de esto de una forma… tangible.

No dijo nada, esperó paciente a que continuara con mi desarrollo. A pesar de que me llevó más de dos minutos, no me interrumpió, era como si estuviese dispuesto a alargar esa conversación lo que hiciera falta.

—Al final me he convertido en el tipo de ser que más odiaba cuando era joven. Me he convertido en un aeternum.

—No te fustigues mucho sobre ello, las primeras versiones de nosotros mismos siempre son muy estúpidas e ingenuas.

—Bueno, supongo que hacen lo que pueden. Ahora me pongo en la posición de la Lara de treinta y ocho años, la que tuvo que pasar por tanto dolor, la que fue capaz de derrotarte, la que acabó con todo esto… y me alegro, estoy feliz de todo el sufrimiento que pasó… que pasé. Es gracias a ello que estoy en este mismo sitio casi tres siglos y medio después, con una vida detrás de mí llena de dicha y felicidad.

»Me pongo en su lugar, en el año 2545, y veo lo afortunada que soy de poder revivir todos estos años de nuevo…

La última palabra la ahogué en un sollozo, justo cuando una lágrima se precipitó de mi barbilla hasta mis manos. Esa era la tercera vez que lloraba delante de Arcas Balliol.

—Nunca llegué a entender del todo cómo funcionaba esto de estar en una unidad de información y poder activarme y desactivarme a placer, sin sentir el tiempo que pasaba entre una y otra vez —dijo poniéndose en pie—. Pero creo que estaba equivocado, sí que siento el paso del tiempo. Miro hacia atrás y veo la primera conversación que tuvimos como algo tan lejano en el tiempo, algo tan difuso y efímero. En mi realidad, en el tiempo que yo he vivido, eso fue hace menos de dos horas. Sin embargo, se siente como si hubieran pasado tres siglos y medio.

»No sé si es por cómo procesa la información nueva el chip en el que estoy almacenado, o porque me adapto a la situación en la que me encuentro. Pero he sentido cada uno de los lapsos temporales en los que has venido a verme, como si tuviera algún tipo de empatía temporal. Está claro que si yo miro hacia atrás no tengo ningún recuerdo ni vivencia en los últimos trescientos trece años… pero hay algo… no sé cómo explicarlo.

—Es una pregunta que me he hecho cada vez que nos hemos visto —dije ya recuperada de la emoción anterior—. Me alegra que por fin pueda conocer la respuesta.

Arcas se detuvo delante de mí y asintió, aceptando mis palabras de agradecimiento.

—Si sirve de algo, yo también he comprendido algo en todo este tiempo. Ya sé cuál era el motivo de estas conversaciones, ya sé por qué venía a hablar con el hombre que provocó tanto dolor en mi planeta siglos atrás.

La persona a la que aludía esa acusación se sentó paciente, como si ya supiese la respuesta. Posiblemente así fuera.

—Venía para hablar conmigo misma, para externalizar mis pensamientos, para poder soltar algo que llevaba dentro. Y, sobre todo al inicio, tú eras la única persona con la que podía hacerlo. Por eso…

Me detuve, no sabía cómo continuar, o más bien si debía continuar. No hizo falta, ya lo hizo Arcas por mí.

—Por eso, cuando tuviste personas reales, de carne y hueso, con las que hacerlo, dejaste de venir a verme. Lo sé, siempre lo he sabido.

Una sonrisa tímida se formó en mi cara. Incluso después de tantos años, en muchas cosas seguía estando por encima de mí. A veces me preguntaba cómo conseguimos derrotarle.

—Entiendo que ya lo supondrás, pero esta es la última vez que voy a venir a verte.

—Sí, lo suponía —afirmó.

—Porque también esta va a ser la última vez que vas a existir —añadí con la voz entrecortada.

Arcas frunció el ceño, desconcertado por esa segunda parte.

—Ayer, en una cárcel de largo término en un satélite que no estaba colonizado en tus tiempos, murió Arcas Balliol, murió tu versión de carne y hueso. Esta mañana nos ha llegado un comunicado de la organización que sucedió a la FEMEX diciendo que en el caso de que sigamos teniendo el chip con tu conciencia, sería lo correcto eliminarlo.

Me sorprendió con un bufido que se convirtió en una suave risa.

—Al parecer, esta nueva FEMEX es bastante más espabilada que la anterior.

—Sí, o por lo menos funciona mucho mejor. Lo que quiero decir —continué—, es que cuando salga por esa puerta, dejarás de existir.

Vi cómo el holograma de Arcas tragaba saliva. Estaba claro que, aunque no tuviese una versión tangible, no había mucha diferencia con un humano que pudieses tocar. Daba igual quién hubieses sido en la vida o qué hubieses hecho, cuando te encontrabas de frente con la muerte, todo ser humano sentía un escalofrío recorrer su cuerpo. A fin de cuentas, la humanidad nunca había vencido a la muerte de verdad, solo la había alejado lo máximo posible.

—Te agradezco que hayas venido a despedirte. Podríais haberme eliminado sin esta conversación, pero me alegra que no haya sido así.

Le dediqué una mueca agridulce y me levanté. En mi mente y en mi estómago percibía una maraña de emociones y sentimientos que no sabía cómo interpretar. Entonces me di cuenta de que me dolía dirigirme a la puerta, porque sabía lo que significaba. Me detuve antes de poner la mano en la manivela y me giré.

—Todos estos años me he preguntado siempre lo mismo. Entendería que no lo quisieras compartir conmigo, pero me arrepentiría enormemente si al menos no lo intentara —clavé mi mirada en sus ojos y formulé la pregunta cuya respuesta llevaba mucho tiempo anhelando—. ¿Cuál era ese plan grandioso que tenías? ¿Cuál era tu objetivo final para Zelo? ¿Qué era ese proyecto?

La cara de Arcas Balliol se contrajo en un gesto de añoranza y tristeza.

—Ya hasta se me había olvidado. ¿Qué han pasado, 346 años? Supongo que ya da igual.

Antes de que pudiera añadir nada, delante de él apareció la proyección de un montón de papeles apilados, como si fuera un informe escrito a mano. Con un suave cabeceo me indicó que me acercara. Dubitativa, alargué mi brazo. Cuando mis dedos rozaron los haces de luz que formaban el holograma del papel, apareció una notificación en mi DCP:

Unidad de información Arcas_Balliol *quiere compartir el archivo* Trántor.

Acepté la transferencia del documento y lo recibí en mi DCP.

—Quería crear el imperio más grande que la humanidad hubiese visto. Una Vía Láctea organizada y comandada por una misma entidad, por una misma persona. Como ya supondrás, a mí nunca me importó la ideología de la AVF o de Centur, solo eran un paso temporal para llegar a mi objetivo. Yo quería que mi palabra se escuchase en todas las partes habitadas por el ser humano… quería convertirme en un Dios.

A la vez que hablaba iba leyendo por encima el archivo que me había enviado. Eran cientos de páginas con el plan más detallado y complejo que había visto en mi vida. Rompía en pequeños pasos accionables cómo llegar a convertirse en lo que él mismo había dicho, en un Dios. Las instigaciones que hizo en Nekumi, el provocar que a la AVF no le quedase otra opción más que explotar la bomba, cómo nos distraería con la revolución de Nekumi para empezar la invasión,

información sobre todos sus aliados y qué puntos de presión usar para controlarles, lo mismo para sus enemigos, cómo nos aniquilaría, qué tenía pensado hacer después… Era un resumen paso a paso de cómo conseguir que una galaxia entera se pusiese bajo tus pies y te adorasen como el Dios en el que te habías convertido.

—Ahora lo miro con la distancia de todos estos años y pongo en duda todo lo que hice, si acaso me equivoqué, si quizás habría estado mejor una vida más pacífica… menos ambiciosa.

Seguí leyendo las páginas. Era aterrador el detalle con el que estaba descrito todo. Era normal que siempre tuviésemos la apariencia de que Arcas iba unos pasos por delante de nosotros. No eran solo unos pasos, eran kilómetros lo que nos sacaba de ventaja. Él nos estaba esperando en la línea de meta mientras que nosotros acabábamos de comenzar la carrera. Una vez más, me pregunté cómo habíamos conseguido derrotarle.

—Supongo que eso es lo que hace el verte cara a cara con la muerte —continuó ajeno a mi perplejidad—. Provoca que te preguntes si, de poder volver al pasado, lo harías todo igual o cambiarías tu forma de ver la vida.

Parpadeé dos veces y volví a fijar mi vista en el Arcas Balliol que tenía delante de mí.

—Ya da igual. Lo importante es que este proyecto tuyo nunca llegó a ocurrir, solo se quedó en los delirios de un hombre con complejo de dios que ya está muerto.



35. Engaño

Lara Hallman: 22 del otoño 566, 32:00

En cuanto me quedé sola le ordené a Tango que conectara a Harlan.

—Hoy es el 22 del otoño 566, son las 32:00. Es el 15 de septiembre de 2545 en tiempo universal —dije cuando su figura se materializó delante de mí.

Harlan miró a su alrededor en un rápido vistazo, y en cuanto vio la panorámica de la bahía que mostraba el ventanal, asintió.

—Quedan dos horas para que lleguen los aliados de Zelo. ¿Habéis conseguido el plan completo de Arcas? ¿Has podido obtenerlo?

Harlan había sido mi consejero en todo ese tiempo, había pocas decisiones importantes que hubiese tomado sin su opinión. Y en la situación en la que estaba, no solo necesitaba su opinión, requería de su ayuda, la ayuda de quien llegó a ser el aeternum más influyente de la humanidad.

—Para eso te he conectado —dije con tal velocidad que mis palabras se agolpaban una tras otra—. Como era de esperar, Arcas no ha defraudado. He conseguido obtener la unidad que contiene su plan, pero está encriptado, la única forma de acceder a la información que contiene es haciendo uso de la unidad.

—¿Haciendo uso de la unidad? —respondió con el ceño fruncido. La última palabra la alargó más, como si una idea acabase de aparecer en su mente—. Ya veo, así que él también ha creado una segunda versión de sí mismo en forma de conciencia. ¿Ya la habéis activado?

—Todavía no, y necesito tu ayuda. Tú sabes cómo funciona una conciencia almacenada en una unidad, sabes cómo se puede jugar con ella. Está claro que si ahora mismo la conecto y le obligo a que me dé la información que quiero, no lo hará, y tampoco puedo extorsionarle o torturarle de alguna forma, no deja de ser un conjunto de unos y ceros.

—No, tienes que conseguir que sea él quien te dé el plan voluntariamente —dijo con un tono serio.

Tenía la mirada perdida, como si tratase de maximizar los recursos de su mente evitando cualquier estímulo visual, a pesar de que ya no tenía una mente con la que pensar ni unos ojos con los que mirar. Se quedó así varios minutos. No hizo ningún comentario indicándome lo que estaba haciendo, era obvio. Yo tampoco le interrumpí tratando de meterle prisa, no iba a servir de nada.

Finalmente, cuando yo ya tenía el pulso bastante elevado a causa de no estar haciendo nada, volvió a mirarme.

—Por lo que me has dicho de Arcas y lo que he podido investigar de él, se trata de un hombre inteligente y estratega, alguien que está acostumbrado a ser el más listo de la sala. Esto tiene una gran desventaja, creer que siempre estás por encima del resto. El mayor punto débil al que podemos atacar es a su egolatría. —Yo asentí, emocionada de verle con una expresión resuelta, pero ansiosa de que me explicase cómo su ego nos permitiría obtener el documento que nos salvaría de una derrota absoluta—. El segundo punto débil, en este caso solo de su versión sin cuerpo, es su percepción temporal. Yo ahora mismo no tengo ni idea de qué día es. Me has dicho

que es el 15 de septiembre de 2545, lo que supondría que han pasado casi veinte meses desde que me asesinaron. Para mí solo han pasado unos pocos días, el tiempo total que he estado conectado, pero realmente lo siento como que han sido casi dos años porque tú me lo has hecho sentir así.

»Sin embargo, puede que todo sea mentira. Puede que tú me hayas engañado todo este tiempo y realmente solo hayan sido unos meses, o incluso unos días. La única información que tengo para comprobarlo es la información que tú me das. En este caso son los diferentes lugares en los que he estado y lo que ese entorno me ofrece. Pero es un entorno que se puede manipular, sobre todo si a quien intentas engañar es a un cuerpo etéreo como el mío, al que conectas y desconectas a voluntad.

Mis ojos se iban abriendo poco a poco conforme Harlan iba desarrollando su plan.

—Quieres que finja que ha pasado mucho más tiempo del que realmente ha ocurrido, ¿no? Es decir, que le haga creer que han pasado meses, años o décadas.

—O incluso siglos.

—Para que cuando le pregunte por su plan completo, parezca algo tan lejano y tenga tan poca importancia que él mismo acepte dármelo.

—Exacto. Como si se tratase de dos antiguos enemigos que se reencuentran varias décadas después, cuando ya han olvidado los motivos y sentimientos que crearon el odio entre ambos.

—Entiendo… —dije mientras una imagen se iba formando en mi cabeza—. ¿Y qué papel juega su ego en todo esto?

—Arcas es un hombre inteligente y precavido, desde el inicio sabrá que algo va mal, cualquier tipo de engaño inicial que hagas será inútil, porque estará con la guardia en alto. Pero en el momento en el que te descubra y sienta que tiene el control de la situación, las tornas cambiarán. Se volverá confiado, pensará que es él quien está por encima de ti, y tú tienes que avivar esa sensación.

—Tengo que ir dejando pequeñas indicaciones que parezcan accidentales, detalles sutiles que él encuentre de manera fortuita y que le hagan pensar que sigue en control.

—Justo eso. Una vez te descubra por primera vez y deje de estar a la defensiva, tienes que mantener esa posición. Debes encontrar el balance justo. No puedes parecer sumisa, ni tampoco dejar que piense que hay algo que se le escapa, no puede pensar que le estás manipulando. El punto de equilibrio es donde sigues retándole y tratando de imponerte sobre él, pero él sigue siendo capaz de detectarlo.

Asentí entusiasmada ante la idea, hasta que pasó el suficiente tiempo como para que me diese cuenta de lo que eso significaba. La idea era brillante, Arcas se convencería a sí mismo de que estaba en control de la situación para que acabase accediendo a mostrarme el gran proyecto que supondría su final. El problema estaba en la ejecución. Había demasiados lugares en los que el plan podía salir mal, era una ejecución compleja donde todo el peso recaía en mi capacidad de mentir. Y yo era una mentirosa excelente, había crecido dentro de un clan de criminales que solo hacía eso, engañar al resto por su beneficio propio. Pero había una gran diferencia entre hacerle creer a un segurata que trabajabas en el edificio que querías robar, y engañar a un dictador diciéndole que habían pasado varios siglos cuando en realidad solo eran unas horas.

—No puedo hacerlo —sentencié con un nudo en la garganta.

Mi respuesta pilló a Harlan completamente desprevenido. No esperaba un cambio de actitud tan rotundo.

—¿Por qué? —preguntó como un psicólogo que trata de analizar a su paciente.

—No seré capaz de mentir a Arcas de una forma tan radical. Me estás pidiendo que le haga

creer que han pasado siglos cuando en realidad solo han sido horas. Y estamos hablando de Arcas Balliol, puede que sea muchas cosas, pero estúpido no es una de ellas. Es demasiado peligroso y arriesgado, tiene que haber otra alternativa.

—Lara, parece que no me has escuchado. —Su respuesta fue condescendiente, pero una condescendencia similar al cariño con el que un padre le hace ver a su hijo que está equivocado —. No le tienes que mentir.

Me quedé callada, esperando a que desarrollase su respuesta, pero no llegó a hacerlo.

—Ahora sí que me he perdido. Tú mismo me has dicho que tengo que hacerle creer que han pasado siglos. Y, a no ser que inventemos una máquina del tiempo ahora mismo, eso será mentira.

—Una mentira solo es una mentira cuando quien la dice piensa que es así. Si tú crees algo, independientemente de que sea cierto o no, se convierte en verdad para ti. Yo ahora mismo te puedo decir que la Tierra es plana. Si realmente creo que es así, con todo mi ser, no te estaría mintiendo. Te estaría diciendo algo erróneo, sí, pero no una mentira.

Me detuve unos segundos, tratando de encontrar los fallos a su convincente respuesta.

—Vale… entiendo por dónde quieres ir. Pero, en ese caso, ¿cómo voy a ser capaz de creerme yo misma lo que le estoy diciendo?

—Ahí radica la importancia de la ejecución. Eso es justo lo que tienes que hacer, creer lo que digas, sentir lo que digas, vivir lo que digas. Está claro que en todo momento va a haber una disparidad entre la realidad y lo que estés contando, tu objetivo es hacer que esa diferencia sea lo más reducida posible.

Por más que Harlan tratase de hacerme comprender lo que tenía en su mente, no llegaba a verme capaz de hacer lo que me pedía. Mi abuelo percibió la duda en mi rostro, ya que se acercó y clavó su mirada conciliadora en mí.

—Cierra los ojos. —Dudé unos segundos, pero rápidamente le hice caso sin necesidad de saber qué pretendía—. Te acabas de despertar en una habitación bañada por el sol de la mañana. Abres los ojos un poco confusa, te los frotas para asegurarte de que no estás en un sueño. No lo es, realmente estás en tu piso en el sector Medio de Volitur. Estás en tu casa. Sabes lo que eso significa. Significa que puede que ella esté ahí, que siga a tu lado, que todo lo vivido no haya sido más que una pesadilla. Con una mezcla de miedo, expectación y emoción, llevas tu mirada hacia el otro lado de la cama… y ahí está. Tiene la mano entre su mentón y la almohada, como siempre suele hacer. Un mechón de pelo que le cae por encima de la nariz se mueve levemente cada vez que exhala aire. Llevas las yemas de tus dedos hacia su piel morena y la acaricias. Recorres su hombro hasta llegar al codo, luego subes por su antebrazo y terminas en su rostro, donde agarras su mejilla y te acercas a sus labios. Esos labios que has besado miles de veces antes, unos labios que echabas de menos, los labios de tu mujer, los labios de Gimena.

Cuando no hubo una palabra que continuase al nombre de mi mujer, el hechizo se deshizo. La piel que sentía sobre mis labios desapareció, y la imagen de mi mente se desvaneció. Abrí los ojos y me encontré con Harlan, volvía a estar en Teseo, aunque por unos instantes había estado en el Volitur de 2543, antes de que toda mi vida cambiase.

—Ahora, Lara, dime. ¿Eso ha sido real o ha sido una mentira? Tú misma has sentido algo que, objetivamente, es falso. Algo que no ha ocurrido. Pero eso a tu mente le da exactamente igual. La mente humana no se rige por lo verdadero y lo falso, se rige por lo que quiere creer y lo que no. Por eso tú no vas a mentirle a Arcas Balliol, no vas a mentirle porque todo lo que le digas lo sentirás de verdad.

»Le activarás y tratarás de engañarle, una farsa que él descubrirá. Cuando tome el control de la

situación, tú lo sentirás como una gran derrota, porque es lo que será. Aparentemente habrás perdido la última oportunidad de conseguir la información que necesitas. Entonces le desconectarás y a los segundos volverás a estar con él. En esta segunda ocasión le dirás que habéis ganado la batalla. Y no le mentirás, porque es algo que va a ocurrir, tú lo sabes, es algo que va a suceder, lo único que tienes que hacer es pensar que ya ha ocurrido.

»Cuando termine esa interacción volverás a reiniciarle. En esta ocasión habrán pasado más días, puede que los suficientes para que Tango ya haya muerto. Es algo que también sucederá y, una vez más, solo tendrás que sentir que ya ha ocurrido. Tendrás que repetir esto varias veces. Tendrán que pasar meses en los que más gente que amas muera. Años en los que madurarás y crecerás. Décadas en las que todo cambiará. Incluso tendrás que sentir cómo es ser una persona de más de tres siglos de vida. No estarás prediciendo el futuro, tu objetivo no es tratar de deducir cómo te sentirás cuando eso realmente ocurra, sencillamente tienes que sentir que es así.

»Al igual que hace unos segundos has sentido que volvías a estar con tu mujer en Volitur, vas a tener que sentir todo lo que le digas a Arcas. Y recuerda, en ningún momento vas a mentirle, no vas a tener que fingir que lo que le cuentas es cierto. Solo tienes que sentir que lo que cuentas es verdad.

»Tu objetivo no es engañar a Arcas Balliol, tu objetivo es engañarte a ti misma, y nosotros mismos somos las personas más fáciles de engañar.



36. Sincero

Lara Hallman: 22 del otoño 566, 33:55

Sentí el tacto frío de la manivela en mi mano. Gracias a estar aferrada a ella, mi brazo no temblaba. Lo había conseguido, esa locura había funcionado. Un torrente de emociones recorría mi cuerpo entero, una descarga de adrenalina como hacía tiempo que no sentía.

El plan había funcionado.

Solté la manivela y me volví hacia Arcas, que primero se extrañó por que no saliera, y después por la expresión que mostraba mi cara.

—Joyce, apaga el camuflaje holográfico.

A los pocos segundos, las arrugas de mi rostro desaparecieron, mostrando mi cuerpo real, el que seguía teniendo veinticinco años biológicos. Seguidamente las paredes blancas dejaron paso al hormigón gris desnudo, y el ventanal que exhibía un atisbo de la belleza de Teseo volvió a aparecer, ya que nunca había dejado de estar ahí.

—¿Qué… qué… qué es todo esto? —balbuceó.

—Todo esto ha sido un montaje, Arcas. No han pasado tres siglos y medio desde la primera vez que hablamos en esta habitación. Ha pasado… —pausé para confirmar la hora en mi DCP—, una hora y cuarenta minutos.

—No… no entiendo.

Arcas seguía perplejo, incapaz de comprender qué era lo que acababa de vivir.

—Cada vez que te desactivábamos hacíamos los cambios que fueran necesarios para mostrar el paso del tiempo. Ya fuese añadir arrugas a mi cuerpo, congelar la imagen de la bahía para que pensaras que estábamos en otro lado, o directamente modificar el diseño de la sala de interrogatorios.

—Pero… no puede ser. ¿Y tu hija?

—No es mi hija, Valkiria no existe… todavía. Era Valeria, la hija de una amiga a la que convencí de que tenía que jugar a un juego conmigo, hacerte creer que era mi hija.

—Pero… y… y todo lo que hemos… —Arcas cayó al suelo de rodillas con el rostro hundido entre sus manos.

—Todo ha sido un montaje, una trampa, una estratagema cuyo único objetivo era conseguir que nos dieses la información sobre tu proyecto, lo cual has acabado haciendo. —Parpadeé dos veces y le envié el documento a Merlow. Cuando se completó la transferencia continué—: Dentro de tres minutos aparecerán miles de naves en el espacio exterior de Teseo. Millones de fuerzas armadas aliadas al ejército de Zelo, aliadas a ti. En cuanto eso ocurra haremos una difusión masiva del documento que detalla cuál es tu plan completo en el universo, junto a la grabación en la que tú mismo lo describes.

»De esta forma, todos tus aliados se darán cuenta de que no son más que peones que estás dispuesto a sacrificar en una partida más grande que ellos desconocen. Que tu objetivo final no es conseguir un mundo donde Teseo no sea una de las fuerzas hegemónicas. No. Que tu objetivo es crear un mundo donde tú seas el poder hegemónico. Donde tú seas un Dios que lo ve, lo

decide y lo puede todo.

»Será entonces cuando tus aliados se darán cuenta de por qué están luchando realmente, y te abandonarán a tu suerte. Unas horas después nuestros refuerzos de Beteria y Nerón llegarán, y con su ayuda seremos capaces de apresar tus fuerzas zelianas, dando así por finalizada una guerra que nunca debió comenzar.

Arcas seguía arrodillado en el suelo, inmóvil. No me quería ni imaginar por lo que tenía que estar pasando. Mi yo de dos horas antes habría disfrutado al verle sufrir así. Pero yo también había cambiado en ese pequeño lapso de tiempo. Ya solo era capaz de sentir pena y resignación por él. No solo se acababa de dar cuenta de que toda la relación que habíamos tenido en lo que al final habían sido siglos para él era falsa, sino que todo por lo que había luchado en su vida, su proyecto, se acababa de echar a perder. Él había sido el culpable, unos pocos minutos atrás, de que el mundo que quería construir se esfumase.

—En una de nuestras conversaciones has dicho que hay mucha gente que pagaría cantidades ingentes de tiempo por poder acceder a la conciencia de mi abuelo, a Harlan Olerson —dije con un tono más afable—. Lo sé, y entiendo por qué lo harían. A fin de cuentas, todo esto ha sido idea suya. Él sabe cómo funciona una conciencia en una unidad de información y sabe cómo se puede jugar con ella. Gracias a Harlan vamos a ganar esta guerra.

De repente escuché que Arcas producía una carcajada lenta y gutural. Poco a poco, se incorporó y se puso de pie. Entonces, dio unas palmadas secas y continuadas. Clavó sus ojos oscuros en los míos y me dedicó una suave reverencia con la cabeza.

—No te equivoques, Lara, una idea la puede tener cualquiera. Una idea es algo vacío, efímero. Lo importante es la ejecución. Y permíteme decirte que tu ejecución ha sido magnifica. Es posible que la versión de mí que empezó a tener estas conversaciones contigo, la persona a la que vas a derrotar en unas horas, fuese incapaz de decirte esto, pero supongo que yo ya no soy ese Arcas Balliol.

»A pesar de que me hayas derrotado y no vaya a construir el mundo con el que siempre he soñado… De todas las personas posibles, me alegra que haya sido vencido por ti. Ha sido un placer jugar esta partida contigo.

Fruncí el ceño. En su mirada veía sinceridad, no había rastro de ninguna intención secundaria con esas palabras. Por primera vez desde que había entrado en esa habitación, me estaba sintiendo por encima de él, por fin estaba un nivel por encima de Arcas Balliol. Lo irónico era que ya no me hacía falta.

—Retiro lo que he dicho de que no supieses mentir —continuó—. Está claro que Merlow Takumi no te llega ni a la suela de tus zapatos.

Ahogué un suspiro de pesadumbre. Si él, a pesar de la revelación de lo ocurrido, se había abierto por completo, yo no podía ser menos.

—Eso es así porque no te he mentido en ningún momento.

Arcas frunció el ceño sin llegar a entender a dónde quería ir a parar.

—Todo lo que ha ocurrido no era real, eso es así. Todavía no os hemos vencido. Tango sigue vivo en la habitación de al lado. Merlow sigue respirando y más vivo que nunca en la sala de control de la base. La AVF, Abraham e Iriel siguen siendo un gran problema. Aún no me he casado ni tengo ninguna hija. Y mi edad biológica sigue siendo veinticinco años y la real treinta y ocho.

»Pero yo no lo he experimentado así. Para mí, al igual que en tu caso, todo ha sido real. Los sentimientos y pensamientos que he tenido, todo lo que te he compartido… sorprendentemente han sido sinceros. Las lágrimas que he derramado al recordar a un Tango y a una Ava que no

tenía… eran sinceras. Cuando he llamado «hija» a esa personita que se hacía pasar por Valkiria… era sincero. Cuando te he dedicado unas palabras de agradecimiento… eran sinceras. Y cuando me he visto con 384 años mirando hacia el pasado, hacia el momento en el que estoy ahora, y solo he sentido felicidad y dicha al observar lo que me queda por vivir, cuando he llorado de la emoción al darme cuenta de la vida que tengo por delante… No me preguntes cómo, pero todo eso también era sincero.



37. Coincidencia

Lara Hallman: 27 del otoño 566, 24:00

Nuestras predicciones se habían cumplido. En cuanto las miles de naves aliadas de Zelo aparecieron en el espacio exterior de Teseo, les enviamos una copia del plan completo de Arcas junto a una comunicación de Merlow explicándoles las consecuencias reales que tenía para la humanidad y para ellos mismos el ayudar al presidente Balliol y que, si regresaban al espacio curvo y retornaban hacia sus planetas y satélites de origen, no habría ningún tipo de represalias por nuestra parte.

Las primeras en retroceder habían sido las naves de Myron, el resto de líderes habían seguido sus pasos con sorprendente ímpetu. Igual de rápido que habían surgido de la nada en el oscuro espacio que rodeaba a nuestro planeta, se habían esfumado.

Si la moral enemiga ya estaba baja tras la derrota en Shiga y la contienda que estábamos librando en Brir, tras ver desaparecer a toda la ayuda que esperaban con impaciencia, se derrumbó a niveles todavía inferiores. Aun así hicieron falta varios días y la ayuda de Nerón y Beteria, que llegó al día siguiente, para someter a la totalidad de las fuerzas zelianas.

En ese mismo momento, Arcas Balliol estaba en la misma sala en la que había interrogado a su conciencia durante dos horas, tan solo veinte plantas por debajo de donde yo me encontraba.

El conflicto contra Zelo había sido corto, solo diecisiete días, pero su brevedad no representaba los daños que había causado: 220.000 víctimas harianas, 120.000 zelianas y 265.000 tesianas. Más de 600.000 humanos muertos a causa de los delirios de grandeza de un solo hombre. Además de las incalculables pérdidas económicas en armamento, tecnología y destrucción de ciudades en Teseo y Nekumi.

También estaban las pérdidas más cercanas a mí. El escuadrón me confirmó que Runa murió poco después de que me marchara a por el presidente de Zelo. Aunque esa era la única baja entre nosotros, era una muerte más que pesaba sobre mi conciencia, un nombre más en una lista que no cesaba de crecer, otra maldita persona que se había sacrificado por salvarme.

En cuanto al causante de esa muerte, el traidor Finn Jansson, había escapado sin un rasguño de la batalla y estaba en paradero desconocido. Lo más probable era que hubiese escapado a alguna roca poco poblada de la Vía Láctea con tal de aferrarse a su miserable vida.

Pensar en su rostro provocó una descarga de adrenalina en mi sistema que me volvió al momento presente. Apreté con fuerza la mandíbula. Desafortunadamente, el dolor de las pérdidas no había cesado cuatro días atrás, cuando terminó la guerra, sino que seguía más latente que nunca. A fin de cuentas, estaba a punto de despedir al ser que más tiempo me había acompañado durante mi vida.

Alcé la mirada y vi a Tango suspendido en el aire, a un metro y medio sobre el suelo. En su pantalla frontal tenía iluminada una sonrisa risueña, si acaso se podía calificar así a unos píxeles sobre un monitor. Kristin hablaba con él, a juzgar por su expresión, recordando alguna anécdota de los buenos tiempos. Tango asentía y replicaba con frases cortas, incitando a que mi antigua pareja siguiese hablando.

A la izquierda de esa imagen tan agridulce estaban todos los que habían tenido cierto contacto

cercano con mi dron: Merlow, Kaja, Ryley, Hans, Eivol, Layla, Kasib, Suzan y Roland. Se concentraban en los dos grupos que se podrían esperar. Por un lado, los tres primeros, seguramente hablando de cómo sacar a Teseo del momento más duro en el que se encontraba desde su fundación, y por otro lado mi escuadrón, que permanecían con el rostro tétrico, sin la más mínima intención de hablar.

Entre todas esas personas faltaba Kay, que me habría encantado que estuviese ahí. Tango nunca hacía valoraciones sobre los humanos, se mantenía con la objetividad propia que solo una máquina es capaz de poseer. Pero aun así sabía que le caía bien mi bisabuelo, y el sentimiento era recíproco. El problema era que Kay se encontraba a una semana de llegar a la Tierra. Y, lo más triste de todo, era que para cuando aterrizase sería yo quien me encontraría en el espacio curvo de camino a mi planeta de origen, haciendo imposible que nos comunicásemos.

—¿Cómo estás, Lara? —preguntó Hans acercándose a mí, tratando de que no estuviese sola en esos momentos.

—Sorprendentemente bien —contesté en un tono melancólico—. Para ser una supuesta humanidad tan avanzada que podemos vivir *ad eternum*, en los últimos años he vivido tantas muertes… que ya lo he normalizado.

—Me alegra que lo veas así.

La voz de Hans sonaba vacía, igual que en el resto de ocasiones desde que Runa murió en sus brazos. Estaba claro que él no se había familiarizado tanto con la muerte, no le culpaba.

—Acabas de venir de estar con su familia en las montañas de Kaldur, ¿no?

El subteniente asintió en un movimiento casi imperceptible.

—¿Cómo están allí las cosas? ¿Llegaron los zelianos a esa parte?

—Arrasaron —declaró con una energía renovada que convirtió su respuesta en algo más críptico todavía—. Su pueblo tiene una localización estratégica, sigue oculto entre las formaciones rocosas de la cordillera de Kaldur, pero está relativamente cerca de Shiga. Los zelianos utilizaron ese punto para preparar el asedio a la capital. Por suerte la familia de Runa logró escapar hacia las cuevas interiores de la montaña, pero la mayoría de habitantes de esa zona no tuvieron la misma suerte. Las fuerzas de Arcas arrasaron esa parte, no dejaron ni una sola persona viva en la superficie con tal de evitar avisos de su acercamiento a Shiga.

Apoyé mi mano izquierda en su hombro y sin poder reprimirlo, reí. Era una risa estúpida, de estas que te dan en el peor momento posible. Hans me fulminó con la mirada, más confuso que enfadado por mi reacción.

—Míranos, somos dos mancos compadeciéndonos a la vez por nuestras pérdidas.

Hans miró como nuestras dos manos sintéticas de ryuno estaban próximas la una a la otra, y en su rostro se dibujó el comienzo de una sonrisa tímida.

—Quién lo iba a decir ¿Te acuerdas de la primera vez que nos conocimos?

—Por supuesto, te pateé el trasero delante de todos los reclutas y de Merlow.

—Sí… Siempre el pasado es más simple —contestó sin siquiera tratar de discutir mi afirmación.

Apoyé mi mano de ryuno sobre su otro hombro y le obligué a que me mirara a los ojos.

—Eso no es cierto, Hans. El futuro volverá a ser simple. Solo hay que aguantar un poco más.

Él desvió la mirada y se apartó con suavidad.

Me giré hacia Tango y vi que Kristin se despedía de él. Me acerqué hacia ellos y cuando Kristin se dirigió hacia mí, se fundió conmigo en un inesperado abrazo.

Mi cuerpo tardó unos segundos en relajarse. Llevaba tanto tiempo sin recibir una muestra de cariño así, que se me había olvidado cómo reaccionar. Dejé que la esencia de Kristin penetrase

mis fosas nasales, me regocijé en el calor que desprendía, una calidez humana que hasta ese momento no sabía que había echado de menos.

Cuando las dos nos separamos, nos quedamos prendidas de la mirada de la otra. A pesar de la dulzura del momento, en mi interior sentí que algo se rompía, y al observar sus ojos, entendí que el sentimiento era mutuo. Al ver a Kristin en mi interior se creaba una amalgama compleja de emociones: cariño, arrepentimiento, júbilo, rencor… pero ya ninguna de ellas era amor. Lo que se rompió dentro de mí fue el hecho de comprender que ya nunca más habría algo entre nosotras dos. Era la certeza de que los ojos que me observaban nunca más lo harían con deseo, que no volvería a sentir el tacto de su piel sobre la mía, ni tampoco sus labios sellando los míos.

—Aunque quizás este no sea el mejor momento para decirlo, te veo bien, Lara —pronunció finalmente, dejando esa sensación agridulce en mi boca.

—No tengo ni idea de cómo, pero supongo que lo estoy.

—Me alegra saber que por fin has dejado a Lara Inagawa atrás.

Una punzada en mi abdomen me sirvió como pequeño recordatorio de que no había desaparecido del todo, pero que dependía de mí que siguiera oculta en lo más profundo de mi ser.

—No estoy segura de que haya sido la mejor decisión.

Kristin se sobresaltó con una mueca de sorpresa y recelo ante mi respuesta.

—Esto aún no ha acabado, sus habilidades todavía nos serían útiles.

Se me hacía raro hablar de mí misma en tercera persona, pero había sido en realidad esa forma de externalizar ese pasado oscuro en otro ser lo que me permitió separarme de ella.

—Lara Hallman es igual de capaz, ya que ella tiene claro que puede confiar en nosotros.

Acompañó su contestación apoyando su mano en mi hombro, tratando de reforzar sus palabras. Asentí con una media sonrisa, tratando de esconder la indecisión que seguía teniendo en mí, unas dudas que posiblemente nunca desaparecerían.

Sin decir nada más, Kristin continuó su camino hasta unirse con el resto del escuadrón. Yo me quedé ahí, sola, con una única cosa por delante que hacer. Un momento que llevaba retrasando desde el día en el que supe que tarde o temprano llegaría.

Soltando todo el aire que tenía en mi interior, me acerqué a la figura de Tango, que seguía suspendido en el vacío, desafiando las leyes de la física.

—¡Lara! —me saludó con su usual voz dulce, con cierto deje mecánico.

—Tango, ¿qué tal estás?

—Bueno, no me puedo quejar.

En su monitor se dibujó una sonrisa risueña, que a los pocos segundos parpadeó y se sustituyó por diferentes emociones. Ya llevaba un par de meses así, en la fase final de su protocolo de terminación. Ese dron había desafiado todas las ideas preconcebidas que había sobre esas máquinas, y estaba dispuesto a hacerlo hasta el final, realizando la cosa más humana posible, morir.

Acerqué la mano hacia su dorso, tocando el recubrimiento templado de su exterior. En la pantalla apareció una expresión similar a la que pondría un gato al ronronear de placer.

—Has sido el mejor compañero que se podría pedir, lo sabes, ¿no?

Tango no dijo nada, siguió mostrando que disfrutaba de mis caricias en su cuerpo inorgánico.

En mi mente reviví los momentos de nuestra última misión dos días atrás, cuando fuimos al lugar en el que escondió la chaqueta de cuero que volvía a cubrir mi espalda. La chaqueta que mi bisabuela Ava Harlan le había regalado a Kay Olerson, para después pasar a los hombros de mi madre, y finalmente a los míos. Las horas que duró ese paseo por el bosque me transportaron a la

época en la que Tango y yo recorríamos las calles flotantes de Volitur en busca de la verdad del caso que estuviese resolviendo. Unos años más simples que cada vez me arrepentía más el no haberlos disfrutado.

—Has sido el amigo que más tiempo ha estado conmigo en toda mi vida, no he compartido tanto tiempo con ningún humano o androide, aunque supongo que eso dice más de mí que de ti.

Solté una risa ahogada, tratando de que la erupción de tristeza que bloqueaba no se abriese paso por mi garganta y lagrimales, impidiendo despedirme de Tango como quería.

—Has estado ahí siempre que te he necesitado, cuidando de mí incluso cuando no te lo he pedido. Es una certeza decir que, de no ser por ti, habría muerto hace mucho tiempo.

Paré para tomar aire, cada vez me costaba más reprimir las lágrimas que luchaban por salir.

—De todo lo que te he pedido hacer en los años que hemos estado juntos, solo me has ignorado en una ocasión, y es gracias a ello que sigo teniendo esta chaqueta.

Una lágrima desafió mi templanza y discurrió por mi mejilla hasta quedarse colgando del mentón. Un par más la siguieron, una por cada lado de mi rostro, en una especie de carrera para ver quién era capaz de alcanzar a la gota primeriza antes de suspenderse en el vacío.

—Gracias por todo, Tango, has sido el acompañante perfecto durante todos estos años, por muchos años que viva, incluso si me convierto en la figura del aeternum que hace no mucho odiaba con todo mi ser, seré incapaz de olvidarme de ti.

Desprendí la mano del lateral de mi dron. Eso pareció sacarle del estado aletargado en el que se había sumido, ya que unos ojos que no eran más que unas luces pintadas en su pantalla, me observaron con una profundidad que nunca había visto en él. Era la mirada de un ser vivo. A su mirada le acompañó una amplia sonrisa, propia de un padre que trata de consolar a su hija dolida.

—Lara, no tengo miedo de morir, he nacido para ello.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero, no dejando un vello sin erizar o un milímetro cuadrado de piel sin reaccionar. Cerré los ojos, feliz por todo lo que había compartido con ese dron y por el hecho de que hasta en sus últimos segundos de existencia estuviese dispuesto a sorprenderme, y pronuncié mi última petición:

—Tango, activa el protocolo de terminación permanente.

Como en las otras miles de ocasiones en las que le había pedido hacer algo, sencillamente lo hizo, no rechistó, ni dudó, ni se molestó en realizar una confirmación conmigo, solo acató la orden.

Yo me quedé ahí, con los ojos cerrados, durante un largo lapso de tiempo, disfrutando del eco de las últimas palabras de Tango dentro de mi cabeza.

Cuando salí de mi ensimismamiento, me di la vuelta para encontrarme con las nueve personas que se habían despedido de mi dron. Ninguna se había movido de su sitio, dándome el tiempo que necesitara para despedirme de mi mejor amigo.

—Aunque parezca que todo ha terminado, nuestro enemigo principal sigue ahí afuera —enuncié con una fuerza que me sorprendió dado el momento—. Es el mismo peligro que desde el inicio, el que amenaza no solo a Teseo, sino a la vida en sociedad como toda la humanidad la conoce hoy en día. Estoy hablando obviamente de la Asociación por la Vida Finita.

La atención de mi reducida audiencia estaba puesta por completo en mí. Incluso Merlow, el presidente de ese planeta, me observaba como quien espera recibir órdenes de un nuevo encargo.

—Sé que os estoy pidiendo mucho, pero hay que hacer un último esfuerzo si queremos acabar con esto de una vez por todas. Ahora que hemos perdido la llave hexagonal que teníamos, la situación está peor que antes. La AVF sigue poseyendo la llave que siglos atrás arrebataron del cadáver de mi bisabuela, Ava Harlan. Mientras que la que tenía mi abuelo hasta su muerte,

Harlan Olerson, está ahora en las manos de los atemporales, que la salvaguardan. Kay Olerson llegará la semana que viene para recuperarla, pero necesitará de nuestra ayuda para obtener la de la AVF. Solo nos queda una cosa que hacer: viajar a la Tierra y acabar de una vez por todas con esta Guerra del Tiempo.

Los vítores de los ocho asistentes que habían escuchado mi breve discurso sonaron como si de un auditorio a rebosar se tratase. Yo me contagié de esa energía, activando la armadura de ryuno de mi cuerpo, que serpenteó con vigorosidad.

—¡Lara, tienes que venir aquí ahora mismo! —sonó el grito de una mujer en la puerta de la pequeña sala que se había convertido en el mortuorio de Tango.

Era una de las guardias del acceso frontal a la base.

—¿Qué ocurre? —preguntó Merlow tomando el control de la situación.

—Es… es una mujer —hablaba entrecortada, con la duda propia de quien se ha visto envuelta en una situación que la supera.

—¿Y qué pasa con la mujer? —interrogué zarandeándola suavemente, ya a su lado.

—Dice… dice que… que se llama… A… Ava…

—¿Ava? —dijo Merlow impaciente por entender qué ocurría.

—Ava… Harlan.

Mi rostro palideció por completo, convirtiéndose en un blanco tan puro que se podría haber confundido con un folio limpio.

—Dice que es tu bisabuela, Lara, y que solo hablará contigo.

La mirada penetrante del presidente de Teseo le devolvió el color a mi cara e hizo que saliese de ese breve lapso.

—Llévame hasta ella.

Salí con un paso muy acelerado, en cabeza, a pesar de que desconocía dónde se encontraba. La soldado seguía mi camino con celeridad, indicándome por dónde ir. El séquito lo cerraban el resto de la comitiva que había despedido a Tango, muchos de ellos cuchicheando entre sí, tratando de estimar la importancia de los hechos.

Llegamos a una pequeña sala en la entrada principal de la base, donde los visitantes debían esperar al acompañante que iría con ellos mientras estuviesen dentro del complejo. Cuando crucé la puerta me encontré con la figura de una mujer de estatura similar a la mía. Aparentaba estar en la década de los treinta, su pelo color cobrizo caía cuidadosamente sobre sus hombros, causando un aspecto desgreñado a la vez que perfecto, como si cada pelo estuviese puesto en ese lugar adrede. Sus facciones claras y delicadas mostraban una cara bella, pero no el tipo de belleza frágil y quebradiza, sino la sutil, escondiendo una fuerza interior indescriptible. Sus ojos eran de un color gris penetrante, con una mirada capaz de ver a través de ti. Iba vestida con una ropa terrestre, un tejido negro pensado para hacer deporte, que se adaptaba a cada músculo de su cuerpo. Pude distinguir un tatuaje en su antebrazo derecho, ilegible desde la distancia a la que me encontraba.

—Hola, Lara —dijo con un tono suave, casi conciliador, como si quisiera pedir disculpas por algo.

Di unos pasos hacia ella para analizar en mayor profundidad el rostro que había visto múltiples veces al investigar la poca información que quedaba accesible sobre la coinventora del AVA y difunta mujer de Kay Olerson.

—¿Le habéis hecho una prueba de ADN? —pregunté a tan solo unos palmos de su expresión afable.

—Sí… por eso he ido corriendo… ha resultado que realmente es Ava Harlan —contestó la

soldado con miedo en su voz, como si la revelación de ese hecho pudiese suponer un peligro para su integridad física.

—¿Has tomado la muestra de su AVA?

—Por supuesto, ¿de dónde quieres que la tome si no?

Desenfundé mi katana corta y, en un movimiento casi instantáneo, hice un leve corte en su brazo derecho, cerca de su tatuaje. Ava Harlan no se inmutó ni lo más mínimo.

—Las muestras de ADN de los AVA se pueden tergiversar. Repítela con su sangre.

La soldado me debió de mirar amedrentada, pero yo no le presté atención. Era incapaz de que mi interés se desviara lo más mínimo de la persona que tenía delante de mí, aquella que decía ser el antepasado que llevaba tres siglos y medio muerto.

Con cierta torpeza, la mujer cogió con una varilla una de las gotas de sangre que manchaban el brazo de la visitante y analizó la muestra. A los pocos segundos levantó su mirada de la pantalla y habló con más vacilación en su voz:

—El resultado es el mismo, Lara, esta mujer es Ava Harlan, no hay ninguna duda.

Llené mis pulmones en una profunda bocanada y, al tenerlos vacíos de nuevo, sentencié:

—Todos fuera. Ava y yo tenemos mucho de qué hablar.

Antes de que te vayas

Me gustaría saber qué te ha parecido *Aeternum V: La Guerra del Tiempo*.

Conocer tu opinión me sirve para mejorar en futuras novelas y también ayudas a que otros lectores descubran mis creaciones en Amazon.

Puedes dejar una review escaneando el código QR o haciendo click aquí: https://www.kiannoren.com/review-aeternum-5/

¿Acabamos con esto?

La historia que empezó con la investigación del intento de asesinato de un aeternum está a punto de llegar a su fin.

¿Conseguirán Lara y Kay pararle los pies a la AVF? ¿Cómo es posible que Ava Harlan haya resurgido después de cuatro siglos muerta? ¿Cuál es el plan final de Iriel Eisen? ¿Qué ocurrió entre Abraham Salazar y Kay en la ciudad de los atemporales? ¿Se llevará a cabo el mayor genocidio de la historia al matar a los mayores de cien años?

Encuentra todas las respuestas y presencia el final de la saga en *Aeternum VI: La Liberadora del Tiempo* escaneando el código QR o yendo a: https://www.kiannoren.com/aeternum-6/